

UANA

AD AUTÓNOMA DE NUEVA

CION GENERAL DE BIBLIOTE



BUENROSTRO

HISTORIA
ANTIGUA
DE
MEXICO

F1219

B8

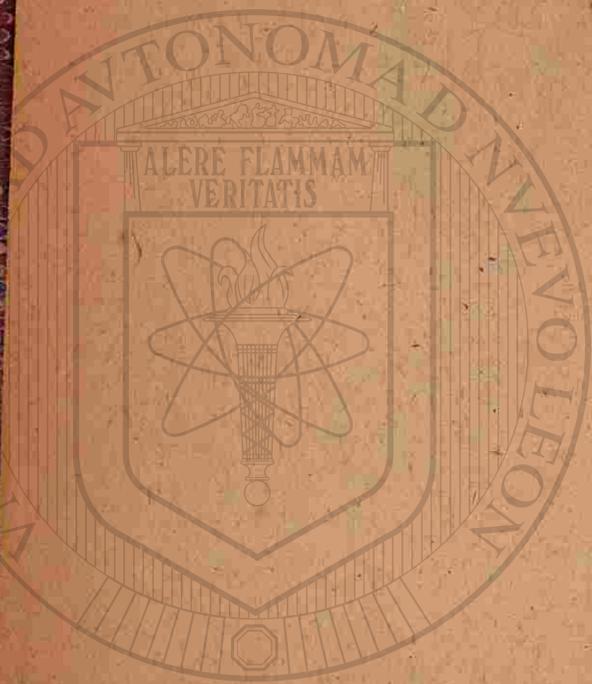
R. C.



1080012486



D 10



HISTORIA ANTIGUA
DE
MÉXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

COMPENDIO

DE LA

Historia Antigua de México

POR

Felipe Buenrostro



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

MÉXICO

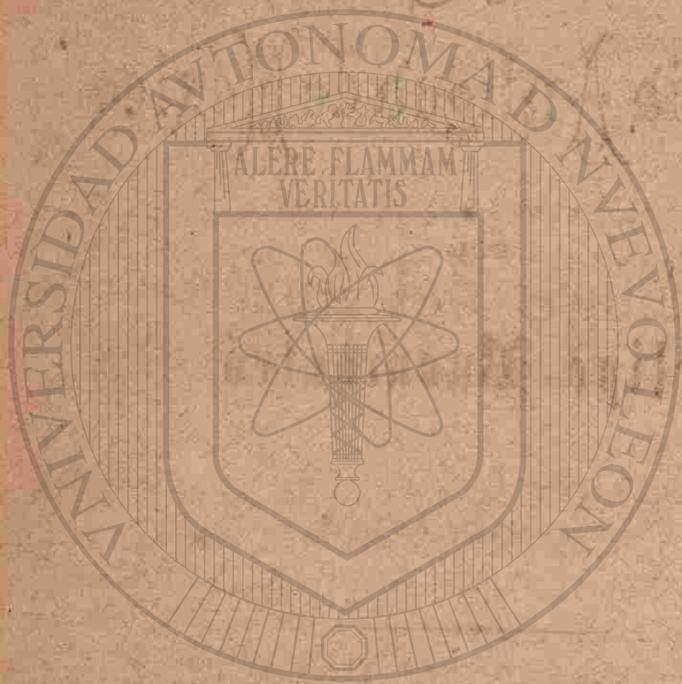
TIPOGRAFIA LITERARIA

Núm. 5—CANOA—Núm. 5.

1877



F1219
38



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

155375

Prólogo del Autor

AL ponerme á escribir un Compendio de la Historia Antigua de México, he creído que prestaba un servicio á la juventud, recopilando los pasajes mas notables de esa interesante historia que no debe ser desconocida para ninguno, y que está llena de episodios admirables, así como de escenas horripilantes y bárbaras, propias de aquellos tiempos en que apenas se conocia la civilizacion en los hombres que se hacian muchas veces notables por su conducta feroz en materia de fanatismo idólatra y guerrero.

Sin embargo, haciendo un estudio concienzudo é imparcial de las diferentes tribus que poblaron el actual territorio mexicano, encontraremos que se distinguen por sus conocimientos agrícolas, por su industria y por el trabajo incesante á que se consagraban para mejorar su condicion, y adelantar en los distintos ramos á que se dedicaban. Llama la aten-

cion, que individuos que carecian de multitud de útiles para la labranza y para las artes, hayan podido fabricar objetos que serán un momento imperecedero y un galardón de gloria para sus constructores.

Conocer los detalles de las peripecias á que estuvieron sujetas las distintas tribus que vinieron á poblar esta parte de la América, es una cosa que cautiva y que conduce al espíritu á una serie de reflexiones útiles para el presente y para el porvenir, porque enseña en el libro práctico de la vida á distinguir el carácter de los primeros pobladores, sus inclinaciones y aptitud para determinadas labores, y nos patentiza cuán poca razon tienen los que se precian de grandes adelantos y miran con desden el origen de las naciones.

Felipe Buenrostro.

ESCRITORES

DE LA

Historia Antigua de México

SIGLO XVI.

HERNAN Cortés cuatro cartas escritas á Carlos V. que contienen la relacion de la conquista y otros datos curiosos sobre México y los mexecanos.

Bernal Diaz del Castillo. "Historia verdadera de la conquista de la Nueva España."

Alfonso de Mata y Alfonso de Ojeda "Comentarios sobre la conquista de México."

El conquistador anónimo. "Relacion de un gentil hombre de Hernan Cortés."

Francisco López de Gomara. "Historia antigua de México."

Toribio de Benavente, conocido vulgarmente con el nom-

bre mexicano de Motolinia. "Historia de los indios de Nueva España.

Andrés de Olmos. "Tratado sobre las antigüedades mexicanas."

Bernardino Sahagún. "Discurso universal de la lengua mexicana.

Alfonso Zurita. "Compendiosa relación de los señores que había en México, y de su diversidad; de las leyes, usos y costumbres de los mexicanos; de los tributos que pagaban, etc."

Juan de Tobar. "Historia antigua de los reyes de México, de Acolhuacán y de Tlacopan."

José de Acosta. "Historia natural y moral de las Indias."

Fernando Pimentel Igtlijochitl y Antonio de Tobar Cano Moctezuma Igtlijochitl. "Cartas sobre la genealogía de los reyes de Acolhuacán y sobre otros puntos de aquel reino."

Antonio Pimentel Igtlijochitl. "Memorias históricas del reino de Acolhuacán."

Tadeo de Niza. "Historia de la conquista de México."

Gabriel de Ayala. "Comentarios históricos, conteniendo la narración de todos los sucesos de los mexicanos desde 1243 de la era vulgar hasta 1589."

Pedro Ponce. "Relación de los dioses y de los ritos del gentilismo mexicano."

Los señores de Colhuacán. "Anales de aquel reino."

Cristóbal del Castillo. "Historia del viaje de los aztecas ó mexicanos al país de Anáhuac."

Diego Muñoz Camargo. "Historia de la República y de la ciudad de Tlaxcala."

Fernando de Alba Igtlijochitl.—"1. Historia de la Nueva España.—2. Historia de los señores chichimecos.—3.

Compendio histórico del reino de Tezcuco.—4. Memorias históricas de los Tultecos y de otras naciones de Anahuac."

Juan Bautista Pomar. "Memorias históricas del reino de Tezcuco."

Domingo de San Anton, Muñoz Chimalpain.—"1. Crónica Mexicana, desde 1068 hasta 1597 era vulgar.—2. Historia de la conquista de México por los españoles.—3. Relaciones originales de los reinos de Acolhuacán, México y otras provincias.—4. Comentarios históricos desde 1064 hasta 1521."

Fernando de Alvarado Tezozomoc. "Crónica Mexicana."

Bartolomé de las Casas.—"1. Escritos presentados á Carlos V. y á Felipe II. 2. Historia apologética del clima y de la tierra de los países de América, con pormenores sobre los usos y costumbres de los americanos sometidos al dominio de los reyes católicos.—3. Historia general de América."

Agustín Dávila y Padilla. "Historia de Nueva España y de la Florida. Historia antigua de los mexicanos."

El Dr. Cervantes. "Memorias históricas de México."

Antonio de Saavedra Guzmán. "Historia de la conquista de México."

SIGLO XVII.

Antonio de Herrera. "Décadas de la historia de América, con una descripción geográfica de las colonias españolas en el Nuevo Mundo."

Enrique Martínez. "Historia de la Nueva España."

Gregorio García. "Tratado sobre el origen de las Américas."

Juan de Torquemada. "Monarquía Indiana."

Carlos de Sigüenza y Góngora.—"1. Ciclografía mexicana.—2. Historia del imperio de los Chichimecas.—3. Disertación sobre la promulgación del Evangelio en Anahuac.—4. Genealogía de los reyes mexicanos.—5. Anotaciones críticas sobre las obras de Torquemada y de Bernal Díaz."

Agustín de Betancourt. "Teatro Mexicano."

Antonio Solís. "Historia de la conquista de Nueva España."

SIGLO XVIII.

Pedro Fernández del Pulgar. "Verdadera historia de la conquista de Nueva España."

Lorenzo Boturini Benaducci. "Ensayo de la historia de México."

Anónimos.—1. Anales de la Nación Tolteca.—2. Comentarios históricos sobre los sucesos de la narración Azteca, ó Mexicana, desde 1066 hasta 1316 y de 1367 hasta 1509.—3. Historia Mexicana.

Además, han escrito sobre la Historia de México, Franceses, Ingleses, Holandeses, Italianos, Flamencos y Alemanes.

PINTURAS.

La colección de Mendoza, compuesta de sesenta y tres pinturas que mandó hacer el primer virrey de México D. Antonio Mendoza, con explicaciones en la lengua mexicana y española.

La colección del Vaticano, formada por ciertos anales mexicanos y que estaban en la biblioteca del Vaticano.

La colección de Viena, compuesta de ocho pinturas mexicanas que se conservaban en la librería imperial de aquella corte.

La colección de Sigüenza, compuesta de gran número de pinturas escogidas.

La colección de Boturini, compuesta de un gran número de preciosas pinturas que representan antigüedades mexicanas, conteniendo varios hechos de la conquista y algunos retratos de los reyes mexicanos.



HISTORIA ANTIGUA

DE MEXICO

Libro Primero.

AL solo Valle de México, se le dió el nombre de Anáhuac, por haber sido fundadas sus principales ciudades en las Islas y en las márgenes de los lagos, despues se dió mas extension á esta palabra comprendiendo en su significado á todo lo que se conoció como Nueva España.

Anáhuac quiere decir *cerca del agua*.

Anáhuac estaba dividido en los reinos de México, de Acolhuacán, de Tlacopam y de Michoacan y en las Repúblicas de Tlajcallan de Cholollan y de Huesjotzinco.

El reino de Michuacan, confinaba por el Levante y Mediodía con los dominios mexicanos; por el Norte con los de los chichimecas, y por el Occidente con el lago de Chapalán. La capital era Tzintzuntzan, llamado Huitzitzilla, si-

tuado á la orilla oriental de lago de Pázcuaru. Tenia además, otras ciudades importantes como las de Tiripitio, Zacapu y Tarecuato.

El reino de Tlacopan estaba situado entre México, y Michuacán, su extension era tan corta que solo contenia la capital del mismo nombre, algunas ciudades de la nacion Tepaneca y las villas de los Mazahuis, esparcidas en las montañas occidentales del Valle de México. Su capital se hallaba en la orilla occidental del lago Texcoacán.

El reino de Acolhuacán, al principio el mas vasto, se redujo por las conquistas de los mexicanos á límites bastante estrechos. Confinaba por el Oriente con la república de Tlajcallan, por el Mediodía, con la provincia de Chalco; por el Norte, con el país de los Huajteques, y por el Poniente, terminaba en el lago de Tezcuco. Su capital era Tezcuco, situada en la orilla oriental del lago del mismo nombre. Las ciudades de Huejotla, Cuatlichan y Atenco, podrian considerarse por su proximidad como otros tantos arrabales de ella. Otompan, Acolman y Tepepolco tenian demasiada extension é importancia.

La república de Tlajcallan ó Tlascala, confinaba por el Occidente con el reino de Acolhuacán; por el Mediodía, con las repúblicas de Cholollan y de Huejotzinco y con el Estado de Tepeyacac de la corona de México; por el Norte, con el Estado de Zacatlan y por el Oriente, con pueblos pertenecientes á la misma corona. Su capital era Tlajcallan de donde tomó el nombre la república, y estaba situada en el declive del gran monte Matlacueye.

El reino de México, el mas moderno de los otros reinos y repúblicas, tenia mas extension que todos ellos juntos. Se estendia, hácia el Sudoeste y el Mediodía, hasta el mar Pa-

cífico; por Sudeste, hasta las cercanías de Quauhtemallan, por el Levante, hasta interponerse en algunos distritos de las tres repúblicas, y una pequeña parte del reino de Acolhuacán, hasta el Golfo mexicano; hacia el Norte, hasta el país de los huajtecos; por el Nordeste confinaba con los chichimecos, y por el Occidente, le servian de límites los dominios de Tlacopan y de Michuacán.

Sus ciudades mas importantes, despues de la capital, eran las de Joachimilco, Chalco, Yxtapalapan y Quoutitlan.

Provincias del Reino de México.

Las mas importantes provincias mediterráneas eran las de los otomites, al Norte; las de los matlatziques y cuitlateques, al Occidente y Sudoeste; las de los tlhuiques y cohuijques al Mediodía; los Estados de Itzocan; Jautepec, Quauhquechollan, Atlijco, Tehuacan y otros, y las provincias de los misteques, zapotèques y chapaneques, al Sudeste. Las provincias de Tepeyacac, de los popoloques y los totonaques, estaban al Este de la capital.

Las provincias marítimas del golfo mexicano eran Coatzacoahuacan y Cuetlachtlan. Las del mar Pacífico, Coliman, Zacatollan, Tototepec, Tecuantepec y Zoconocho.

Las provincias de los otomites empezaban en la parte Septentrional del Valle mexicano, y continuaba por sus montañas, hácia el Norte, hasta cerca de noventa millas de la capital. Entre sus poblaciones se distinguian la antigua

ciudad de Tollan (hoy Tula) y la de Jilotepec. Hacia el Norte y Nordeste, no se hallaban habitaciones humanas sino hasta el Nuevo México; toda esta extensión de tierra la ocupaban naciones bárbaras, sin hogar fijo, ni soberano.

Las provincias de los matlazinques comprendían además del valle de Toluca, todo el espacio que mide entre este y Tlagimaloyan (hoy Tagimaroa) frontera del reino de Michuacán. Toluca era la capital de los Matlazinques estaba situada al pie de un alto monte, en cuya cima reinan las nieves perpetuas. Las montañas circunvecinas las ocupaban los Estados de Jalatlauhco, de Tzampahuacan y de Malinalco y hacia el Levante estaba el de Ocuillan, y hacia el Poniente los de Tozantla y Zoltepec.

Los cuitlateques habitaban desde el reino de Michuacán, hasta las márgenes del mar Pacífico. Su capital era Mejacaltepec, situada en la costa.

La capital de los tlhauiques era Quauhahuac, llamada hoy Cuernavaca. Esta provincia empezaba en las montañas meridionales del valle y se extendía en la misma dirección cosa de sesenta millas.

La provincia de los cohuiques colindaba por el Norte, con los matlatziques y con los tlhauiques; por Occidente, con los cuitlateques y por el Mediodía, con el mar Pacífico, llegando hasta el puerto conocido hoy por de Acapulco. Tenía muchos Estados como Tzonpanco, Chilapan, Tlapan y Teoitztla (hoy Tixtla.)

La provincia de Mijtecapán ó de los mijteques ocupaba desde Acatlan hacia el Sudeste, hasta las orillas del océano Pacífico. Contenia muchas ciudades y villas pobladas.

Al Oriente de los mijteques estaban los zapotèques, debiendo su nombre á la capital de Teotzapotlan. En ese dis-

trito se encontraba el valle de Huagyacac llamado hoy Oaxaca.

La provincia de Mazatlan se hallaba al Norte de los mijteques y al Nordeste de los zapotèques, la de Chinantla con su capital del mismo nombre, de donde sus habitantes eran conocidos por chinanteques.

Las provincias de los chiapanèques, de los zoques y de los Quelenes eran las últimas del imperio mexicano, por la parte del Sudeste. Las ciudades mas importantes de los chiapanèques eran Teochiapán (llamada por los españoles Chiapa de los indios), Tochtla, Chamolla y Tzinacantla; de los zoques, Tecpantla y de los quelenes Teopijca. A la falda y en derredor de la famosa montaña de Popocatepec, estaban los grandes Estados de Amaquemecan, Tepostlan, Jautepec, Huantepec, Chiellan, Itzocan, Acapetlayocan, Quauhquechollan, Atlijco, Cholollan y Huetjozinco.

Al Oriente de Cholollan estaba el importante Estado de Tepeyacac y el de los popolaques cuyas ciudades principales eran Tecamachalco y Quecholac. Al Mediodía de los popolaques se encontraba Tehuacan colindando con el país de los mijteques; al Oriente, con la provincia marítima de Cuitlactlan, y al Norte con la de los totoneques.

Además de la capital de Mizquihuacan, tenía aquella provincia la ciudad de Cenpoallan que fué la primera provincia del imperio á donde entraron los españoles.

De las provincias del mar Pacífico, la mas septentrional era la de Coliman. Siguiendo la misma costa hacia el Sudeste, se hallaba la provincia de Zacatollan cuya capital llevaba el mismo nombre. Seguían los cuitlateques y luego los cohuiques.

Colindaban con los cohuiques, los topés, y con éstos

los mijteques. Seguía la provincia de Tehuantepec, y por último, la de Joconocho, que colindaba por Oriente y Sudeste, con el país de los Juchitepeques; hacia Occidente, con los tecuantepeques y terminaba en el mar por el Mediodía. Su capital era Joconocho. Sobre el golfo de México, además de las provincias de los totonaques, estaban las provincias de Coatzacoalco, á la orilla de un gran río, había otras poblaciones, entre las que se hallaba Painalla, país de la famosa Malintzin.

Ríos, Lagos y Fuentes.

Los muchos ríos que bañan el territorio mexicano, unos desagan en el Golfo, y otros en el Océano Pacífico. Los mayores de los primeros, son el Papaloapan, el Coatzacoalco y el Chiapan. Al Papaloapan le dieron los españoles el nombre de Alvarado en conmemoración del capitán que navegó en sus aguas, tiene su principal manantial en los montes de los Zapotèques, y después de girar por el río de Mazatlan, recogiendo el tributo de otros ríos, se descarga por tres bocas navegables en el golfo á distancia de treinta millas de Veracruz. El Coatzacoalco, que es también navegable, viene de los montes Miges, y después de atravesar la provincia de quien recibió el nombre, se vacía en la costa cerca de Onohualco. El Chiapan tiene su origen en las montañas Cuchumatanes y desemboca en el río de Onohualco. Los españoles le llamaron Tabasco nombre que también aplica-

ron á la extensión de territorio que une la península de Yucatan con el continente mexicano. También le llamaron Grijalva en honor del comandante del ejército español que lo descubrió.

Entre los ríos que van al Pacífico, el más célebre es el Tololotlan, conocido por los españoles por el río Grande ó de Guadalajara. Nace en los montes de Toloacan; atraviesa el reino de Michoacan y el lago de Chapallan; de allí va á Tonallan donde está ahora Guadalajara y después de un giro de cosa de seiscientas millas desemboca en el mar. El de Tehuantepec nace en los montes Miges, y después de un pequeño curso, echa sus aguas al mar. El río de los Topes tiene su embocadura á quince millas hacia el Oriente de Acapulco.

Hay también varios lagos, que hermoseaban y activaban el comercio de los pueblos que antiguamente los habitaron. Los de Nicaraguas, Chapallan y Pátzcuaro, no pertenecían al imperio mexicano. Los que están en este valle son el de Chalco que se extendía por Levante y Poniente hasta la ciudad de Jochimilco, y de allí, dirigiéndose al Norte, se incorporaba por medio de un canal con el lago de Texcoco. Además de estos dos, había en el mismo valle y al Norte de la capital otros dos menores que se llamaron de Jzompanco y Jaltocan.

El lago de Tochtlan está en la provincia de Coatzacoalco.

Son innumerables las fuentes y manantiales. Hay infinitas aguas minerales, nitrosas, sulfúricas y aluminosas; algunas nacen en estado de herbullicion. Las de Tehuacan y otros lugares son petrificantes. Los habitantes de México se servían de las aguas de Chapultepec.

Clima de Anahuac.

El clima de los diferentes países de Anahuac es muy variado. Las costas son muy calientes, húmedas y mal sanas. En las tierras calientes no hiela nunca. Las tierras muy elevadas ó próximas á las montañas son siempre frias. Todos los otros países mediterraneos, gozan de un clima tan benigno y tan suave, que no se sufre en ellos el rigor de las estaciones.

Montes, Piedras y Minerales.

Cinco son las montañas que han solido arrojar, llamas, humo y cenizas. El Poyauhtecatli, llamado por los españoles Pico de Orizaba. Este monte, de figura cónica, es acaso el mas elevado del territorio de Anáhuac. Los navegantes pueden distinguirlo á ciento cincuenta millas de distancia.

Su aspecto es hermoso, mientras enormes masas de nieve coronan su cima, su falda está cubierta por bosques espesos de cedros, pinos y otros hermosos árboles que son muy útiles por sus maderas.

El Popocatepec y el Iztachihuatl, distan poco el uno del otro; al primero se le dá por autonomía el nombre de *volcan*,

tiene una boca de mas de una milla de ancho, y en tiempo de los mexicanos echaba fuego con mucha frecuencia.

El Iztachihuatl, que los españoles llamaron Sierra Nevada, ha solido arrojar humo y cenizas. Estos dos montes están siempre coronados de nieve, y de la que se precipita por sus faldas, se surten México, Puebla, Cholollan y otras ciudades. Los montes de Coliman y Tochtlan han arrojado llamas.

Otras montañas, aunque no volcánicas, son muy notables por su extraordinaria elevacion, como el monte Matlalcueye ó de Tlajcallan, el Nappatcuetli, llamado por los españoles *El cofre*, el Teatzon inmediato al pueblo de Molcajac, el de Toloacan y otros.

Los montes de Anáhuac abundan en vetas de toda clase de metales. Entre las piedras preciosas se hallaban y se hallan diamantes, esmeraldas, amatistas, ojos de gato, ópalos, turquesas y unas piedras verdes parecidas á las esmeraldas y poco inferiores á ella. Era muy comun el cristal de roca en las montañas inmediatas al Golfo mexicano, entre el puerto de Veracruz y el rio Coatzacoalco. Se encontraba esta misma produccion en Quinautla, Tochtepec, Cuetlachtlan, Cozamaloapan y otras.

Se hallaban tambien piedras á propósito para la arquitectura, la escultura y otras artes. Hay canteras de jaspe y de mármol de diversos colores, en los montes de Capolalpan. El alabastro era muy comun en Tecalco (hoy Tecalí). En el Valle de México y otros puntos, se encuentra la piedra llamada Tetzontlí, de color rojizo oscuro, dura, porosa y lijera y muy propia para la construccion de las casas. Hay montes enteros de piedra iman, el mas notable es el que se halla entre Teoitztlan y Chilapan, país de los

Cohuiques. Con la piedra Quetzalitzli llamada comunemente *piedra nefrítica*, formaban los mexicanos figuras curiosas, como las que se conservan en muchos museos de Europa. El Quimaltizatl, muy parecido á la escayola, es una piedra diáfana, blanquisca, que se divide con facilidad en láminas sutiles, y que cuando se calcina dá un buen yeso, del cual se servian para blanquear sus pinturas. Hay mucha cantidad de yeso y talco. El Mezcuilatl ó estiercol de Luna, es de la clase de piedras que por su resistencia á la accion del fuego, le han dado los químicos el nombre de *lapides refractarii*. Es trasparente y de un color de oro rojizo. La piedra que mas apreciaban los mexicanos era el Itztli, de la cual habia abundancia en el imperio mexicano. Es semi-diáfana, y por lo comun negra, aunque suele hallarse blanca y azul. Con esta piedra hacian cuchillos, lancetas, navajas de afeitar y aun espadas.

Plantas notables por sus Flores.

Son innumerables y variados los vegetales que existen. Hay algunos apreciables por sus flores, otros por sus frutos, otros por sus hojas, raíces, tallos y maderas: otros, por último, por su goma, aceite, resina ó jugo. Muchas flores son notables por su singular belleza de colores: otras por su fragancia y otras por su caprichosa forma.

El *floripondio*, es una flor blanca, hermosa, olorosísima y *monopétala*: suele tener mas de ocho pulgadas de largo y tres ó cuatro de diámetro en su parte superior. Estas

flores penden de las ramas á guisa de campanas. La planta es un elegante arbusto cuyas ramas forman una especie de cúpula. El tronco es blanco, las hojas grandes, angulosas y de un verde pálido. Los frutos son redondos, grandes como naranjas y contienen en su interior varias almendras.

El *jollojochitl* ó flor del corazon, es tambien grande y tiene mejor olor que hermosura; pues una sola flor es bastante para perfumar una casa. Sus hojas son glutinosas. Las flores son blancas, rosadas ó amarillas en su parte interior; sus pétalos abiertos y estendidos tienen la figura de una estrella segun la manera como están colocados; pero cuando se cierran parecen un corazon. De aquí ha venido el nombre que se les ha dado. El árbol es grande y de hojas ásperas. Hay otro *jollojochitl* pero muy diferente aunque demasiado oloroso.

El *coatzontecojochitl* ó flor de cabeza de víbora, es muy hermosa. Tiene cinco pétalos morados en la parte exterior, blancos en medio y color de rosa en las extremidades; tienen ademas salpique de puntos blancos y amarillos. Tiene las hojas semejantes á las del Iris, pero mas anchas y mas largas. Su tallo es pequeño y delgado.

El *ocelochitl* ó flor de tigre, es grande y de tres pétalos puntiagudos. Su color es rojo, algo diferente en la parte media, con manchas blancas y amarillas, muy semejante á las manchas del tigre; por cuya razon se le ha dado este nombre. Las hojas son como las del Iris y la raíz es bulbosa.

El *cacolojochitl* ó flor del cuervo, es pequeña, muy olorosa y manchada de blanco, rojo y amarillo. El árbol que produce estas flores se cubre enteramente de ellas, formando ramilletes naturales, olorosos y bonitos.

Cohuiques. Con la piedra Quetzalitzli llamada comunemente *pedra nefrítica*, formaban los mexicanos figuras curiosas, como las que se conservan en muchos museos de Europa. El Quimaltizatl, muy parecido á la escayola, es una piedra diáfana, blanquisca, que se divide con facilidad en láminas sutiles, y que cuando se calcina dá un buen yeso, del cual se servian para blanquear sus pinturas. Hay mucha cantidad de yeso y talco. El Mezcuilatl ó estiercol de Luna, es de la clase de piedras que por su resistencia á la accion del fuego, le han dado los químicos el nombre de *lapides refractarii*. Es trasparente y de un color de oro rojizo. La piedra que mas apreciaban los mexicanos era el Itztli, de la cual habia abundancia en el imperio mexicano. Es semi-diáfana, y por lo comun negra, aunque suele hallarse blanca y azul. Con esta piedra hacian cuchillos, lancetas, navajas de afeitar y aun espadas.

Plantas notables por sus Flores.

Son innumerables y variados los vegetales que existen. Hay algunos apreciables por sus flores, otros por sus frutos, otros por sus hojas, raíces, tallos y maderas: otros, por último, por su goma, aceite, resina ó jugo. Muchas flores son notables por su singular belleza de colores: otras por su fragancia y otras por su caprichosa forma.

El *floripondio*, es una flor blanca, hermosa, olorosísima y *monopétala*: suele tener mas de ocho pulgadas de largo y tres ó cuatro de diámetro en su parte superior. Estas

flores penden de las ramas á guisa de campanas. La planta es un elegante arbusto cuyas ramas forman una especie de cúpula. El tronco es blanco, las hojas grandes, angulosas y de un verde pálido. Los frutos son redondos, grandes como naranjas y contienen en su interior varias almendras.

El *jollojochitl* ó flor del corazon, es tambien grande y tiene mejor olor que hermosura; pues una sola flor es bastante para perfumar una casa. Sus hojas son glutinosas. Las flores son blancas, rosadas ó amarillas en su parte interior; sus pétalos abiertos y estendidos tienen la figura de una estrella segun la manera como están colocados; pero cuando se cierran parecen un corazon. De aquí ha venido el nombre que se les ha dado. El árbol es grande y de hojas ásperas. Hay otro *jollojochitl* pero muy diferente aunque demasiado oloroso.

El *coatzontecojochitl* ó flor de cabeza de víbora, es muy hermosa. Tiene cinco pétalos morados en la parte exterior, blancos en medio y color de rosa en las extremidades; tienen ademas salpique de puntos blancos y amarillos. Tiene las hojas semejantes á las del Iris, pero mas anchas y mas largas. Su tallo es pequeño y delgado.

El *ocelochitl* ó flor de tigre, es grande y de tres pétalos puntiagudos. Su color es rojo, algo diferente en la parte media, con manchas blancas y amarillas, muy semejante á las manchas del tigre; por cuya razon se le ha dado este nombre. Las hojas son como las del Iris y la raíz es bulbosa.

El *cacolojochitl* ó flor del cuervo, es pequeña, muy olorosa y manchada de blanco, rojo y amarillo. El árbol que produce estas flores se cubre enteramente de ellas, formando ramilletes naturales, olorosos y bonitos.

El *izquijochitl* es una florecilla blanca semejante á la mosqueta en cuanto á la forma, y en el olor á la rosa, aunque mas fragante. Nace en árboles grandes.

El *cemopaljochitl* ó compasuchil, presenta muchas variedades en cuanto al tamaño y número, así como en la figura de los pétalos.

El *jilochitl* de los mexicanos y *tiata* de los Mijteques, tiene estambres muy sutiles, iguales y derechos, pero flexibles y de cosa de seis pulgadas de largo. Su cáliz es semi-esférico, como el de la bellota, pero diferente en color y tamaño. Algunas de estas flores son color de rosa, y otras enteramente blancas. El árbol que las produce es muy bonito.

El *macpaljochitl* ó flor de la mano, se parece mucho al tulipan; la figura del pistilo, es como el pié de una ave ó mas bien el de un mono, con seis dedos que terminan en otras tantas uñas. La gente vulgar da á este árbol curioso el nombre de árbol de las manitas.

Plantas notables por sus Frutos.

En Anáhuac fueron importados de las Islas Canarias, los melones, las manzanas, los albericoques, los melocotones, los albérchigos, las peras, las granadas, los higos, las ciruelas negras, las nueces, las almendras, las aceitunas, y las uvas, aunque éstas las habia en el país.

Segun Oviedo, Hernandez, Bernal Diaz y Clavijero, los

cocos, la musa ó banana, la cidra, la naranja y el limon, fueron traídos: los cocos, de las Islas Filipinas, y los otros frutos de las Islas Canarias.

El cocotero abunda en las tierras marítimas. Hay siete especies de naranjas y cuatro de limones y otras tantas de plátanos. "El zapalote tiene de quince á veinte pulgadas de largo y tres de diámetro."

"El plátano largo, el guineo. El dominico."

Las frutas realmente indígeñas son: el «ananas, el mamey, la chirimoya, el anona, la cabeza de negro, el zapote prieto, el chico zapote, el zapote blanco, el amarillo, el de Santo Domingo, el ahuate, la guayaba, el capulin, la guaba ó cuajinicuil, la pitahaya, la papaya, la guanabana, la nuez encarcelada, las ciruelas, los piñones, los dátiles, el chayote, el tilapo, el obo, el nance, el cacahuate y otras muchas."

Todas las frutas mexicanas comprendidas con el nombre genérico de *tzapotl*, son redondas, ó por lo ménos se acercan á esta figura y tienen dura la pepita. Entre ellas se encuentra el zapotl negro y el blanco que por la virtud narcótica de este último, fué llamado por los mexicanos *cochitzapotl*, el *chicozapote* (llamado tambien por los mexicanos *chitzapotl*.) De esta fruta, cuando está verde, se saca una leche glutinosa y que se condensa fácilmente. Le llamaban los mexicanos *chictli*, y los españoles *chicle*; el *capolino* ó *capulin*, el *nanche*.

El *cayote* ó *chayote*, es un fruto ovalar, semejante á la castaña, en el erizo, pero de un volúmen mucho mayor. La nuez encarcelada el *tlalcacahuatl* conocido por los españoles con el nombre de «cacahuate» la vainilla, el cacao, la chíá, el chile ó pimiento tocomate, la pimienta de Tabasco,"

el algodón y otras legumbres, son también frutos mexicanos.

El *achiote* sirve para los tintes.

Entre los granos, el maíz llamado por los mexicanos *tlaothli* hay muchas especies diferentes en tamaño, color, peso y sabor. Lo hay grande, pequeño, blanco, amarillo, azulado, morado, rojo y negro. Con él hacían los mexicanos tortillas y otras comidas.

La legumbre más apreciada por los mexicanos era la judía ó habichuela, de la que hay más variedades que del maíz. La mayor es el *ayacotli*.

Plantas notables por sus Raíces, Hojas, Tallo y Madera.

De estas plantas tenían muchas los mexicanos, algunas les servían de alimento como la *jicama*, el *camote*, el *huacamote*, el *cacomite* y otras. De otras, extraían hilos para sus ropas y cuerdas, como el *ic Zotl*, varias especies de *metl*, ó maguey; y en fin otras las aprovechaban en construcción de los edificios como el cedro, el pino, el ciprés, el abeto y el ébano. A la *jicama* le llamaban *cazotl*.

La cebolla existía entre los mexicanos y la conocían con los nombres de *jacamatl* y *janacatepec*. El maguey, llamado *metl*, pita y aloe americano por algunos autores, presenta nueve especies distintas. Entre las palmas se conocen la *ic-zotl*, la *quanhcoyolli*, la *ijhuatl*, la *teoic-zotl*, y por último, la palma que da los *cocos de aceite*.

En excelencia y variedad de maderas México rivaliza con

cualquiera otro país, pues como en su situación se hayan todos los climas, también se hayan todos los árboles que en ellos prosperan. Además de las encinas, robles, abetos, pinos, cipreses, hayas, olmos, nogales, álamos y otros muchos árboles, hay bosques espesos de cedros y ébanos y abundan el *agaloco*, ó madera de aloe, el *tapinzeran*, la *caoba*, el *palo gateado*, el *camote*, el *granadillo*, ó ébano rojo, el *mizquitl*, ó acacia verdadera, el *tepehuajin*, el *copte*, el *jabin* el *guayacan*, ó leño santo, el *ayoquahuil*, el *zopilote* y otras innumerables maderas.

Plantas útiles por la Resina, Goma, Aceite ó Jugo.

Anáhuac es fecundísima en vegetales útiles, por la resina, goma aceite ó jugo que contienen, tales como el *huitzilogitl*, que destila un famoso bálsamo, los antiguos mexicanos extraían el *apobálsamo* ó lágrima destilada del tronco; y el *gilibálsamo* obtenido por la decocción de las ramas. Del *huaconej* de la *maripenda* sacaban un aceite semejante al bálsamo.

El *jochiocotzotl*, vulgarmente llamado liquidambar, es el estoraque líquido de los mexicanos. El nombre mexicano de *copalli*, es común á todas las resinas. Hay diez especies de árboles que dan esta resina: el *copal*, el *tecopalli*, ó *tepecopalli*, la *caraña*, y la *tecamaca*, el *mizquitl* ó *mezquite*, la *laca* ó *goma laca*, la *sangre de drago*; los mexicanos llaman al jugo *ezpatli* y al árbol, *ezquahuil*, la *resina elástica olin*

é *oli* llamada por los españoles *hule*, se extrae del *alquahuítl*. En Michoacán hay un árbol llamado *tarantaca* por los tarasques, que es de la misma especie que el *alquahuítl*; el *quauhjotl*, el abeto, la higuera, el ocote, el campeche, el añil y otros,

Cuadrúpedos del Territorio de México.

El reino animal de Anáhuac es tan desconocido como el vegetal. Entre los cuadrúpedos los hay antiguos y modernos. De los cuadrúpedos antiguos comunes á los dos continentes, los hay propios al nuevo mundo; pero comunes á México y á otros países de América; otros exclusivamente peculiares á México. Los comunes á México y al antiguo continente son; los leones, los tigres, los gatos monteses, los osos, los lobos, los zorrós, los siervos blancos, los gamos, las cabras monteses, las fuinas, las martas, las ardillas, las polatucas ó raton volante, los conejos, las liebres, los lirones, y los ratones.

El *mixtli* de los mexicanos es el leon sin melena, el *ocelotl* no se distingue del tigre de Africa, el *tochtli* es el mismo conejo del antiguo continente. Los cuadrúpedos comunes á México y á los otros países del Nuevo Mundo son: el *coyametl* ó jabalí, el *epatl* ó zorrillo, el *ayotochilli* armadillo, el *aztaojotl*, el *tlacuazin*, el *techichi*, el *tlalmotatl* ó ardilla de tierra, el *techallotl*, el *amiztli* ó leon acuático, el *mapach*

ó raton de Jamaica y el *danta*. Todas las especies de monos propios de México se comprenden bajo el nombre *azamitli*; los hay indianos, grandes, pequeños, fuertes, feroces y bravos, y estos se llaman *zambos*.

Los cuadrúpedos peculiares de la tierra de Anáhuac y que no se hallan en la América meridional, ni en otros países españoles del Norte del Nuevo Mundo son: el *coyotl*, el *tlacoyotl*, el *jalaitzcuintli*, el *tepeitzcuintli*, el *itzcuintepotzotli*, el *coyopalín*, la *tuza*, el *ahuitzotl*, el *imtztlacuazin* y otros muchos, como el *cacomistle*, el *itzcuincuani* ó leon pequeño y *tlalocelotl* ó pequeño tigre.

Aves del Territorio Mexicano.

La abundancia y variedad de las aves de Anáhuac hizo que algunos célebres escritores dijieran que México es el reino de las aves, como Africa el de las fieras. Indicaremos algunas clases.

Entre las aves de rapiña hay muchas especies de águilas, halcones y gabilanes. De las águilas, la mas grande y hermosa es la que llaman *itzquanhtli*.

Los cuervos llamados por los mexicanos *cacalotl*. Los *zopilotes* presentan dos clases, el *zopilote* propio y el *coscaquantli* á quien los mexicanos dan el nombre de "el rey de los zopilotes" y dicen que cuando acuden dos pájaros de las dos especies á comer de un cadáver, jamas lo toca el zopi-

lote, hasta que lo ha probado el cosecaquautli. Como aves nocturnas se encuentran las lechuzas.

Entre las acuáticas, debemos enumerar las *palmípedes*, las *imantópeds*, y otras pescadoras. Hay un número prodigioso de *ánades*, veinte especies de patos, otro tanto de *garzas*, muchas de *cisnes*, *gabiotas*, *gallinetas*, *alciones*, *martinetas*, *pelicanos* y otros.

De las aves cuya carne es alimento sano y sabroso, hay mas de sesenta especies; hay una que por su semejanza con la gallina europea fué llamada por los españoles *pavo* ó *gallina pavo*, y los mexicanos le dan el nombre de *juejolotl* ó *tolohis*. Hay abundancia de pavos salvajes, de *perdices*, *codornices*, *faisanes*, *grullas*, *tórtolas*, y *palomas*. Entre los faisanes hay tres especies, el *cojolotli*, el *tepetotl*, y los *gritones*. La chachalaca es del tamaño de una gallina.

Hay pájaros mexicanos sumamente bellos por su plumaje tales como el *huitzitzilin*, el *tlanhquechol*, el *nepanpatotl*, el *tlacuiloltototl*, el *tzinizóan*, el *mezcanauhtli*, y el *tlautotl*.

Ademas de los ruiseñores hay en México veinte y dos especies cuando menos de pájaros cantores; pero á todos los conocidos excede el *cenxontli*, nombre que le dieron los mexicanos por la admirable variedad de sus voces. Las aves llamadas *cardenales*, son muy agradables por la melodía de su canto. La calandria canta tambien con suavidad y su canto se parece al del ruiseñor. Existen otros pájaros como el *tigerillo*, el *cuitlacoqui*, el *cartolotl*, los *gorriones*, el *acolquique*, al que le dieron los españoles el nombre de *comendador*, el *echuan*, el *tzanahuis*, y entre los pájaros habladores, la *huacamaya*, el *taznenetl*, el *cochatl* y el *quiltototl*.

Reptiles de México.

Los reptiles de México pueden reducirse á dos órdenes; reptiles cuadrúpedos, y reptiles *apodos*, ó sin pies,

En la primera clase están *los cocodrilos*, *los lagartos*, *las lagartijas*, *las ranas* y *los sapos*, en la segunda todas las especies de serpientes.

Entre los lagartos se cuentan los *alcatepones* ó *escorpiones* y la *iguana*.

Hay especies numerosas de lagartijas, diferentes en tamaño, color y propiedades; unas son venenosas y otras inocentes. Entre estas ocupa el primer lugar el *camaleon* que los mexicanos llamaban *quatapalcatl*.

De las lagartijas venenosas la peor es la *tetrauhquí*. Hay otras venenosas tambien y que los españoles llaman *salamanquesas* y el vulgo *escorpiones*.

De las ranas hay tres numerosísimas especies que se diferencian por el tamaño y el color.

La variedad de serpientes es mayor que la de reptiles; las hay de todos tamaños, de muchos colores, de un solo color y venenosas é inocentes. La que los mexicanos llaman *camauhcoatl* es la mas notable por su volumen y la *tlilcoas* ó culebra negra. Las venenosas son el *ahueyaetli*, la *cui-cuilcoatl*, el *cotal* ó *corabillo*, la *tejuvimani*, la *cencoate* y la *teotlacozaquí*. Esta última de cuyo género hay muchas especies, es la famosa culebra de cascabel.

Entre las culebras inocentes, de las que hay muchas especies, se encuentran como mas notables *tzicatliman* y *la maquizcoatl*.

Peces de los Mares, de los Rios y de los Lagos de Anáhuac.

Si comparamos el número de animales que hay en la tierra con el de los que andan y viven en el agua, hallaremos que estos últimos se hallan en un número mucho mas considerable. No tienen guarismo las especies conocidas que pueblan los mares y rios de Anáhuac; pues solo de las que sirven de alimento al hombre, hay mas de ciento, sin incluir ningun testaceo ni crustaceo. Entre los peces los hay comunes á los dos mares, otros propios del golfo mexicano, otros del mar Pacífico, y otros de los rios y de los lagos.

Los peces comunes á ambos mares son; las *ballenas*, los *delfines*, las *espadas*, los *tiburones*, los *manatis*, las *mantas*, los *lobos*, los *puercos*, los *bonitos*, los *bacalaos*, los *robalos*, los *pargos* de tres especies, los *meros*, los *pámpanos*, las *palomitas*, las *rayas*, los *chuchos*, los *barbas*, los *corcobados* los *orates*, los *voladores*, las *guitarras*, las *cabrillas*, las *aguijas*, las *langostas*, los *sollos*, y otros muchos, así como varias especies de *tortugas*, *pulpos*, *cangrejos* etc.

Ademas de los anteriores, el golfo Mexicano tiene los *salmonetes*, los *cambríos*, las *donellas*, las *pegereyes*, los *ram-*

bos, los *sapos*, los *besugos*, las *vermejuelas*, los *gorrionis*, las *linternas*, los *dentones*, las *lampreas nasenas*, las *águilas*, los *nutilos*, y otros.

En el mar Pacífico se encuentran los *salmones*, los *atunes*, los *cornudos*, los *lenguados*, los *gilgueros*, las *caballas*, las *corbinas*, las *viejas*, las *sardinias*, los *ajones*, los *lagartos*, los *papagallos*, los *escorpiones*, los *gallos*, las *gatas*, los *arenques* los *bateles*, y otros.

Los rios y los lagos tienen los peces blancos, las *capas*, las *truchas*, los *bobos*, los *robalos*, los *barbos*, los *orates*, las *corbinas*, las *águilas* y otros muchos,

Insectos Mexicanos.

Hay tres órdenes; volátiles, terrestres y acuáticos y muchos anfibios. Entre las volátiles hay *escarabajos*, *abejas*, *abispas*, *moscas*, *moscardones* y *mariposas*. De los *escarabajos* hay muchas especies, y la mayor parte inocentes, A los verdes les dan los mexicanos el nombre de *mayatl* y los españoles *mayates*. Hay otros negros y fétidos llamados *pinacatl*. El luminoso se llama *cucuyo*.

Hay seis especies distintas de *avejas*. Unas enteramente iguales á las de Europa, otras muy parecidas á las anteriores, pero que carecen de *aguijon*. La tercera especie es

Entre las culebras inocentes, de las que hay muchas especies, se encuentran como mas notables *tzicatliman* y *la maquizcoatl*.

Peces de los Mares, de los Rios y de los Lagos de Anáhuac.

Si comparamos el número de animales que hay en la tierra con el de los que andan y viven en el agua, hallaremos que estos últimos se hallan en un número mucho mas considerable. No tienen guarismo las especies conocidas que pueblan los mares y rios de Anáhuac; pues solo de las que sirven de alimento al hombre, hay mas de ciento, sin incluir ningun testaceo ni crustaceo. Entre los peces los hay comunes á los dos mares, otros propios del golfo mexicano, otros del mar Pacífico, y otros de los rios y de los lagos.

Los peces comunes á ambos mares son; las *ballenas*, los *delfines*, las *espadas*, los *tiburones*, los *manatis*, las *mantas*, los *lobos*, los *puercos*, los *bonitos*, los *bacalaos*, los *robalos*, los *pargos* de tres especies, los *meros*, los *pámpanos*, las *palomitas*, las *rayas*, los *chuchos*, los *barbas*, los *corcobados* los *orates*, los *voladores*, las *guitarras*, las *cabrillas*, las *aguijas*, las *langostas*, los *sollos*, y otros muchos, así como varias especies de *tortugas*, *pulpos*, *cangrejos* etc.

Ademas de los anteriores, el golfo Mexicano tiene los *salmonetes*, los *cambríos*, las *donellas*, las *pegereyes*, los *ram-*

bos, los *sapos*, los *besugos*, las *vermejuelas*, los *gorrionis*, las *linternas*, los *dentones*, las *lampreas nasenas*, las *águilas*, los *nutilos*, y otros.

En el mar Pacífico se encuentran los *salmones*, los *atunes*, los *cornudos*, los *lenguados*, los *gilgueros*, las *caballas*, las *corbinas*, las *viejas*, las *sardinias*, los *ajones*, los *lagartos*, los *papagallos*, los *escorpiones*, los *gallos*, las *gatas*, los *arenques* los *bateles*, y otros.

Los rios y los lagos tienen los peces blancos, las *capas*, las *truchas*, los *bobos*, los *robalos*, los *barbos*, los *orates*, las *corbinas*, las *águilas* y otros muchos,

Insectos Mexicanos.

Hay tres órdenes; volátiles, terrestres y acuáticos y muchos anfibios. Entre las volátiles hay *escarabajos*, *abejas*, *abispas*, *moscas*, *moscardones* y *mariposas*. De los *escarabajos* hay muchas especies, y la mayor parte inocentes, A los verdes les dan los mexicanos el nombre de *mayatl* y los españoles *mayates*. Hay otros negros y fétidos llamados *pinacatl*. El luminoso se llama *cucuyo*.

Hay seis especies distintas de *avejas*. Unas enteramente iguales á las de Europa, otras muy parecidas á las anteriores, pero que carecen de *aguijon*. La tercera especie es

de unas avejas semejantes en la forma á las hormigas aladas, mas pequeñas que las avejas comunes y sin aguijon. Las de la cuarta especie son amarillas. Las de la quinta especie son pequeñas é inermes. La *tlalpipioli* que forma la sexta especie, es negra y amarilla.

Las especies de abispas son cuatro. La *quetzalmiahuatl*, la *tetlatoca* ó *vagamunda*, el *gicolti* ó *gicote*, y la *cuicalmiahuatl*. La *quauhxicatli* es un tábano muy negro.

Entre las moscas, ademas de las comunes, hay las luminosas, el *ajayacatl* cuyos huevos innumerables forman costras gruesas y se venden en el mercado. Esta especie de caviar llamado *ahuauhtli* se come.

Los mosquitos abundan en las tierras marítimas de México y en los sitios en que el calor, las aguas muertas y las malezas fomentan su propagacion. En las tierras calientes hay unos mosquillos que no hacen ruido al volar y cuya picadura puede llagarse por el escozor que produce.

En las mismas tierras calientes abundan las cucarachas.

Las mariposas son tan numerosas como variadas, realmente no pueden describirse su variedad y hermosura.

Las langostas son numerosísimas al grado de que á veces caen en las tierras marítimas oscureciendo el aire con las densas nubes que forman. Hay muchas especies de *gusanos*, *escolopendocas*, *escorpiones*, *arañas*, *hormigas niguas* y *cochinilla*.

De los gusanos unos son útiles y otros perniciosos y algunos servian de alimento á los antiguos mexicanos, otros de medicina, como el *agin* y el *polin*. El *tlecuilin* ó gusano ardiente tiene la propiedad de las cantáridas. El *temahuani* es un gusano armado de espinas amarillas y venenosas. El *temictli*, es semejante al gusano de seda. Los gusanos de seda

fueron importados de Europa y se multiplicaron considerablemente.

Entre las muchas especies de arañas, hay dos singulares la tarántula y la casamapulga. La primera es una araña gruesa, cuyo lomo y piernas están cubiertas de una peluza negruzca, suave y sutil; es propia de las tierras calientes, La *casamapulga* es pequeña, tiene los piés cortos y el vientro rojizo; del tamaño de un guisante. Tal vez esta araña sea la misma que en otros países es conocida con el nombre de *araña capulina*.

Las hormigas comunes al territorio de México, son de tres clases; las negras y pequeñas, las grandes y rojas que están armadas de un punzon y cuya picadura es dolorosa; por cuya circunstancia los españoles las llamaron *bravas* y las *arrieras*, que son grandes, pardas y que se ocupan constantemente en acarrear sus provisiones, por lo que han merecido ese nombre.

La *nigua*, á la que tambien se le ha llamado *pique*, es un insecto pequeñísimo, que tiene alguna semejanza con la pulga, se cria en la tierra caliente entre el polvo. Se pega comunmente en los piés, rompe insensiblemente el dermis y entre este y la membrana subyacente forman su nido, y si no se quita pronto, rompe los tegumentos y llega hasta los músculos, multiplicándose con increíble rapidez.

De las garrapatas hay dos especies, una es bastante conocida en el antiguo continente, se pega á los carneros y se introduce en las orejas de éstos y de los caballos; la otra se haya en las mazorcas, se pega á la ropa y de allí pasa al cuerpo de los caminantes, al que se adhiere de una manera tan fuerte por la configuracion de sus piés, que cuesta gran trabajo arrancarla.

La cochinilla tan apreciada en todo el mundo por la excelencia del color que suministra, es un insecto propio á México y demasiadamente útil á la industria. En su mayor desarrollo tiene el tamaño de una chinche.

Entre los insectos acuáticos se haya el *atetepitz*, que es un escarabajo propio de los lugares pantanosos; el *atopinan*, que se encuentra en los mismos sitios; el *ahuithuilla* que es un gusano de los lagos, y pica con la cola en donde tiene el veneno; el *ococuliztac*, es un gusano negro que se cria en las tierras húmedas

Hay unos zoofitos ó plantas animales, que tienen tres ó cuatro dedos de largo; cuatro piés muy sútiles y están armados de dos monacillos; su cuerpo figura completamente los nervios de una hoja igual á la de un árbol en que se crián estos insectos. Se les ha dado el nombre de *quaumezatl*.

CARÁCTER DE LOS MEXICANOS y de las otras naciones del Anáhuac.

Aunque las naciones que ocuparon la tierra de Anáhuac antes de la conquista, tenían diferente idioma y costumbres, no se diferenciaban en su carácter. Tenían las mismas cualidades físicas y morales, la índole é inclinaciones, los *acolhuis*, los *tepanecas*, los *tlaxcaltecas*, y los otros pueblos, sin mas distincion; que la que nace de las educaciones; así es

que al juzgar á los unos, quedan comprendidos los otros.

Los mexicanos tienen una estatura regular, sus miembros son proporcionados, su musculacion está bien desarrollada, su frente es estrecha, sus ojos son negros, su dentadura muy igual, blanca y limpia, su cabellera es tupida, negra y formada por pelos gruesos, su barba escasa, poco bello en las piernas, en los muslos y en los brazos, su piel es de un color aceitunado y rara vez son deformes. Su aspecto ni agrada ni ofende; pero hay algunas jóvenes mexicanas, blancas y muy hermosas, dando el mayor realce á su hermosura la suavidad de su habla, de sus modales y modestia de sus semblantes.

Sus sentidos son vivísimos, con especialidad el de la vista que conservan casi inalterable hasta la extrema vejez. Su complexion es sana, y gozan de muy buena salud. Están excentas de muchas enfermedades. Pero en compensacion se leban en ellos las epidemias. Nunca se les percibe mal aliento; son de temperamento flemático, y escupen rara vez. Duran y se conservan mas tiempo que los españoles, y no es ecepcional verlos llegar á la edad de cien ó mas años; son sobrios en la comida, pero muy afectos á las bebidas fuertes; y son tan racionales como cualquier europeo. Los españoles los hallaron en un grado tal de cultura, que superaba á la de los mismos españoles; su ingenio es apto para todas las ciencias, pues no escaseaban entre los que se dedicaban al estudio de las letras, famosos geómetras, excelentes arquitectos y teólogos doctos. Algunos conceden á los mexicanos grande habilidad para imitar, pero les niegan la facultad inventiva. Este es un craso error desmentido por la historia.

Son como todos los hombres, susceptibles de pasiones;

pero no afectan en ellos el mismo ímpetu y furor que en otros pueblos. Son poco dispuestos á la cólera y al amor frenético. En sus operaciones son lentos y en el trabajo tienen una paciencia inimitable. Reciben con resignacion los males y las injurias, y quedan muy agradecidos á los beneficios que se les prodigan, cuando estos beneficios son hechos sin interes. La apreciacion errónea de muchos españoles hizo creer que no sienten las injurias ni agradecen los beneficios; esto dependió de que confundieron la tolerancia con la indolencia y la desconfianza con la ingratitude.

Miran con suma desconfianza á los que no son de su nacion, y esto los induce frecuentemente á la mentira y á la perfidia. Son naturalmente sérios, taciturnos y severos, inclinados á castigar los delitos mas bien que á recompensar las buenas acciones. La generosidad y el desprendimiento personal son los atributos principales de su carácter, y el oro les llama poco atencion. La indiferencia por los intereses pecuniarios y por los que gobiernan, los hacen rehusarse á los trabajos á que se les obliga.

El respeto de los hijos á los padres, de los jóvenes á los ancianos es innato en ellos. Los padres aman mucho á sus hijos y el amor de los maridos á las mujeres, es menos que el de éstos á aquellas. Son mas aficionados á las mujeres ajenas que á las propias. Su valor es grande, pues se avanzan intrépidamente á toda clase de peligros, lo cual ha hecho que se haya calificado esta propiedad como de estúpida indiferencia.

Son supersticiosos y tienen por su ignorancia una grande propension á la idolatría. Por último, en el carácter de los mexicanos, como en el de cualquiera otra nacion, hay elementos buenos y malos; y muchos de éstos podrian cor-

regirse con la educacion, pues son muy dóciles á la instruccion. Siendo de advertir que los mexicanos modernos se diferencian mucho de los antiguos. En los antiguos habia mas fuego, eran mas impresionables á la idea del honor; eran mas intrépidos, mas ágiles, mas industriosos y mas activos, aunque mas supersticiosos y mas crueles.



Libro Segundo.

De los toltecas, de los chichimecas, de los acolhuas, de los olmeques y de las otras naciones que habitaron la tierra de Anáhuac, y su establecimiento en Chapultepec y Colhuacan. Fundacion de México y de Tlatelulco. Sacrificio inhumano de una doncella colhua.

Los Toltecas.

COMO sucede generalmente en todos los pueblos del mundo, la historia de los pobladores de Anáhuac está envuelta en las tinieblas y en la fábula, por lo que es difícilísimo, si no imposible, el descubrimiento de la verdad entre tantos errores. Por el testimonio de los libros santos y por la tradición, consta, que los primeros habitantes de Anáhuac descenden de los pocos hombres que se salvaron del diluvio. Parece probable que los que poblaron estos países, vinieron de la América septentrional, donde muchos siglos

antes se habían establecido sus abuelos. En estos puntos están conformes los historiadores toltecas, chichimecas, acolhuis, mexicanos y tlaxcaltecas; pero no se sabe quienes fueron los primeros habitantes, el tiempo de su tránsito, ni qué circunstancias mediaron en su viaje y en su establecimiento.

Algunos historiadores, apoyados en la tradición de los pueblos americanos y en el descubrimiento de los cráneos, huesos y esqueletos que eran de un tamaño desmesurado, creyeron que los primeros habitantes de México fueron gigantes. No es creíble que haya habido una nación entera de gigantes, sino mas bien debe creerse que estos esqueletos son de algunos individuos extraordinariamente altos.

De la nación de los toltecas se conservan noticias muy escasas. Desterrados de su patria Huehuetlapayan, pueblo del reino de Tollan, de donde tomaron su nombre; empezaron su peregrinación el año primero Tecpatl, es decir, el año 596 de la era vulgar. Se detuvieron en muchos puntos de su tránsito. Donde les parecía oportuno permanecer por algún tiempo, fabricaban casas, cultivaban la tierra, haciendo siembras de maíz, algodón y dirigiéndose siempre al Mediodía, durante ciento cuatro años, hasta que llegaron á un punto que llamaron Tollantzinco, distante cincuenta millas del lugar en donde muchos siglos despues se fundó la famosa ciudad de México. No quisieron establecerse en este país, y veinte años despues marcharon cincuenta millas hácia el Poniente, fundando en las orillas de un rio la ciudad de Tollan ó Tula. Esta es una de las ciudades, segun se cree, mas antigua de Anáhuac y muy celebrada en la historia de México, pues fué la metrópoli de los toltecas y corte de sus reyes. Su monarquía comenzó en el año Acátl,

es decir, el 667 de la era vulgar cristiana, y duró 384 años. Sus reyes fueron los siguientes:

Chalchiutlanctzin.....	en	667
Ijtlilcuechahuac.....	„	719
Huetzin.....	„	771
Totepenh.....	„	823
Nacajoc.....	„	875
Mitl.....	„	927
Tintzaltzin, reina.....	„	979
Topiltzin.....	„	1031

Civilización de los Toltecas.

Los toltecas fueron admirados en todo Anáhuac por su cultura y su aprovechamiento en las artes. Vivieron siempre congregados en ciudades muy bien gobernadas, bajo el dominio de los soberanos y del respeto estricto de las leyes. Eran poco guerreros, pero muy buenos artistas. A su industria rural se debe el maíz, el algodón, el pimiento y otros frutos útiles. No solo se dedicaban á las artes de primera necesidad, sino tambien á las de lujo. Trabajaban el oro y la plata dándoles á estos metales toda especie de formas, por medio de moldes. Eran tan diestros en el trabajo de

pedras preciosas, que conquistaron por esta industria una verdadera celebridad; pero en lo que se distinguieron de un modo singular, fué como inventores ó reformadores del arreglo del tiempo, lo que hace suponer fundadamente, que poseían conocimientos exactos sobre astronomía. Boturini dice, que fueron los que inventaron el famoso libro llamado *Teamujtli* ó libro divino, en el que se describían los cielos, los planetas, las constelaciones, el calendario de los toltecas, con sus cielos y las transformaciones mitológicas, en que se comprendía la filosofía moral de aquellos pueblos y los arcanos de la sabiduría vulgar, bajo los emblemas ó geoglíficos de los dioses, con todo lo relativo á la religion y á las costumbres. El mismo Boturini, manifiesta que en las pinturas de los toltecas, se notaba el eclipse solar ocurrido en la muerte del Redentor, el año sétimo Tochtli; y que algunos historiadores españoles versados en las pinturas de los toltecas, confrontaron su cronología con la nuestra, y encontraron que aquella nacion contaba desde la creacion del mundo hasta el tiempo del nacimiento de Jesucristo, 5199 años. Esto está de acuerdo con el calendario romano.

Los toltecas tenían idea del diluvio universal, de la confusion de las lenguas y de la dispersion de las gentes. Tenían su año civil tan de acuerdo con el solar, por medio de los dias intercalares, como los tuvieron los romanos despues del arreglo de Julio Cesar. Eran idólatras y fueron los inventores de la mitología mexicana; sin que se entregaran á los sacrificios carnales y sangrientos que se hicieron despues tan frecuentes entre las otras naciones. Los historiadores tezcucanos, atribuyen á los toltecas la invencion del famoso ídolo representando al dios de las aguas y que fué

colocado en el monte Tlaloc. Fabricaron en honor de su diosa Quetzalcoatl la pirámide de Cholula y probablemente la de Teotihuacan en honor del sol y de la luna.

Destruccion de los Toltecas.

En cuatro siglos que duró la monarquía de los Toltecas, se estendió considerablemente su poblacion formando muchas y grandes ciudades; pero las calamidades que sobrevinieron en los primeros años del reinado de Topiltzin, debilitaron su poder y acabaron con su bienestar. Los miasmas mortíferos que se desprendían de las sustancias orgánicas descompuestas y la escases de los frutos con que se mantenían, consternaron los ánimos de los que sobrevivían al exterminio de sus compatriotas. El hambre y el contagio hicieron víctimas á una gran parte de esta nacion. Una y otra calamidad tuvieron por causa la escases de lluvias durante mucho tiempo.

Topiltzin murió en el año segundo Teepatl, vigésimo de su reinado, (1052 de la era vulgar) y con él acabó la monarquía de los Toltecas. El resto de los habitantes para sustraerse á tamaños males determinó emigrar á otros países. Unos se dirigieron hácia Onohualco ó Yucatan; otros á Guatemala, quedándose algunos en Tula, esparcidos en el gran Valle donde despues se fundó México, y en Cho-

lula, Tlagimaloyan y otros puntos. De este número fueron los dos príncipes hijos del rey Topiltzin, cuyos descendientes emparentaron después con las familias reales de México, Tezcuco y de Colhuacan.

Los Chichimecos.

Destruídos los tolteques, quedó la tierra de Anáhuac enteramente despoblada, hasta que los vinieron á reemplazar los chichimecos; mas de un siglo medió entre uno y otro suceso. Los nuevos pobladores eran originarios de los países septentrionales; pudiéndose llamar por tal motivo el Norte de América y de Europa, la almáciga del género humano. El país nativo de los chichimecos se llamaba *Amaquemecan*, donde dominaron mucho tiempo.

Segun la historia, el carácter de los chichimecos tenía algo de singular, porque tenían ciertos rasgos de civilización y de barbarie. Vinieron bajo el dominio de un soberano. Vivian en miserables cabañas; no se empleaban ni en la agricultura ni en las artes. Se alimentaban de la caza, de las frutas y raíces que producía la tierra inculta. Se vestían con toscas pieles de los animales feroces que cazaban. Sus únicas armas eran el arco y la flecha. Adoraban al sol á quien rendían culto exclusivo, y le ofrecían flores y yerbas

del campo. Sus costumbres, sin embargo, no estaban en armonía con la índole de un pueblo cazador, pues no eran ni ásperos ni rudos.

JOLOTL,

Primer rey de los Chichimecos.

No se sabe la etimología del nombre chichimecatl; Torquemada cree que se deriva de *Techchinani*, que significa *chupador*, porque chupaban la sangre de los animales que cogían. Betancourt cree que viene de *chichime*, es decir, perro.

El último rey que tuvieron en Amaquemecan, dividió el gobierno entre sus dos hijos *Achacuachtli* y *Jolotl*: este último por ambición trató de mudar de residencia y salió de su patria con un ejército numeroso. En el viaje se iban encontrando las ruinas de los toltecas, entre ellas las de la gran ciudad de Tula. Se dirijieron después á Cempolla y Tepepolco, mandando Jolotl á su hijo Nopaltzin que reconociera el país; recorrió las orillas de los dos lagos y la cordillera de montañas que circundan el hermosísimo Valle de México; y segun su costumbre, tiró cuatro flechas hácia los cuatro vientos cardinales, como una señal de la posesión que el rey su padre tomaba de aquellas tierras.

Se estableció Jolotl en Tenayuca y distribuyó su gente en las tierras comarcanas, y como la mayor parte de esta gente eligió poblar el Norte y el Nordeste, les dieron el nombre de *chichimecatlalli*. Algunos historiadores dicen que por haberse pasado revista en Tenayuca se le dió el nombre de *Nepahualco*, que quiere decir; numeracion. Establecido el rey de esta manera, mandó á un capitán llamado Achitomatl para que reconociese el origen de ciertos rios que habian visto en la expedicion. El capitán encontró en Chapultepec, en Coyohuacan y otros lugares algunas familias toltecas, por las que supo la destruccion de aquel pueblo. Hicieron alianza con dichas familias y contrajeron enlace muchos nobles con mujeres toltecas y entre ellos el príncipe Nopaltzin que se sacó con Azeajochitl, doncella descendiente de Pachotl, uno de los dos príncipes de la casa real de los toltecas. Estas relaciones fueron muy útiles á los chichimecas, porque adquirieron con ellas la laboriosidad de la nacion que los habia precedido, y empezaron á cultivar el maiz y otros frutos; se dedicaron á la agricultura, á la minería, á la fundicion de los metales, á trabajar las piedras, á hilar; á los tejidos de algodón y á otros ramos de industria, con lo cual mejoraron su alimentacion, sus hábitos, vestidos y costumbres.

Llegada de los Acolhuis y otros pueblos.

La llegada de otras naciones civilizadas contribuyó poderosamente para mejorar la condicion de los chichimecas. A los pocos años de establecido Jolotl en Tenayuca, llegaron allí seis personajes al parecer de alta categoría, á juzgar por el séquito considerable que traian. Venian de un país, septentrional inmediato á Amaquemecan, que probablemente era Aztlan, siendo estas nuevas colonias las seis tribus de nahuatlaques. Probablemente se exparcio por Jolotl, entre las naciones circunvecinas, la noticia de las ventajas de aquel país, y esto atrajo á muchas familias, ó tal vez la escasez que sobrevino en las tierras del Norte, obligó á muchos pueblos á buscar el sustento en el Mediodía. Sea lo que fuere, los seis personajes fueron perfectamente bien recibidos por el rey chichimeco, quien les repartió tierras para propagarse y vivir.

Poco tiempo despues llegaron otros tres príncipes, con un grueso ejército, de la nacion Acolhua, originaria de Teocolhuacan, país vecino de Amaquemecan. Estos príncipes eran *Acolhuatzin*, *Chiconquauhtli* y *Tzontecomatl*, provenientes de la nobilísima casa de Citin, nacion la mas culta y civilizada despues de los toltecas. Esta inmigracion inspiró desconfianza á los chichimecos. Habiendo el rey de Tenayuca trasladado su residencia á Texcoco, se

dirigieron á este lugar los tres príncipes y se presentaron al rey y le dijeron: "Hemos venido, ó gran rey, del reino de Teocolhuacan, poco distante de vuestra patria. Los tres somos hermanos, é hijos de un gran señor; pero instruidos de la felicidad de que gozan los chichimecos, bajo el dominio de un rey tan humano, hemos preferido á las ventajas de nuestra patria, la gloria de ser vuestros súbditos. Os rogamos, pues, que nos deis un sitio en vuestra venturosa tierra, en que podamos vivir dependientes de vuestra autoridad, y sometidos á vuestros mandatos." Satisfecha la vanidad de aquel rey al tener humillados y atraídos á tres príncipes, por la fama de su poder y de su clemencia, respondió con agrado y les prometió obsequiar sus deseos, mandó á su hijo Nopaltzin que los alojase y los atendiese.

El rey concibió desde luego casar á dos hijas que tenia, con los dos príncipes mayores; pero calculó no hacer estos enlaces, sino despues de haberlos conocido bien. Cuando creyó haber descubierto su índole, los llamó y les comunicó su proyecto. Los príncipes se manifestaron agradecidos y le ofrecieron servirlo con toda fidelidad.

El dia de la boda concurrió tanta gente á Tenayuca, lugar de la ceremonia, que no siendo bastante la ciudad para contenerla, muchas personas se quedaron en el campo. Acolhuatzin se casó con la mayor de las princesas llamada Cuetlajochitl, y Chiconquauhtli con la menor. El otro príncipe se casó con Coatetl, doncella noble nacida en Chalco. Las fiestas duraron sesenta dias, y hubo carreras, luchas, combates de fieras y otros ejercicios análogos. A ejemplo de la familia real, se fueron uniendo en matrimonio varias personas de las dos naciones, hasta formar una

sola que se llamó Acolhua, y el reino Acolhuacan. Conservaron el nombre de chichimecas los que por su afición á la caza, mas bien que á los trabajos agrícolas, se fueron al Norte del Valle de México.

Division de los Estados y revueltas.

Jolotl dividió su reino en muchos Estados, y los repartió entre sus yernos y nobles de una y otra nacion. A Acolhuatzin le confirió las tierras de Azcapozalco. A Chiconquauhtli le dió el Estado de Jaltocan y á Tzontecomatl el de Coatlichan.

A medida que se iba aumentando la cultura en estos pueblos, se despertó en sus ánimos la ambicion y otras pasiones, adormecidas antes por la ignorancia de la vida salvaje. Esto ocasionó algunas rebeliones y obligó á Jolotl en los últimos años de su vida á castigar á los rebeldes privando á unos de sus empleos y mandando matar á los mas delincuentes. Estas medidas de terror exasperaron los ánimos y fraguaron un complot para privar de la vida al rey; aprovechando una oportunidad se valieron del deseo que habia manifestado el rey para aumentar el agua en sus jardines, y espionaron la oportunidad en que él estuviera en ellos para anegarlos y hacerlo desaparecer ahogado. Descubierta

dirigieron á este lugar los tres príncipes y se presentaron al rey y le dijeron: "Hemos venido, ó gran rey, del reino de Teocolhuacan, poco distante de vuestra patria. Los tres somos hermanos, é hijos de un gran señor; pero instruidos de la felicidad de que gozan los chichimecos, bajo el dominio de un rey tan humano, hemos preferido á las ventajas de nuestra patria, la gloria de ser vuestros súbditos. Os rogamos, pues, que nos deis un sitio en vuestra venturosa tierra, en que podamos vivir dependientes de vuestra autoridad, y sometidos á vuestros mandatos." Satisfecha la vanidad de aquel rey al tener humillados y atraídos á tres príncipes, por la fama de su poder y de su clemencia, respondió con agrado y les prometió obsequiar sus deseos, mandó á su hijo Nopaltzin que los alojase y los atendiese.

El rey concibió desde luego casar á dos hijas que tenia, con los dos príncipes mayores; pero calculó no hacer estos enlaces, sino despues de haberlos conocido bien. Cuando creyó haber descubierto su índole, los llamó y les comunicó su proyecto. Los príncipes se manifestaron agradecidos y le ofrecieron servirlo con toda fidelidad.

El día de la boda concurrió tanta gente á Tenayuca, lugar de la ceremonia, que no siendo bastante la ciudad para contenerla, muchas personas se quedaron en el campo. Acolhuatzin se casó con la mayor de las princesas llamada Cuetlajochitl, y Chiconquauhtli con la menor. El otro príncipe se casó con Coatetl, doncella noble nacida en Chalco. Las fiestas duraron sesenta días, y hubo carreras, luchas, combates de fieras y otros ejercicios análogos. A ejemplo de la familia real, se fueron uniendo en matrimonio varias personas de las dos naciones, hasta formar una

sola que se llamó Acolhua, y el reino Acolhuacan. Conservaron el nombre de chichimecas los que por su afición á la caza, mas bien que á los trabajos agrícolas, se fueron al Norte del Valle de México.

Division de los Estados y revueltas.

Jolotl dividió su reino en muchos Estados, y los repartió entre sus yernos y nobles de una y otra nacion. A Acolhuatzin le confirió las tierras de Azcapozalco. A Chiconquauhtli le dió el Estado de Jaltocan y á Tzontecomatl el de Coatlichan.

A medida que se iba aumentando la cultura en estos pueblos, se despertó en sus ánimos la ambicion y otras pasiones, adormecidas antes por la ignorancia de la vida salvaje. Esto ocasionó algunas rebeliones y obligó á Jolotl en los últimos años de su vida á castigar á los rebeldes privando á unos de sus empleos y mandando matar á los mas delincuentes. Estas medidas de terror exasperaron los ánimos y fraguaron un complot para privar de la vida al rey; aprovechando una oportunidad se valieron del deseo que habia manifestado el rey para aumentar el agua en sus jardines, y espionaron la oportunidad en que él estuviera en ellos para anegarlos y hacerlo desaparecer ahogado. Descubierta

esta trama con anticipacion, el rey aparentó ignorarla y entró á ellos y se puso á dormir en un lugar elevado; vió repentinamente entrar el agua y siguió disimulando. "Yo, dijo, estaba convencido del amor de mis súbditos; pero ahora veo que me aman mas de lo que creia. Queria aumentar el agua de mis jardines, y mis súbditos realizan mis deseos, sin ocasionarme el mas mínimo gasto. Conviene celebrar esta nueva ventura." Mandó hacer fiestas públicas y marchó despues de que se verificaron éstas para Tenayuca, lleno de pena y enojo y resuelto á imponer severo castigo á los culpables; pero habiendo caido enfermo varió de resolucion.

Muerte y exequias de Jolotl.

Sintiendo Jolotl que estaba próximo á morir, llamó á Nopaltzin, á sus dos hijas y á su yerno Acolhuatzin, y les recomendó la paz, que cuidasen de sus pueblos y tratasen con benignidad á sus súbditos, y á pocas horas despues falleció.

Se esparció la triste noticia por toda la nacion y se invitó á todos los magnates para que asistiesen á sus exequias. Adornaron el cadáver con figuras de oro y plata y lo colocaron en una silla hecha de goma de copal y de otras

sustancias aromáticas construida por los chichimecos. Estuvo á la expectacion pública cinco dias, despues de lo cual se quemó el cadáver y se guardaron las cenizas en una urna de piedra durísima que se conservó durante cuarenta dias en la casa real; despues fué trasportada á una gruta situada á inmediaciones de la ciudad.

NOPALTZIN,

Segundo rey de los Chichimecos.

Se celebró la exaltacion al trono de Nopaltzin con grandes fiestas, y este rey permaneció en Tenayuca con su hermana Cihuajochitl. Los hijos legítimos de la reima tolteca eran Tlotzin, Quauhtequihua y Apopozoc. A Tlotzin, que era el primogénito le confirió el gobierno de Texcuco, y á los otros, les dió los Estados de Zacatlan y Tenamitic.

Un año permaneció el rey en Tenayuca con el objeto de ver si conseguia la tranquilidad que se habia perdido; y de allí pasó á Tezcucoc para conferenciar con su hijo, respecto de los medios que pudieran emplearse para restablecerla. Despues regresó á Tenayuca. Durante su reinado ocurrieron varias sublevaciones por distintos motivos, y cuando ya lo habia tranquilizado, murió dejando aquellos dominios á su hijo Tezozomoc.

TLOTZIN,

Tercer rey de los Chichimecos.

Después de treinta y dos años de reinado murió el rey dejando de sucesor á su hijo primogénito Tlotzin. Este rey fué benigno y amable; no hay pormenores de sus acciones ni de los sucesos de su reinado.

QUINATZIN,

Cuarto rey de los Chichimecos.

A Tlotzin sucedió su hijo Quinatzin, llamado también Tlaltecatzin. Su madre fué Quauhcihuatzin, hija del señor de Huejotla. Estableció su corte en Tezcuco. Al principio el reinado fué tranquilo; pero después ocurrieron algunas sublevaciones en Meztitlan y Tototepec. El rey para sofocarlas marchó á la cabeza de un gran ejército é invitó á los jefes rebeldes á que bajasen á la llanura de Tlajimalco para que dieran pruebas de su valor. Los rebeldes obse-

quiaron la invitación bajando á la llanura antes del término señalado, y combatieron obstinada y furiosamente hasta que la noche los separó dejando indecisa la victoria. Continuaron estos tremendos combates por espacio de cuarenta días, hasta que los rebeldes se rindieron á su soberano, quien castigó con severidad á los jefes y perdonó á los demás. Igual cosa hizo con el Estado de Tepepolco que también se había rebelado. Poco tiempo después se rebelaron Huehuetoca, Mizquic y otras cuatro ciudades. El rey fué á combatir en persona contra los de Totolapa y envió á pelear con los otros Estados á jefes valerosos y leales, volviéndolos en poco tiempo al orden.

Techotlalla sucedió á Quinatzin; y como los acontecimientos de éste y de los siguientes reyes chichimecos se enlazan con los de los mexicanos, los reservamos para otro lugar.

Reyes Chichimecos.

Jolotl.....	en el siglo XII.
Nopaltzin.....	„ „ „ XIII.
Tlotzin.....	„ „ „ XIII.
Techotlalla.....	„ „ „ XIV.
Ijtlijochitl.....	„ „ año de 1406.

Entre este y el rey siguiente ocuparon el trono de Acolhuacan los tiranos Tezozomoc y Majtla.

Nezahualcoyotl.....	en el año de 1426.
Nezahualpilli.....	„ „ „ „ 1470.
Cacamatzin.....	„ „ „ „ 1516.
Cuicuitzcatzin.....	„ „ „ „ 1520.
Conacotzin.....	„ „ „ „ 1520.

Se ignora en qué años empezaron los cinco primeros reyes. Es verosímil que la monarquía chichimeca tuvo principio en Anáhuac á fines del siglo XII durando 330 años.

Los acolhuies ó acolhuis entraron en Anáhuac entrado el siglo XIII.

Los Olmeques y los Otomites.

Los olmeques y gicalanques, fueron naciones tan antiguas, que algunos creen que son anteriores á los toltecas en Anáhuac. Se ignora su origen.

Los otomites fueron de los mas antiguos en aquel país. Ocuparon las montañas de Ismiquilpan. En el siglo XV comenzaron á vivir bajo el dominio de Acolhuacan. Fundaron algunos pueblos como los de Jilotepec y Huitzapan. Otros se esparcieron entre los matlatziques y tlalcaleses.

Los Tarascos.

Ocuparon el ameno país de Michuacan; fundaron muchas ciudades y pueblos. Sus reyes fueron rivales de los mexicanos. Sus artistas excedieron á los de las otras naciones.

Los Mazahuis, los Matlatziques y otras naciones.

Los mazahuis pertenecieron por mucho tiempo á la nacion Otomita. Los lugares ocupados por ellos eran los que están situados en las montañas occidentales del Valle de México y que formaban la provincia de Mazahuacan, que pertenecia á la corona de Tacuba.

En el fértil Valle de Toluca formaron un gran Estado los matlatziques, quienes no obstante su acreditado valor, fueron sometidos á la corona de México por el rey Ajayacatl.

Los mijteques y zapotèques poblaron los vastos países que despues llevaron sus nombres, situados al Sudeste de Tezcuco. Los diferentes Estados en que se dividieron aquellos territorios, fueron gobernados por otros tantos jefes y

señores, hasta que los conquistaron los mexicanos. Estos pueblos eran industrioses y civilizados; tenían leyes, practicaban las artes y adoptaban el mismo método de los mexicanos para la computacion del tiempo, y se valian de las mismas pinturas para perpetuar la memoria de los sucesos. En sus pinturas representaban la creacion, el diluvio universal y la confusion de las lenguas, mezclando todo esto con fábulas absurdas. Despues de la conquista, los mijteques y los zapotèques eran los pueblos mas industrioses. Ellos fueron los que criaron los gusanos de seda y á sus cuidados y fatigas se debe toda la cochinilla que por muchos años se llevó de México á Europa.

Segun las tradiciones, los chapaneques fueron los primeros pobladores del Nuevo Mundo. Se tenia como cierto que Votan, nieto del respetable anciano que construyó la barca grande para salvarse á sí mismo y á su familia, del diluvio, y de los que emprendieron la obra del gran edificio para subir al cielo, fué por mandato especial del Señor á poblar aquella tierra. Se creia que los primeros pobladores provenian del Norte, y cuando llegaron á Soconusco, se dividieron unos para habitar en Nicaragua, quedándose los otros en Chiapan. Mas adelante los reyes mexicanos los sometieron á su corona.

Nada se sabe respecto del origen ni de la llegada á Anáhuac de los cohuiques, los cuitlateques, topos, mazateques, popolaques y totonaques.

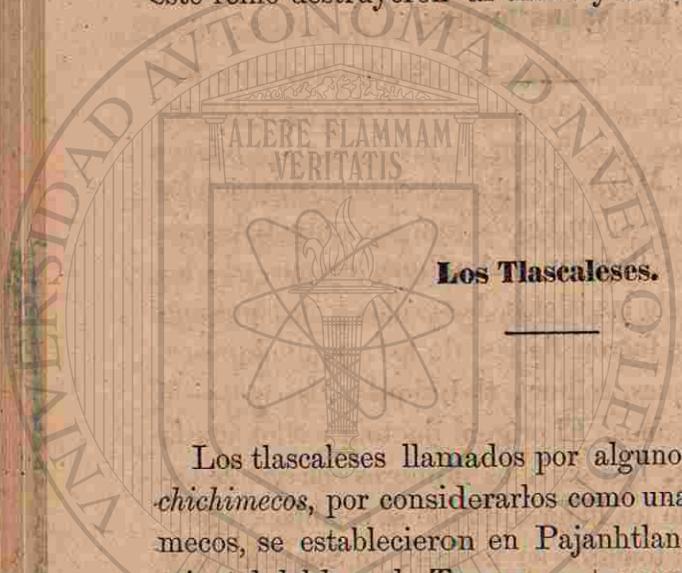
Los Nahuatlaques.

En la historia de México los que hacen mas papel son los nahuatlaques. Este nombre fue dado á las siete tribus de la misma nacion que llegaron á Anáhuac despues de los chichimecos, poblando las isletas, las orillas y los lagos mexicanos. Estas tribus fueron de las de los soquimilqueses, chalqueses, tepaneques, colhuis, tlahuiques, tlascalenses, ó tlaxcaltecos y mexicanos. El origen de todos ellos era la provincia de Aztlan. Los diversos nombres con que se conocen, se tomaron de los lugares donde se establecieron.

Los soquimilques tomaron su nombre de Soquimilco, y fundaron la villa meridional del lago de Chalco. Los chalqueses debieron el suyo á la ciudad de Chalco, situada en la orilla oriental del mismo lago; los colhuis, de Colhuacan los mexicanos, de México; los tlascalenses, de Tlascalla y los tlahuiques de la tierra en donde se establecieron, que siendo muy abundante en cinabrio, se llamó Tlahuican. El nombre de tepaneques se deriva probablemente de algun sitio llamado Tepan donde acaso residieron antes de fundar la célebre ciudad de Azcapuzalco.

Estas tribus llegaron en diversos tiempos. Algunos historiadores confunden á los colhuis con los acolhuis por la afinidad del nombre.

Lo tepaneques tuvieron sus jefes y uno de ellos fué el príncipe Acolhuatzin por haberse casado con la hija de Jotl. Sus descendientes usurparon el reino de Acolhuacan, hasta que los mexicanos unidos con el heredero legítimo de este reino destruyeron al tirano y la monarquía tepaneca.



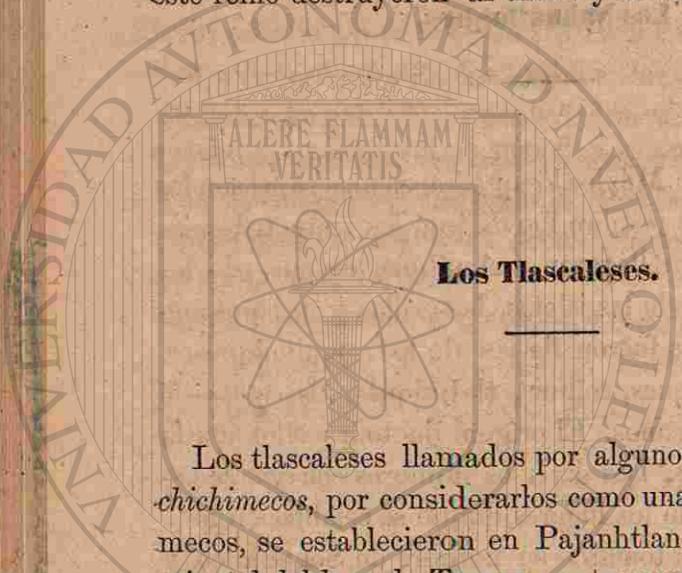
Los Tlascalenses.

Los tlascalenses llamados por algunos historiadores *teochichimecos*, por considerarlos como una tribu de los chichimecos, se establecieron en Pajanhltlan, situado á la orilla oriental del lago de Tezcucó, entre aquella corte y Chimalhuacan. Vivieron algun tiempo, en mucha miseria, por carecer de tierras de cultivo. Lo que los obligó á mantenerse de la caza. Habiéndose multiplicado demasiado, quisieron ensanchar su territorio y se atraieron el enojo de las naciones circunvecinas. Los soquimilques, los colhuis, los tepaneques, y tal vez los chalqueses, se unieron y levantaron un ejército considerable para arrojar del Valle mexicano á tan peligrosos pobladores. La batalla fué de las mas sangrientas y memorables en la historia mexicana. Los tlascalenses no obstante de su inferioridad numérica, hicieron tanto extrago á sus enemigos, que dejaron el campo cubierto de cadáveres, y teñida de sangre una parte del lago, cu-

yas orillas fueron el lugar de la batalla. No obstante de haber salido victoriosos, determinaron abandonar aquel sitio, persuadidos de que no dejarían de ser molestados por sus vecinos, mientras permaneciesen en él y se dividieron yéndose unos al Norte y otros al Mediodía. Unos se establecieron, previo permiso del rey de los chichimecos, en Tolatzinco y en Quauhimanco; los otros caminando al rededor del Popocatepec, por Tetela y Tochimilco, fundaron cerca de Atlisco la ciudad de Quauhquechoan, y otros yendo mas adelante fundaron la de Amalinhecan extendiéndose hasta el Payauhtecatli ó monte de Orizaba, al que probablemente dieron este nombre en memoria del Valle de México de donde habia salido.

La mayor parte se dirigió por Cholula á la falda del monte Matlacueye, de donde desalojaron á los olmecas y á los gicalanques, que eran los antiguos habitantes de aquel país, y dieron muerte á su rey Colopechtli. Se establecieron allí bajo las órdenes de un jefe llamado Colhuacatenetli; se fortificaron por si los pueblos vecinos los atacaban, como sucedió poco tiempo despues. Los huejotziques y otros pueblos levantaron un gran ejército para arrojarlos del país. El golpe fué tan violento y rudo que se vieron obligados á abandonar el terreno y á replegarse á la cima de la gran montaña, de que ya se ha hecho mencion. Hallándose en gran consternacion imploraron la proteccion de los chichimecos y obtuvieron un gran cuerpo de tropas. Los huejotziques no teniendo fuerza suficiente para resistir recurrieron á su vez al auxilio de los tepaneques, mas estos recordando el trágico suceso de Poyauhtlan enviaron sus tropas, pero con orden de no batir á los tlascalenses, avisándoles á éstos que no los tuviesen por enemigos. Con el so-

Lo tepaneques tuvieron sus jefes y uno de ellos fué el príncipe Acolhuatzin por haberse casado con la hija de Jotl. Sus descendientes usurparon el reino de Acolhuacan, hasta que los mexicanos unidos con el heredero legítimo de este reino destruyeron al tirano y la monarquía tepaneca.



Los Tlascalenses.

Los tlascalenses llamados por algunos historiadores *teochichimecos*, por considerarlos como una tribu de los chichimecos, se establecieron en Pajanhltan, situado á la orilla oriental del lago de Tezcucó, entre aquella corte y Chimalhuacan. Vivieron algun tiempo, en mucha miseria, por carecer de tierras de cultivo. Lo que los obligó á mantenerse de la caza. Habiéndose multiplicado demasiado, quisieron ensanchar su territorio y se atraieron el enojo de las naciones circunvecinas. Los soquimilques, los colhuis, los tepaneques, y tal vez los chalqueses, se unieron y levantaron un ejército considerable para arrojar del Valle mexicano á tan peligrosos pobladores. La batalla fué de las mas sangrientas y memorables en la historia mexicana. Los tlascalenses no obstante de su inferioridad numérica, hicieron tanto extrago á sus enemigos, que dejaron el campo cubierto de cadáveres, y teñida de sangre una parte del lago, cu-

yas orillas fueron el lugar de la batalla. No obstante de haber salido victoriosos, determinaron abandonar aquel sitio, persuadidos de que no dejarían de ser molestados por sus vecinos, mientras permaneciesen en él y se dividieron yéndose unos al Norte y otros al Mediodía. Unos se establecieron, previo permiso del rey de los chichimecos, en Tolatzinco y en Quauhimanco; los otros caminando al rededor del Popocatepec, por Tetela y Tochimilco, fundaron cerca de Atlisco la ciudad de Quauhquechoan, y otros yendo mas adelante fundaron la de Amalinhecan extendiéndose hasta el Payauhtecatli ó monte de Orizaba, al que probablemente dieron este nombre en memoria del Valle de México de donde habia salido.

La mayor parte se dirigió por Cholula á la falda del monte Matlacueye, de donde desalojaron á los olmeques y á los gicalanques, que eran los antiguos habitantes de aquel país, y dieron muerte á su rey Colopechtli. Se establecieron allí bajo las órdenes de un jefe llamado Colhuacatenetli; se fortificaron por si los pueblos vecinos los atacaban, como sucedió poco tiempo despues. Los huejotziques y otros pueblos levantaron un gran ejército para arrojarlos del país. El golpe fué tan violento y rudo que se vieron obligados á abandonar el terreno y á replegarse á la cima de la gran montaña, de que ya se ha hecho mencion. Hallándose en gran consternacion imploraron la proteccion de los chichimecos y obtuvieron un gran cuerpo de tropas. Los huejotziques no teniendo fuerza suficiente para resistir recurrieron á su vez al auxilio de los tepaneques, mas estos recordando el trágico suceso de Poyauhtlan enviaron sus tropas, pero con órden de no batir á los tlascalenses, avisándoles á éstos que no los tuviesen por enemigos. Con el so-

corro de los Tezcucanos y con la perfidia de los tepaneques; los huejotzincos fueron completamente derrotados y obligados á volver ignominiosamente á sus terrenos. Los tlascalses hicieron la paz con sus vecinos y continuaron su empezada poblacion.

Este es el origen de la república de Tlaxcala eterna rival de México y causa de su ruina. Cuando aumentó la poblacion se dividió la ciudad en cuatro cuarteles que se llamaron *Tepeticpac*, *Ocotelolco*, *Quiahuistlan* y *Tizatlan*.

Los tlascalses eran guerreros, valerosos y muy celosos del honor y de la libertad. Conservaron por mucho tiempo el esplendor de su república, hasta que habiéndose unido á los españoles contra los mexicanos quedaron envueltos en la comun ruina. Eran idólatras, supersticiosos y crueles en su culto, como los mexicanos. Su principal *Númen* era *Comajtle*, el mismo que reverenciaban los mexicanos con el nombre de *Huizilopochtli*; comerciaban principalmente en maíz y en cochinilla. Por la abundancia con que se daba el maíz se le dió á su capital el nombre Tlajcalan, esto es, tierra de pan.

Viajes de los mexicanos al país de Anáhuac.

Los aztecas ó mexicanos vinieron hasta el año de 1160 de la era vulgar de Aztlan, segun se infiere de la peregrinacion que hicieron y de las investigaciones de los españoles. La razon que tuvieron para abandonar á su patria

fué acaso la misma que impulsó á las otras naciones á hacer otro tanto; pero hay otras versiones que cuentan los autores mexicanos.

Dicen que habia entre los aztecas un gran personaje llamado Huitzitan, cuya opinion prevalecia siempre entre aquellas gentes. Este se empeñó, por motivos que se ignoran, á mudar de país, y miéntras se ocupaba en este proyecto, oyó cantar en las ramas de un árbol á un pajarillo cuyo silbido imitaba la palabra mexicana *Tihui*, que quiere decir *vamos*. Le pareció por esto la ocasion de realizar su proyecto. Llamó á otra persona de gerarquía á *Tecpaltzin*, lo llevó á donde el pájaro cantaba, y le dijo: "No entiendes, amigo! *Tecpaltzin*, lo que dice esta avecilla? Ese *Tihui*, *Tihui* que no cesa de repetir ¿qué otra cosa significa sino que ya es tiempo de abandonar este país y buscar otro? Acaso este es un aviso de algun *Númen* oculto que vela por nuestro bien. Obedezcamos á su voz, y no despertemos su cólera con nuestra desobediencia." Convino *Tecpaltzin* en la interpretacion, y puestos de acuerdo aquellos dos personajes decidieron ponerse en marcha.

El viaje de los aztecas se verificó en el año de 1160 de la era vulgar. Por las pinturas que representan este viaje parece que fueron por el rio Colorado que desagua en el golfo de California; cuando llegaron á los 35° caminaron hácia el Sudeste hasta el rio Gila, donde permanecieron algun tiempo. Volvieron á ponerse en camino siguiendo hácia la misma direccion é hicieron alto en la mitad de 29°, en un sitio que distaba mas de doscientas cincuenta millas de Chihuahua, hácia el Noroeste, cuyo lugar se conoce con el nombre de *Casas Grandes*. Atravesaron los montes de Tarahumara y dirigiéndose al Mediodía, llegaron á

Huicolhuacan, que hoy se llama *Culiacan*, situado sobre el golfo de California á los $24\frac{1}{4}^{\circ}$. Allí formaron una estátua que representaba á Huitzilopochtli, númen protector de la nacion. Hicieron tambien una silla de juncos y cañas para conducirlo, á la que dieron el nombre *Tevicpalli* (silla de Dios) y eligieron cuatro sacerdotes que la llevarsen, á los que llamaron *Teotlamacazque* (siervos de Dios) y al acto de llevarla lo designaron con el de *Teomama*, esto es; llevar en hombros á Dios.

Caminando despues hácia el Levante llegaron á Chicomoztoc, donde se detuvieron. Las siete tribus que habian caminado juntas allí se dividieron, y yendo mas adelante los *zochimilques*, los *tepaneques*, los *colhuis*, los *chalquesees*, los *tlahuiques* y los *tlascaleses* dejaron allí á los mexicanos con su ídolo. No es conocida la situacion de Chicomoztoc donde permanecieron los mexicanos durante nueve años; se cree que debe estar á veinte millas de Zacatecas.

De Zacatecas, fueron por Ameca, Cocula y Sayula pasando por Colima y Zacatula; volvieron hácia el Levante, subieron á Malinalco que está en las montañas que rodean el valle de Toluca, y dirigiéndose al Norte, llegaron en 1196 á la ciudad célebre de Tula.

En el viaje de Chicomoztoc á Tula hubo un incidente que dió por resultado la division de la tribu en dos facciones que se hicieron eternas rivales. Caminando la tribu encontraron enmedio del campamento dos bultos, uno contenia una piedra preciosa y el otro dos leños; sobre la posesion de estos objetos hubo una gran disputa; pues cada uno queria apoderarse de ellos, por creerlos un don de la divinidad. A primera vista despreciaron los leños; pero despues advertidos por el sábio Huitzitan de la utilidad que podian

sacar de ellos para hacer fuego, disputaban la posesion de dichos leños mas que la de la piedra preciosa. Los que se apoderaron de ésta fueron los que se llamaron *tlaltelolcos*, por estar cercano á esta ciudad el sitio á donde se establecieron. Los que tomaron los leños se llamaron mexicanos ó tenochques.

Los aztecas dieron muchos rodeos para llegar á Anáhuac, erigiendo en varios lugares vastos edificios por creer que habian llegado al fin de su peregrinacion; pero despues los abandonaban cuando experimentaban algunos inconvenientes.

En Tula permanecieron nueve años, y once en otros sitios circunvecinos, hasta que en 1216 llegaron á Zompanco; fueron acogidos por Tochpanecatli, señor de aquella ciudad, con cuanta benevolencia es posible, al grado de pedirles una doncella noble para casarla con su hijo *Ilhuicatli*. Los mexicanos designaron para esposa á *Tlapacantzin*, y de este enlace descendieron los mexicanos.

Despues de residir siete años en Zompanco, se fueron á una ciudad inmediata llamada Tizajocan, en donde Tlapacantzin dió á luz un niño que se llamó *Huitzilihuitl*, y á la vez dieron otra doncella al señor de Quauhtitlan; el nombre de esta doncella era *Jocuiatzin*. De Tizajocan pasaron á Tolpetlac y Tepeyacac, donde actualmente está el templo de nuestra Señora de Guadalupe.

Desde que aparecieron en aquel país los mexicanos fueron reconocidos por el rey *Jolotl*, el cual les permitió que se establecieran donde les pareciese mas conveniente; pero habiendo sido molestados en Tepeyacac por Tenaucacaltzin, caudillo de los chichimecos, se refugiaron en Chaytepec.

La persecucion que sufrieron de muchos caudillos, los obligó á buscar un asilo mas seguro en Acocolco. Allí pasaron durante cincuenta y dos años una vida miserable, sustentándose con peces, insectos y raíces, y cubriéndose con una hoja de una planta llamada Acmojtli.

Esclavitud de los mexicanos en Colhuacan.

El Jefe de Colhuacan para hacerles pagar el tributo les declaró la guerra, los venció y los hizo esclavos.

Despues de algunos años de ser esclavos los mexicanos, se declaró la guerra entre los Colhuis y los Joquimilques, con tanta desventaja por parte de los primeros, que en casi todos los combates fueron vencidos. Agobiados con tantas pérdidas, resolvieron echar mano de sus prisioneros; les mandaron disponerse para la guerra sin darles armas. Los mexicanos creyeron llegada la ocasion de grangear á sus señores y determinaron hacer en defensa de ellos toda clase de esfuerzos. Se armaron con bastones largos y fuertes, cuyo punto endurecieron con el fuego, tanto para atacar á sus enemigos, como para saltar de un isloto á otro, dado el caso de un combate en el agua. Convinieron en no detenerse en hacer prisioneros, como era costumbre, sino seguir adelante y solo cortarles una oreja dejándolos libres. Mientras los Colhuis y los Joquimilques combatian bien por tierra ó

por agua, se arrojaron impetuosamente á los enemigos, cortando como hemos dicho una oreja á los prisioneros y echándolas en los cestos que al efecto llevaban.

Con este auxilio lograron los Colhuis una victoria completa haciendo á los Joquimilques no solo abandonar el campo sino huir á los montes.

Concluida la batalla se presentaron los Colhuis al general, con los prisioneros que habian capturado. Fueron llamados los mexicanos para que dijeran cuántos prisioneros habian hecho; pero no presentando ninguno (pues cuatro que tenian los reservaban para lo que se dirá adelante), fueron tratados de cobardes por el general, y burlados por los soldados Colhuis. Entónces sacando los canastos llenos de orejas, «inferid, dijeron, por el número de estos despojos, el de los prisioneros que hemos podido hacer si hubiéramos querido; pero no nos ha parecido bien perder el tiempo en atarlos, y preferimos acelerar la victoria.»

Con esta respuesta quedaron algo amedrentados los Colhuis y comprendieron entónces el valor de sus esclavos.

Restituidos los mexicanos al lugar de su residencia, que era segun se cree Huitzilopochco, erigieron un altar á su dios protector, y deseando ofrecerle algun objeto precioso lo pidieron á su señor, quien les mandó como en señal de desprecio un saco súcio, y dentro un pájaro muerto y otras inmundicias, cuyos objetos llevaron los sacerdotes Colhuis al altar, retirándose inmediatamente. Grande fué el enojo de los mexicanos por burla tan indigna, y reservaron vengarse mas adelante, poniendo entre tanto sobre el altar en lugar de esas inmundicias, un cuchillo de itztli y una yerba olorosa. Cuando llegó el dia de la ceremonia, quisieron asistir á ella el Jefe de la nacion y la nobleza, con el objeto de

burlarse de sus esclavos. Anuncióse la función con un baile solemne, y cuando mas atentos estaban los circunstantes, sacaron á los cuatro prisioneros Joquimilques, y despues de haberlos hecho bailar un rato, los sacrificaron sobre una piedra, rompiéndoles el pecho con el cuchillo de itztli, les sacaron el corazon, que calientes aún ofrecieron á su dios.

Tan inhumano sacrificio, el primero que se verificaba en aquel país, atemorizó de tal manera á los Colhuis, que determinaron deshacerse de tan crueles esclavos. El caudillo Cojcaj les dió orden de que saliesen de su territorio y fuesen donde les pluguiese.

Extraordinariamente contentos los mexicanos por haber salido de su esclavitud, se encaminaron hácia el Norte, llegaron á Acatzintlan, lugar situado entre los dos lagos, llamado despues por ellos *Megicatztinco*, que significa lo mismo que México. No hallando allí la comodidad que buscaban y deseando, por otra parte, alejarse mas de los Colhuis, pasaron á Iztacalco, aproximándose al lugar en donde se fundó despues México.

Habiendovivido dos años en Iztacalco, pasaron por último, al lago en donde habian de fundar su ciudad. Hallaron allí un nopal nacido en una piedra, y sobre dicha planta un águila. Por esta circunstancia dieron despues á su ciudad el nombre de *Tenochtitlan*. Segun los historiadores, eran las señales que habia dado el oráculo para la fundación de la ciudad.

Fundacion de México.

Lo primero de que se ocuparon los mexicanos cuando tomaron posesion de aquel sitio, fué la erección de una cabaña á su dios Huitzilopochtli. Al inaugurar aquel santuario hubo su efusion de sangre humana, pues habiendo salido un mexicano á buscar un animal para inmolarlo en aras de la divinidad, se encontró con un colhua llamado *Tomimitl*, y habiendo emprendido una disputa en la que llegaron á las manos, lo venció el mexicano y lo llevó atado á sus compatriotas, quienes lo sacrificaron inmediatamente, presentando con regocijo el corazon que le habian arrancado del pecho, sirviendo tal crueldad de culto sanguinario á su falso númen. Al rededer del santuario fabricaron sus chozas construidas con cañas y juncos. Tal fué el principio de la fundacion de Tenochtitlan, llamada tambien México, tomado de su dios tutelar, que significa *lugar de Megitli*, ó de Huitzilopochtli.

México fué fundado el año 2 Callí, que corresponde al 1325 de la era vulgar, reinando el chichimeco «Quinatzin.»

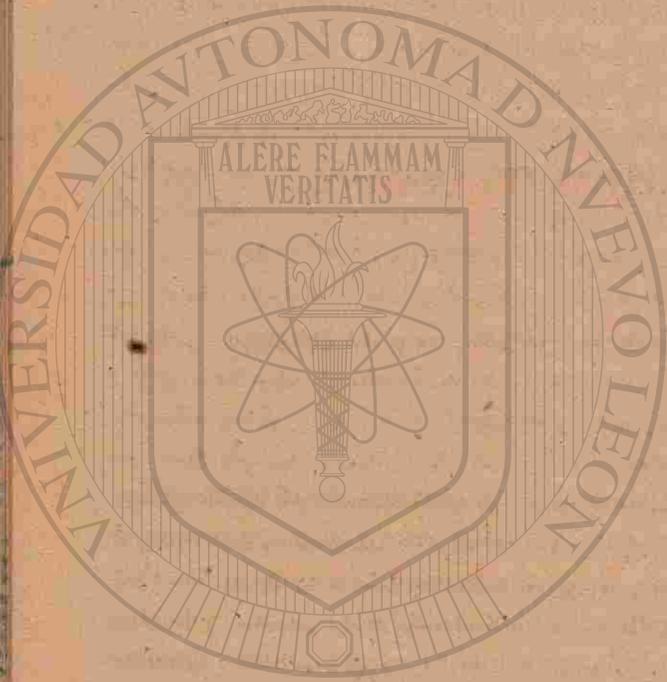
Division de los Mexicanos.

Trece años permanecieron así los mexicanos arreglando su orden civil, y remediando sus miserias á fuerza de industria y trabajo. La discordia suscitada durante su peregrinacion, se trasmitió de padres á hijos y dió sus resultados por el año de 1338. Una faccion tomó la resolucion de separarse; pero no pudiendo alejarse mucho, se detuvo en otra isla situada al Norte, en la que por haber encontrado un monton de arena fué llamada "Taltlohco," y despues por el terraplen que hicieron "Tlaltelolco." Los que se establecieron en la nueva isla se llamaron tlaltelolques, y los que permanecieron en el primer sitio tenochques ó mexicanos. Los mexicanos dividieron la ciudad en cuatro cuarteles, denominándolos con los nombres de sus dioses tutelares. Esta division subsiste con los nombres de San Pablo, San Sebastian, San Juan y Santa María. En medio de ellos estaba el santuario de Huitzilopochtli.

Sacrificio inhumano.

En honor de Huitzilopochtli hicieron un horrendo sacrificio. Mandaron al caudillo de Colhuacan una embajada

rogándole diese á una de sus hijas, para consagrarla como madre de su dios protector, haciéndole creer que era orden expresa de su númen. El caudillo convencido con la deificacion de una hija, concedió á los mexicanos lo que pedian, sin preever lo que le sobrevino. Fué conducida aquella doncella y apenas llegó, mandó el demonio, segun los historiadores, que fuese sacrificada, desollada despues de muerta, y con su pellejo se vistiese uno de los principales jóvenes de la nacion: el plan se ejecutó puntualmente. Cuando el caudillo llegó para presenciar el apoteosis de su hija, fué espectador de esa gran funcion. Entró al santuario, donde al lado del ídolo estaba en pié el jóven, vestido con la ensangrentada piel de la víctima: la oscuridad no le permitió ver lo que pasaba. Pusiéronle en la mano un incensario y un poco de copal, para que hiciese las ceremonias del culto; pero habiendo visto á la luz de las llamas que daba el copal, aquel horripilante espectáculo, transido de dolor y arrebatado por el afecto, salió gritando como loco y mandando á su gente tomase venganza de tan bárbaro atentado, yéndose á su casa á llorar su infortunio toda su vida. La hija fué diosa y madre honoraria de Huitzilopochtli y de todos sus dioses, que es lo que significa "Telcoinan," nombre por el cual fué desde entónces conocida.



Libro Tercero.

Acamapitchzin, primer rey de México.

HASTA 1352 el gobierno de los mexicanos fué oligárquico. Los nobles que regían la nacion eran veinte, el principal de ellos fué Tenoch. Despues erigieron una monarquía. Por consentimiento comun fué elegido monarca Acamapichzin; este rey era uno de los mas ilustres y prudentes personajes. Su padre fué Opochtli y su madre Atazotli. Como no se habia casado, determinaron buscarle una jóven de las primeras casas de Anáhuac, y ántes enviaron embajadas al jefe de Tacuba y al rey de Atzacpoozalco, quienes desecharon con desprecio la proposicion. Entónces hicieron la misma demanda á Acolmiztli, señor de Coatlichan, rogándole que les diese por reina á alguna de sus hijas. Accedió á esta solicitud y les dió á su hija Ilancuitl, la que llevaron en triunfo los mexicanos, celebrando las bodas con grande alegría.

Quaquahpitzahuac, rey primero de Tlaltelolco.

Los tlaltelolques á imitacion de los mexicanos crearon tambien su rey; pero no pareciéndoles conveniente que fuera de su nacion, solicitaron del señor de Atzacotalco que les mandase uno de los tepaneques para que los gobernase. El rey accedió á esta solicitud y les envió al príncipe Quaquapitzahuac.

Acamapichtzin no tuvo sucesion en la reina Ilacucitl, por lo que se casó con "Tezcatlamiahuatl," hija del señor de Tetepanco, en la que tuvo muchos hijos, entre ellos Huitzilihuitl y Quimalpopoca, sus sucesores en el trono. Tuvo además otras hijas con el título de reinas, una de ellas esclava, de la que nació Izcoatl, uno de los mejores y mas célebres reyes de Anáhuac. Acamapichtzin falleció en 1389.

Huitzilihuitl, segundo rey de México.

Por votacion de los nobles fué elevado Huitzilihuitl, al tlatlocaicpalli ó trono, le pusieron en la cabeza el "copilli" y le protestaron obediencia. No estando casado cuando subió al trono Huitzilihuitl, resolvieron los mexicanos solicitar

en matrimonio para su rey una de las hijas de Tezozomoc, rey de Atzacotalco, quien les entregó á Ayauheihuatl con tal objeto. Los mexicanos la condujeron con bastante pompa á México, eu donde se celebró el casamiento. De este enlace nació "Acolnahuacatl;" pero deseoso de ennoblecér su nacion con nuevas alianzas, pidió y obtuvo Huitzilihuitl, del señor de Quauhuahuac á su hija llamada "Miahuajochitl," de quien tuvo á Moctezuma "Ilhuicamina," el rey mas famoso de los mexicanos.

Techotlala, rey de Acolhuacan.

Reinando en Acolhuacan, Techotlala, hijo de Quitnazin, se revelaron contra la corona Izompan, señor de Jaltocan, y para vigorizar su sublevacion, llamó en su ayuda á los Estados de Otompan, Meztitlan, Quahuacan, Tecomic, Quahtitlan y Tepozotlan. El rey les ofreció el perdon y no habiéndolo aceptado los sublevados, se irritó y llamó en su auxilio á los mexicenos y tepaneques. La guerra fué obstinada y duró dos meses, habiendo obtenido la victoria el rey: Izompan y los demas jefes rebeldes, fueron castigados con el suplicio, en donde terminó la estirpe de Chiconquauhtitli.

Concluida la guerra, el rey Techotlala, para evitar nuevas rebeliones, dividió su reino en sesenta y cinco Estados, dando á cada uno un señor que lo rigiese. Nombró á Teltoto, general de los ejércitos, á Jalqui, aposentador é in-

troductor de embajadores, á Tlamí, mayordomo de Palacio, á Amezchichi, inspector de policía de las casas reales, y á Cohuatl, director de los plateros de Ocolco. El aposentador tenía á sus órdenes cierto número de oficiales colhuis, el mayordomo chichimecos y el inspector tepanecos.

Enemistad de Majtlaton contra los mexicanos.

Majtlaton, señor de Coyoacan, hijo del rey de Atzcapotzalco, había llevado á mal el casamiento de su hermana Ayauhzihuatl, y en el décimo año del reinado de Huitzilihuitl, se trasladó á Atzcapotzalco, y se quejó á la nobleza de los mexicanos, y despues de haber pintado con colores exagerados y llenos de pasion, las condiciones de los mexicanos, llamó á Huitzilihuitl, á quien recibió en una sala de su palacio, y despues de la comida le hizo una severa reprehension, por la injuria que creia haber recibido por su matrimonio con Ayauhzihuatl. El rey mexicano protestó con humildad su inocencia; pero á pesar de la sinceridad de su excusa, el rey le protestó vengarse en la primera ocasion que se le presentara.

Tlacateotl, segundo rey de Tlaltelolco.

En el año de 1399 murió en Tlaltelolco el rey Quauquauhpihuac, y en su lugar fué elegido Tlacateotl.

Ijtlijotchitl, rey de Acolhuacan.

Muerto Techotlala, le sucedió su hijo Ijtlijochitl, y habiendo surgido algunas diferencias con el señor de Atzcapotzalco, se previno, haciendo á los señores de Coatlichan y de Huejotla, que armasen prontamente cuantas tropas pudieran. Nonbró general del ejército á Tochinteuctli, hijo del señor de Coatlichan y para sustituirlo en cualquier evento á Quauhjilotl, señor de Iztapallocan. Se declaró la guerra escogiendo para teatro la llanura Quauhtitlan: fué obstinada, equilibrándose la disciplina de los tezcocanos con el número de los tepaneques. Fatigadas ambas tropas por una lucha continua de tres años, Tezozomoc propuso con perfidia la paz y el rey de Acolhuacan la aceptó, sin exigir condicion alguna que la asegurase en el porvenir.

Quimalpopoca, tercer rey de Mexico.

Terminada la guerra murió Huitzilihuitl el año de 1409 despues de veinte años de reinado. Fué elegido su hermano Quimalpopoca, y desde entónces quedó establecida la práctica de elegir á uno de los hermanos del rey difunto y en su falta á un sobrino.

Mientras Quimalpopoca se afirmaba en el trono de México, Ijtlijotchitl vacilaba en el de Acolhuacan. Vióse este desgraciado monarca andar por los montes, custodiado por los señores de Huejotla y Coaltichan, que le fueron fieles

Muerte de Cihuacuecuenotzin y de Ijtlijochitl.

Habiendo matado á pedradas los otompaneses y tepaneques á Cihuacuecuenotzin, que se le habia enviado á Otompan de embajador con una comision arriesgada, se dió aviso de este suceso al señor de Acolman que era hijo de Tezozomoc, y este creyendo llegada la oportunidad de sus designios, llamó á los señores de Otompan y de Chalco y les encargó que armasen en el mayor secreto un ejército numeroso, y lo embarcasen en un monte vecino al campamento del rey de Tezcucó; que de allí enviasen dos capitanes diestros y valerosos, los cuales con el falso pretesto de comunicar al rey un negocio de importancia, procuráran alejarlo lo posible de su gente y le dieran muerte. Hallábase el rey en las cercanías de Tlascala; no sospechó nada de los dos capitanes que se le presentaron, y cayó incautamente en la asechanza que se le habia preparado. Así acabó sus dias el desventurado rey Ijtlijochitl el año de 1410, despues de siete años de reinado.

Dejó varios hijos, entre ellos Nezahualcoyotl, heredero de la corona, y cuya madre fué Matlaleihuatzin, hija de Acamapitzin rey de México. Este príncipe, dotado de ingenio y de una magnanimidad á toda prueba, no pudo to-

mar posesion del trono sino despues de algunos años, por la preponderancia de Tezozomoc, que le suscitó infinitos peligros y contratiempos.

Muerte del tirano Tezozomoc.

Ocho años poseyó Tezozomoc el reino de Acolhuacan, pretendido por Nezahualcoyotl. Tuvo unos sueños funestos. Soñó que Nezahualcoyotl, trasformado en águila, le destrozaba el pecho y le desgarraba el corazon: y otra vez, que convertido aquel príncipe en leon, le comia el cuerpo y le chupaba la sangre. De tal modo le amedrentaron estos sueños, que llamó á sus tres hijos Tayatzin, Tenetzintli y Majtlaton, y les contó estas visiones encargándoles matasen cuanto ántes á Nezahualcoyotl, de manera que no se soepechase al autor del delito. Apenas sobrevivió un año á este suceso. Era tan viejo, que siempre lo tenian cubierto de algodon en una canasta. Poco ántes de morir nombró por sucesor á su hijo Tayatzin, encargándole de nuevo la muerte de Nezahualcoyotl. Murió el año de 1422 despues de haber tiranizado nueve años el reino de Acolhuacan.

Majtlaton, tirano de Acolhuacan. [®]

Majtlaton conoció pocos dias despues de la muerte de su padre, al pueblo de Atzacapotzalco, y le dijo que no pudien-

do permanecer en el alcázar de su padre, que pertenecía á Tayatzin, necesitaba de una casa en aquella corte para alojarse cuando algun grave motivo le llamase á sus Estados de Coyoacan, queria que le diesen una prueba de amor, construyéndole á la mayor posible brevedad un edificio. Los atzcapozalques, con una diligencia y mansedumbre poco comunes, correspondieron á este llamamiento, al grado, de que Toyatzin á su regreso de México, en donde solo habia permanecido tres dias, encontró la obra concluida. Terminada la fabricacion en poco tiempo, convidó Majtlaton á sus hermanos á comer. Quimalpopoca mas precavido rechazó el convite. Llegado el dia del convite, cuando estaban mas engolfados, entró gente armada y acometió con tal violencia á Tayatzin, que apenas tuvo tiempo de fijarse en los asesinos ántes que éstos le dieran muerte. Majtlaton manifestó á los presentes, que solo habia usado del derecho de defensa, pues este golpe estaba preparado por su hermano hácia él, y con esto calmó pérfidamente los ánimos, é hizo que lo aclamasen rey.

Agravios que hizo el tirano al rey de Mexico.

Era extraordinario el enojo de Majtlaton contra el rey de México; pero no quiso manifestarlo hasta asegurar el trono, concretándose únicamente á lanzar injurias contra su persona y dignidad. Despues le mandó el rey de México el regalo que solia hacerle anualmente por su reconocimiento, el cual consistía en tres cestos de peces, cangrejos,

ranas y algunas legumbres, llevaron éste por seña algunas personas notables de la corte de Quimalpopoca, los cuales pronunciaron al entregarlo un discurso elocuente, lleno de frases de sumision y respeto. Majtlaton aparentó recibirlo con agradecimiento; pero debiendo corresponderlos, segun la costumbre, halló este medio para vengarse y despues de consultar con sus confidentes, entregó á los enviados, para que le llevasen á su rey un *cueitl*, que era un traje mujeril y una camisa para el mismo sexo. Esto tuvo por objeto, como es fácil presumir, significarle al rey que lo tenia por afeminado y cobarde; era pues la injuria mas sensible que pudiera hacerse á aquellas gentes, que fundaban su orgullo en el valor y en el atrevimiento. Quimalpopoca aunque se indignó de esta afrenta y deseaba vengarse, no pudo hacerlo por carecer de medios para ello.

A esta ofensa siguió otra mas afrentosa. Sabiendo el tirano que entre las mujeres del rey de México habia una extraordinariamente hermosa, concibió la perversa idea de sacrificar á sus deseos la honestidad y la justicia. Con el fin depravado de satisfacer su instinto, hizo que unas damas tepaneques convidasen á la mexicana á pasar algunos dias en Atzcapozalco. Como estas visitas eran frecuentes en la aristocracia, el maligno príncipe encontró la oportunidad que deseaba, sin que fueran bastantes á contenerlo, ni las lágrimas, ni los esfuerzos de aquella infeliz. Volvióse aquella víctima á México, llena de ignominia, poseida del dolor mas acerbo y se quejó con su marido; el que no queriendo sobrevivir á su deshonra, ni morir á manos de sus enemigos, determinó dar fin á su existencia, sacrificándose á su dios Huitzilopochtli, creyendo que de esta suerte borraría la infamia recibida.

Comunicó su resolución á los cortesanos quienes no solo la aplaudieron, sino que manifestaron disposiciones de participar de la gloria de tan bárbaro sacrificio.

Prision y muerte del rey Quimalpopoca.

Llegado el día en que debía verificarse aquella religiosa tragedia, vestido el rey de dios Huitzilopochtli, y sus demas acompañantes con las mejores ropas, comenzó la fiesta con un solemne baile, durante el cual iban los sacerdotes sacrificando una á una aquellas desventuradas víctimas, debiendo ser la última el rey. Habiendo llegado noticia de este sacrificio al tirano, y tratando de que su enemigo no se sustrajese á su venganza por medio de una muerte voluntaria, envió tropas á que impidieran el sacrificio, habiendo llegado en efecto cuando solo faltaban por inmolarsé dos víctimas y el rey. Se apoderaron de él los tepaneques y lo condujeron á Atzacapotzalco, donde lo colocaron en una fuerte jaula de madera, que era la cárcel usada en aquellos tiempos, haciéndolo custodiar por una guardia numerosa.

Esta intentona llevada á término con feliz éxito, envalentonó á Majtlaton y le sugirió la idea de apoderarse del príncipe Netzahualcoyotl, y para conseguirlo protestó un convenio con él acerca de la corona de Acolhuacan: pero habiendo descubierto Netzahualcoyotl, maligna intencion en su contrario, decidió en su tránsito por Tlaltelolco, visitar á uno de sus confidentes llamado Quiquincatl, el cual

le hizo saber que el tirano no solo maquinaba contra su vida, sino contra la del rey de Tlaltelolco, pues deseaba aniquilar toda la nacion Acolhua. Sin que esta revelacion le amedrentase, pasó aquella misma tarde á Atzacapotzalco y en la mañana siguiente fué á buscar á Chachaton, favorito del rey, juró que no obstante esto, habia manifestado grandes simpatías á Netzahualcoyotl, y pretendió que dicho favorito disuadiese á Majtlaton de intentar contra su persona.

Fueron juntos á palacio, y el favorito se adelantó para anunciar á su señor la llegada del príncipe y hablarle en su favor; despues llegó el príncipe hablando al tirano en estos términos: «Sé que habeis aprisionado al rey de México, y no sé si habeis mandado darle muerte ó si vive aún en su prision. He oido tambien que quereis quitarme la vida. Si así es, aquí estoy: matadme con vuestras manos, á fin de que se desahogue vuestra cólera con un príncipe tan inocente como desgraciado.» Al concluir saltaron de sus ojos algunas lágrimas. Majtlaton dijo á su favorito: «¿Qué te parece de esto?» «¿No es admirable que un jóven que apenas ha empezado á gozar de la vida, venga tan intrépidamente á la muerte?» y volviéndose al príncipe le dió seguridades de no intentar contra su vida, le manifestó que el rey de México no habia muerto, ni pensaba matarlo, y trató de vindicarse del cautiverio de aquel monarca, dando orden de que se alojase al príncipe dignamente.

Habiendo sabido Quimalpopoca la llegada del príncipe, lo mandó llamar á su prision, le expuso la série de sus desgracias y las intenciones del tirano; le suplicó no volviera á la corte, porque lo harian morir tambien y la nacion acolhua quedaria en la orfandad y el abandono. «Finalmente,

le dijo, pues mi muerte es inevitable, te ruego encarecidamente que cuides de mis pobres mexicanos. Sé para ellos un verdadero hermano y un padre afectuoso, y en prenda de mi afecto, acepta este pendiente, que fué de mi hermano Huitzilihuitl,» y quitándose del labio un pendiente de oro, y otros de las orejas que conservaba en su prision, se los dió al príncipe, haciendo otros regalos al sirviente que lo acompañaba, y se separaron llenos de dolor. Netzahualcoyotl, obedeciendo el consejo de su cuñado, salió inmediatamente de la corte, pasó á Tlaltelolco, donde tomando un barco con buenos remos se dirigió á Tezeuco.

Quimalpopoca, no queriendo dar á su enemigo la satisfaccion de que lo matase, concibió como mas digno poner fin á sus dias, y se ahorcó de una de las vigas de su jaula con el cinturon que usaba. Así concluyó trágicamente el tercer rey de México.

Cuando Majtlaton supo la muerte de su prisionero se enfureció y proyectó no dejar sustraer á Netzahualcoyotl de su venganza: su cólera fué tanta, que ni la religión pudo modificarla, y mandó á cuatro capitanes de los mas arrojados de su ejército buscasen al príncipe y lo matasen donde lo encontraran. Se fueron directamente á Tezeuco, donde estaba el príncipe jugando al balón con un criado suyo llamado Ocelotl. Antes que los capitanes llegasen á su casa, supo la llegada de los tepanecos y sospechando lo que podria ser, dejó el juego y se retiró á palacio. Habiendo diferido la entrevista con ellos hasta despues de la comida, tuvo tiempo para escaparse por una salida secreta é irse á Cuautitlan, donde contaba con gente fiel y adicta á su persona, y allí se escondió. Sus perseguidores habiendo aguardado un gran rato despues de la comida; viendo que

no parecia ni el príncipe ni su sirviente Ocelotl, y habiendo buscado en vano por toda la casa sin encontrarlo, calcularon que se habia escapado y salieron á buscarlo. Un campesino les dió noticia de que lo habian encontrado por el camino de Cuautitlan y se dirigieron allí á mano armada, amenazando á los habitantes con la muerte si no entregaban al fugitivo: fué inútil esta amenaza, pues los habitantes con una fidelidad y obstinacion que les honra, no lo descubrieron, sin embargo de que muchos fueron víctimas de su celo. Entre los sacrificados estuvo Tochellantzin, sobrestante de todos los telares del pueblo y Matlalilntzin, señora de noble gerarquía. Habiendo sido estériles los esfuerzos de los tepanecas para hallar al príncipe é inútil la crueldad que emplearon para ello, salieron al campo; pero Netzahualcoyotl salió por el lado opuesto y hubiera caído en las garras de sus perseguidores, si los campesinos no lo hubieran ocultado en unos montones de yerba llamada Chiam.

Libre ya el príncipe de tanto riesgo, pernoctó en Tezcoczingo, casa situada en una posesion amenísima, y que sus abuelos habian construido para su recreo. En dicha casa se encontraban seis señores, que despojados de sus dominios andaban errantes. Celebraron un consejo secreto en la noche y acordaron solicitar el auxilio de los chalqueses, sin hacer caso de la participacion que habian tenido en la muerte del rey Ijtlijotchitl.

Al dia siguiente pasó el rey á Matlallan para excitar á los de su partido á tomar las armas, y habiendo encontra-

do al segundo día de su viaje, en Apam, á los chololeses, éstos le ofrecieron ayudarlo en la guerra. Ese mismo día le noticiaron la muerte de Huitzilihuitl, favorito suyo, el cual murió en la tortura que le impuso Majtlaton para arrancarle el secreto, sin conseguir su objeto. Pasó en seguida de Apam á Huejotzínco, donde fué recibido con afecto por un pariente suyo, quien le ofreció auxiliarlo con todas sus fuerzas: de allí pasó á Tlaxcala y determinó el lugar en donde debían reunirse las fuerzas. Pocos días después se dirigió á Capolalpan, acompañado de tantos nobles, que mas bien parecía un rey viajero que un fugitivo. En este último punto recibió la misiva de los chalqueses, manifestándole el vivo deseo de servirlo.

Izcoatl, cuarto rey de México.

Los mexicanos viéndose sin rey y afligidos por los tepaneques, se resolvieron á elegir otro, recayendo este nombramiento en Izcoatl, hermano de los dos reyes precedentes é hijo natural de Acamapitzin, y de una esclava. Este rey era sumamente virtuoso. Tomó, pues, posesion del «tlatocaiçpalli» ó sillón real, y la nobleza lo aclamó con entusiasmo y se le dirigieron varios discursos, celebrando, además, este suceso, con bailes y juegos públicos. Todo lo placentero que fué este acontecimiento para Netzahualcoyotl, fué de desagradable para los tepaneques.

Izcoatl envió una embajada á Netzahualcoyotl, manifestándole que estaba dispuesto á ayudarlo contra el tirano. Como era natural, dicha embajada fué recibida con verdadera satisfaccion, y se le contestó que aceptaba sus ofrecimientos.

El príncipe se había ocupado durante su permanencia en Capolalpan, de hacer los preparativos para la guerra; y cuando lo creyó conveniente, salió con sus tropas, las de Tlaxcala y Huejotzínco, para tomar por asalto la plaza de Tezcuco, para castigar la infidelidad de sus habitantes. Se situó á la vista de la ciudad, en un punto llamado «Ostopolco.» Le sorprendió en aquel lugar la noche dando las disposiciones necesarias para el asalto, y al día siguiente se puso en marcha: mas temerosos los tezcucanos del castigo que se les aguardaba, salieron á pedir el perdón mas humillante, poniendo como causa de él á las mujeres embarazadas, á los niños y á los ancianos. Llevado el rey de un sentimiento generoso, perdonó á toda la población, y envió tropas y mandó á sus jefes que matasen á los gobernadores y representantes del tirano, y á todos los tepaneques que hallasen en aquellos muros. Mientras se ejecutaba este terrible castigo en Tezcuco, los tlascalenses y huejotzínques atacaron con increíble vigor la ciudad de Acolman, matando á cuantos encontraron. Ese mismo día los chalqueses se apoderaron de la ciudad de Coatlichan, donde mataron al gobernador que se había refugiado en el templo. En un solo día volvió el príncipe á la obediencia á la capital y á dos ciudades principales del reino de Acolhuacan.

do al segundo día de su viaje, en Apam, á los chololeses, éstos le ofrecieron ayudarlo en la guerra. Ese mismo día le noticiaron la muerte de Huitzilihuitl, favorito suyo, el cual murió en la tortura que le impuso Majtlaton para arrancarle el secreto, sin conseguir su objeto. Pasó en seguida de Apam á Huejotzínco, donde fué recibido con afecto por un pariente suyo, quien le ofreció auxiliarlo con todas sus fuerzas: de allí pasó á Tlaxcala y determinó el lugar en donde debían reunirse las fuerzas. Pocos días después se dirigió á Capolalpan, acompañado de tantos nobles, que mas bien parecía un rey viajero que un fugitivo. En este último punto recibió la misiva de los chalqueses, manifestándole el vivo deseo de servirlo.

Izcoatl, cuarto rey de México.

Los mexicanos viéndose sin rey y afligidos por los tepaneques, se resolvieron á elegir otro, recayendo este nombramiento en Izcoatl, hermano de los dos reyes precedentes é hijo natural de Acamapitzin, y de una esclava. Este rey era sumamente virtuoso. Tomó, pues, posesion del «tlatocaiçpalli» ó sillón real, y la nobleza lo aclamó con entusiasmo y se le dirigieron varios discursos, celebrando, además, este suceso, con bailes y juegos públicos. Todo lo placentero que fué este acontecimiento para Netzahualcoyotl, fué de desagradable para los tepaneques.

Izcoatl envió una embajada á Netzahualcoyotl, manifestándole que estaba dispuesto á ayudarlo contra el tirano. Como era natural, dicha embajada fué recibida con verdadera satisfaccion, y se le contestó que aceptaba sus ofrecimientos.

El príncipe se había ocupado durante su permanencia en Capolalpan, de hacer los preparativos para la guerra; y cuando lo creyó conveniente, salió con sus tropas, las de Tlaxcala y Huejotzínco, para tomar por asalto la plaza de Tezcuco, para castigar la infidelidad de sus habitantes. Se situó á la vista de la ciudad, en un punto llamado «Ostopolco.» Le sorprendió en aquel lugar la noche dando las disposiciones necesarias para el asalto, y al día siguiente se puso en marcha: mas temerosos los tezcucanos del castigo que se les aguardaba, salieron á pedir el perdón mas humillante, poniendo como causa de él á las mujeres embarazadas, á los niños y á los ancianos. Llevado el rey de un sentimiento generoso, perdonó á toda la población, y envió tropas y mandó á sus jefes que matasen á los gobernadores y representantes del tirano, y á todos los tepaneques que hallasen en aquellos muros. Mientras se ejecutaba este terrible castigo en Tezcuco, los tlascalenses y huejotzínques atacaron con increíble vigor la ciudad de Acolman, matando á cuantos encontraron. Ese mismo día los chalqueses se apoderaron de la ciudad de Coatlichan, donde mataron al gobernador que se había refugiado en el templo. En un solo día volvió el príncipe á la obediencia á la capital y á dos ciudades principales del reino de Acolhuacan.

Noticioso el rey de México de las victorias y progresos de su cuñado, le envió la enhorabuena y ratificó su alianza. Dió este encargo á un hijo de Huitzilihuitl llamado Moctezuma, hombre de mucha fuerza y de indomable valor, el cual por renombradas acciones le habian dado el nombre Tlacaale, ó sea hombre de gran corazon, y el de Ilhuicamina ó flechador del cielo.

Desempeñada la comision, Moctezuma pidió licencia para volver á México, y en el camino dió con una emboscada que lo hizo prisionero y lo llevó á Chalco para presentarlo á Toteotzin, señor de aquella ciudad y enemigo acérrimo de los mexicanos, quien lo puso en estrecha prision, y dió orden á Quateotzin que no le ministrase otro alimento que el que mandase él mismo, hasta que determinase qué género de muerte debia aplicársele. Sin embargo de este mandato Quateotzin no quiso ejecutarlo y proveia á los prisioneros abundantemente á su costa. Toteotzin creyendo hacer un gran regalo á los huejotziques les envió á los prisioneros para que los sacrificasen en Huejotzincó; mas estos desecharon con enojo la propuesta y echaron en cara á Toteotzin tan infame y vil accion.

Toteotzin avisó á Majtlaton lo que ocurría y le consultó qué clase de muerte debia aplicárseles á los prisioneros, colocando, entre tanto, á estos infelices en el mismo encierro y bajo la misma custodia. Los sentimientos humanitarios de Quateotzin, lo obligaron á poner en juego algun arbitrio para dar la libertad á los prisioneros por medio de un criado de toda su confianza, á quien encargó lo hicieran

ántes de que llegase la respuesta de Majtlaton, y que hiciera presente á Moctezuma, que al decidirse á salvarle la vida, sabia que ponía en inminente peligro la suya; que si por tal motivo moría, no olvidase impartir su gratitud y proteccion á los hijos que dejaba; por último, le aconsejó que no fuese por tierra á México, si no queria caer de nuevo en manos de sus enemigos; que tomase por Iztapallocan á Quimalhuacan, y de allí se embarcase para su ciudad. El criado y Moctezuma ejecutaron lo que les ordenó Quateotzin, y llegaron á México, donde los recibieron con bastante júbilo por creerlos ya muertos.

El inhumano y cruel Toteotzin tan pronto como supo la fuga, comprendió que Quateotzin se las habia proporcionado, y mandó que lo descuartizaran en union de su muger y sus hijos, de los que solo salvaron un hijo y una hija. Esta se refugió en México, donde gozó de toda clase de honores en recompensa á la heroica accion de su padre.

Toteotzin que creia haberse conquistado la clemencia de Majtlaton con sus bárbaros actos, que neutralizarian cuando ménos su conducta anterior, recibió una severa reprehension en la que le calificaba de hombre doble y traidor y le ordenó que pusiera inmediatamente en libertad á los prisioneros. El manifestar su desprecio á Toteotzin fué lo que movió á Majtlaton á obrar así, porque odiaba fuertemente á los mexicanos á quienes tenia empeño en destruir. Rehusándose todos á llevar una embajada cerca del rey para hacer la paz, Moctezuma con intrepidez se ofreció, manifestando que le era indiferente morir por su nacion. Al tirano le pidió la paz y este le contestó que era necesario deliberar con sus consejeros y que al siguiente dia resolveria; pidió entónces un salvo conducto prometiendo tol-

ver al siguiente día y no le fué proporcionado. No aguardó allí la resolución del tirano pues no tenía seguridad ni confianza en aquel pueblo. Fué á Atzcapotzalco al día siguiente fiel á su promesa y la resolución que recibió fué la protesta de hacer la guerra sin tregua.

Entonces hizo con él las ceremonias que acostumbraban dos caudillos en desafío. Le presentó armas de defensa, le untó la cabeza y le colocó plumas, como se hacía con los muertos, advirtiéndole que debía concluir él y toda su nación, por no querer aceptar el tratado de paz que se le ofrecía, él no se molestó por estas amenazas ni por tales ceremonias, ántes bien le presentó otras armas para que las diera á su rey, y para su seguridad le mandó disfrazar para que saliese.

Si hubiera podido adivinar que este embajador á quien guardó tantas consideraciones debía ser mas tarde la principal causa de su ruina, no le hubiera perdonado la vida. Cuando Moctezuma se vió fuera de peligro insultó á los guardias del tirano y les echó en cara su descuido, les amenazó. Los soldados le acometían; pero se defendió bizarramente, mató á dos de ellos y al verse preseguido de un número considerable se retiró á México llevando la noticia de quedar declarada la guerra entre los jefes de las dos naciones.

Guerra contra el tirano.

El pueblo alarmado pedía al rey licencia para dejar la ciudad y este los animaba, pues tenía esperanza de ser el vencedor. Ellos dudaban de la victoria. El rey les contestó: que en tal caso quedaba á la disposición del pueblo para ser sacrificado. Estos á su vez le hicieron miles de ofertas quedando obligados ellos y sus descendientes al extremo de una estricta esclavitud.

Se reunieron los nobles y los plebeyos y confirió el mando de las tropas al valiente Moctezuma, El rey avisó al príncipe Netzahualcoyotl, para que viniese á México con su ejército un día ántes de librar la batalla.

Los mexicanos ya habían construido calzadas sobre el lago para facilitar la vía de comunicación con el continente, dichas calzadas estaban cortadas por fosos sobre los cuales tenían puentes levadizos: ningun escritor habla acerca del tiempo de su construcción. ⁽¹⁾

Llegó el príncipe Netzahualcoyotl y formó su campamento con el ejército de los tepaneques que era numeroso. Se anunciaba la victoria de antemano y se expresaba por los gritos y aclamaciones del pueblo. Estas tropas estaban al mando del famoso general Mazatl.

(1) Se cree que las calzadas de Tacuba y de Tepeyacac, estaban construidas en la época de que hablamos; pero la de Itzapallapam, que es la mayor y está en el sitio mas profundo del lago, no estaba construída aún.

Majtlaton no quiso moverse de su palacio porque creia degradarse batiéndose con el rey de México, ó porque realmente temia los azares de la guerra.

Los mexicanos al recibir la noticia del movimiento de los tepaneques, salieron en buen orden á darles el encuentro; entónces el rey Izcoatl dió la señal de ataque con un tambor que llevaba al hombro: entónces comenzó una batalla entre las dos fuerzas contrarias, pues ambas partes consideraban que de esta accion dependia la conclusion de una guerra sin tregua. En todo el dia no se podia saber á qué parte se inclinaba la victoria, pues habia momentos en que los tepaneques ganaban y poco despues perdian las ventajas que habian adquirido; pero poco ántes de ocultarse el sol la plebe de México, que veia que las tropas enemigas se reforzaban, empezó á clamar contra su caudillo.

Formaban corrillos y se preguntaban los unos á los otros: «¿Será preciso sacrificar nuestras vidas á la ambicion del rey y del general? ¿Seria mejor rendirnos, pues de esta manera conseguiremos el perdon y la vida.

El rey que oia estas indicaciones y viendo que la tropa se desalentaba, llamó al príncipe y al general para convenir la manera de excitar el valor de las tropas. Moctezuma contestó: «lo conveniente es combatir hasta morir; morir defendiendo nuestra libertad, es nuestro deber: porque sobrevivir vencidos, es quedar cubiertos de baldon.» Esto animaba algo á los mexicanos; pero hubo entre ellos algunos que se rendian ante sus enemigos, diciéndoles: «¡Oh. fuertes tepaneques, vosotros sois dueños del continente: si nos perdonais, daremos muerte á nuestros jefes!» El rey estaba lívido de cólera al oir los gritos de la muchedumbre. El príncipe, el general y los nobles estaban lo mismo; pero

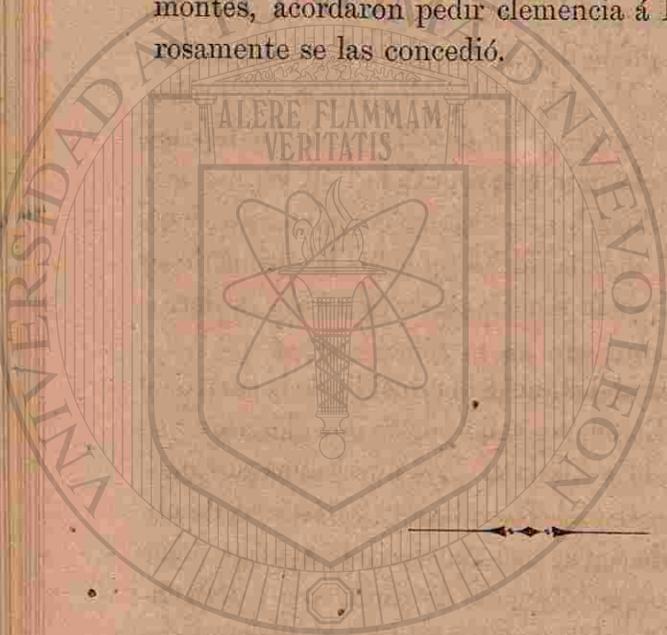
para disimular su disgusto, gritaron á un tiempo: «Vamos á morir con gloria.» Hicieron un impulso, rechazando á sus enemigos del foso que ocupaban, haciéndoles retroceder. En medio del combate se encontraron Moctezuma y el general tepaneque, que estaba orgulloso por el terror que sus tropas habian inspirado á los contrarios, dándole un golpe en la cabeza que lo dejó á sus piés. Esparcido el rumor de la muerte de Mazatl, produjo los efectos naturales, es decir, la desorganizacion y el desaliento de los tepaneques, y restableció el vigor y la moralidad de los mexicanos. La noche impidió á los mexicanos consumir su victoria. Majtlaton pasó aquella noche (que fué la última de su vida), muy afligido por la muerte de su general y la derrota de sus huestes.

Vino, finalmente, el dia que debia decidir de la suerte de los tres monarcas. En efecto, salieron los dos ejércitos y se atacaron con denuedo y bizarría. Los mexicanos envalentonados con los sucesos del dia anterior, y deseosos de obtener una victoria decisiva, hicieron terrible extrago á sus enemigos; el campo quedó regado de cadáveres y derrotaron á sus adversarios, obligándolos á huir y á abrigarse en los muros de Atzacapotzalco. Viendo los tepaneques que ni en sus casas podian librarse del furor de sus adversarios, huyeron á los montes. El orgulloso Majtlaton, viendo todo perdido, tomó el partido de esconderse en un «temascalli;» pero habiéndolo hallado los vencedores, no obstante sus ruegos y lágrimas, lo mataron á palos y pedradas, arrojando su cadáver al campo, para que fuese devorado por las aves de rapiña.

La noche siguiente los vencedores engolfados con el triunfo, cometieron toda clase de excesos. Mientras los mexica-

nos y los acolhuis recogian el fruto de su victoria, los tlaxcaleses y los huejotzinques, tomaron por asalto la ciudad de Tenayuca, y al dia siguiente se unieron á ellos para apoderarse de Cuetlachtepec.

Los tepaneques, obligados á vivir perseguidos y en los montes, acordaron pedir clemencia á Izcoatl, quien generosamente se las concedió.



Libro Cuarto.

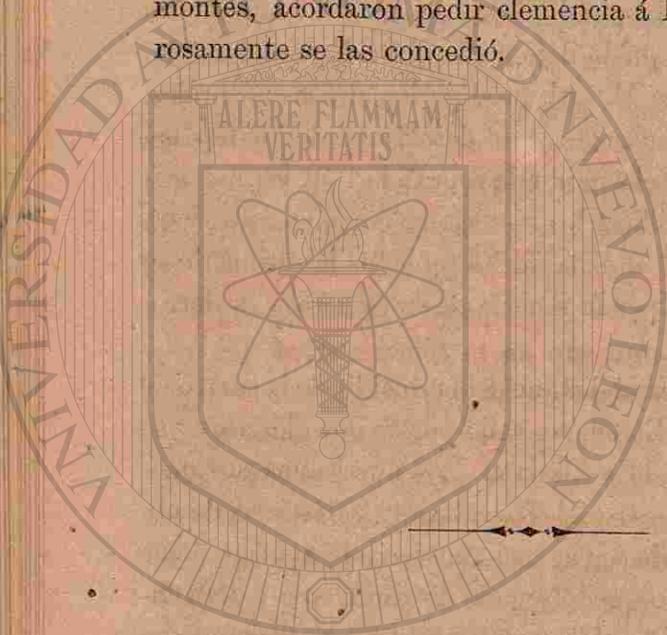
Restablecimiento de la familia Real de los Chichimecos.

Izcoatl, viéndose asegurado en el trono, quiso recompensar á Netzahualcoyotl, por el socorro que le habia dado, acordó darle auxilio, para que recobrará sus Estados. Izcoatl, no obstante de que tenia en sus manos hacer lo que le pareciera, determinó abnegadamente, poner á Netzahualcoyotl en el trono, que por legítima sucesion le pertenecia.

De allí pasó el ejército de los mexicanos y de los acolhuis, contra los rebeldes, á Coyoacan, Atlacuihuacan. Terminada, marchó contra ellos, en las primeras batallas solo consiguió hacer retroceder á los enemigos. Los rebeldes se amilanaron tanto, que abandonaron el pueblo y huyeron á los montes situados al Mediodía de Coyoacan donde los

nos y los acolhuis recogian el fruto de su victoria, los tlaxcaleses y los huejotzinques, tomaron por asalto la ciudad de Tenayuca, y al dia siguiente se unieron á ellos para apoderarse de Cuetlachtepec.

Los tepaneques, obligados á vivir perseguidos y en los montes, acordaron pedir clemencia á Izcoatl, quien generosamente se las concedió.



Libro Cuarto.

Restablecimiento de la familia Real de los Chichimecos.

Izcoatl, viéndose asegurado en el trono, quiso recompensar á Netzahualcoyotl, por el socorro que le habia dado, acordó darle auxilio, para que recobrará sus Estados. Izcoatl, no obstante de que tenia en sus manos hacer lo que le pareciera, determinó abnegadamente, poner á Netzahualcoyotl en el trono, que por legítima sucesion le pertenecia.

De allí pasó el ejército de los mexicanos y de los acolhuis, contra los rebeldes, á Coyoacan, Atlacuihuacan. Terminada, marchó contra ellos, en las primeras batallas solo consiguió hacer retroceder á los enemigos. Los rebeldes se amilanaron tanto, que abandonaron el pueblo y huyeron á los montes situados al Mediodía de Coyoacan donde los

siguieron sus perseguidores, hasta que en un monte al Poniente de Quauhuahuac, rendidos de cansancio los fugitivos se entregaron á discrecion.

Esta otra victoria hizo dueño á Izcoatl de todo el Estado de los tepaneques y coronó á Moctezuma de gloria, quien ayudado de tres valientes oficiales, fué el que tomó prisioneros á la mayor parte de sus enemigos.

Llevada á feliz término aquella expedicion y arreglados los negocios de Coyoacan y de las otras ciudades sometidas, volvieron los dos reyes á Mexico. Izcoatl creyo conveniente poner á la cabeza de los tepaneques á una persona que no les causase disgusto y que hubiera pertenecido á alguna familia de sus antiguos señores, y escogió á Totoquiuhatzin nieto del tirano Tezozomoc. Izcoatl lo mandó llamar á México y lo hizo rey de Tlacopan ó Tacuba, ciudad de importancia de los tepaneques y de todo el territorio del Poniente, incluso Mazahuacan; quedaron pues dependientes de Coyoacan Atzacotalco Mijcoac y otras ciudades á la corona de México. Dieronse esos Estado á Totoquiuhatzin bajo la dominacion del rey de México. A Netzahualcoyotl se le dió posesion del trono de Acolhuahuacan con la misma condicion. Esta alianza de los tres reinos, la cual duró cerca de un siglo, fué la causa de las rápidas conquistas de los mexicanos que se efectuaron merced á la hábil política de Izcoatl.

Netzahualcoyotl da Reglamentos.

El rey de Techotlala había dejado bien organizado el reino de Acolhuacan. Netzahualcoyotl amaba tanto á sus pueblos, y como era bastante prudente tomó medidas muy sábias para reformar su reino. Formó los consejos, de personas mas aptas de las que ántes había. El consejo de guerra lo formaron los mejores capitanes entre los cuales figuraba el señor de Teotihuacan, yerno del rey. Estableció academias para cultivar la poesia y las demas artes y ciencias, para cuyo objeto nombró á los mejores profesores: en una palabra, procuró el adelantamiento de todos los ramos en general.

Conquistas de Joquimilco, de Cuitlahuac y otras ciudades.

Los joquimilques tenían temor de que los mexicanos se apropiaran su territorio; como lo hicieron con el de los tepaneques, y se reunieron para ver de qué manera evitaban esa desgracia; algunos trataron de someterse voluntariamente á los mexicanos; pero otros trataron de declararles la guerra.

En cuanto supo esto el rey de México, alistó sus fuerzas, al mando de Moctezuma y avisó al de Tacuba para que le auxiliase. La batalla se libró en las inmediaciones de Joquimilco, y aunque era grande el número de las de esta población, no pelearon en el orden que lo hacían los mexicanos, por lo que fueron derrotados, huyendo á su ciudad. Los mexicanos les siguieron, entraron á ella, é incendiaron los templos y otros edificios, teniendo que huir hasta los montes; algunos de ellos tuvieron que sucumbir en manos de sus enemigos. A Moctezuma le recibieron los sacerdotes joquimilques con multitud de ovaciones. Esta expedición duró once días. Entonces el rey de México pasó á tomar posesión de aquella ciudad que era la mayor del Valle despues de las capitales, allí fué reconocido como rey y recibió todas las ovaciones dignas de ese personaje.

Atrocidad de los chalqueses y su castigo.

Al subir Moctezuma al trono levantó un templo, cuya obra fué provista de tantos materiales y operarios, que su construcción fué muy violenta. En este intermedio estalló la guerra contra Chalco. Determinó Moctezuma que el ejército texcucano fuera á atacar á Chalco por tierra, y el rey de Tacuba en su compañía fueron á atacar por agua, para asegurar el golpe. Reunió un número infinito de barcos y él se puso á dar las voces de mando. Los chalqueses hicieron una resistencia admirable. El señor de aquel Es-

tado, no obstante que era bastante anciano, al extremo de no poder hacer uso de sus piés, fué conducido al campamento en una litera para animar á sus soldados; sin embargo, no les valió ningun esfuerzo y fueron vencidos, sufrió un saqueo la ciudad y fué castigado el jefe con la última pena. Los tres monarcas se dividieron el botin segun el convenio que habian hecho antes. Al valor de Ajoquenzin se debió esta victoria, el cual era hijo de Netzahualcoyotl.

Casamiento del rey de Acolhuacan con la Princesa de Tacuba.

Este rey tuvo en su juventud muchas mujeres de las cuales tenía muchos hijos, y á ninguna concedió el título de reina; puesto que todas habían sido ó hijas de sus súbditos, ó esclavas; casado despues con Matlalcihuatzin, hija del rey de Tacuba; que era una jóven bastante hermosa y modesta. Las bodas fueron celebradas con grande regocijo, cuyas fiestas duraron ochenta días; al año nació un príncipe que se llamó Netzahualpilli, el cual heredó la corona como veremos despues. A poco tiempo se celebraron otras fiestas, para inaugurar la obra del Hueitecpam, que era un gran palacio de cuya magnificencia fueron testigos los conquistadores españoles. A dichas fiestas asistieron todos los que pertenecían á la nobleza de las tres cortes. Esta vez Netzahualcoyotl compuso una oda é hizo que sus músicos

la cantasen al son de varios instrumentos, dicha oda comenzaba con estas palabras: "Xochitl mamani in ahuehuetitlan." El argumento de esta composicion consistía en hacer recuerdo á los presentes la brevedad de la vida y de todos los placeres de que gozan los mortales, haciendo comparacion con una hermosa flor que se marchita fácilmente. En esta alusion campeaba la poesía y el sentimiento al grado de arrancar lágrimas á los presentes.

Muerte de Cuauhtlatoa rey de Tlaltelolco.

Cuando Moctezuma regresó á su capital, se vió obligado á estar luchando constantemente con un enemigo que pudo acarrear graves perjuicios al Estado, por ser vecino. Cuauhtlatoa, que fué el tercer rey de Tlaltelolco tenía una ambicion extraordinaria para extender sus dominios y tenía envidia á su vecino; por lo que había pensado matar al rey Itzcoatl; pero como no le bastaban sus fuerzas hizo alianza con otros caudillos de los territorios vecinos; mas todas estas combinaciones fueron estériles, porque conociéndolas oportunamente Itzcoatl, se preparó á la defensa y frustró enteramente las miras del enemigo. Esto originó tal grado de enemistad entre los mejicanos y tlaltelolques, que permanecieron sin comunicarse muchos años, á excepcion de algunos plebeyos que recíprocamente concurrían á los mercados. En la época de Moctezuma Cuauhtlatoa intentó de nuevo llevar á cabo sus designios, pero en

esta vez no quedaron impunes. Advertido Moctezuma se adelantó á asaltar á su enemigo, tomó la ciudad y mandó matar á su turbulento dominador. No siendo su propósito anexar aquel Estado á la corona de México, se ciñó á influir para que los habitantes eligiesen por caudillo á Moquihuij.

Inundacion de México.

El año de 1446 de la era vulgar, hubo una inundacion considerable en México, á consecuencia de las excesivas lluvias que acrecentando considerablemente el volúmen de las aguas del lago que no pudiendo contenerse en su lecho, se desbordaron y arruinaron multitud de casas é inundaron todas las calles de tal manera, que no podía transitar por ellas sino en canoas. Afligido Moctezuma con esta calamidad, recurrió al rey de Texcuco, esperando que la sabiduría de este monarca le sugiriese algun remedio contra esta inundacion. Aquel rey opinó porque se construyese un gran dique, para contener las aguas, diciendo las dimensiones que debía tener y el sitio en que debía construirse. Moctezuma aceptó el consejo y ordenó la ejecucion de la obra, á la mayor posible brevedad. Se dió orden á los habitantes de Azcapozalco, de Coyoacan y de Joquimilco, para que suministraran estacas, y á otros pueblos se les encargó la conduccion de la piedra necesaria para tal empresa. Se convocó además á los de Tacuba, Iztac-

palapan, Colhuacan y Tenayuca para que prestaran su ayuda, dando el ejemplo de auxilio personal los mismos reyes y magnates, lo cual dió por resultado estimular al trabajo y que la obra quedase concluida en poco tiempo. El dique construido tenía nueve millas de largo, y once brazas de ancho. Se formó con dos estacadas paralelas, cuyo intermedio estaba terraplenado con piedras y arena. Una de las dificultades mayores con que se tropezaba era el trabajar dentro del agua, pero el ingenio del director y la constancia de los operarios la vencieron satisfactoriamente. Esta mejora fué utilísima á la ciudad, no obstante de que por sí sola no era bastante, para preservarla de las inundaciones. Mientras esto se construía los chalqueses se rebelaron, pero fueron prontamente reprimidos.

Hambre en México.

Como es de presumirse, la inundacion ocasionó la escasez de maiz y por consiguiente el hambre, en 1448 y 49 las cosechas se helaron; y en 1450 lo rigoroso de la estación consintió solamente la siembra en pequeña cantidad, del grano, de modo que en 1452 fué tal la escasez y necesidades de los pueblos, que no obstante la liberalidad del rey y de los nobles, que abrieron sus graneros al pueblo, los habitantes se vieron precisados á comprar la subsistencia á costa de su libertad. No pudiendo Moctezuma socorrerlos, les dió permiso para que se trasladasen á otros

lugares, para evitarles la muerte, por el hambre. Habiendo llegado á su noticia que algunos de sus súbditos se vendían por conseguir la subsistencia de dos ó tres días, publicó un bando en el que prevenía que ninguna muger se vendiese por menos de cuatrocientas, y ningun hombre por menos de quinientas mazorcas de maiz. La mayor parte de los habitantes se mantuvo con los pájaros, insectos y yerbas del lago. El siguiente año no fué tan calamitoso y en 1454 se recogieron abundantísimas cosechas, de maiz, ñame y frutas.

Muerte de Moctezuma.

Poco tiempo despues tuvieron los mejicanos que emprender la guerra á Atonaltzin Señor de Coajtlahuacan en el país de los Mijteques que era un poderoso y afamado caudillo, que negaba á los mejicanos el paso por sus terrenos, castigando á los que tal hacían por medio del daño que podía hacerles. Resentido Moctezuma de esta conducta, mandó una embajada para pedir explicaciones de tal conducta y amenazando con la guerra sino recibía plena satisfaccion. Atonaltzin recibió con desprecio el mensaje y por contestacion hizo traer á la presencia de los embajadores sus riquezas, y les dijo: "Llevad este regalo á vuestro monarca y por él comprenderá cuanto me dan mis súbditos y el amor que me profesan; que acepto con gusto la guerra porque ella decidirá si mis súbditos han de pa-

gar tributo á los mejicanos, ó éstos á mí." Moctezuma comunicó esta respuesta arrogante á los dos reyes aliados y organizó un ejército y lo envió contra sus enemigos pero la fortuna le fué adversa y quedó este ejército enteramente destruido.

Ofendido el amor propio de Moctezuma buscó la oportunidad de vengar este revés y en efecto poco tiempo después derrotó completamente las tropas de Atonaltzin, quedando muertos en la batalla muchos combatientes. Esta victoria ocasionó la rendición de Atonaltzin á Moctezuma quien no solo quedó dueño de Coijtlahuacan, sino de Yochtepec, de Zapatlan y de Quinantla y más adelante de Cozamaloapan y de Quautocho.

En 1457 fué más espléndida la victoria que obtuvo la expedición que envió contra Cuetlachtlán ó Cotasta; esta ciudad fundada y habitada por Olmeques. Los Cotasteses se aliaron con los Tlaxcaleces, los Huejotzinques y los Choluleses. Moctezuma por su parte preparó un brillante y numeroso ejército, en el que se alistaron los principales nobles mejicanos, acolhuis, Tlaltelolqueses y Tepaneques. Los mas distinguidos gefes eran Ajayacatl, Tizoc y Ahuitzotl, los tres hermanos y de la familia real de México, los cuales ocuparon sucesivamente el trono después de Moctezuma. Iban en la expedición otros caudillos de Colhuacan y de Tenayuca; el principal de todos ellos era Moquihuij rey de Tlaltelolco. Cuando salió el ejército no sabían los mejicanos la confederación de las tres Repúblicas con los Cotasteses y tan luego como tuvo noticia de ello Moctezuma envió correos á sus generales, ordenándoles no siguieran adelante. Esto dió lugar á varias conferencias entre los gefes, quienes divergían en opinion res-

pecto al obediencia de la orden que habían recibido; la mayoría decidió acatar la orden expresada y volver á México, pero Moquihuij se opuso enérgicamente á esta determinación y dijo: "retrocedan los que tengan ánimo de volver la espalda al enemigo, que yo con mis Tlaltelolques obtendré el honor de la victoria." Esta declaración estimuló á los demás y acordaron no retroceder en su empresa. Esto originó una batalla en la que los Cotasteses fueron vencidos. Quedó toda aquella provincia sometida á la corona de México. Tan notable triunfo se debió á la intrepidez de Moquihuij; por cuyo hecho se ha conservado una oda ó canción mejicana en conmemoración de esta batalla. Moctezuma premió al rey de Tlaltelolco casándolo con una prima suya. Después se apoderó también de Chalco y publicó una amnistía para los fugitivos; á los que volvieron en virtud de esta disposición los distribuyó en Amequemecan, Tlalmanalco y otros lugares. Dividió una parte de este territorio entre los capitanes que se habían distinguido en la guerra. A poco tiempo después conquistaron los mejicanos Tamazollan, Piaztlan, Jilotepec, Acutlan y otros pueblos, de modo que los dominios de Moctezuma se extendían por el Levante hasta el golfo mejicano, por el Sudeste hasta el país de los Mijteques, por el Mediodía hasta Quilupan y por el Sud-oeste hasta el país de los Otomites.

Ajayacatl, sexto rey de México.

Antes de morir, Moctezuma convocó á los principales personajes de la corte y encargó á los electores que dieran el trono á Ajayacatl.

Después de las fiestas para solemnizar la elección, salió el rey á la guerra tan solo por el estímulo de hacer prisioneros y por consiguiente tener víctimas que sacrificar. Proyectó é hizo una expedición contra la Provincia de Tehuantepec y obtuvo al fin la victoria y estendió sus conquistas hasta Coatlco. En 1467 conquistó á Costata y Yochtepec; en 1468 ganó una batalla á los Huejotziques y a los Atlijqueses y cuando volvió á México, emprendió la fabricación de un templo que denominó Coatlan. Los Tlaltelolques en competencia erigieron otro y le llamaron Conjolotl. En 1469 falleció Totoquihuatzin rey de Tacuba y le sucedió su hijo Quimalpopoca.

Muerte del rey Netzahualcoyotl.

Muy deplorable fué la pérdida que sufrió México con la muerte de Netzahualcoyotl acaecida el año de 1470. Netzahualcoyotl fué uno de los héroes de mas fama de la Amé-

rica antigua: en su juventud, su valor llegó á la temeridad su fortaleza y su constancia en los años en que se vió privado de la corona y perseguido del usurpador fueron admirables. En la administración de justicia fué siempre inflexible. En el tiempo en que estuvo en el trono, promulgó 80 leyes para corregir los desórdenes introducidos por los tiranos y perfeccionar la civilización de sus pueblos. Ordenó que ninguna causa civil ni criminal se prolongase por mas de 80 dias; pasado este tiempo, en el palacio real se celebraba una gran asamblea á la que concurrían todos los jueces y los reos. Allí se juzgaban las causas que no se habian terminado en el periodo anterior y los reos que resultaban culpables de cualquier delito, sufrían en presencia de la misma Asamblea, la pena á que habian sido condenados. Dió una ley penal para castigar los crímenes y en ella trató con demasiada severidad al adúltero, al sodomita, al hurtador, al homicida, al briago y al traidor á la patria.

Era clemente con los desgraciados. En su reinado, habia prohibición espresa, bajo pena de muerte, de tomar algo del campo ageno, y era tan rigurosa la ley, que bastaba robar cuatro mazorcas de maiz, para incurrir en la pena. Deseando socorrer de alguna manera á los caminantes pobres, sin infracción de la ley, mandó que en los dos lados de los caminos se sembrase maiz, y otras plantas, de que pudieran servirse para sus necesidades. La mayor parte de sus ingresos los gastaba en dar limosnas, prefiriendo siempre á los viejos, á los enfermos y á las viudas. Para impedir la destrucción de los bosques, señaló á los leñadores ciertos límites, y estableció fuertes penas á los que los transgredieran. Queriendo saber si se observaba exactamente

aquella prohibicion, salió un dia disfrazado y se dirigió á la falda de un monte cercano donde estaban los límites prescritos: encontró allí un muchacho que se ocupaba en recoger leña menuda de la que habian dejado los leñadores y le preguntó ¿por qué no iba al bosque á coger pedazos mas gruesos? El rey, contestó el muchacho, ha prohibido que pasemos de estos límites, y si no obedecemos, seremos rigurosamente castigados. »

El rey no pudo conseguir ni con promesas, ni con amenazas, ni con regalos, que el muchacho infringiese la ley, y compadecido de este suceso, amplió los límites determinados. Los progresos que hizo Netzahualcoyotl en las artes y en las ciencias, fueron los que podía hacer un gran ingenio; era diestro en la poesía nacional, y compuso muchas piezas poéticas que fueron universalmente aplaudidas. Los sesenta himnos que compuso en loor del Criador fueron célebres, entre los Españoles, en el siglo XVI, y dos de ellos, traducidos al castellano por su descendiente D. Fernando Alba Ixtliljochitl se conservan aún. En nada se deleitaba tanto Netzahualcoyotl como en el estudio de la naturaleza; adquirió muchos conocimientos astronómicos con la continua observacion que hacía del curso de los astros: aplicóse al conocimiento de las plantas y de los animales, y por no tener en su corte los que eran propios de otros climas, mandó pintar en su palacio los que nacían en la tierra de Anahuac; investigaba la causa de los fenómenos naturales, y esta frecuente observacion le hizo conocer la vanidad de la idolatría.

Prohibió los sacrificios de víctimas humanas; pero convencido de lo difícil que es apartar á los pueblos de sus antiguas ideas en materia de religion, volvió á permitirlos

siempre que las víctimas fuesen prisioneros de guerra. Mandó construir una torre de nueve pisos y en el último que era oscuro, residían hombres encargados de tocar á ciertas horas del dia, unas hojas de finísimo metal, á cuyo aviso el rey se arrodillaba para hacer oracion al Ser Supremo.

El amor que profesaba á sus súbditos y su esclarecido ingenio contribuyeron mucho á que su corte se ilustrara, considerándose como la patria de las artes y el centro de la civilizacion. Texcoco era la ciudad en donde se hablaba con mas pureza y perfeccion la lengua mejicana; allí se encontraban los mejores artífices, los poetas mejor inspirados, los oradores é historiadores. Sirvió de modelo á los mejicanos y á otros pueblos que imitaron sus leyes; pudiera decirse que Texcoco fué el Atenas de Anahuac, y Netzahualcoyotl el Solon.

Antes de morir convocó al rededor de sí á todos sus hijos y dejó de heredero y sucesor de la corona de Acolhuacan, á Nezahualpilli, que sin embargo de ser el mas jóven, fué preferido por ser hijo de la reíua Matlalcihuatzin, y por su rectitud é ingenio. Suplicó á su hijo primogénito Acapipiltzin no le escusase sus consejos al nuevo rey hasta que consiguiese aprender el difícil arte de gobernar. Hizo especial recomendacion á Netzahualpilli que siempre viera con amor á sus hermanos, con proteccion á sus súbditos y que siempre fuera justiciero. Fué tan previsivo, que ordenó que para evitar cualquier trastorno que acaso ocasionara la noticia de su fallecimiento, se le ocultase al pueblo hasta que su sucesor, quedase en quieta y segura posesion de la corona; para obtener este resultado los hermanos mayores hicieron creer al pueblo que teniendo que

hacer el rey un viaje largo, habia determinado nombrar un sucesor. El cadáver de Netzahualcoyotl fué sepultado en secreto sin que nadie percibiese este acontecimiento, mas que los nobles, de manera que en lugar de exequias el día de su inhumacion, celebraron juegos y demostraciones de regocijo en celebridad del nuevo rey. Poco despues se supo su muerte y el vulgo decía que habia sido transportado el rey muerto, á la mansion de los Dioses, por sus reelevantes virtudes.

Conquista de Tlaltelolco y muerte del rey Moquihuij.

Apenas habia pasado tiempo de la exaltacion de Nezahualpilli al trono, cuando comenzó la guerra entre los Mexicanos y los tlaltelolques ocasionada por la envidia que el rey de estos últimos, Moquihuij, tenía á los hechos gloriosos de los primeros. Este rey como sabemos estaba casado con una hermana de Ajayacatl, por habérsela dado Moctezuma como esposa en premio de la famosa victoria que obtuvo contra los Catasteses. El infame rey comunmente desfogaba contra esta desgraciada mujer la rábida de que estaba poseido contra el cuñado, y llevando su odio hasta la ecsajeracion, procuró aliarse con otros pueblos que tampoco podian soportar el apogeo de los mexicanos. Estos pueblos eran Chalco, Gilotepec, Toltitlan, Tenayucan, Megicaltzinco, Huitzilopochco, Joquimilco, Cuitlahuac y Mis-

cuic, quienes convinieron en atacar por retaguardia á los enemigos cuando mas empeñada estuviese la batalla con los Tlaltelolques. Debian tambien incorporarse á ellos los Quauhpanquéses, los Huejotzinques y los Matlalzinques. Estas combinaciones no tuvieron verificativo, porque la esposa del rey, ya sea por odio á su marido, ya por amor á su hermano y á su patria, descubrió á tiempo esta confabulacion é hizo que fracasara. Despues de esto abandonó á su marido y pasó á México con sus cuatro hijos, buscando la proteccion de su hermano.

Acordóse pues por Moquiahuij y sus capitanes, dar principio á las hostilidades, inaugurando estas determinaciones con los solemnes sacrificios acostumbrados, para obtener la proteccion de los dioses. Comenzó pues la guerra con todas sus peripecias favorables y adversas á cada uno de los contendientes, mas como el buen éxito de estas refriegas, en las que se vieron hechos heróicos por una y otra parte, parecía estar del lado de los mejicanos, comenzó á reinar la insubordinacion y el descontento entre las fuerzas de Moquihuij, y proferian en medio de la batalla palabras ofensivas y duras contra el rey, inculpándole que viesse con indiferencia ó placer pelear á sus súbditos sin tomar personalmente las armas, cualidad propia solamente de los cobardes que no saben sacrificar la vida por su patria. Mas estos denuestos que arrancaban la agonía ó el dolor de los heridos, eran injustos, porque Moquihuij no faltaba á las obligaciones inherentes á su carácter de general esponiendo como sus súbditos su pecho á los enemigos: tan esacto es esto, que en el episodio que dió por resultado su muerte demostró valor y entereza, pues estando dando ánimo á sus soldados, en la escalera del templo lo

encontró un capitán mejicano llamado Quetzalhua, lo mató y arrojó su cadáver que cogido por unos soldados lo presentaron á Ajayacatl, el cual le abrió el pecho y le extrajo el corazón, sacrificio que aunque bárbaro era muy cruel. Tal fué el fin del valeroso Moquihuij y de la pequeña monarquía de los Tlaltelolques. Estos con la muerte de su rey se desorganizaron y emprendieron la fuga aún en medio de sus enemigos, quienes mataron en la dispersion cerca de quinientos hombres entre ellos algunos oficiales de alta graduación. Esto hizo que se uniera la ciudad de Tlaltelolco á la de México como parte de esta última. Además de los tributos que por obligación quedaron impuestos á los Tlaltelolques se les ordenó la reedificación del templo de Huitznahuac. No hay noticias seguras respecto á la conducta que en esta batalla observaron los otros pueblos con quienes quizo contar Moquihuij, pues son muy variadas las opiniones en esta materia.

Deseando vengarse de los Matlatzincas, nación poderosa establecida en el valle de Toluca, hostil todavía al gobierno de México, éste les declaró la guerra, marchando contra ellos en unión de los reyes aliados. A su paso tomaron los pueblos de Atlapolco y Jalatlauchco, juntamente con Toluca, Teténcan, Metepec, Zinacantepec, Calimaya y otros lugares meridionales, quedando con esto toda aquella parte conquistada tributaria de la nación mejicana. Después de algun tiempo conquistó la parte septentrional del valle llamada "*Valle de Ixtlahuacan*" y principalmente Giquipilco ciudad de los Otomites, cuyo Señor Tlilcuezpalin era famoso por su valor. Ajayacatl, deseoso de probar su valor retó á aquel guerrero, á singular combate, del cual salió gravemente herido de un muslo, y próxi-

mo á quedar cautivo, por haberse arrojado sobre él, dos jóvenes otomites, librandolo otros jóvenes mejicanos, que después de un rudo combate, salvaron á su rey. No obstante la desgracia acaecida al rey de los mejicanos, éstos consiguieron una completa victoria sobre sus enemigos, cayendo once mil sesenta prisioneros, entre ellos el mismo Tlilcuezpalin, y los dos capitanes que habían atacado al rey. Los Estados de Giquipilco, Jocotitlan Atlacomolco, y todos los demás pueblos, fueron agregados á la nación mejicana, como premio de sus victorias.

Tlilcuezpalin y dos capitanes otomites que habían atacado á Ajayacatl, murieron en medio de un banquete que éste les ofreció á los reyes sus aliados y demás magnates de México.

No contento Ajayacatl con sus conquistas, emprendió otra campaña por el valle de Toluca, y trasponiendo sus montes se apoderó de Tochpam y Tlagimalojan, quedando así fijada la frontera del reino de Michoacan. A su regreso y cargándose hácia el Oriente se hizo dueño de Ocuilla y Malacatepec.

Por fin la muerte de este monarca, acaecida en el décimo tercio año de su reinado, y en 1477 de la era vulgar, interrumpió el curso de sus victorias; fué un hombre belicoso, é intransigente con aquellos que infringían las leyes promulgadas por sus abuelos.

Moctezuma II, fué hijo de este monarca.

Tizoc séptimo rey de México.

Así se llamó el que vino á suceder en el reinado á Ajayactl, que era su hermano y general de sus ejércitos. Su reinado fué breve. Las pinturas de Mendoza pintan catorce ciudades conquistadas por este monarca, entre las cuales figuran Toluca y Tecagic, que se habian revelado contra él: Chillan y Yancuitlan en el país de los Mijteques Tlapan y Tamapaches.

Uno de los acontecimientos mas notables fué la guerra habida entre los Tezcucanos y Huejotzinques que tuvo por origen la ambición de los príncipes hermanos del rey Nezahualpilli, que aunque habian aparentado conformarse con la exaltacion de este rey al trono, al fin cansados de esa apariencia tramaron contra él, una conjuracion secreta; los Chalqueses que eran muy afectos á cometer atentados, fueron de los primeros á quienes catequizaron aquellos príncipes, pero por haberse frustrado sus planes, tuvieron que apelar á los Huejotzinques. Nezahualpilli apenas supo lo que contra el se trataba, poniendose á la cabeza de un numeroso ejército marchó á encontrar á sus enemigos; el jefe de éstos, prometió un gran premio á el que matase al rey, de cual habia ya inquirido sus señas; pero Nezahualpilli que supo esto á tiempo, momentos antes de entrar en batalla cambió de ropas é insignias con uno de sus capitanes, el que fué muerto á poco de empezar la batalla por

un gran número de enemigos que se arrojaron sobre el; mientras que éstos saciaban su encono en aquel capitán, el rey cargó sobre la retaguardia de los Huejotzinques, matando al general de éstos, no sin grave riesgo de su propia existencia.

Ese cambio de ropas que el rey verificó sin que su ejército lo supiera, iba á ser causa de que la batalla se perdiera, pues al ver los Tezcucanos, que el que creian ellos su rey habia muerto, empezaban ya á desanimarse, pero convencidos de su error se repusieron, y cobrando nuevos bríos, consumaron la derrota de sus enemigos y saqueando la ciudad de Huejotzingo, volvieron á Texcuco cargados de despojos. Sobre el fin que tuvieron los príncipes autores de la conjuracion, no dice nada la historia; de manera que puede creerse ó que murieron en la batalla, ó en la fuga buscaron su salvacion. Nezahualpilli, que habia mandado construir un hermoso palacio en recuerdo de su victoria, hizo construir un muro que encerraba el espacio de tierra ocupado por los Huejotzinques que acudieron á salvar á su general, bautizando este muro con el dia en que ganó la victoria.

Nezahualpilli deseando darles á sus pueblos una reyna, se casó con una sobrina del rey Tizoc; pues aun cuando tenia muchas mugeres, á ninguna consideraba digna del título de reyna, celebró sus bodas en Tezcuco con toda magnificencia propia á las dos naciones; la reyna tenia una hermana sumamente hermosa, y ambas se profesaban un cariño inmenso, y por no separarse la reyna pidió y obtuvo el permiso de su padre para que Jocutzin su hermano fuera con ella á vivir á Texcuco; el trato y la vista diaria del rey con su cuñado desarrolló en éste un cariño tal; que de-

terminó hacerla su esposa confiriéndole también el título de reyna, dándole á sus bodas tal lujo, que fueron las más solemnes que hasta entonces se habían verificado. Cacamatzin hijo de la primera, le sucedió en el reyno y murió siendo prisionero de los españoles. De la otra tuvo á *Huejotzincatzin*, á *Coanacotzin* que fué también rey de Acolhuacan, y poco tiempo despues de la conquista, Cortes lo mandó ahorcar, y á *Ijtilijochilt*, que se unió con los españoles, en contra de los mexicanos, y habiendo recibido el bautismo, tomó el nombre y apellido del conquistador.

Muchos de los feudatarios del rey de México maquinaban entre tanto la muerte de su rey. Techotlalla, señor de Iztapalapan, ya sea que estuviera resentido de Tizoc, ó que no quisiera estar por más tiempo bajo su dominio, concibió el proyecto de matarlo, designio que no le comunicó mas que á quien creyó que podía ayudarle, y escogió á *Majtlatan* señor de Tlacheo, quien se comprometió á ayudarle. Del modo con que estos dos, se valieron para conseguir su fin, están en completa discordancia los historiadores, unos dicen que valiéndose de *hechicerías*, otros del veneno; sea como fuere, el resultado fué que ellos lograron su objeto; muriendo Tizoc en el quinto año de su reinado y en el 1482 de la era vulgar. Fué circunspeto, grave, y como sus sucesores intransigente con los que faltaban á sus leyes. Deseaba erigir un gran templo al dios protector de la nacion, y ya tenía acopiados los materiales para esa obra. cuando murió. Los mexicanos nunca creyeron en que la muerte de su rey fuera obra de la naturaleza y comenzaron á hacer pesquisas sobre ésto, hasta que lograron descubrir á los autores del crimen. Estos fueron llevados al último suplicio, ejecutándolos en la plaza ma-

yor de México en presencia de los reyes aliados y de la nobleza mexicana y Tescucana. Se eligió entonces como general de los ejércitos á *Ahuitzotl*, hermano de los reyes predecesores.

Una de las primeras atenciones á que se consagró el nuevo rey fué la de la conclusion del magnífico templo, diseñado y comenzado por su antecesor; y en efecto esta obra merced á la dedicacion y actividad en los trabajos se terminó en cuatro años. Deseando que la apertura de dicho templo tuviera toda la solemnidad posible, todos los prisioneros que caian en poder de los mexicanos, se reservaban para la espresada fiesta. Entonces la guerra era contra los Mazahuis. Terminado como hemos dicho, el edificio se convidaron á los aliados y á la nobleza de ambos pueblos, ésto hizo que el concurso fuera extraordinario y como no se habia visto hasta entonces. La fiesta duró cuatro dias haciéndose en ellos los sacrificios cruentos segun se acostumbraba, con los prisioneros que se habian hecho en el espacio de cuatro años. Los historiadores no están de acuerdo en el número de víctimas, pues unos como *Torquemada* los hacen subir á setenta mil; sea de esto lo que fuere, el hecho es que se verificó una horrible y espantosa hecatombe. Esto aconteció el año de 1486. En el año de 1487 hubo un gran terremoto y en ese mismo año murió *Quimalpopoca*, rey de Tacuba, sucediéndole en el trono *Totoquiuhatzin II*.

Conquistas del rey Ahuitzotl.

Dotado Ahuitzotl de un carácter belicoso declaró la guerra à los habitantes de Cuzcacauhtenanco, à los de Quapilotlan, Quetzahuistlapillan y Quautla. Se ignora qué causas motivaron estas guerras. Concluida de una manera favorable la espedicion, Ahuitzotl erigió un nuevo templo llamado Hucateco. Este monarca vivió en continuas guerras hasta 1496 en que hizo la de Atlixco donde la repentina entrada de los mexicanos dejó atónitos à sus habitantes. Repuestos de la sorpresa se armaron para emprender la defensa, y no hallándose suficientes para resistir, pidieron auxilio à los Huejotziques; hubo en esto un episodio digno de conocerse; cuando llegaron à Huejotzinco los embajadores Atlijqueses, un famoso capitán llamado Toltecatl estaba jugando al balón; este capitán estaba dotado de un valor poco común y de una fuerza hercúlea. Enterado de lo que ocurría, abandonó el juego y se dirigió à Atlixco con sus tropas auxiliares, y para hacer alarde de su temeraria intrepidez, entró à la batalla desarmado, despreciando con esto à sus enemigos, dió un furibundo golpe con las manos al primero que se le presentó, le quitó las armas y con ellas hizo increíbles estragos en las filas de

los mexicanos, los que abandonaron el campo ignominiosamente sin poder contrarestar el empuje de sus adversarios. Los Huejotziques para premiar debidamente el arrojo y valor de Toltecatl lo hicieron jefe de su república: aceptó el cargo que se le confirió y un año despues se vió en la precision de dejar el empleo y la patria, à consecuencia de haber querido impedir los abusos y robos que los sacerdotes cometian apoderándose de las provisiones de los particulares; y fué à refugiarse à Tlalmanalco con algunos fugitivos quienes en su compañía fueron mandados matar por el rey de México.

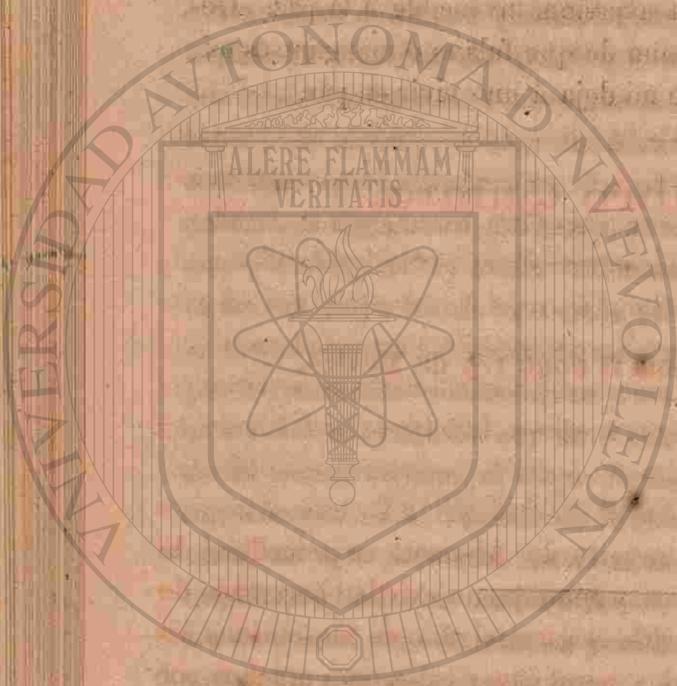
Nueva inundacion de México.

En el año de 1498, creyendo el rey de México que la navegacion del lago se habia hecho difícil por falta de agua, trató de aumentar su volúmen, haciéndola traer del manantial de Huitzipolochco, que era el de que se servian los Coyoacaneses. Consultó su proyecto con Trozómactzin, señor de Coyoacan, y éste le hizo ver que la abundancia de agua que salia algunas veces de aquel manantial, podria ocasionar grandes males à la capital. Ahuitzotl creyó que estos eran simples pretextos, é insistió en su orden, y mirando que el otro se oponía le mandó dar muerte, y man-

dó hacer un canal de Coyoacan á México! Grande fué la alegría cuando se vió llegar el agua á México, pero apenas tuvieron tiempo de saborear este supuesto beneficio, porque se trocó en llanto al ver que con motivo de las lluvias extraordinariamente copiosas, aumentó tanto el agua, que inundó la ciudad á tal grado que sólo se podía transitar por medio de barcos. Parece que la Providencia quiso castigar la fatuidad y crimen de Ahuizotl, porque este suceso hizo que hallándose un día en un cuarto bajo de su palacio, el agua entró con tanta precipitacion y abundancia, que obligó al rey á salir violentamente, y como la puerta no era muy alta, se hizo en la cabeza tan fuerte contusion, que murió á pocos dias de resultas del golpe. Obligado por los males de la inundacion y los clamores del pueblo, se solicitó la ayuda del rey de Acolhuacan, el cual sin tardanza mandó reparar el dique hecho por consejo de Nezahualcoyotl en el reinado de Moteuzoma. Como era natural, no solo sufrieron los mexicanos la calamidad de la inundacion, sino que tambien fueron aflijidos por la escasez de grano, pues el maíz se perdió por la abundancia de agua. En compensacion la fortuna les hizo descubrir una cantera de *tetzontli*, que fué un gran recurso para construir edificios en la ciudad.

Pasó Ahuizotl los últimos dias de su vida en continuas guerras con los de Izquijochitlan, Amatlan, Hahuilollan, Jatlepec, Tecuantepec y Huejtola. Tilitotl, general mexicano, llevó sus armas victoriosas hasta Quahtemallan ó Guatemala. En 1502 murió Ahuizotl á consecuencia, como hemos ya referido, de la contusion. En esta época los mexicanos poseian todo lo que tenian cuando llegaron los españoles. Este rey era valiente y estaba dotado de algu-

nas prendas, como las de la magnificencia y la liberalidad. Hermoseó la ciudad con suntuosos edificios; cuando recibia tributos, repartía víveres y ropa entre los necesitados. Tenia tambien sus defectos, pues era caprichoso, vengativo y cruel y tenia una aversion invencible á la paz. De aquí viene el dicho comun de que fulano ó manganó es mi Ahuizote; es decir, que no deja á uno vivir en paz.



Libro Quinto.

Moctezuma II nono rey de México.

Con motivo de la muerte de Ahuizotl se procedió á la eleccion de su sucesor, y como ya no existian hermanos de los últimos reyes, debía elegirse alguno de los sobrinos hijos de sus antepasados; pero como estos eran muchos por que de los hijos de Ajayacatl, vivian Moctezuma, Cuiclahuac, Matlazincatl, Pinahuitzin, Cecepacticutzin; de los de Tizoc, Imactlacuijatzin, Tepehuatzin y otros muchos, fué preferido Moctezuma, á quien para distinguirlo del otro rey del mismo nombre se le dió el título Jocoicotzin. Fué estimado este príncipe por su valor, por su carácter de sacerdote y por otras varias cualidades que le adornaban, entre las cuales sobresalía la de su modestia. Habiéndole noticiado su eleccion fué al templo para que se celebrasen las ceremonias de costumbre y allí mismo se le dirigieron

algunos discursos gratulatorios. El primer discurso fué el de Nezahualpilli, rey de Acolhuacan.

Moctezuma escuchó con atencion y ternura este discurso, quiso conquistar, pero tres veces le impidieron las lágrimas producidas por la satisfaccion que disfrutaba, aunque procuraba disfrazarla con todas las apariencias de humildad; por fin repuesto de su emocion respondió en pocas palabras que se creia indigno del alto honor que se le habia dispensado.

Ideó hacer la guerra para proporcionarse las víctimas que debian sacrificarse en la coronacion, y tocó en suerte esta bárbara desgracia á los Atlijqueses, por haberse rebelado poco antes contra la corona. En esta guerra tuvieron los mexicanos sensibles pérdidas, pero por fin volvieron á imponer á los rebeldes el antiguo yugo, volviendo victorioso Moctezuma con multitud de prisioneros que iban á ser sacrificados. La funcion se celebró solemnemente con juegos, bailes, representaciones teatrales é iluminaciones, y fué tanto el alboroto para concurrir á esta funcion que asistieron á ella los Tlascalenses y Michoacaneses disfrazados, para que no se les reconociese.

El primer acto del reinado de Moctezuma fué recompensar los grandes servicios de un célebre capitán llamado Tlijochitl dándole el Estado de Tlachauhco. Poco despues se volvió orgulloso y empezó á hacer nombramientos extraordinariamente desacertados en personas carentes de mérito; y tratando de restablecer para los empleos la preferencia de los aristócratas, declaró que los plebeyos eran incapaces de todo. Como es de presumirse su aparato de grandeza era extensivo á las casas reales, quintas, bosques y jardines. Tenía varias casas destinadas para anima-

les de todas clases, y no contento con ésto, reunió á los hombres que ó por el color del cabello, ó por el del pellejo, ó por cualquiera otra deformidad podian mirarse como rareza de su especie. De todas estas preciosidades no quedaba mas que el bosque de Chapultepec; todo lo demas lo destruyeron los conquistadores.

Guerra de Tlaxcala.

La República de Tlaxcala no obstante de hallarse en medio de tantas provincias sometidas á los mexicanos, se habia conservado ilesa sin doblegarse á su poderío; pero algunos Estados vecinos como los Huejotzincos y los Choluleses, envidiosos de la prosperidad de aquella República, con la que habian estado aliados, empezaron á despertar celos entre los mexicanos asegurando que los Tlascalenses querian apoderarse de las provincias marítimas del seno, y que si lo lograban, aumentarían extraordinariamente su poder, por medio del comercio. Este comercio de que se quejaban aparentemente estaba justificando las quejas, pues los pobladores de aquellas provincias eran originarios de Tlaxcala y por consiguiente proveian á los tlascalenses de algodon, de cacao y de sal, efectos de que carecían. Por medio de estas representaciones exacerbaron de tal suerte el ánimo de los mexicanos contra los tlascalenses, que llegaron á considerarlos como sus mayores enemigos, y pu-

sieron fuertes guarniciones en la frontera de aquella república, para impedir el comercio con las provincias marítimas.

Viéndose los tlascalenses privados de la libertad del tráfico, enviaron una embajada á los mexicanos para hacerles presente los males que se les ocasionaban, pero los mexicanos no dieron oído á estas reclamaciones y solo manifestaron que debían ser tributarios de su reino y prestar obediencia á la corona como lo habían hecho otras naciones. Afligidos los tlascalenses con esta soberbia y desengañados de que no harían entrar á los mexicanos á aceptar condiciones moderadas, se determinaron á fortificar sus fronteras, poniendo en ellas fuertes guarniciones y circundando las tierras de la república con grandes fosos.

Fueron atacados repetidas ocasiones por los huejotziques, por los Choluleses, por los Iztocaneses, por Tecamalchaleses y por otros Estados, mas nunca pudieron conquistar ni un palmo de tierra porque era notorio y formidable la vigilancia y valor patriótico de los Tlascalenses. Entre los defensores de la República se hallaban muchos Chalqueses y Otomites de Jaltocan, que se habían salvado de la ruina de sus ciudades y como aborrecían de muerte á los mexicanos, los Tlascalenses creyeron conveniente aprovechar este odio y encomendaron á estos la defensa de las fronteras; correspondiendo en efecto la resistencia que hicieron aquellos prófugos á las esperanzas que de ellos se habían concebido, distinguiéndose, principalmente, por su valor los Otomites. Los Tlascalenses recompensaron debidamente estos importantes servicios.

Era ya tan profundo el odio de los Tlascalenses contra los Huejotziques, que no se limitaron á resguardar sus fronteras, sino que resolvieron atacar á sus enemigos en su pro-

pio territorio, como en efecto lo verificaron por el Occidente de Huejotzinco; su empuje fué tan tremendo que obligaron á los Huejotziques á pedir auxilio á Moctezuma el que les envió un numeroso ejército. Después de mil peripecias los mexicanos fueron completamente derrotados, muriendo en el encuentro el general en jefe. Moctezuma apesadumbrado con la muerte de su hijo y la pérdida de sus tropas, envió otro ejército para bloquear á Tlaxcala, pero esta segunda intentona alcanzó el mismo suceso que la primera, debiéndose en mucha parte el triunfo al valor admirable de los Otomites á quienes como premio á su heroico comportamiento confrieron los Tlascalenses, á los que mas se habían distinguido, la dignidad de Tejatli, que era la mas alta del Estado, y dando á los gefes las hijas nobles de los mas notables Tlascalenses. Según los historiadores, si los mexicanos se hubieran obstinado en avasallar Tlaxcala, lo hubieran conseguido pero parece que entró en sus intenciones dejar esta República, para tener modo de ejercitar á sus tropas y de proporcionarse prisioneros para los sacrificios; y uno y otro consiguieron en los diferentes ataques que emprendieron.

Entre los victimas Tlascalenses es memorable la del famosísimo general llamado Tlahuicole en quien no se sabia que admirar mas si su denuedo ó su fuerza hercúlea. El *macuahuitl* ó espada mexicana con que combatía era tan pesada, que apenas podía alzarla del suelo un hombre de fuerza ordinaria. En un asalto que dieron los Huejotziques á los Otomites lo hicieron prisionero. Se le encerró en una fuerte jaula y se envió á Moctezuma. Este monarca que tenia la cualidad de apreciar el mérito aun de sus enemigos, le concedió la libertad para que pudiese volver á su

patria; pero Tlahuicole rehusó esta gracia manifestando que no quería presentarse ante sus compatriotas cubierto de ignominia, y rogó al rey que le diese la muerte.

Moctezuma no queriendo privar al mundo de un hombre tan célebre, le estuvo entreniendo en su corte. Habiendo ocurrido entretanto la guerra contra los de Michoacán el rey encargó à Tlahuicole del mando de las tropas que envió à Tlajimalayan. El gefe correspondió á la confianza que se depositó en él. Como debe presumirse este servicio hizo que Moctezuma le insistiese en que aceptara la libertad que desde antes se le habia otorgado, pero fueron vanos todos los esfuerzos que en este sentido hicieron, hasta el de ofrecerle el alto empleo de Tlacatecatl ó sea general de los ejércitos mexicanos. Insistió de nuevo el denodado Tlascalés en su propósito anterior diciendo que nunca aceptaría el papel de traidor á su patria y que lo único que deseaba era morir en honor de sus dioses, pidiendo solo por gracia que se le concediese morir en el sacrificio gladiatorio, como destinado á los prisioneros de mas nota. Viendo el rey su obstinacion, no obstante haber permanecido entre los mexicanos como tres años, accedió al fin á su deseo y fué sacrificado.

Durante la guerra con los Tlascalenses se experimentó hambre en algunas provincias del Imperio, originada por la escasez de lluvias en los años anteriores. Habiéndose

consumido todo el trigo de los particulares, Moctezuma mandó abrir sus graneros y distribuyó entre sus súbditos todo el maiz que contenian, pero como esta liberalidad fué insuficiente, dió permiso para que pudiesen ir á otros países á proporcionarse lo necesario para la subsistencia. En el año siguiente, esto es el de 1505, hubo una cosecha abundante, y salieron los mexicanos á guerrear contra Quauhtemullan, provincia distante como unas novecientas millas de México, situada hácia el Sudoeste. En este periodo se concluyó un templo en México dedicado á la Diosa Centcotl, celebrándose este suceso con el horrible sacrificio de los prisioneros de guerra. En este tiempo habian ensanchado los mexicanos el camino que iba sobre el lago de Chapoltepec á México y reconstruyeron el acueducto que en este mismo camino existía; mas, un acontecimiento vino á turbar la alegría que tales obras habian producido. Una torre de uno de los templos llamado *zomolli*, se incendió por haber caído sobre ella un rayo. La preocupacion hizo creer que este siniestro lo habrian producido algunos enemigos, y se armaron principalmente los Tlaltelolques para la defensa, concurriendo al templo en tropel. Moctezuma atribuyó esta actitud de los Tlaltelolques al deseo que abrigaban por promover una sublevacion, é indignado con esta infundada suposicion los destituyó de todos los empleos, no obstante las protestas y humillaciones que hicieron para demostrar su inocencia: mas despues, sea por persuacion de la verdad ó por otro motivo, los restituyó á sus empleos y les otorgó de nuevo su confianza.

Nuevas revueltas.

Los Mijteques y los Zapotèques se revelaron contra la corona, capitaneados por Cetepatl, señor de Coijtlahuacan y Nahuijochitl, señor de Tzotzollan. Como acto primero de la rebelion mataron á todos los mexicanos que estaban de guarnicion en Huagyacac y otros puntos. Moctezuma sabedor de esta horripilante hecatombe mandó á batirlos con un grueso ejército compuesto de Mexicanos, Texcuacanos y Tepaneques á las órdenes de Cuitlahuac, su hermano y sucesor á la corona. El éxito de la espedicion fué favorable, é hicieron multitud de prisioneros entre los cuales estaban varios gefes.

Saquearon los vencedores varias ciudades y volvieron llenos de despojos; verificaron sacrificios con los prisioneros y dando el Estado Tzotzollan á Cuzcaqunhtli por haber permanecido fiel al rey. A Cetcepatl no se le sacrificó hasta que no descubrió á sus cómplices.

Poco tiempo despues de esta espedicion se suscitó una reyerta entre los Huejotziques y los Choluleses. Los Choluleses como menos diestros en el arte de la guerra, que sus contrarios, fueron vencidos y obligados á replegarse á su ciudad. Los Huejotziques temieron las consecuecasi

de esta imprudencia, y enviaron á Moctezuma á Tolimapanecatl y Tzomcostli para que los justificara. Las desastrosas exageraciones de los embajadores affigieron sobremanera á Moctezuma y temiendo la venganza del Dios Quetzalcoatl, cuyo santuario era de los mas célebres, mandó á dos personas á que se informaran de todo lo que habia ocurrido, y desengañado de las falsedades que le contaron los embajadores, se enojó extraordinariamente y envió un ejército á Huejotzingo, dando orden al gefe de que castigara con toda severidad á los habitantes, si no le daban una plena satisfaccion. Los Huejotziques alucinados, salieron formados en batalla á recibir á los mexicanos y se adelantó su general y les expuso la comision que llevaba, en estos términos: «Nuestro señor Moctezuma, que tiene su corte en medio de las aguas, Nezahualpilli, que manda en las orillas del lago, y Totoquihuatzin, que reina al pié de los montes, me mandan deciros, que han sabido por vuestros embajadores, la ruina de Cholullan, y la muerte de sus habitantes; que esta noticia los ha penetrado de dolor, y se creen obligados á vengar tamaño atentado contra el benerable santuario de Quetzalcoatl.» Los Huejotziques manifestaron que todo aquello era una exajeracion y que no tenian culpabilidad alguna en la propagacion de la mentira, y como prueba de ello, ofrecieron castigar á los culpables, como la mayor satisfaccion que pudiera ofrecerse á los tres reyes. Hicieron conducir á los embajadores á la presencia del general, se los entregaron despues de haberles cortado las orejas y las narices, pena que se imponia entónces á los que circulaban noticias contrarias al bien público.

Los Atljiqueses tambien se rebelaron contra la corona, epro fueron derrotados por los mexicanos, haciéndoles un

gran número de prisioneros. Este suceso tuvo lugar en Febrero de 1506, y por haber terminado el siglo, se celebraba la fiesta del fuego. Fué la última que celebraron los mexicanos. Sacrificaron en ella muchos prisioneros, reservando otros para la dedicacion del Tzompantli, que era un edificio inmediato al templo mayor, donde se guardaban las calaveras de las víctimas.

Presagio de la guerra de los españoles.

En aquel año secular no hubo guerra, y en 1507 emprendieron los mexicanos una expedicion contra Tzolan y Mijltan, pueblos Mijteques, y á consecuencia de esto los habitantes huyeron á los montes sin hacer resistencia. De allí pasaron á subyugar á los de Quauhquichollan, que se habian revelado; esta expedicion sirvió para que el príncipe Cuitlahuaca, general del ejército, ostentara su valor. Hicieronse algunos prisioneros que fueron inmolados en las fiestas dedicadas á Hacuñipehualiztli, cuya celebridad se hacía en el segundo mes mexicano y en la del santuario de Zomotli que estaba ya reconstruido despues del incendio.

El año siguiente un ejército compuesto de Texcucanos y Tepaneques salió á combatir con la provincia de Amatlan; algunos accidentes climatéricos hicieron grandes estragos y el rubicon arrancó un sin número de arboles; estos fenómenos y la aparicion de un cometa, excitaron la supersticion de Moctezuma, y se cuenta que esto dió motivo á pres-

giar la venida de los españoles; refiriéndose para ésto multitud de consejas á cual mas inverosímil.

Moctezuma emprendió otras expediciones contra los Tlascalenses, los Huejuzinques, y los habitantes de Tepotepec y de Malinaltepec; en todos ellos tuvo buen éxito é hizo infinidad de prisioneros, y pareciéndole demasiado pequeño el altar de los sacrificios y poco adecuado á la magnificencia del templo, mandó buscar una desmesurada piedra que pudiera servir para este objeto, encontrándola en Coyoacan; en las diversas fiestas que se celebraron ese año fueron sacrificados, segun los historiadores, doce mil doscientos diez prisioneros. Las conquistas hechas por los mexicanos, llevando el imperio á su mayor grandeza, eran precursoras de su ruina, pues mientras mas territorio conquistaba mas enemigos se atraía.

Muerte de Netzahualpilli.

Este célebre monarca despues de haber reinado cuarenta y cinco años, dejó el mando á dos príncipes reales y se retiró á su casa de campo en Tezcotzinco, llevándose consigo á Tocotzin su favorito. En su retiro se entretenia con la caza y con el estudio de la astronomía, á la cual era muy afecto. Despues de seis meses de esta vida volvió al gobierno y mandó á su querida Tocotzin que se retirase con sus hijos al palacio de Tecpilpam y él se encerró en su ordinaria residencia, sin dejarse ver mas que de alguno de

sus confidentes, probablemente con el designio de ocultar su muerte á ejemplo de su padre. En efecto, nunca se llegó á saber nada de la época ni de las circunstancias de tal suceso, que acaso ocurrió en 1506; poco antes de morir ordenó á sus confidentes incineraran su cadáver. Esto dió lugar á que por mucho tiempo se creyera en el vulgo que no habia muerto, sino que habia ido á Amaquemecam. Su celo por el respeto á las leyes fué tan exagerado, que se refiere que condenó á muerte á su hijo el mas amado, tan solo porque profirió algunas palabras descompuestas, sin que fuera posible desviarle de tan inicua determinacion ni las lágrimas y súplicas de la madre, ni la intercesion de algunos reyes, como Moctezuma. Sin embargo de esta bárbara severidad legal, era compasivo y no podia ver la miseria de sus súbditos sin remediarla en el instante. Con él puede decirse que acabó la gloria de los reyes chichimecas. Netzahualpilli no declaró quien debia sucederle. Este descuido fué pernicioso para el reino de Acolhuacan.

Revolucion de Acolhuacan.

Cuando el consejo supo la muerte del rey, se reunió para decidir quien debia sucederle, y el mas anciano y respetable de los consejeros indicó que la corona pertenecia á Cacamatzin por ser el primogénito, se aprobó este dictamen; pero como los príncipes esperaban en la sala inmediata la resolucion del consejo, cuando entraron á que se

les hiciese saber su determinacion, Coanacotzin la aceptó, pero Ijtijochitl, que era un jóven ambicioso y emprendedor se manifestó en contra de la sucesion de su hermano y pretendió que la corona se le diese á él por ser el mas valiente. Cuando su hermano Coanacotzin trató de persuadirlo de que debia aceptar lo acordado por el consejo, le rebatió diciéndole que lo que se quería era seguir las inspiraciones de los mexicanos, y que esto favorecía los proyectos de Moctezuma. Por mas diligencias que hicieron Ijtijochitl no se conformó y se lanzó á los montes á unirse con sus ayos y levantó un ejército de cosa de cien mil hombres, hasta que Cacamatzin tuvo que transar cediéndole una gran parte de sus posesiones.

Mas adelante se verá cuanto favoreció aquel príncipe la aventurada empresa de los españoles, que dejaron empezarse á ver en este tiempo en las costas mexicanas.

dejaba ver de los hombres, para hacerles daño ó espantarlos.

Los otomites eran materialistas y los mexicanos y las naciones de Anáhuac, llevaban tan exajerado el espiritua- lismo que inmortalizaban hasta el alma de las bestias.

Creían que había tres lugares destinados para las almas; uno para los soldados que morían en la guerra, para los que caían en manos de sus enemigos y para las mujeres que morían de parto; á esto le llamaban casa del sol; y tenían la creencia, que en ella después de haber experimentado otra vida de delicias, después de algun tiempo pasaban los espíritus á animar las nubes, á los pájaros de hermoso plumaje y de agradable canto, quedando en libertad de subir al cielo, y de bajar á la tierra á cantar y á chupar las flores.

Los de Tlaxcala, creían que las almas de los nobles transmigraban á pájaros hermosos canoros, y cuadrúpedos generosos: y que las de los plebeyos pasaban á los escarabajos y á otros reptiles. Se ve, pues que la transmigración pitagórica, que tanto se propagó y arraigó en los países de Oriente, tuvo también sus sectarios en el Nuevo Mundo. El segundo lugar destinado á las almas, lo denominaban con el nombre de *Tlalocan*, y á él iban las almas de los que morían heridos por un rayo, ahogados, de hidropesía, tumores, llagas y otras dolencias de esta especie, así como las de los niños y de los sacrificados á *Tlaloc*, Dios de la agua, teniendo allí las almas toda especie de placeres y de manjares delicados. Finalmente el sitio destinado para los que morían de cualquiera otra manera, se llamaba *Mictlan* ó infierno, lugar oscurísimo, donde reinaba un dios llamado *Mictlanthentl*, ó señor del infierno, y una diosa

llamada *Mictlancihuatl*. Según parece el infierno lo colocaban en el centro de la tierra, y tenían la persuasión de que las almas no sufrían allí otro castigo que el de la oscuridad.

La idea de la creación del mundo, del diluvio universal, de la confusión de las lenguas y de la dispersión de las gentes la representaban en las figuras M hombre que se salvó en el diluvio le llamaban *Cogcoq*, otros le daban el nombre de *Teocipactli* y á la mujer que le acompañaba le llamaban *Jochiquetzal*, y decían que habiendo desembarcado cerca de una montaña, conocida por de *Colhuacan*, tuvieron muchos hijos todos mudos, hasta que una paloma les comunicó los idiomas, desde las ramas de un árbol, pero eran tan diferentes que no podían entenderse entre sí. Los de Tlaxcala creían que los hombres que escaparon del diluvio, quedaron convertidos en monos y que recobraron poco á poco el habla y la razón.

Dioses de la providencia y del cielo

Tezcatlipoca. Era el dios mayor, que se adoraba, después del invisible. Su nombre significa espejo reluciente, y su ídolo tenía uno en la mano. Era el dios de la providencia, el alma del mundo y el autor de todas las cosas. Lo representaban joven para dar á entender que nunca envejecería. Le daban el atributo de premiar á los justos, y castigar á los viciosos con enfermedades y otros males. Ponían en las

esquinas acientos de piedra, para que este dios descansase, sin que á nadie fuera permitido sentarse en ellos. Creían que habia bajado del cielo por una cuerda hecha de telarañas, y que habia perseguido, y arrojado de aquel país á *Quetzalcoatl* gran sacerdote de Tula, que fue colocado en el número de los dioses.

Su ídolo principal era *Teotetl* (piedra divina) la cual tenia estas propiedades, ser negra, reluciente y semejante al mármol negro. Este ídolo estaba vestido de gala, tenia en las orejas pendientes de oro, en el labio inferior un cañoncillo de cristal dentro del cual habia una plumilla verde ó azul, que á primera vista parecia una joya. Sus cabellos estaban atados con un cordón de oro, del que pendia una oreja del mismo metal, con ciertos vapores ó humos pintados, que segun la interpretacion, eran los ruegos de los aflijidos. El pecho estaba cubierto de oro macizo. En ambos brazos tenia brazaletes de oro; en el ombligo una esmeralda; en la mano izquierda un abanico de oro y de hermosas plumas, tan brillante que parecia un espejo, con lo que denotaban que veia todo lo que pasaba en el mundo.

Para simbolizar su justicia, lo representaban sentado en un banco, cubierto de un paño rojo, donde estaban figurados cráneos y huesos humanos: tenia en la mano izquierda un escudo con cuatro flechas, la diestra levantada en actitud de lanzar un dardo; el cuerpo pintado de negro y coronado de plumas de codorniz.

Ometeutli y Omecihuatl. Eran un Dios y una Diosa que habitaban en el cielo, velaban sobre el mundo é influían en las inclinaciones de los mortales; el primero en las de los hombres y Omecihuatl en las de las mujeres. Contaban mil fábulas supersticiosas de esta Diosa, para producir la

reproduccion del género humano, pues creían que la tierra habia padecido tres calamidades universales en las que habian perecido todos los hombres.

Cihuacohuatl, ó mujer sierpe, conocida tambien por *Quilaztli*, era tenida por la primera mujer que habia parido y que su fecundidad era de tal naturaleza, que siempre que paria daba á luz gemelos. Decían que se dejaba ver esta Diosa, muchas veces, llevando en los hombros un niño enano.

Apoteosis del sol y de la luna.

Tomatiuh y Meztli, nombre dado al sol y á la luna, fueron divinizados por aquellas naciones. Contaban una fábula ingeniosa para explicar la reaparicion del sol, que suponían se habia extinguido, así como de la luna. A estos dos númenes consagraron los dos templos famosos erigidos en las llanuras de Teotihuacan.

El Dios del aire.

Quetzalcoatl, sierpe armada de plumas, era en todas las naciones de Anahuac el Dios del aire. Contaban que habia sido sacerdote de Tula, que era un hombre blanco, alto, corpulento, de frente ancha, ojos grandes, cabellos negros

y largos, y de poblada barba: que por honestidad llevaba siempre la ropa larga, lo suponían tan rico, que tenía palacios de plata y de piedras preciosas: que era muy industrioso y había inventado la fundición de los metales y labrar las piedras: lo consideraban sabio, prudente y de una vida austera y ejemplar: que cuando quería publicar alguna ley, mandaba al monte Tzatzitepec (monte de clamores) cerca de Tula, un pregonero, cuya voz se oía á trescientas millas de distancia; le daban otra porción de atributos benefactores. Los mexicanos creían que el pontificado de Quetzalcoatl había sido muy feliz. Suponían que en la peregrinación de este Dios á Tlapalla al pasar cerca de Quauhtitlan, arrojó piedras á un árbol, quedando todas ellas clavadas en el tronco y que cerca de Tlalnepantla estampó su mano en una piedra, la cual enseñaban después de la conquista, los mexicanos á los españoles. Cuando llegó á Cholula lo detuvieron y le confiaron las riendas del gobierno. A él, decían, deben los choluleses los ritos, las ceremonias religiosas, y según algunos historiadores el arreglo del tiempo y el calendario.

Después de haber estado veinte años en Cholula determinó hacer su viaje al reino imaginario de Tlapallan, llevándose consigo cuatro nobles y virtuosos jóvenes. En Coatzacoalco los despidió enviándolos á los choluleses á quienes mandó decir que volvería. Los de Cholula dieron á estos jóvenes el gobierno. Aquel personaje fué consagrado Dios por los Tolteques de Cholula, y constituido protector principal de su ciudad, en cuyo centro le edificaron un alto monte y sobre él un santuario. Otro monte con su templo le fué erigido en Tula. De Cholula se propagó su culto por todos aquellos países donde era venerado como

Dios del aire. Tenía templos en México y otros lugares donde le profesaban mucha veneración. Los Yucatenenses se gloriaban de que sus señores fueran descendientes de Quetzalcoatl. Las fiestas que se le hacían en Cholula, especialmente en el *Teojihuitl*, ó año divino, á la que precedía un ayuno riguroso de ochenta días. Decían que Quetzalcoatl varía el camino al Dios de las aguas, porque siempre el viento precedía á las lluvias.

Dioses de los montes, del agua, del fuego, de la noche y del infierno.

Tlaloc ó *Tlalocateutli*, señor del paraíso, era el Dios del agua, decían que su residencia era la altura más elevada de las montañas, donde se forman las nubes, como las de Tlaloc, Tlascala y Toluca. Creían también los antiguos que en todos los montes había otros Dioses subalternados á Tlaloc. El ídolo de Tlaloc estaba pintado de azul y de verde para significar los diversos colores que se ven en el agua; en la mano le pusieron una vara de oro, espiral, figurando el rayo. Tenía un templo en México dentro del mayor, y le hacían muchas fiestas al año.

Chalchiuhqueye ó *Chalchihuitlicue*, era la Diosa de las aguas, compañera de Tlaloc, le daban además otros nombres expresivos que revelaban los diversos efectos que causan las aguas, ó los diferentes colores que dejan ver en su movimiento; por esto es que la llamaban también *Apaço-*

natlotl y Acurecuyotl: Atlacumani, Ahuic y Ayauh; Tiji-quipilihui, etc., etc. Los tlascalenses le llamaban *Matlalene-ye*, es decir, vestida de azul; y el mismo nombre daban á la altísima montañía de Tlascalá. Esta misma Diosa es, á la que Torquemada da el nombre de *Tochiquetzal*, y Baturini de *Macuiljochiquetzalli*.

Guhtletli, señor del año y de la yerba, era el númen del fuego y lo conocian tambien por *Ijcozauhqui*, que expresa el color de la llama. En la comida el bocado del primer manjar y el primer sorbo de la bebida se le ofrecian echando al fuego, en seguida uno y otro. Tenia templo en México y otras partes.

Centeotl, Diosa de la tierra y del mar; llamábanla tambien *Tonacayohua*, esto es, la que nos sustenta. Dábanle igualmente los nombres *Tzinlcoatl* (Diosa original) *Jilomen*, *Iztacaenteotl* y *Tlaltauhquicenteotl*; le mudaban el nombre segun el estado del mar. La reverenciaban mucho los Totonèques, como su principal protectora, y le erigieron un templo en la cima de un alto monte. En el referido templo de los Totonèques habia un oráculo de los mas famosos.

Mitlanteutli, Dios del infierno, y *Mitlancihuatl* su compañera, eran muy célebres entre los mexicanos. Creian que estos númenes residian en lo mas oscuro de las entrañas de la tierra. Tenian templo en México y sus fiestas se celebraban en el mes décimo séptimo. El sacerdote principal de su culto era llamado *Tlilantlenamacac*.

Joaltcuetli, Dios de la noche, parece que era este mismo *Meztlí*, ó la luna; otros dicen que era *Tomatiuh*, ó el sol; y otros que era un númen muy diferente. A esta divinidad encomendaban sus hijos para que les diera sueño.

Joalticil, médico nocturno, Diosa de las cumas á quien

tambien encomendaban los niños, para que cuidase durante la noche.

Dioses de la guerra.

Huitzilopochtli ó Mejitli, dios de la guerra, era el númen más celebre de los mexicanos y su principal protector. *Huitzilopochtli* es un nombre compuesto de *Huitzilin*, nombre del hermoso pajarillo llamado Chupador, y *opochtli*, que significa siniestro.

Encargado de la proteccion de los mexicanos, aquel númen, segun ellos decian, los condujo en su peregrinacion, y los estableció en el sitio en que despues se fundó la gran ciudad de México. Allí erigieron aquel soberbio templo, que fué tan admirado por los españoles, y en el que cada año hacian tres solemnes fiestas, en los meses nono, quinto décimo y decimoquinto. Su estatua era gigantesca, y representaba un hombre sentado en un banco azul, con cuatro ángulos, de cada uno de los cuales salia una gran serpiente. Su frente era tambien azul, y la cara estaba cubierta de una máscara de oro; igual á otra que le cubria la nuca: sobre la cabeza tenia un hermoso penacho en la forma de un pico de pájaro: en el cuello, una gargantilla compuesta de diez figuras de corazones humanos; en la mano derecha un baston espiral, azul, en la izquierda un escudo, en el que aparecian cinco bolas de plumas, dispuestas en

forma de cruz. De la parte superior del escudo, se alzaba una banderola de oro con cuatro flechas, que segun los mexicanos se habian enviado del cielo para ejecutar las acciones gloriosas que se registran en la historia. A ese dios se sacrificaba el mayor número de víctimas humanas.

Tlacahuepan-Cuejotzin, otro dios de la guerra, era hermano menor de Huitzilopochtli. Se le daba culto en Tezcucuo.

Painalton, veloz ó apresurado, era el otro dios de la guerra. Se le invocaba en los casos *repentinos* de guerra.

Dioses del comercio, de la casa y de la pesca.

Jacateutli, dios que guía, era el del comercio, *Mijcoatli* el de la caza, y *Opochtli*, dios de la pesca, á quien se atribuye la invencion de la red y demás instrumentos para la pesca. *Huijtocihuatl* era el dios de la sal. *Tzapotlatenan*, era la diosa de medicina. La suponian inventora del aceite de *ojitl*, y de otros remedios. *Tezcatzoncatl*, dios del vino, le daban otros nombres análogos al efecto de esta bebida, como *Tequehmécianiani*, el que ahorca, y *Teatlahuiani* el que anega. *Ijtlilton*, parece que tambien era dios de la medicina. *Coatlícue* ó *Coatlantona*, era diosa de las flores. *Tlazolteotl*, era el dios que invocaban los mejicanos, para obtener el perdon de sus culpas. *Boturini* di-

ce que este númen era la *Vénus impúdica* y plebeya, y *Macuiljochiquetzalli*, la *Vénus pronuba*. *Gipe* fué el dios de los plateros. *Nappateuctli*, cuatro veces señor, era el dios de los alfareros. *Omacal* el de los regocijos. *Teteoinan* ó *Tocitzin* era la madre de los dioses. *Ylamateuctli* era la diosa de las viejas. *Tepitoton* era el nombre que daban á los dioses penates ó demésticos.

Idolos, y modo de reverenciar á los dioses.

Los ídolos que reverenciaban eran infinitos. Reconocian la falza divinidad de aquellos númenes, con ruegos, genuflecciones, postraciones, ayunos y otras austeridades; con sacrificios y oraciones.

Transformaciones.

No faltaban en aquella mitología, transformaciones y metamorfosis.

forma de cruz. De la parte superior del escudo, se alzaba una banderola de oro con cuatro flechas, que segun los mexicanos se habian enviado del cielo para ejecutar las acciones gloriosas que se registran en la historia. A ese dios se sacrificaba el mayor número de víctimas humanas.

Tlacahuepan-Cuejotzin, otro dios de la guerra, era hermano menor de Huitzilopochtli. Se le daba culto en Tezcucuo.

Painalton, veloz ó apresurado, era el otro dios de la guerra. Se le invocaba en los casos *repentinos* de guerra.

Dioses del comercio, de la casa y de la pesca.

Jacateutli, dios que guía, era el del comercio, *Mijcoatli* el de la caza, y *Opochtli*, dios de la pesca, á quien se atribuye la invencion de la red y demás instrumentos para la pesca. *Huijtocihuatl* era el dios de la sal. *Tzapotlatenan*, era la diosa de medicina. La suponian inventora del aceite de *ojitl*, y de otros remedios. *Tezcatzoncatl*, dios del vino, le daban otros nombres análogos al efecto de esta bebida, como *Tequehmécianiani*, el que ahorca, y *Teatlahuiani* el que anega. *Ijtlilton*, parece que tambien era dios de la medicina. *Coatlícue* ó *Coatlantona*, era diosa de las flores. *Tlazolteotl*, era el dios que invocaban los mejicanos, para obtener el perdon de sus culpas. *Boturini* di-

ce que este númen era la *Vénus impúdica* y plebeya, y *Macuiljochiquetzalli*, la *Vénus pronuba*. *Gipe* fué el dios de los plateros. *Nappateuctli*, cuatro veces señor, era el dios de los alfareros. *Omacal* el de los regocijos. *Teteoinan* ó *Tocitzin* era la madre de los dioses. *Ylamateuctli* era la diosa de las viejas. *Tepitoton* era el nombre que daban á los dioses penates ó demésticos.

Idolos, y modo de reverenciar á los dioses.

Los ídolos que reverenciaban eran infinitos. Reconocian la falza divinidad de aquellos númenes, con ruegos, genuflecciones, postraciones, ayunos y otras austeridades; con sacrificios y oraciones.

Transformaciones.

No faltaban en aquella mitología, transformaciones y metamorfosis.

El templo mayor de Méjico.

Llamaban al templo *Teocalli*, es decir, casa de Dios, y *Teopan*, lugar de Dios.

La ciudad y el reino de Méjico, empezaron por la fábrica del templo de Huitzilopochtli ó sea *Méjiltli*, de donde tomó el nombre la ciudad. Este edificio fué primeramente una cabaña; ampliála *Itzcoatl*, su sucesor Moctezuma I, fabricó un nuevo templo; por último, *Ahuitzotl* construyó y dedicó aquel vasto edificio, que habia sido planteado por su antecesor *Tizoc*. Este fué el santuario que alabaron tanto los españoles y despues lo arruinaron.

Este gran templo ocupaba el centro de la ciudad, y comprendia, con otros templos y edificios anexos, todo el sitio que hoy ocupa la iglesia catedral, parte de la plaza mayor y parte de las calles y casas de las inmediaciones. El muro que rodeaba aquel lugar, formando un cuadro, era tan grande, que dentro de su recinto, segun el mismo Cortéz, cabia un pueblo de quientos hogares. Este muro fabricado de piedra y cal, era bastante grueso, tenia ocho piés de alto, y lo coronaban unos merlones, con adornos de figuras de piedra, á modo de serpientes.... Tenia cuatro puertas, que miraban á los cuatro puntos cardinales. En la del lado de oriente empezaba un ancho camino que conducia al lago de Tezcuco; las otras tres miraban á las tres principales

calles de la ciudad, las más largas y derechas; las cuales comunicaban con las calzadas del lago, por las que se iba á Iztapalapan, Tacuba y Tepeyacac, sobre cada puerta habia una armería, abundantemente provista de armas ofensivas y defensivas, á donde en caso de necesidad, acudian á armarse las tropas.

Los historiadores dan otra porcion de detalles respecto de la construccion de este edificio, pero no están de acuerdo todos en ellos, y por eso no los juzgo de gran importancia. Uno de los templos estaba destinado á Huitzilopochtli, y á los otros dioses de la guerra, y otro á Tezcatlipoca.

En el atrio superior estaba el altar de los sacrificios ordinarios, y en el inferior, el de los sacrificios gladiatorios.

Edificios anexos al templo mayor.

En el espacio que mediaba entre el muro exterior y templo, además de una plaza para los bailes religiosos, habia mas de cuarenta templos menores, destinados á otros dioses, colegios de sacerdotes, seminarios para jóvenes de ambos sexos, y otros varios edificios.

Entre los templos más notables estaban el de Tezcatlipoca, Tlaloc y Quetzalcoatl. Habia otro templo llamado Ilhuicatitlan, dedicado al planeta Vénus; dentro de una gran columna estaba pintada ó esculpida la figura de aquel

astro. Comprendido en aquel circuito estaba el templo *Tezcacalli*, ó casa de espejos, llamada así, porque la parte interior de sus muros estaba revestida de espejos. Habia otro pequeño templo llamado *Teccizcalli*, cubierto de sombras, con una casa inmediata, que servia de retiro al rey de México para orar y hacer sus ayunos. Existia otra casa destinada al retiro del gran sacerdote, y la llamaban *Payauhltlan*. En el estanque llamado *Tezcapan*, se bañaban muchos por voto hecho á los dioses. Una de las fuentes que llamaban *Tojpalatl*, decian que contenia agua santa.

Habia de singular una gran cárcel, en donde encerraban los ídolos de las naciones vencidas, y otros en que conservaban las calaveras de las víctimas.

Otros templos.

Habia muchos templos esparcidos en la ciudad; entre todos ellos se hallaba el de *Tlaltelolco*, consagrado tambien á *Huitzilopochtli*. Fuera de México, los templos más célebres eran los de *Texcuco*, *Cholula* y *Teotihuacan*. El templo mayor de *Cholula* estaba dedicado á su protector *Quetzalcoatl*. Subsiste aún la altísima pirámide construida por los toltecas, donde antes hubo un templo y hoy existe un santuario. Existen tambien los famosos templos de *Teotihuacan*. Estos vastos edificios, que sirvieron de modelo á los demás templos, estaban consagrados: uno al sol

y otro á la luna, representados en dos ídolos de enorme tamaño, hechos de piedra y cubiertos de oro. El del sol tenia una gran cavidad en el pecho, y en ella, la imagen de aquel planeta, de oro purísimo.

Rentas de los templos.

Las del templo mayor de México y las de los otros de la corte eran cuantiosas. Poseian tierras propias, y aun labradores para trabajarlas. Estas rentas servian para todo lo necesario, para la mantencion de los sacerdotes, y la leña que en gran cantidad se consumia. Es de presumirse que el distrito llamado *Teotlalpan* (tierra de los dioses) era una de las posesiones religiosas cerca de los templos; habia almacenes para guardar los comestibles que servian para el mantenimiento de los sacerdotes, y anualmente se repartia lo que sobraba, entre los pobres, para los que habia hospitales en los grandes pueblos.

Número y gerarquía de los sacerdotes.

El número de sacerdotes era proporcionado al de los dioses y templos mexicanos; el número de los que residian en

el templo mayor ascendia, segun los historiadores, á cinco mil. Cada templo tenia un número determinado de ministros; segun los datos, parece que el total de los que existían en el imperio era de un millón. Habia varios grados ó gerarquías. Los Sumos Sacerdotes, á quienes llamaban *Teoteuetli*, señor divino, y *Huiteopijqui*, gran sacerdote; esta dignidad no se conferia sino á las personas ilustres, por su nacimiento, por su probidad, y por su inteligencia en las ceremonias religiosas. Los Sumos Sacerdotes eran los oráculos á quienes consultaban los reyes los graves negocios de Estado, y nunca se declaraba la guerra sin su consentimiento. Eran los que ungian á los reyes despues de su eleccion, los que abrian el pecho y arrancaban el corazon á las víctimas humanas en los solemnes sacrificios. En el reino de *Acolhuacan* era siempre el Sumo Sacerdote el hijo segundo del rey. Los reyes *totonaques* eran ungidos con sangre de niños, y á esta ceremonia le llamaban uncion divina. Segun algunos autores, de la misma manera se ungian los reyes de México.

La insignia de los Sumos Sacerdotes de México, era una borla de algodón pendiente del pecho, y en las fiestas grandes usaban trages muy adornados, en que se veian las insignias del númen cuya fiesta celebraban. Los Sumos Sacerdotes de los *mijteques*, en semejantes casos, usaban una túnica en la que estaban representados los principales sucesos de su mitología; sobre ella un roquete blanco, y sobre todo, una gran capa. En la cabeza llevaban un penacho de plumas verdes, curiosamente tegido y adornado con algunas figuras de los dioses. De los hombros les pendía un lienzo, y otro del brazo.

Despues de esta dignidad sacerdotal, que era la más elevada, seguia la del *Mexico-theohuatzin*, cuya obligacion era velar por la observancia de los ritos y ceremonias, y la conducta de los sacerdotes que estaban dirigiendo los seminarios, teniendo la facultad de castigar á los ministros delincuentes. Para ejercer estas funciones, tenian dos ayudantes ó vicarios llamados *Huitznahuatoehuatzin* y *Tepanteohuatzin*. Este último era el director general de los seminarios.

El *Tlalquimilottenolli* era el ecónomo de los santuarios; el *Ometochtli*, el primer compositor de los himnos; el *Epeocacuiltzin*, el maestro de ceremonias; el *Tlapijcatzin*, el maestro de capillas, que disponia la música, dirigia el canto y corregia á los cantores. A los sacerdotes daban el nombre de *Teopijqui*, es decir, custodio ó ministro de Dios. En cada barrio habia un párroco.

Funciones, traje y vida de los sacerdotes.

Los ministerios relativos al culto, se dividian entre los sacerdotes. Unos eran sacrificadores, otros adivinos; unos compositores y otros cantores de himnos. Unos cantaban de dia y otros de noche. Unos estaban destinados al cuidado de la limpieza de los templos y del ornato de los altares. Tambien tocaba á algunos la instruccion de la juventud, el arreglo del calendario, de las fiestas y de las pinturas mitológicas. Cuatro veces al dia incensaban á los

ídolos: al amanecer, á medio día, al anochecer y á media noche. Al sol le hacían esta ceremonia nueve veces: cuatro de día y cinco de noche. Usaban para perfume, del copal ó de otra resina olorosa; en ciertas fiestas se servían del *chapotilli* ó betun judaico. Algunos sacerdotes se teñían diariamente el cuerpo con tinta del hollín de *ocotl*, que era una especie de pino bastante aromático, y sobre aquella costra se ponían *acre* y sinabrio, y todas las noches se bañaban en los estanques de los recintos del templo.

Tenían algunas rarezas especiales, pues además del vestido negro que usaban, se dejaban crecer los cabellos llegandoles algunas veces hasta los piés, los trenzaban con gruesos cordones de algodón, se los untaban con tinta, resultando un grueso volumen tan incómodo para ellos, como horrible y asqueroso á la vista.

Se hacían otra unción extraordinaria y abominable, cuando tenían que hacer sacrificios en la cima de los montes, y en las cavernas tenebrosas de la tierra. Tomaban una cantidad de insectos venenosos, como escorpiones, arañas, gusanos y culebras pequeñas, las quemaban en algun hogar del templo, amazaban su ceniza en un mortero con hollín de *ocotl* con tabaco, con la yerba *hololihqui*, y con algunos insectos vivos, y presentaban en vasos pequeños esta confección, á sus dioses, ungiéndose en seguida con ella, todo el cuerpo. Esta preparacion, segun ellos, tenia por objeto, precaverse de los mayores peligros, pues con ella creían que no podrian hacerles ningun mal, ni las fieras, ni los insectos maléficós. A esta untura le llamaban *Teopatli*, esto es, medicamento divino, y lo juzgaban eficaz contra toda especie de enfermedades.

Hacían uso del *teopatli* para los cuentos y supersticiones, especialmente los Sacerdotes del Dios *Ijtilton*.

El ejercicio del sacerdocio no era perpétuo sino temporal, y podían ejercerlo también las mujeres, á quienes encomendaban ciertas ceremonias y el aseo de los templos; unas veces consagraban desde el nacimiento á las niñas á este oficio; y otras ocasiones á una edad mayor se les dedicaba al sacerdocio, formando verdaderos conventos en donde las que hacían un voto particular vivían con recogimiento, silencio y retiro, bajo la vigilancia de sus superiores.

Sacrificios de víctimas humanas

Una de las principales ceremonias que tenían que desempeñar los Sacerdotes, era la de sacrificar á sus semejantes, para alcanzar alguna gracia del cielo. Los Chichimecas en mucho tiempo no hicieron uso de estas bárbaras ceremonias hasta que los mexicanos les dieron el ejemplo. Los sacrificios variaban en cuanto al número, lugar y modo. En las comunes abrían el pecho á las víctimas, en otras ocasiones las ahogaban en el lago, otras las hacían morir de hambre; á otras finalmente en el ejercicio gladiatorio. El lugar en donde segun se dice consumaban estas barbaridades, era el átrio del templo. Los ministros ordi-

narios eran seis y el principal de ellos era Topiltzin, cuya dignidad era hereditaria. Vestian para la ceremonia con un traje rojo, de hechura de escapulario, adornado con flecos de algodón; en la cabeza llevaban una corona de plumas verdes y en el labio superior otro pendiente de una piedra azul. Los otros cinco ministros usaban trages blancos de la misma forma, bordados de negro; llevaban los cabellos sueltos; la frente ceñida de correas, y adornada con nudos de papel de varios colores; el cuerpo se lo pintaban de negro.

La ceremonia del sacrificio era horrorosa. Los ministros se apoderaban de la víctima, llevándola desnuda al atrio del templo y despues de indicar el ídolo á quien se cansagraba, aseguraban al infeliz sacrificado, por los piés y los brazos, mientras otros afirmaban la cabeza con un instrumento de madera que tenia la figura de sierpe enroscada entrándole hasta el cuello; el altar era convexo, de modo que el cuerpo quedaba arqueado el, pecho y el vientre levantados. Acercábase entónces el inhumano Topiltzin y con un cuchillo agudísimo de piedra, le abria violentamente el pecho, arrancaba el corazon, y palpitante aun, lo ofrecia al sol, y lo arrojaba á los piés del ídolo. Lo ofrecia despues al mismo ídolo, lo quemaba y veia con veneracion las cenizas. Si el ídolo era gigantesco, y conocido, solian introducirle el corazon en la boca con una cuchara de oro, otras veces untaban con sangre los labios del ídolo, y la corniza de la entrada del templo.

Si la víctima era prisionero de guerra, le cortaban la cabeza, para conserbarla, y precipitaban el cuerpo por las escaleras del atrio inferior, de donde lo tomaba el oficial

ó soldado que lo habia hecho pricionero, y lo llevaba á su casa, para cocerlo, condimentarlo, y dar con él un banquete á sus amigos. Comian solo las piernas, los muslos y los brazos, y quemaban lo demas, ó lo conservaban para alimentar las fieras de las casas reales. Los Otómites hacian pedazos á sus víctimas, para venderlas en los mercados públicos.

Sacrificios gradatorios.

A este sacrificio solo se destinaban á los prisioneros más afamados por su valor. Sobre una piedra como la de los molinos, pero de mayores dimensiones y á la que llamaban *Temalacatl*, ponian al prisionero, armado de rodela y espada corta, atado al suelo ponian un pié. Subia á pelear con él un oficial ó soldado mexicano á quien daban mejores armas que las de su contrincante. Si el prisionero quedaba vencido, acudia inmediatamente un sacerdote llamado *Chalchiutepehua*, y vivo ó muerto, lo llevaba al altar de los sacrificios comunes, donde le abria el pecho y le arrancaba el corazon. El vencedor era aplaudido por la muchedumbre y recompensado por el rey con alguna insignia militar: pero si el prisionero vencia á seis, se le otorgaba la vida, la libertad y cuanto se le habia quitado, dejándolo ir á su patria lleno de gloria. Practicaban otros sacrificios más ó menos repugnantes é inhumanos, y los

mismos mexicanos se sujetaban á ciertas prácticas austeras y penitenciarías.

Edades, siglo y año de los mexicanos.

Marcaban los mexicanos, los acolhuis y las demás naciones, cuatro edades diferentes, con otros tantos soles. La primera llamada *Atonatiuh*, era el sol ó edad de agua, la cual empezó en la creacion del mundo, y continuó hasta la época en que perecieron el sol y casi todos los hombres, á consecuencia de una inundacion general. La segunda *Tlaltonatiuh*, edad de tierra, cuya duracion comenzó en aquella catástrofe hasta la ruina de los gigantes y los grandes terremotos que dieron fin al segundo sol. La tercera *Ehecatonatiuh*, edad de aire que sucedió á la anterior y acabó con los grandes torbellinos que esterminaron el tercer sol y todos los hombres. La cuarta *Tletonatiuh*, edad de fuego, comprende desde la última restauracion del género humano, hasta que el cuarto sol y la tierra sean consumidos por el fuego: tenian la creencia de que esta última edad terminaria al fin de uno de sus siglos, y por esto hacian las estrepitosas fiestas al principio de cada siglo al dios del fuego, tributándole homenaje por haber escapado de su voracidad y prolongado el término del mundo.

El cómputo de los siglos, años y meses, era igual al de los antiguos toltecas. El siglo se componia de cincuenta y

dos años, distribuidos en cuatro períodos, y de dos siglos se componia una edad llamada *Huehuetiliztli*, es decir, vieja de ciento cuatro años. Nombraban el fin del siglo *Tojiihmolpia*, esto es, *ligadura de nuestros años*, porque en él se unian los dos siglos para formar una edad. Los años tenian cuatro nombres, *Tochtli*, conejo; *Acatl*, caña; *Tecpatl*, pedernal, y *Calli*, casa, y con ellos y diferentes nombres, se componia el siglo. El primer año del siglo era *primer conejo*; el segundo, *segunda caña*; el tercero, *tercer pedernal*; el cuarto, *cuarta casa*, y así sucesivamente continuaban hasta el año décimo tercio, con el cual terminaba el primer período. Comenzaba el segundo con *primera caña*, y seguia sucesivamente con los otros hasta terminar con el mismo que habia comenzado; así es que, siendo seis los nombres y trece los números, no habia un año que pudiera confundirse con otro. El año mexicano constaba como el nuestro, de trescientos sesenta y cinco dias, y aunque los meses eran diez y ocho y compuestos de veinte dias, lo que forma tan solo trescientos sesenta, al último mes le agregaban cinco dias que llamaban *Nemontemi*, esto es, inútiles, porque los empleaban solo en visitarse unos á otros. El año *primero conejo*, primero del siglo, comenzaba el 26 de Febrero, y cada cuatro años se anticipaba un dia el año mexicano, por el dia intercalar de nuestro año bisiesto; así es, que los últimos años empezaban el 14 de Febrero, por los trece dias que interponian en el curso de cincuenta y dos años. Terminado el siglo, volvía á principiar el año el 26 de Febrero. Sin embargo, debemos decir que no están conformes los autores acerca del dia en que empezaba el año.

Los nombres de los meses se tomaban de las fiestas, de los actos que en ellas se ejecutaban y de los accidentes ó

mismos mexicanos se sujetaban á ciertas prácticas austeras y penitenciarías.

Edades, siglo y año de los mexicanos.

Marcaban los mexicanos, los acolhuis y las demás naciones, cuatro edades diferentes, con otros tantos soles. La primera llamada *Atonatiuh*, era el sol ó edad de agua, la cual empezó en la creacion del mundo, y continuó hasta la época en que perecieron el sol y casi todos los hombres, á consecuencia de una inundacion general. La segunda *Tlaltonatiuh*, edad de tierra, cuya duracion comenzó en aquella catástrofe hasta la ruina de los gigantes y los grandes terremotos que dieron fin al segundo sol. La tercera *Ehecatonatiuh*, edad de aire que sucedió á la anterior y acabó con los grandes torbellinos que esterminaron el tercer sol y todos los hombres. La cuarta *Tletonatiuh*, edad de fuego, comprende desde la última restauracion del género humano, hasta que el cuarto sol y la tierra sean consumidos por el fuego: tenian la creencia de que esta última edad terminaria al fin de uno de sus siglos, y por esto hacian las estrepitosas fiestas al principio de cada siglo al dios del fuego, tributándole homenaje por haber escapado de su voracidad y prolongado el término del mundo.

El cómputo de los siglos, años y meses, era igual al de los antiguos toltecas. El siglo se componia de cincuenta y

dos años, distribuidos en cuatro períodos, y de dos siglos se componia una edad llamada *Huehuetiliztli*, es decir, vieja de ciento cuatro años. Nombraban el fin del siglo *Tojiumolpia*, esto es, *ligadura de nuestros años*, porque en él se unian los dos siglos para formar una edad. Los años tenian cuatro nombres, *Tochtli*, conejo; *Acatl*, caña; *Tecpatl*, pedernal, y *Calli*, casa, y con ellos y diferentes nombres, se componia el siglo. El primer año del siglo era *primer conejo*; el segundo, *segunda caña*; el tercero, *tercer pedernal*; el cuarto, *cuarta casa*, y así sucesivamente continuaban hasta el año décimo tercio, con el cual terminaba el primer período. Comenzaba el segundo con *primera caña*, y seguía sucesivamente con los otros hasta terminar con el mismo que habia comenzado; así es que, siendo seis los nombres y trece los números, no habia un año que pudiera confundirse con otro. El año mexicano constaba como el nuestro, de trescientos sesenta y cinco dias, y aunque los meses eran diez y ocho y compuestos de veinte dias, lo que forma tan solo trescientos sesenta, al último mes le agregaban cinco dias que llamaban *Nemontemi*, esto es, inútiles, porque los empleaban solo en visitarse unos á otros. El año *primero conejo*, primero del siglo, comenzaba el 26 de Febrero, y cada cuatro años se anticipaba un dia el año mexicano, por el dia intercalar de nuestro año bisiesto; así es, que los últimos años empezaban el 14 de Febrero, por los trece dias que interponian en el curso de cincuenta y dos años. Terminado el siglo, volvía á principiar el año el 26 de Febrero. Sin embargo, debemos decir que no están conformes los autores acerca del dia en que empezaba el año.

Los nombres de los meses se tomaban de las fiestas, de los actos que en ellas se ejecutaban y de los accidentes ó

particularidades de esos respectivos actos. Estos nombres variaban, no solo entre los distintos pueblos, sino aun entre los mismos mexicanos.

Los más comunes eran éstos:

1. Atlacahualco.
2. Tlacajipehualiztli.
3. Tezontontli.
4. Hucitozotli.
5. Tojcatl.
6. Etzalcualiztli.
7. Tecuilhuitontli.
8. Hucitecuilhuitl.
9. Tlajochimaco.
10. Jocohuetzi.
11. Ochpaniztli.
12. Teotleco.
13. Tepeilhuitl.
14. Quecholli.
15. Panquetzalistli.
16. Atemoztli.
17. Tititl.
18. Izcalii.

Meses mexicanos.

Ya hemos dicho que los meses se componian de veintidos días, y se llamaban:

1. Cipaectli.
2. Ehecatl.

3. Calli.
4. Cutzpallin.
5. Coatl.
6. Miquiztli.
7. Muzatl.
8. Tochtl.
9. Atl.
10. Itzcuintli.
11. Ozomatli.
12. Malinalli.
13. Acatl.
14. Ocelotl.
15. Quauhtli.
16. Cozcaquaitli.
17. Olintonatiuh ú Olin.
18. Tecpatl.
19. Quiahuitl.
20. Tochitl.

Aunque los signos y caracteres significados por estos nombres estaban distribuidos en los veinte días en su respectivo orden, al contarlos no se hacia uso de la division de los meses, sino á determinados periodos de trece días, semejantes á los trece años del siglo, que corrian sin interrupcion, aun despues de terminado el mes y año. El primer día del Siglo era *primer Cipaectli*; el segundo, *segundo Ehecatl*, ó viento; el *tercero Calli*, ó cena, y así sucesivamente hasta el *décimo tercio Acatl*, ó cuña. El día *décimo cuarto* empezaba otro periodo, contando *primero Ocelotl*, ó tigre; *segundo Quantilli*, ó aguilá; hasta concluir el mes con *septimo Tochitl*, flor; en el segundo mes continua-

ban *octavo Cipactli*, *nono*, *Ehecatl* etc. Veinte de estos períodos hacían en trece meses un ciclo de doscientos sesenta días, sin repetirse en todo ese tiempo el mismo signo ó carácter con el mismo número. En el primer día del mes décimo cuarto, empezaba otro ciclo del mismo modo que el primero.

Armas de los mejicanos.

Las tenían ofensivas y defensivas. Las primeras comunes á nobles y plebeyos, á oficiales y soldados, eran los escudos, que llamaban *Chimalli*, y eran de diversas formas y materias; algunos eran redondos, y otros solo en la parte inferior. Los había de *otatlí* (otate) sujetos con hilos gruesos de algodón, y cubiertos de plumas; los nobles los usaban de hojas delgadas de oro; otros hacían uso de grandes conchas de tortugas, guarnecidos, con cobre, plata ú oro, según el grado militar y la riqueza del dueño. Unos eran de regular tamaño y otros tenían tal magnitud que cubrían todo el cuerpo cuando así se creía necesario, y cuando no, los doblaban y ponían debajo del brazo, teniendo la figura de nuestros paraguas. Probablemente eran de cuero ó de otra tela elástica. Había otros muy chicos y vistosos que solo servían para los bailes que se hacían imitando una batalla.

Las armas defensivas de los oficiales eran unas corazas de algodón de uno ó dos dedos de grueso; resistían perfectamente bien á las flechas; Sobre esta coraza que solo cubría el busto, se ponían otra armadura, que les cubría los muslos y la mitad del brazo; además de estas prendas metían la cabeza en una de tigre, de serpiente ó hecha de madera con la boca abierta y enseñando los dientes para intimidar á sus contrarios. Los nobles y oficiales se adornaban la cabeza con hermosos penachos.

Las armas ofensivas, eran las flechas, la pica, y el dardo. El arco era de una madera flexible, difícil de romperse; la cuerda era de nervios de animales y de pelo de siervo hilado. Había arcos tan grandes, que la cuerda media cinco pies de largo. Las flechas eran varas duras armadas de un hueso afilado, ó de una espina gruesa de pez, de puntas de pedernal ó de itztli.

El *miquahuítl*, llamado por los españoles espada, era una especie de bastón, de tres pies y medio de largo, de cuatro dedos de ancho, armado por uno y otro lado de pedazos agudos de itztli, fijas en el bastón y fuertemente pegados con goma. Estos pedazos tenían tres dedos de largo, uno ó dos de ancho y el grueso de las antiguas espadas españolas. Eran tan cortantes, que algún historiador cuenta que vió cortar con ellos la cabeza á un caballo con un solo golpe.

Las picas tenían en vez de hierro, una gran punta de piedra ó cobre. El *tlacochtlí* ó dardo mejicano, era de otatlí ó de otra madera fuerte; con una punta endurecida por medio del fuego, armados de cobre, itztli ó hueso, teniendo muchos de ellos tres puntas. Lanzaban los dardos con

una cuerda, para arrancarlos despues de que hubiesen herido. Los soldados iban armados con espada, arco, flechas, dardo y hondas.

Moneda.

No es esacto, como lo aseguran varios historiadores, que el comercio entre los mejicanos solo se hiciera por medio de cambios, porque tenian cinco clases de moneda corriente. La primera era una especie de cacao; contaban el cacao por giquipilli; la segunda moneda era unos pedacitos de tela de algodón que llamaban patocuachtli y que solo servia para comprar los renglones de primera necesidad; la tercera era el oro en grano, contenido en plumas de ánade las que por su transparencia dejaban ver el precioso metal que contenian, y su valor estaba en proporción de su grueso, la cuarta que más se aproximaba á la moneda acuñada, consistia en unos pedazos de cobre cortados en figura de T y se empleaba para la compra de objetos de ínfimo valor; y la quinta era unos pedazos de estaño.

Lengua Mejicana.

Esta lengua carece de las letras consonantes B, D, F,

R y S; abunda en ella la L, la G, la T, la Z y los sonidos compuestos de TL y TZ y sin embargo no hay una sola palabra que comience con L. No hay voces agudas, sino en uno que otro vocativo. Generalmente todas las palabras tienen la penúltima sílaba larga, sus aspiraciones son suaves y ninguna nasal. No obstante la falta de las consonantes de que he hecho mención, es un idioma rico, culto y muy expresivo; muchos lo han creído muy superior al griego y al latin.

En la lengua mejicana como en la Hebrea y en la francesa no hay superlativos, y como á la Hebrea y á la mayor parte de las vivas de Europa, los comparativos, se suplen con ciertas partículas equivalentes. Es más abundante que la italiana en aumentativos y diminutivos y más que la inglesa y todas las conocidas en nombres verbales y abstractos. Es muy fecunda en nombres y verbos, pues de cada verbo salen otros muchos de diferente significacion. *Chihua*, es hacer: *Chichihua*, hacer aprisa; *Chihuilia*, hacer á otro; *Chihualtia*, mandar hacer; *Chihuatiuh*, ir hacer; *Chilmaco*, venir hacer; *Chiuhtiuh*, ir haciendo, etc.

Para conversar, el idioma varia segun la condicion de la persona de quien se habla, ó con quien se habla, en cuyo caso se usan ciertas partículas que denotan respeto, y que se añaden á los nombres, á los verbos, á las preposiciones y adverbios. *Talli* significa padre; *Amota*, vuestro padre; *Amotatzin*, nuestro señor padre, *Tleco*, es subir pero cuando se emplea como mandato á un inferior, se dice *Gitleco*; y si como ruego á un superior, ó persona respetable se emplea la palabra *Gimotlecahui* y si se quiere manifestar mayor sumision *Magimotlecahuitzino* las palabras se compo-

nen de dos, tres y cuatro simples; pero con más economía que en el griego, porque en esta lengua se adoptan las voces casi enteras en la composición y en el mejicano se cortau, quitándole sílabas ó letras. *Tlazotli* quiere decir apreciable ó amado; *Mahuitztic*, honrado y reverenciado; *Teopijqui* sacerdote; voz compuesta de *Teotl* Dios y del verbo *Pia* que significa guardar; *Tatti* es padre. Para formar de estas cinco palabras una sola quitan ocho consonantes, y cuatro vocales, y dicen: *notlazomahuizteopijcatatzin* que quiere decir, mi apreciable señor padre, y reverenciado sacerdote, añadiendo el *no*, que corresponde al pronombre mio, é igualmente el *tzin*, que es partícula reverencial. Esta palabra aunque se compone de muchas letras, no es de las más grandes, pues hay otras que por las muchas voces de que se componen constan de quince ó diez y seis sílabas.

Música.

Muy imperfecta, la tenían los mexicanos, desconocian los instrumentos de cuerda; los que usaban se reducian al *huehuetl*, al *teponaztli*, á las cornetas, á los caracoles marítimos y á unas flautillas que daban un sonido agudísimo. El *huehuetl* ó tambor era un cilindro de madera, de tres piés de alto curiosísimamente labrado y pintado, cubierto en la parte superior por una piel de ciervo, bien preparada y res-

tirada, que aflojaban ó apretaban de cuando en cuando para producir el sonido más grave ó más agudo, se tocaba con los dedos y requería gran destreza en el tocador. El *teponaztli* es un instrumento cilíndrico y hueco, todo de madera, sin piel y sin más abertura que dos rayas largas en el medio, paralelas y poco distantes. Se toca golpeando en el intervalo de las dos rayas con dos bolillos semejantes á los de nuestros tambores, pero cubiertos en su extremidad de hule, ó resina elástica, para que el sonido sea más suave; su tamaño es muy variable. En este arte es en el que ménos sobresalían los mexicanos.

Juegos.

Además del teatro y del baile, tenían los mexicanos otros juegos públicos y privados; entre los primeros tenían la carrera; en algunos meses del año había juegos militares, en el que las tropas verificaban un simulacro. El juego de los voladores se ejecutaba en las grandes solemnidades, principalmente en las seculares. Se buscaba un morillo altísimo, fuerte y derecho, el cual se fijaba en la plaza; en la estremidad superior metían un gran cilindro de madera del cual pendían cuatro cuerdas fuertes que servían para sostener un bastidor cuadrado, también de madera; en el intervalo que mediaba entre el cilindro y el bastidor, esta-

ban atrás cuadro cuerdas, y les daban tantas vueltas al redor del morillo, cuantas debian dar los voladores. Estas cuerdas se ataban en los cuatro agujeros hechos en el medio de los cuatro pedazos de que constaba el bastidor. Los cuatro voladores principales se vestian de águilas, ó de otra clase de pájaros, subian con agilidad asombrosa por una cuerda que rodeaba el morillo hasta la extremidad superior, y de ésta subian uno á uno sobre el cilindro, despues de haber bailado un poco, se ataban con la extremidad inferior de las cuerdas y se arrojaban con ímpetu, volando con las álas estendidas. Naturalmente el impulso de los cuerpos de los voladores imprimia un movimiento de rotacion al cilindro, y por un giro inverso al enredo de las cuerdas, las desenvolvian, y esto daba por resultado que mientras menos vueltas quedaban en el morillo, mayor era el círculo que en el vuelo describian. Simultáneamente á los voladores, bailaba otro sobre el cilindro, bien tocando un tamboril, ó tremolando una bandera, sin que la altura ó el peligro en que se ponian, los amedrentasen para nada.

Habia otro juego que era muy comun entre los mexicanos, el juego del balon. El sitio en que se jugaba se llamaba *tlachco*, era un espacio llano y cuadrilongo de diez y ocho toesas de largo, y una anchura proporcional, rodeado por cuatro muros, más gruesos en la parte inferior que en la superior, y más bajos los laterales que los del frente.

Estos muros se blanqueaban y eran extraordinariamente lisos, se coronaban con merlones, y sobre los dos bajos se colocaban á media noche dos ídolos, esto se ejecutaba la víspera del juego. Otros historiadores describen la plan-

ta del juego de otra manera, tal vez existian diversas formas de edificios consagrados á este objeto.

Los ídolos colocados en los muros, eran los dioses protectores del juego. El balon era de hule ó resina elástica, de tres á cuatro pulgadas de diámetro, pesado, pero botaba más que el lleno de aire que se usa en Europa. Se formaban partidos de dos ó tres contra otro número igual de jugadores, se presentaban desnudos y solo con la cintura ó *majlatl* que la decencia exigia. Era condicion del juego no tocar el balon sino con la rodilla, con la coyuntura de la muñeca, ó con el codo, pues el que la tocaba con cualquiera otra parte del cuerpo, perdía un punto. El jugador que lanzaba el balon al muro opuesto, á lo hacía botar en él, ganaba otro punto. Jugaban mazorecas de maiz, y muchas ocasiones la libertad, otros apostaban un determinado número de trajes de algodón; y los ricos, alhajas de oro joyas y plumas preciosas. En el espacio que mediaba entre los jugadores habia dos grandes piedras como las de molino, cada una con agujero en el centro, el que hacía pasar el balon por el agujero, lo cual era muy difícil, ganaba la partida, se apoderaba de todos los vestidos de los presentes y su atingencia era celebrada como una proeza. Tenian además los mejicanos otros juegos mas ó menos entretenidos.

Pinturas.

Los mejicanos poseían este arte y usaban de él con habilidad para retratar á sus reyes ó para fijar ciertos hechos históricos. Pintaban sobre papel, pieles adovadas á telas de hilo de maguey, macerándola como cáñamo, lavándola despues, estendiéndola y puliéndola. También lo fabricaban con la palma *iwjotl*. Para los colores, hacían uso de hojas y flores de muchas plantas y algunas producciones minerales. Para el blanco se servían de la piedra llamada *chimaltizatl*, que calcinada, tiene mucha semejanza con el yeso fino; también empleaban la tierra mineral *tizatlalli*, que es muy parecida al blanco de España. El negro lo hacían con una tierra mineral fétida, por lo que se conocía con el nombre de *tlahuilijac*, ó de hollín del *ocotl*; el azul turquí y el celeste, lo daban con la flor del *matlalxilmiltl*, y del *ginhquilitrahuc*, que es el añil. Para el rojo, empleaban la semilla del astriote, que los franceses llaman *rocou*, y para el morado y la púrpura la cochinilla. El amarillo, se hacía con *tecozahuitl* ú ocre, y con el *jochipalli*; para dar más consistencia á los colores, lo mezclaban con el jugo glutinoso del *tzantli*, ó con aceite del *chian*.

Alimentos.

Como los mejicanos se vieron sujetos por mucho tiempo á vivir en las islas del lago, se mantenían con todo lo que encontraban en sus aguas, y aprendieron á comer, raíces de plantas acuáticas, culebras, el *ajolotl*, el *ateteptz*, el *atopiman*, y otros animalillos é insectos, hormigas, moscos y los huevecillos de estos, que era lo que ya hemos dicho que constituye el *ahuautli*. Usaban como queso, una sustancia fangosa que secaban al sol, y que llamaban *temitlatl*, ó sea excremento de piedra. Sus mercados estaban siempre surtidos de toda clase de insectos crudos, fritos y asados. Después, con el tráfico del pescado, se proporcionaron mejores comestibles, y con el cultivo de sus chinampas, sus banquetes eran variados y abundantes.

Del maíz ó *tlaolli* existían muchas especies diferentes en color, tamaño y calidad; con él hacían pan, tortillas y una bebida alimenticia, *atolli*.

Con el cacao hacían el chocolate ó *chocolatl*. Molían igual cantidad de cacao y de semilla de *pochotl*, disolvían esta mezcla en agua y lo agitaban con un instrumento de madera llamado *motinillo*, ponían aparte la porción más oleosa que quedaba encima; la parte restante mezclaban un puñado de pasta de maíz cocido, lo ponían al fuego, hasta darle cierto punto, y después de apartado, le agregaban la parte oleosa, y esperaban á que estuviera tibio, para tomarlo.

Pinturas.

Los mejicanos poseían este arte y usaban de él con habilidad para retratar á sus reyes ó para fijar ciertos hechos históricos. Pintaban sobre papel, pieles adovadas á telas de hilo de maguey, macerándola como cáñamo, lavándola despues, estendiéndola y puliéndola. También lo fabricaban con la palma *iwjotl*. Para los colores, hacían uso de hojas y flores de muchas plantas y algunas producciones minerales. Para el blanco se servían de la piedra llamada *chimaltizatl*, que calcinada, tiene mucha semejanza con el yeso fino; también empleaban la tierra mineral *tizatlalli*, que es muy parecida al blanco de España. El negro lo hacían con una tierra mineral fétida, por lo que se conocía con el nombre de *tlalhiliyac*, ó de hollín del *ocotl*; el azul turquí y el celeste, lo daban con la flor del *matlalgitl*, y del *gihquilitrahuac*, que es el añil. Para el rojo, empleaban la semilla del astriote, que los franceses llaman *rocou*, y para el morado y la púrpura la cochinilla. El amarillo, se hacía con *tecozahuitl* ú ocre, y con el *jochipalli*; para dar más consistencia á los colores, lo mezclaban con el jugo glutinoso del *tzantli*, ó con aceite del *chian*.

Alimentos.

Como los mejicanos se vieron sujetos por mucho tiempo á vivir en las islas del lago, se mantenían con todo lo que encontraban en sus aguas, y aprendieron á comer, raíces de plantas acuáticas, culebras, el *ajolotl*, el *ateteptz*, el *atopiman*, y otros animalillos é insectos, hormigas, moscos y los huevecillos de estos, que era lo que ya hemos dicho que constituye el *ahuautli*. Usaban como queso, una sustancia fangosa que secaban al sol, y que llamaban *temitlatl*, ó sea excremento de piedra. Sus mercados estaban siempre surtidos de toda clase de insectos crudos, fritos y asados. Después, con el tráfico del pescado, se proporcionaron mejores comestibles, y con el cultivo de sus chinampas, sus banquetes eran variados y abundantes.

Del maíz ó *tlaoilli* existían muchas especies diferentes en color, tamaño y calidad; con él hacían pan, tortillas y una bebida alimenticia, *atolli*.

Con el cacao hacían el chocolate ó *chocolatl*. Molían igual cantidad de cacao y de semilla de *pochotl*, disolvían esta mezcla en agua y lo agitaban con un instrumento de madera llamado *motinillo*, ponían aparte la porción más oleosa que quedaba encima; la parte restante mezclaban un puñado de pasta de maíz cocido, lo ponían al fuego, hasta darle cierto punto, y después de apartado, le agregaban la parte oleosa, y esperaban á que estuviera tibio, para tomarlo.

Hé aquí el origen del chocolate. Algunas veces lo preparaban con *tliljochitl*, (vainilla), ó con flor de *jochinacaztli*, ó con el fruto del *mecajochitl*, y lo endulzaban con miel.

Vino.

El vino más usual entre los mejicanos, es el que dá e-maguey, que ellos llaman *octli* y en español pulque.

Trage.

La ropa ordinaria de los mejicanos, era muy sencilla; los hombres usaban el *najtlatl* y el *timatl*, y las mujeres el *cucitl* y el *huipilli*. El primero es una cintura larga, con las extremidades pendientes por delante y por detrás. El *timalli*, era una capa cuadrada, de cuatro piés de largo, cuyas extremidades se ataban al pecho ó sobre un hombro. El *cuchitl*, que eran las enaguas, se componian de una pieza cuadrada, con que se envolvian desde la cintura hasta media pierna. El *huipilli*, era una camisa de mujer sin mangas. El tejido de la ropa de la gente pobre, era de hilo de maguey ó de palma, ó de tela gruesa de algodon; la de

los ricos, de excelente tela de esta última clase, teñida de varios colores, y con adornos figurando flores ó animales, ó entretregida con hermosas plumas, con pelo fino de conejo, guarnecida con figurillas de oro y vistosos flecos.

Adornos.

Todos los mejicanos usaban largo el cabello y tenían como deshonra el cortarlo, y solo lo hacian los que se consagraban al templo. Las mujeres llevaban la cabellera suelta, y los hombres atada de diversos modos y adornada con penachos. Además de las joyas y plumas con que adornaban la ropa, usaban pendientes en las orejas, en el lábio inferior y algunos en la nariz: se ponian collares, ajorca, pulseras y argollas, á guisa de collares, en las piernas; los adornos de los pobres eran de conchas, de cristal y de ámbar ú otra piedra reluciente; los de los ricos, eran de perlas, esmeraldas, amatistas y otras piedras preciosas engarzadas en oro.

acacieron, perdieron más de la mitad de sus soldados, habiendo sucumbido el capitán á consecuencia de dos heridas que recibió en las refriegas mencionadas. Esto dió origen á que regresaran violentamente á Cuba, en donde con la relacion de lo que habian visto y con la exhibicion de algun oro que trajeron de lo que habian robado á Yucatan, despertaron la codicia de Diego Velazquez, gobernador de aquella Isla, y al año siguiente envió á su pariente Juan de Grijalva, con cuatro buques y doscientos cuarenta soldados. Este jefe, despues de un reconocimiento á la Isla de Cozumel, poco distante de la costa Oriental de Yucatan, costeó todo el país hasta el rio Panuco, haciendo comercio con el cambio de cuentas de vidrio y otras bagatelas, por oro y viveres, de los que necesitaban sobre manera. Llegaron á San Juan de Ulúa y los gobernadores mejicanos quedaron asombrados de la magnitud de los buques y de la figura y trage de los expedicionarios. Su extrañeza llegó á tal punto, que decidieron ir en persona á la Côte, para referir al rey una novedad tan extraordinaria. Estupefacto quedó Moctezuma al oír aquellas noticias, y consultó con Cacamatzin, rey de Acolhuacan, con Cuitlahuatzin, señor de Iztapalapan y con otros doce personajes á quienes tenía por consejeros ordinariamente, y todos convinieron que el que se habia presentado con tan sorprendente aparato, en las playas, no podía ser otro que Quetzalcoatl, á quien con anterioridad esperaban, quien como ya se dijo antes desapareció y anunció que volvería á regirlos y hacerlos felices. Esta tradicion, ciertas circunstancias que observaron en los Españoles, en un todo conformes con su mitología y otra multitud de accidentes los hicieron creer que el que

se presentaba era el dios del aire. Con esta presuncion mandó Moctezuma á cinco personajes de su corte que se dirigieran desde luego á Chalchicohuacan á felicitar á la supuesta divinidad por su feliz arribo, encomendándoles le hicieran un rico presente á su nombre y de todo el reino. Mandó poner vigilantes en Nautitlan, Quautitla, Mictlan y Jochtlan, con instrucciones de que avisasen lo que observaran referente á la escuadra.

Los embajadores no pudieron alcanzar á los Españoles que siguieron costeando hasta el rio Pánuco, de donde se dirigieron para Cuba con algun dinero que obtuvieron con la venta de sus bugerías, y con un gran regalo que les hizo un señor de Onohualco. El gobernador de Cuba vió con desagrado que Grijalva no hubiese establecido una colonia en el nuevo país, y por lo mismo dispuso se aprestase otra expedicion mas formal, de la que á porfia pedian el mando muchos hijos de aquella Isla, mas habiendo aconsejado al gobernador que la confiase á Hernan ó Fernando Cortés, que era noble y además podia con su capital y con sus amigos ayudar á los gastos de dicha expedicion.

Hernan Cortés nació en Medellin, pequeña poblacion de Extremadura, el año de 1485; comenzó sus estudios en Salamanca á los catorce años. Mas como su génio no se prestaba á los estudios de la jurisprudencia, sino que era mas bien guerrero, á los pocos dias se separó del colegio y se dirigió al Nuevo Mundo acompañado de varios jóvenes ilustres. Acompañó á Diego Velazquez en la conquista de la Isla de Cuba. Era hombre de capacidad, valeroso y audaz, fecundo en medios para llegar al fin de su propósito; sabia hacerse respetar y extraordinariamente sufrido

en la adversidad. El grande y desordenado afecto á las mujeres ocasionaba mucho desarreglo en sus costumbres, y esto le producía sérios disgustos; su obstinacion y el apego á sus bienes lo hacian injusto, ingrato é inhumano. Es raro que un caudillo conquistador, formado en la escuela del mundo, no equilibrase sus virtudes con sus vicios. Cortés era de regular estatura, de cuerpo bien proporcionado, robusto y ágil. El pecho lo tenia algo elevado, su barba era negra, sus ojos eran vivos y afectuosos.

Cuando se le confirió el cargo de general de la armada, se violentó á preparar su viaje y comenzó á darse importancia de gran señor. Colocó el estandarte real en la puerta de su casa, y convocó por medio de un decreto á los soldados que quisieran alistarse para marchar con él; á este llamamiento se presentaron los principales de aquel país, entre ellos estaban Alfonso Hernandez de Portocarrero, Juan Velazquez de Leon, Diego Ordaz, Francisco de Montijo, Francisco de Lugo, Pedro de Alvarado, de Badajoz, Cristóbal de Olid, de Baeza, y Gonzalo de Sandoval.

Armada y viaje de Cortés.

Cuando ya estaban listos todos los preparativos de viaje, las sugerencias y manejos de los enemigos de Cortés, hi-

cieron que el gobernador de Cuba le quitase la comision que le habia dado y mandó lo aprendieran; pero los encargados de ejecutarla, no se atrevieron á ella, y antes por el contrario, se manifestaron sostenedores del nuevo general. Cortés habia gastado en los preparativos todo su capital, y ademas habia contraido grandes deudas para arreglar su expedicion, retuvo, pues, el mando á despecho de sus enemigos. Zarpó en el puerto de Ajaruco el 10 de Febrero de 1519. La expedicion se componia de once bageles, cincuenta y ocho soldados, ciento nueve marineros, diez y seis caballos, diez cañones y cuatro falconetes. La direccion de la Armada se encomendó al piloto Alaminos, hasta la isla de Cozumel, donde se les incorporó el diácono español Gerónimo de Aguilar, quien viajando algunos años antes del Darien á la isla de Santo Domingo, naufragó en las costas de Yucatan, quedando cautivo de los indios, y habiendo tenido noticia de la llegada de los Españoles, obtuvo de su amo la libertad, y se agregó á la expedicion. El largo tiempo que estuvo con los yucatecos, lo hizo aprender la lengua maya, y por estas circunstancias Cortés lo nombró su intérprete.

De Cozumel costearon la península de Yucatan hasta el rio de Chiapa, perteneciente á Tabasco, por ahí se internaron con los botes y buques mas pequeños, hasta llegar á un palmar, donde desembarcaron, con el pretexto de proporcionarse agua y víveres. De allí se dirijieron á una gran villa poco distante de la Costa, sufriendo en este tránsito, combates rudos de los indios, que con flechas, dardos y otras armas, les impedian el paso. Dueños por fin los Españoles de la villa, hacian frecuentemente correrías á los

en la adversidad. El grande y desordenado afecto á las mujeres ocasionaba mucho desarreglo en sus costumbres, y esto le producía sérios disgustos; su obstinacion y el apego á sus bienes lo hacian injusto, ingrato é inhumano. Es raro que un caudillo conquistador, formado en la escuela del mundo, no equilibrase sus virtudes con sus vicios. Cortés era de regular estatura, de cuerpo bien proporcionado, robusto y ágil. El pecho lo tenia algo elevado, su barba era negra, sus ojos eran vivos y afectuosos.

Cuando se le confirió el cargo de general de la armada, se violentó á preparar su viaje y comenzó á darse importancia de gran señor. Colocó el estandarte real en la puerta de su casa, y convocó por medio de un decreto á los soldados que quisieran alistarse para marchar con él; á este llamamiento se presentaron los principales de aquel país, entre ellos estaban Alfonso Hernandez de Portocarrero, Juan Velazquez de Leon, Diego Ordaz, Francisco de Montijo, Francisco de Lugo, Pedro de Alvarado, de Badajoz, Cristóbal de Olid, de Baeza, y Gonzalo de Sandoval.

Armada y viaje de Cortés.

Cuando ya estaban listos todos los preparativos de viaje, las sugerencias y manejos de los enemigos de Cortés, hi-

cieron que el gobernador de Cuba le quitase la comision que le habia dado y mandó lo aprendieran; pero los encargados de ejecutarla, no se atrevieron á ella, y antes por el contrario, se manifestaron sostenedores del nuevo general. Cortés habia gastado en los preparativos todo su capital, y ademas habia contraido grandes deudas para arreglar su expedicion, retuvo, pues, el mando á despecho de sus enemigos. Zarpó en el puerto de Ajaruco el 10 de Febrero de 1519. La expedicion se componia de once bageles, cincuenta y ocho soldados, ciento nueve marineros, diez y seis caballos, diez cañones y cuatro falconetes. La direccion de la Armada se encomendó al piloto Alaminos, hasta la isla de Cozumel, donde se les incorporó el diácono español Gerónimo de Aguilar, quien viajando algunos años antes del Darien á la isla de Santo Domingo, naufragó en las costas de Yucatan, quedando cautivo de los indios, y habiendo tenido noticia de la llegada de los Españoles, obtuvo de su amo la libertad, y se agregó á la expedicion. El largo tiempo que estuvo con los yucatecos, lo hizo aprender la lengua maya, y por estas circunstancias Cortés lo nombró su intérprete.

De Cozumel costearon la península de Yucatan hasta el rio de Chiapa, perteneciente á Tabasco, por ahí se internaron con los botes y buques mas pequeños, hasta llegar á un palmar, donde desembarcaron, con el pretexto de proporcionarse agua y víveres. De allí se dirijieron á una gran villa poco distante de la Costa, sufriendo en este tránsito, combates rudos de los indios, que con flechas, dardos y otras armas, les impedian el paso. Dueños por fin los Españoles de la villa, hacian frecuentemente correrías á los

lugares inmediatos, y en algunas de ellas, tuvieron encuentros peligrosos, hasta que en las llanuras de Ceutla se empeñó una batalla decisiva, no obstante la superioridad numérica de los Tabasqueños, fueron vencidos, merced á la disciplina y superioridad de armas de los Españoles, contribuyendo sobre manera á este resultado, el terror que inspiró á los indios la grandeza y fogosidad de los caballos. La batalla costó á los Tabasqueños ochocientos muertos, y á los Españoles un muerto y cosa de sesenta heridos; á consecuencia de esta victoria, los Españoles fundaron allí una ciudad con el nombre de "La Virgen de la Victoria;" para justificar su hostilidad, dijeron á los Tabasqueños que su único objeto era adquirir con sus mercancías lo indispensable para continuar su viaje.

Los indios supersticiosos creyeron que lo que Cortés les habia manifestado al oirse el disparo de un cañon y los relinchos de los caballos, eran muestras evidentes del enojo del monarca contra los enemigos de los Españoles, se mostraron dóciles á escuchar los dogmas de la religion cristiana, que les hicieron presentes el intérprete Aguilar y P. Bartolomé de Olmedo, religioso de la órden de la Merced, y capellan de la armada. Agradecidos ofrecieron á Cortés, en señal de sumision, algunos obsequios de oro, trajes de tela gruesa y veinte esclavas que fueron distribuidas entre los oficiales de la expedicion.

La ciudad de la Victoria se despobló enteramente á mediados del siglo pasado, á consecuencia de las continuas invasiones de los ingleses. Despues se fundó á mayor distancia del mar, la ciudad llamada Villa Hermosa, cuya capital era Tlacotalpam.

Entre las esclavas habia una doncella noble, hermosa, de gran ingenio, natural de Painala, pueblo de Cuatzacualco. Habiendo quedado viuda la madre, se casó con otro noble del cual tuvo un hijo. El amor que los dos esposos le profesaban, les sugirió la inicua idea de fingir la muerte de Marina, á fin de que toda la herencia pasase al hijo; á este fin se valieron de varias estratagemas y entregaron á la hija, es decir, Malintzinc ó la Malinche, como la llamaron despues los Españoles, á unos mercaderes de Gicalanco, poblacion situada en los confines de Tabasco. Los mercaderes la dieron ó vendieron á los Tabasqueños, y estos la presentaron á Cortés, sin imaginarse siquiera que esta jóven contribuyera eficazmente á la conquista de aquellos países. Hablaba la lengua mexicana, maya y en poco tiempo aprendió el español; se instruyó prontamente de la religion cristiana, se bautizó con gran pompa en union de las otras esclavas y se le puso el nombre de Marina. Acompañaba á Cortés en todas sus expediciones, sirviéndole de intérprete y de su dama. El hijo que de ella tuvo aquel conquistador se llamó Martin Cortés, Caballero de la órden de San Santiago; por infundadas sospechas de rebelion, murió atormentado en México el año mil quinientos sesenta y ocho; despues de la conquista se casó D^{ca} Marina con el español Juan de Jaramillo en el penoso viaje que hizo á Honduras en mil quinientos veinticuatro; tuvo ocasion de ver á su madre y hermano, los cuales se presentaron llenos de lágrimas y consternacion, temiendo la venganza del agravio que le habian hecho en su niñez; Marina, por el contrario, los recibió con amabilidad. Persuadido Cortés de que no sacaria mucho oro de aquel país, resolvió ir á

otro mas rico, y el Domingo de Ramos, despues de una funcion arreglada á los dogmas de la religion cristiana, se dirigió hácia el poniente, costeano la provincia de Cuatzacualco, y atravesó la boca del rio Papaluapam, llegando al puerto de San Juan de Ulua el Juéves santo, veintiuno de Abril. Apenas habian echado el ancla, cuando vieron venir de la costa de Chalchiuheuecan dos canoas con multitud de mexicanos enviados por el gobernador para saber qué gente era aquella, qué negocio traian y ofrecerles los auxilios que necesitaran para la continuacion de su viaje. Cortés los recibió á bordo de la capitana, y les contestó que solo habia venido á comerciar con sus habitantes, á tratar con su Rey de asuntos de mucha importancia y les dió á probar el vino de España, regalándoles algunas frioleras.

Algunos autores creen que este recibimiento fué debido á la creencia que tenia Mouteczoma de que era el dios Quetzalcoatl; que Cortés valiéndose de este error, se dejó adorar sentado en un alto trono y vestido con el traje sacerdotal de Quetzalcoatl, el primer dia de pascua que pusieron los Españoles su pié en tierra, y despues de haber desembarcado sus caballos y artillería y de construir algunas barracas en la playa de loza de la nueva Veracruz, recibieron á dos gobernadores de aquella costa, llamados Teuhtlilicuiltlalpetoc que traian un gran séquito de criados. Cortés ordenó que se celebrase en su presencia una misa cantada, siendo de suponerse que fué la primera que se celebró en los dominios mexicanos.

Deseoso de atraerse la benevolencia de los embajadores, les hizo grandes obsequios y los invitó á comer en su com-

pañía y de sus capitanes. Les dijo que era súbdito de D. Carlos de Austria, les ponderó con exceso las cualidades de este Monarca, les hizo creer que venia en su nombre á revelarles de palabra cosas de suma importancia, que por tanto deseaba saber si recibiria la embajada. Teuhtlile á su vez, ponderando igualmente las eminentes dotes de su Rey, contestó que no habria inconveniente en recibir al embajador; y le ofreció en nombre del Rey, excelentes alhajas de oro, algunas obras curiosas de plumas, diez cargas de trajes finos de algodón y gran provision de víveres.

El expedicionario español aceptó el regalo correspondiéndolo con otros objetos de poco valor. Teuhtlile, que habia traído consigo varios pintores, les ordenó representaran los objetos de que se componia la expedicion, como un comprobante de lo que verbalmente iba á referir á su Rey. Descubierta la intencion por Cortés, mandó que su caballería corriese por la playa é hiciese algunas evoluciones militares, disparando á un mismo tiempo toda la artillería: puede calcularse el asombro que esto produjo en el ánimo de los dos gobernadores y de su numerosa comitiva. Entre las armas de los españoles, Teuhtlile vió una celada dorada y la pidió para enseñarla á Mouteczoma por la semejanza que tenia con la de uno de los ídolos de México. Cortés accedió á la solicitud, á condicion de que se la devolvieran llena de oro en polvo, so pretexto de averiguar si el oro que producian las minas de México, era igual al de su patria.

Terminadas las pinturas, Teuhtlile se despidió de Cortés, dejando á Cuítlalpitoc para que proveyese á los españoles de lo que pudiesen necesitar, llegó á Cuetlachtlan, lugar de

su residencia, y envió á la corte la embajada de las pinturas y el regalo.

Todas estas relaciones pusieron perplejo é inquieto á Mouteczoma, como es de suponerse, y mandó consultar á los dioses sobre la intencion de los extranjeros, segun dicen, las contestaciones fueron negativas á su admision en la capital. Mouteczoma se resistió al principio al recibimiento de los españoles, pero se decidió á mandarles una embajada con regalos suntuosos; el embajador felicitó á Cortés por la llegada á sus dominios: el presente consistia en objetos de oro y plata, trabajados con maravilloso artificio y de gran valor, entre estos objetos algunos representaban figuras de monos, tigres y otros animales, así como la celada llena de polvo de oro, segun lo habia pedido Cortés. Lo más admirable eran dos grandes láminas en figura de ruedas, una de oro y la otra de plata. La de oro representaba el siglo mexicano; y en medio la imagen del sol, y en su contorno otras en bajo relieve. La de plata denotaba el año mexicano, era de mayores dimensiones, y en medio tenia la luna, y otras figuras al rededor en bajo relieve. Los españoles se quedaron estupefactos al ver tanta maravilla y tanta riqueza; el embajador manifestó á Cortés que este obsequio era para él y sus compañeros, reservándose para enviarse á su rey ciertas joyas de estimable valor, y además, le excitó á que permaneciera en dichas playas para descansar de las fatigas, y ofreciéndole cuanto necesitase para regresar á su patria.

Cortés recibió con gusto el presente, pero dijo al embajador que no podia desistir de su pretension. No pudiendo los españoles permanecer mucho tiempo en la costa por la

insalubridad de ella y por los insectos, enviaron dos buques al mando del capitan Montijo, para que costeano hácia Pánuco, buscarse un puerto mas seguro. Regresó aquella expedicion con la noticia de haber encontrado cerca de Ulúa un puerto inmediato á una ciudad, que por su situacion debia considerarse como una posicion fuerte. Habiendo insistido los mexicanos en que se regresasen los españoles y estos en llevar adelante su expedicion, Mouteczoma ordenó á todos los mexicanos aislasen á los españoles y no les proporcionaran ningun auxilio; por lo que Cortés se vió en la precision de asegurar los víveres en los barcos y poner á su tropa sobre las armas, temeroso de que cayese sobre su campamento todo el poder de aquel vasto imperio. En esta situacion, dos soldados que estaban de centinelas, distinguieron á cinco hombres que venian hácia ellos, con trajes algo distintos de los de los mexicanos, y los condujeron á la presencia del general español. Estos individuos eran oriundos de la nacion Totonaca y enviados por el Señor de Zempoala, para saludar á los extranjeros y rogarles pasasen á aquel pueblo; donde los recibirian con gusto. Esto provenia de que el Señor de Zempoala veia con sumo desagrado el yugo que les imponia Mouteczoma, y le pareció la ocasion propicia para sacudirse de él, pues ya tenia noticia de la victoria obtenida por los españoles en Tabasco. Cortés que lo que más deseaba era una alianza se aprovechó del ofrecimiento, para aumentar sus fuerzas.

Salió inmediatamente para Zempoala, no obstante las observaciones de algunos de sus soldados que, atemorizados por los peligros, la escasez de víveres y lo insalubre

de la playa, instaban á Cortés á que volviese á Cuba, y á abandonar á tan temeraria empresa; mas este general, valiéndose de dádivas, promesas, y hasta del rigor, aquietó á los descontentos y los persuadió para que siguiesen á su lado. Superados todos los obstáculos y tomadas las precauciones necesarias, se puso en camino con sus tropas, no solo para buscar aliado, sino para escojer un sitio apropiado para la fundacion de la colonia, pues Zempoala está en el camino de Quiahuitztlá, en cuyo distrito se hallaba el puerto descubierto por el capitán Montijo. Poco ántes de llegar á Zempoala, salieron al encuentro de Cortés cosa de veinte personajes de Zempoala, con el fin de saludarlo y hacerle algunos obsequios; entraron en la ciudad y los españoles quedaron maravillados con el número de gente, así como por la hermosura de sus huertos y jardines.

El Señor de aquel Estado recibió á los expedicionarios en la puerta del templo mayor, los alojó en grandes edificios que contenia el interior del templo, facilitándoles cuanto necesitaron. En la conferencia que despues tuvo Cortés con los Zempoaltecas, se quejaron estos de el yugo de los mexicanos; Cortés se mostró compadecido de sus desgracias y ofreció auxiliarlos, aplazando el tiempo en que esto debia verificarse; en esta virtud le regalaron alhajas de oro y al dia siguiente le enviaron cuatrocientos hombres de carga para trasportar su vagage.

De Zempoala pasaron los españoles á Quiahuitztlá, pequeña ciudad situada sobre un monte áspero y peñascoso, distante como doce millas de Zempoala, hácia el Norte, y á tres del nuevo puerto. Allí se verificó otra conferencia con el Señor de aquel Estado, y estando en ella, llegaron

cinco nobles mexicanos con su séquito, para recaudar los tributos régios, y al ver aquello, se mostraron coléricos contra los Totonagues, por haber admitido á aquellos extranjeros sin el consentimiento del monarca, y exigieron víctimas humanas para sacrificarlas á los dioses en expiacion del delito. Esta noticia impresionó á todos los de la ciudad, y en especialidad á los dos Señores de aquellos Estados que se reconocian culpables; pero Cortés informado por D^{ca} Marina del motivo de aquella consternacion, aconsejó á los dos Señores se apoderaran de los recaudadores y los pusieran en la cárcel; lo hicieron así, aunque con gran resistencia, y fueron encarcelados en jaulas aquellos cinco personajes. Despues los Totonagues pretendieron sacrificar aquella misma noche á los prisioneros; pero Cortés, creyendo captarse el agradecimiento de estos, lo impidió y los obligó á que les concedieran la libertad; el mismo general expedicionario dió orden á sus tropas para que por la noche sacasen de las jaulas á dos de los mexicanos, los condujesen á su presencia, sin que lo notasen los Totonagues. Así se verificó, y los mexicanos por este hecho quedaron sumamente agradecidos al que creyeron su libertador. Cortés les encargó hicieran presente á su Soberano su desaprobacion del atentado, y les aseguró que pondria en libertad á sus otros tres compañeros.

Hizo circular la voz por todas aquellas montañas de que los habitantes estaban libres del tributo que pagaban al rey de México, y como era natural, hizo concebir la esperanza de la libertad, dando por resultado que muchos señores viniesen á Quiahuitztlá á darle las gracias por este beneficio, ofreciendo poner un ejército formidable bajo la

órdenes del general español. Se despidió Cortés de aquellos señores para ir á fundar en aquella costa una colonia fuerte, que sirviera de refugio á los españoles y de apoyo á sus aliados. Llamaron á esta colonia Villa rica de la Veracruz, por las riquezas que habian visto, y por haber desembarcado en Viérnes Santo; fué la primera colonia de los españoles en el continente de la América Septentrional.

Mientras esto se verificaba, los recaudadores que habia puesto Cortés en libertad regresaron á México y hicieron á Mouteczoma grandes elogios del general español. Esta circunstancia hizo que el rey mexicano desistiese del propósito que habia formado de enviar un ejército para castigar debidamente y arrojar de sus dominios á aquellos extranjeros, y agradecido de los servicios que creyó habia prestado á sus ministros, le envió dos principales sobrinos suyos, hijos de su hermano Cuitlahuatzi, para que acompañados de muchos nobles y servidumbre, le hiciesen un regalo de alhajas de oro. Se quejaron de la conducta de los Totonagues y Cortés se disculpó con ellos de la amistad que le dispensaban.

El Señor de Zempoala, para estrechar más su alianza con los expedicionarios, presentó á Cortés ocho doncellas bien vestidas, para que se casasen con los capitanes, y una sobrina suya que destinaba al mismo general. Este no quiso aceptarlas si no renunciaban á la idolatría, pero habiéndose negado á ello los españoles, destrozaron los ídolos y esto dió lugar á que el Señor de Zempoala excitara á su gente á la defensa de sus dioses, mas atemorizados por la amenaza de que si ponian resistencia, los españoles se aliarían con los mexicanos, consintieron en la destruccion de sus

ídolos, y Cortés mandó construir un altar cristiano colocando sobre él la imagen de María Santísima. Las ocho doncellas fueron suficientemente instruidas, se les bautizó dándole el nombre de Catalina á la sobrina del Señor de Zempoala y el de Francisca á la hija de Cuejco, uno de los principales señores de aquella nacion.

Cortés despues de haber enviado al rey de España todo el oro que habia reunido, y una comision formada por los capitanes Alonso Hernandez de Portocarrero y Francisco de Montijo, para que le previniesen contra las tentativas del gobernador de Cuba, para evitar la traicion de algunos de los suyos y el desaliento de otros, obligó á dos de sus confidentes y á uno de los pilotos, á barrenear en secreto uno ó dos de los buques, haciendo creer que la bruma habia causado este efecto, por la inmovilidad en que habian estado en el puerto; su propósito fué quitar á sus soldados toda esperanza de regreso á su país, y obligarlos á hacer esfuerzos extraordinarios para llevar á cabo su empresa. Ratificó su alianza con los Totonagues y emprendió su viaje á México; dejó en Veracruz cincuenta hombres al mando del capitan Juan de Escalante, encargando á los Zempoaleses prestasen ayuda á los españoles para concluir la fortaleza y que les ministrasen víveres. Empezó la marcha el 16 de Agosto con cuatrocientos quince españoles, diez y seis caballos, doscientos *Tlamama* ú hombres de carga, que condujeron los vagages y la artillería, con algunas tropas Totonagues, entre las que iban cuarenta nobles, los tres principales se llamaban Teuch, Mamegi y Tamalli.

Se encaminó por Talapan y Tejotla, atravesando varias

montañas desiertas, llegó á Jocotla, ciudad importante y con buenos edificios. El rey de México tenia allí veinte mil vasallos y una guarnicion de cinco mil mexicanos. Olintetl, señor de Jocotla, salió á recibirlo y en la conferencia que tuvieron cada uno exageraba la grandeza de su rey; Cortés pretendió prestase obediencia al rey Católico y le diese oro en prueba de vasallaje. "Tengo mucho oro respondió Olintetl, pero no quiero darlo sin consentimiento expreso de mi rey." "Yo haré dentro de poco, respondió Cortés, que os mande darne el oro y cuanto poseeis."

"Si así lo manda, repuso Olintetl, no solo os daré el oro y todo cuanto poseo, sino tambien mi persona." Lo que no pudo obtener Cortés amenazando á aquel Señor, lo obtuvo de dos personajes de aquel valle, recibiendo de ellos algunos collares de oro y siete ú ocho esclavas. Vaciló Cortés sobre el camino que debiera tomar para ir á México; los de Jocotla y los de la guarnicion mexicana le aconsejaron se fuera por Cholula: pero adoptó el parecer de los Totonagues pasando por Tlaxcala. Esta determinacion los salvó, pues si hubiera tomado el primer consejo, hubiera perecido con toda su tropa en Cholula.

De Jocotla fué á Iztacmajtitlan, cuya poblacion estaba situada en las márgenes de un riachuelo. Los españoles fueron allí bien acogidos y regalados. Toda aquella ciudad se habia conmovido con la llegada de los extranjeros y especialmente con las relaciones de los Zempoaleses en las que ponderaban su aspecto, su valor, el tamaño de sus buques, la agilidad y violencia de sus caballos, el espantoso tronido y fuerza destructora de su artillería. Reinaba en aquella República Gicotencatl, señor del cuartel de Tiza-

tlan, Magijcatzin, señor de Ocotelolco, general de las armas de la República, Tlehuejolotzin, señor de Tepeticpac, y Citlalpopocatzin, señor de Quiahuitzlan.

Los Zempoaltecas fueron recibidos y alojados; hicieron grandes elogios de los extranjeros, haciendo creer á los Tlaxcaleses que con el auxilio y elementos con que contaban los que venian de Levante se libertarian del yugo de México. Magijcatzin, que era el general, dijo que no debian despreciarse estas noticias, con tanta mas razon, cuanto que ademas de los elogios que les hacian los Zempoaleses, segun su tradicion, eran los héroes que debian de llegar á aquellos países, y para mas fuerza á su manifestacion, atribuia ciertos fenómenos accidentales, como el de los terremotos y otros, como presagio del cumplimiento de dicha tradicion. Esta opinion fué acogida con general aplauso, menos por Gicotencatl que la contradijo, haciendo presente razones poderosas de decencia y decoro, proponiendo rechazarlos con la fuerza, si pretendian entrar. La division de opiniones sobre este particular, dió por resultado que los comerciantes se adhirieran al parecer de Magijcatzin y los militares al de Gicotencatl.

Temiloltecatl que era uno de los senadores, propuso como medio consiliatorio, que consistiera en enviar una respuesta cortés y amigable á los extranjeros, y á la vez salieran las tropas otomites, para cerrarles el paso y probar sus fuerzas. "Si quedamos vencedores, dijo, será inmortal la gloria de nuestras armas; si somos vencidos, echaremos la culpa á los otomites, y daremos á entender que emprendieron la guerra sin nuestra orden." El senado aceptó es-

te consejo, y dió el mando de las fuerzas, al jóven intrépido Gicotencatl.

Cortés aguardó varios dias la respuesta, y creyendo que como le habian dicho los Zempoaleses, seria bien recibido en Tlaxcala, salió de Iztaemajtitlan, con un ejército de Totonates, españoles y la guarnicion de Jocotla, y marchó por la parte que separaba los Estados de México y Tlaxcala. Quien sabe que circunstancia hizo que la salida del muro, que siempre estaba guardada por tropas otomites, se encontrara en esos momentos desguarnecida, facilitando de esta manera, la entrada de los españoles al territorio de la República, sin inconveniente, sin derramamiento de sangre. El mismo dia hubo un encuentro entre el ejército de Cortés y cuatro mil otomites, sufriendo estos otros una derrota; en seguida llegaron dos empleados Zempoaleses, con algunos de Tlaxcala, é hicieron presente á Cortés, en nombre del senado, el permiso que se les concedia para entrar, y culpando de todo á los otomites. Una hueste de cosa de mil Tlaxcaleses, tan pronto como descubrieron á los españoles, les dirijieron flechas, piedras y dardos; el general español, primero trató de persuadirlos de que no traía intenciones hostiles, mas todo fué envano, y trayendo los Tlaxcaleses á los españoles, á unos barrancos donde no pudiera maniobrar su caballería, se verificó un encuentro tan terrible, que los españoles se creyeron perdidos; mas animados por dos exhortaciones y ejemplos de su general, se sobrepusieron al peligro, y entrando en la llanura, produjeron tanto estrago en sus enemigos, con artillería y caballería, que los obligaron á retirarse. Como es de suponerse, hubo gran número de heridos y no pocos muertos. Los

españoles tuvieron quince gravemente heridos, de los que uno murió al dia siguiente. En esta vez hubo un famoso duelo entre un capitán tlaxcalteca y un noble zempoalteca; los dos peliaron bravamente á la vista de los dos ejércitos. Al fin venció el Zempoales; el sitio donde se verificó esta batalla, se llamaba Teoatzinco, es decir, lugar de la agua divina. Cortés, para obligar á los Tlaxcaleses á hacer la paz marchó con cien españoles, cuatrocientos zempoaleses y trescientos mexicanos y quemó cinco caseríos vecinos é hizo cuatrocientos prisioneros, poniéndolos en seguida en libertad; estos se dirijieron al jóven Gicotencatl que acampaba á seis millas distante de aquella colonia. Al dia siguiente, cinco de Setiembre, cinco huestes de diez mil Tlaxcaleses cada una, se presentaron á la vista de los españoles mandando en Jefe el intrépido Gicotencatl, quien para demostrar á sus adversarios que no los quería rendir por hambre sino por la fuerza de las armas, les mandó al campamento pavos y cestos de *tamayi*. Despues destacó dos mil hombres para que atacasen la posicion de los españoles; el ataque fué tan brusco, que forzando las trincheras llegaron hasta el campo de sus enemigos, y el triunfo hubiera coronado el valor de los indígenas, si la traicion de Chichimecateutli que mandaba un cuerpo de tropas no lo hubiera impedido, retirándolas é induciendo á Tlehuejolotzin á que hiciera lo mismo, para vengarse de algunas injurias personales que habia recibido del arrogante Gicotentatl. La batalla fué sangrienta y obstinada, pero despues de cuatro horas de combate, al fin salieron victoriosos los españoles.

Poco contento Gicotencatl de le expedicion, consultó á los adivinos de Tlascala quienes respondieron que aquellos

extranjeros que eran hijos del sol, no podían ser vencidos de día. Esta superstición le hizo concebir la idea de atacarlos de noche, y para no errar el golpe, mandó cincuenta hombres á Cortés con un regalo, encargándoles explorasen la posición, pero descubierto este intento por Ycuch, que era uno de los principales Zempoaleses, los descubrió á Cortés, y este los obligó á que confesasen que se había dispuesto por Gicotencatl dar el asalto en la noche siguiente, y después les mandó cruelmente cortar las manos á los cincuenta, los envió á su jefe disponiendo anticipar el asalto por su parte, tratando de impresionar más bien el ánimo de sus enemigos; y á este efecto, hizo poner campanillas á los pretales de los caballos y marchó al encuentro de los indígenas. Estos afectados por el castigo de los espías y atemorizados por el ruido de las campanillas, echaron á huir. Mientras esto sucedía en Tlaxcala, Moteuczoma, rey de Méjico estaba perplejo con las noticias que había recibido de aquellos extranjeros, consultó al rey de Tecuaco y otros personajes para que le dijeran la conducta que debiera seguir; algunos le aconsejaron que los recibiera amigablemente, y otros que los obligase á regresar á su país, por bien ó por fuerza, mas Moteuczoma amedrentado por la alianza de los Tlaxcaleses con los Españoles, y temeroso de que su sobrino Ijtlijochitl, su enemigo jurado, también se aliase á las fuerzas de Cortés, resolvió mandar embajadores á éste con valiosos regalos, encargándoles lo disuadieran de su viaje á Méjico. Cortés lo recibió con benevolencia y los detuvo para que presenciasen algún hecho de armas con los Tlaxcaleses, con el fin de que los Mejicanos vieran el valor de sus tropas y la superioridad de sus ar-

mas y presenciaron por consiguiente la derrota de los Tlaxcaltecas. Después de esto se celebró la paz entre los Tlaxcaltecas y Españoles y los de la República de Huejotzingo, y el príncipe Ijtlijochitl, mandaron á Cortés embajadores con el mismo objeto y fueron aceptadas sus ofertas de paz, comprometiéndose el jefe Español, colocar á Ijtlijochitl en el trono de Acolhuacan.

Después de las batallas y de la entrada de los conquistadores á la ciudad de Tlaxcala, habían muerto cincuenta y cinco españoles, y el resto estaban heridos y maltratados. Esta circunstancia era natural que produjera desaliento entre sus compañeros de expedición, quienes rogaban á Cortés volviese á Veracruz, pero éste les reconvinó y calmó su sobresalto, manifestándoles las esperanzas que tenía de llevar á feliz término su empresa, con la alianza que acababa de celebrar.

La entrada de los españoles á Tlaxcala fué una obación espléndida, y para dar una prueba de amistad los Tlaxcaleses á sus aliados y vencedores, entre una multitud de obsequios, les dieron según el uso de aquellos pueblos, trescientas bellas jóvenes que rehusó Cortés. Pero apesar de su repulsa, volvieron á regalarle cinco de las más nobles, una de ellas era hija del príncipe Magizcatzin, á quien bautizaron con el nombre de Elvira, y fué dada al capitán Juan Velazquez de Leon; otra era hija del viejo Gicotencatl, bautizada se llamó Luisa Techquihuatzin, y se dió al capitán Pedro de Alvarado; y las otras tres se les dió á los capitanes Cristóbal de Olid, Gonzalo de Sandoval y Alonso de Avila. Cortés quiso convertir á los gefes y á la

nobleza de la República, al cristianismo, pero ellos no quisieron renunciar á sus divinidades.

El gefe Español permaneció en Tlaxcala, mientras se le daban informes de la situacion de la ciudad de Méjico, y cuando los obtuvo, marchó hácia allá por Cholula; y en dicha ciudad hubieran quedado sepultados los Españoles, si no hubiesen recibido la denuncia de la matanza formidable que se les habia preparado y que vengó el general espedicionario, encerrando en un patio al ejército cholulés y matando á los soldados sin piedad, al grado de hacer correr arroyos de sangre, sin tener compasion por los lamentos de los moribundos. No contentos con esto los Españoles, todavía llevaron su feroz crueldad, al grado de atravesar en las calles con sus espadas á cuanto Cholulés se les presentaba, y aunque presentaron la resistencia por el instinto de conservacion, no pudiendo vengarse de sus verdugos, recurrieron á varios medios, aunque de nada les sirvió; los Españoles ardieron las casas y las torres, y no se veia mas que un espectáculo aterrador, formado por las llamas, por los cadáveres ensangrentados, por los débiles suspiros de los moribundos y por las imprecaciones de los vencidos contra los vencedores. Mas de seis mil Choluleses perecieron en esta horrible hecatombe. Los templos y las casas fueron saqueadas, apoderándose los Españoles de las joyas, del oro y de la plata, y los Tlaxcaleses de las ropas, plumas y de la provision de sal. Terminada la catástrofe, se presentó un ejército de veinte mil Tlaxcaleses, para auxiliar á Cortés, pero los hizo volver á su ciudad, y solo conservó consigo para que lo acompañasen á Méjico, á los seis mil hombres que le habian ayudado para castigar á Cholula.

Cortés ensimismado con sus triunfos, mandó una embajada á Moteuczoma, compuesta de mejicanos, mandándole decir que si no era recibido como amigo, entraria á Méjico á fuego y sangre, y sirviéndose además de la impresion causada en el ánimo de los embajadores, por los sucesos ocurridos en Cholula, seguro de que con la relacion que hiciesen de los hechos, amedrentarian al rey mejicano, como en efecto lo consiguió.

Quauhpopoca, señor de Nauhtlan, recibió orden de Moteuczoma para volver á la obediencia á los Totonagues, tan pronto como las fuerzas de Cortés se retirasen de aquellas Costas; ántes de cumplir dicha orden, los amenazó; pero ensoberbecidos los Totonagues con la proteccion de los Españoles, no hicieron caso de las amonestaciones y obligaron á Quauhpopoca á ejecutar excursiones con tropas mejicanas. Los Totonagues se quejaron con el Gobernador de Veracruz, Juan Escalante, y éste envió unos comisionados al gefe mejicano, para que desistiese de su empresa, pero no obtuvo otro resultado, que el de recibir una provocacion para que el negocio se decidiese por medio de las armas. Llegada la accion, triunfaron los Totonagues y los mexicanos se retiraron á Nauhtlan. Esta victoria costó la vida al Gobernador y á seis ó siete soldados Españoles.

Viaje de los Españoles á Tlamanalco.

Cortés, de Cholula se dirigió á Méjico acompañado de

nobleza de la República, al cristianismo, pero ellos no quisieron renunciar á sus divinidades.

El gefe Español permaneció en Tlaxcala, mientras se le daban informes de la situacion de la ciudad de Méjico, y cuando los obtuvo, marchó hácia allá por Cholula; y en dicha ciudad hubieran quedado sepultados los Españoles, si no hubiesen recibido la denuncia de la matanza formidable que se les habia preparado y que vengó el general espedicionario, encerrando en un patio al ejército cholulés y matando á los soldados sin piedad, al grado de hacer correr arroyos de sangre, sin tener compasion por los lamentos de los moribundos. No contentos con esto los Españoles, todavía llevaron su feroz crueldad, al grado de atravesar en las calles con sus espadas á cuanto Cholulés se les presentaba, y aunque presentaron la resistencia por el instinto de conservacion, no pudiendo vengarse de sus verdugos, recurrieron á varios medios, aunque de nada les sirvió; los Españoles ardieron las casas y las torres, y no se veia mas que un espectáculo aterrador, formado por las llamas, por los cadáveres ensangrentados, por los débiles suspiros de los moribundos y por las imprecaciones de los vencidos contra los vencedores. Mas de seis mil Choluleses perecieron en esta horrible hecatombe. Los templos y las casas fueron saqueadas, apoderándose los Españoles de las joyas, del oro y de la plata, y los Tlaxcaleses de las ropas, plumas y de la provision de sal. Terminada la catástrofe, se presentó un ejército de veinte mil Tlaxcaleses, para auxiliar á Cortés, pero los hizo volver á su ciudad, y solo conservó consigo para que lo acompañasen á Méjico, á los seis mil hombres que le habian ayudado para castigar á Cholula.

Cortés ensimismado con sus triunfos, mandó una embajada á Moteuczoma, compuesta de mejicanos, mandándole decir que si no era recibido como amigo, entraria á Méjico á fuego y sangre, y sirviéndose además de la impresion causada en el ánimo de los embajadores, por los sucesos ocurridos en Cholula, seguro de que con la relacion que hiciesen de los hechos, amedrentarian al rey mejicano, como en efecto lo consiguió.

Quauhpopoca, señor de Nauhtlan, recibió orden de Moteuczoma para volver á la obediencia á los Totonagues, tan pronto como las fuerzas de Cortés se retirasen de aquellas Costas; ántes de cumplir dicha orden, los amenazó; pero ensoberbecidos los Totonagues con la proteccion de los Españoles, no hicieron caso de las amonestaciones y obligaron á Quauhpopoca á ejecutar excursiones con tropas mejicanas. Los Totonagues se quejaron con el Gobernador de Veracruz, Juan Escalante, y éste envió unos comisionados al gefe mejicano, para que desistiese de su empresa, pero no obtuvo otro resultado, que el de recibir una provocacion para que el negocio se decidiese por medio de las armas. Llegada la accion, triunfaron los Totonagues y los mexicanos se retiraron á Nauhtlan. Esta victoria costó la vida al Gobernador y á seis ó siete soldados Españoles.

Viaje de los Españoles á Tlamanalco.

Cortés, de Cholula se dirigió á Méjico acompañado de

los Españoles, Tlaxcaleses, Huejotzinqués y Choluleses, y en Izcalpan se le presentó una comisión haciéndole ver cuál era el camino más corto y que presentaba menos obstáculos. Cortés, aprovechándose del aviso, optó por el que era menos distante, y cuando llegaron á un alto monte llamado Ithualco, situado entre los volcanes llamados Popocatepec é Iztacihuatl, tuvieron noticia de la atrevida expedición del capitán Diego Ordaz, el cual para ostentar valor, subió con otros nueve soldados á la alta cumbre del Popocatepec.

Desde la cima de la cumbre de Ithualco, observaron los Españoles el bellissimo y ameno Valle de Méjico; unos se deleitaban con la contemplación de sus hermosos lagos, de sus fértiles llanuras, de sus crespadas montañas sempiternamente revestidas de una vegetación admirable; otros solo pensaban en enriquecerse con la posesión de tan encantadores países; y otros en fin, más sesudos y reflexivos, se amedrentaban al conjeturar las dificultades que tendrían que vencer, para sacar adelante su empresa, al grado de que si Cortés no los hubiera estimulado, habrían regresado sin duda alguna á Veracruz y de allí á su país.

Moteuczoma, consternado por lo ocurrido en Cholula, se refugió en el Palacio Tlittancalmecatl, destinado para tiempos de duelo, y allí ayunó y permaneció ocho días, invocando la protección de los Dioses. Desde allí intentó de nuevo disuadir á Cortés de su viage, comprometiéndose á pagar anualmente un tributo al rey de España, y regalar además cuatro cargas de oro al general Español y una á cada uno de sus oficiales; Cortés no admitió la condición, aunque aceptó los ricos presentes el que mandó el

monarca mejicano, y en seguida marchó para Tlalmanalco, y de allí á Ajotzinco, pueblo situado en los alrededores de Chalco, y pocos días después á Cuitlahuac; de esta última población se dirigieron á Iztapalapan. El príncipe Ijtlijochitl, viendo que Cortés no había venido por el camino de Calpulalpan, donde lo aguardaba, resolvió salirle al encuentro por donde marchaba, poniéndose á la cabeza de un numeroso ejército, y pasó junto á Tezcucó. COUNACATZIN, hermano de Ijtlijochitl, que tres años llevaba de estar disgustado con él, le salió al encuentro y lo persuadió para que ámbos se uniesen á los Españoles, movido acaso por el amor fraternal, ó por las ventajas que de esta conducta pudieran sacar ambos. Se dirigieron, pues, á Iztapatenco, para alcanzar á los Españoles. Cortés, al principio se alarmó con el acercamiento de estas tropas, pero informado de la intención que traían, salió á recibirlos, y después de los cumplidos recíprocos, convidaron al general Español á que fuese á Tezcucó. Esta población era algo inferior á Méjico, en cuanto á magnificencia, era la más populosa de todo el país de Anáhuac. Su jurisdicción se extendía á Huejotla, Coatlichan y Atenco; tenía ciento cincuenta mil casas. Cortés entró á Tezcucó, acompañado de los dos príncipes y de muchos nobles de Acolhua; fué alojado con su ejército en el Palacio Real.

Entrada de los Españoles á Iztapalapan.

Esta ciudad está situada entre los lagos de Chalco al Mediodía y de Tezcuco al Norte. El camino para Méjico tiene siete millas y estaba construido y empedrado, sobre las aguas. Su poblacion era de cosa de doce mil casas situadas en isletas con puertas y jardines flotantes. El que mandaba en esta ciudad era Cuitlahuatzin, hermano de Moteuczoma, é inmediato sucesor de la corona de Méjico; tanto este señor, como su otro hermano Matlatzincatzin, señor de Cuyoacan, dirigieron al caudillo Español con benevolencia, y le prodigaron todo género de consideraciones.

Pocos dias despues marcharon los Españoles y sus aliados hácia Méjico, tocando en su espedicion Megicaltzineo, Colhuacan, Huitzilopocheo, Coyohuacan Mizcoac; llegaron á Jolve, lugar que unia aquel camino con el de Coyohuacan. En el ángulo que forma la union de ambos caminos, ecsistia un buen baluarte, con dos torrecillas y circundado por un muro de diez piés de alto, con su correspondiente parapeto y almenas. Este sitio es memorable en la historia, por haber sido el campo de Cortés en el acéδιο de Mé-

jico. Continuó Cortés su viage, y poco antes de llegar á la capital, salió á recibirlo Moteuczoma con un gran acompañamiento de nobles, venia en una lujosísima litera cargada por dos nobles, las varillas de ésta eran de oro macizo. El vestido del Monarca era riquísimo, lo cubria un parasol de plumas salpicado con piedras preciosas y oro. Despues de los cumplidos, Cortés obsequió á Moteuczoma con un cordon de oro con cuentas de vidrio, recibiendo en recompensa del presente que habia hecho, dos collares de nacar, del cual pendian algunos cangrejos de oro, de tamaño natural. Despues de esto prosiguieron su marcha llenos de admiracion, por la magnificencia de los edificios y el número de habitantes, hasta que llegaron al palacio del rey Ajayacatl, que se les habia destinado para su alojamiento.

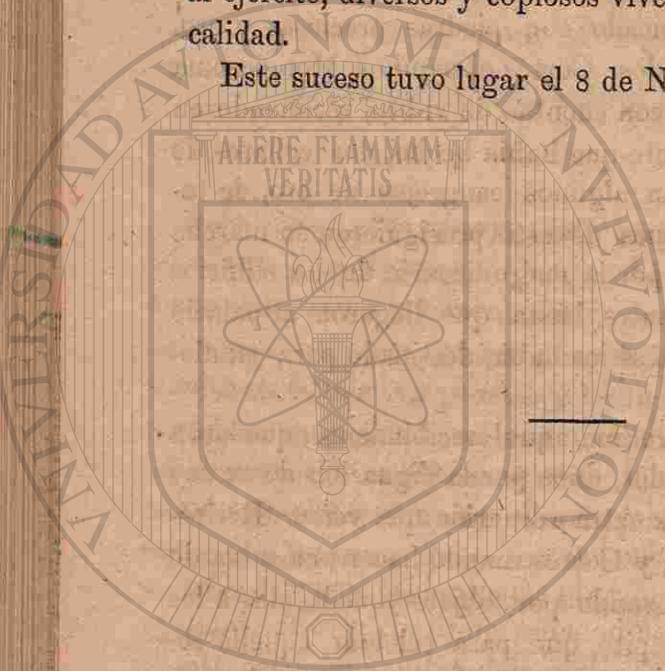
Todos los que observaron aquel recibimiento, quedaron maravillados y aturridos, unos por la dignacion de su rey y otros por los objetos extraordinarios que veían. Retiróse el rey á su palacio, y Cortés mandó hacer una salva de artillería, mas bien llevando por objeto amedrentar á los Mejicanos con el estrépito, que para celebrar aquella solemnidad. Aseguran que el palacio era tan grande, que quedaron cómodamente alojados los Españoles, con sus aliados, las mugeres y servidumbre que les acompañaban, ascendiendo la suma total de alojados, á mas de siete mil personas.

Los alojamientos contenian muebles segun el uso de los Mejicanos; esto es, camas de esteras de junco y de palma, hoyos de lo mismo para servir de almohadas, cortinas de algodón y bancos de una sola pieza.

En algunos el piso estaba esterado, y los muros cubiertos de tapetes de algodón de varios colores.

Llegada la oportunidad ofrecieron á Cortés y á sus capitanes, un magnífico banquete, servido por la nobleza, y al ejército, diversos y copiosos víveres, aunque de inferior calidad.

Este suceso tuvo lugar el 8 de Noviembre de 1519.



Libro Noveno.

DESPUES de la comida, el rey volvió á visitar á Cortés acompañado de su nobleza.

Moteuczoma ofreció al General Español, muchas alhajas curiosas de oro, plata y plumas, y mas de cinco mil vestidos finísimos de algodón.

Este rey, habiendo tomado asiento, hizo sentar á Cortés; éste le manifestó su inmensa gratitud, pero fué interrumpido su discurso con estas palabras que pronunció Moteuczoma:

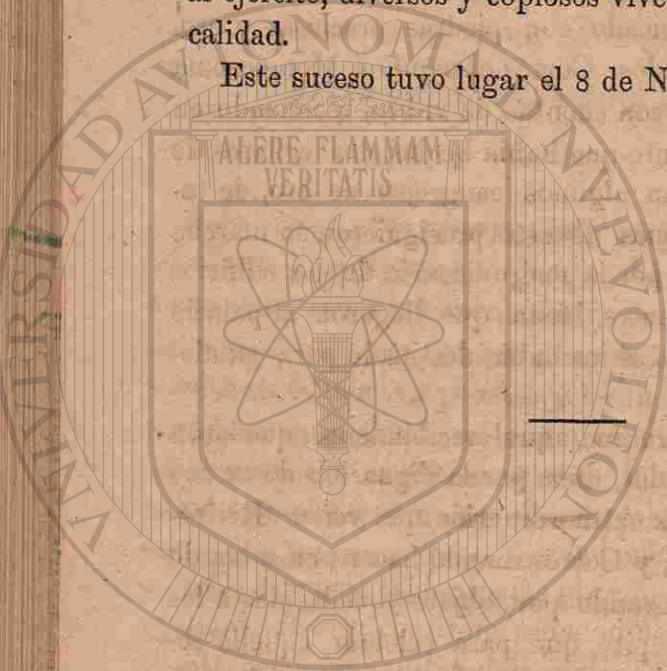
«Valiente General, y vosotros sus compañeros; todos mis cortesanos y domésticos, son testigos de la satisfacción que me ha causado vuestra feliz llegada á esta capital, y si hasta ahora he aparentado mirarla con repugnancia, ha sido únicamente para condescender con mis súbditos.

Vuestra fama ha engrandecido los objetos, y turbado los ánimos.

En algunos el piso estaba esterado, y los muros cubiertos de tapetes de algodón de varios colores.

Llegada la oportunidad ofrecieron á Cortés y á sus capitanes, un magnífico banquete, servido por la nobleza, y al ejército, diversos y copiosos víveres, aunque de inferior calidad.

Este suceso tuvo lugar el 8 de Noviembre de 1519.



Libro Noveno.

DESPUES de la comida, el rey volvió á visitar á Cortés acompañado de su nobleza.

Moteuczoma ofreció al General Español, muchas alhajas curiosas de oro, plata y plumas, y mas de cinco mil vestidos finísimos de algodón.

Este rey, habiendo tomado asiento, hizo sentar á Cortés; éste le manifestó su inmensa gratitud, pero fué interrumpido su discurso con estas palabras que pronunció Moteuczoma:

«Valiente General, y vosotros sus compañeros; todos mis cortesanos y domésticos, son testigos de la satisfacción que me ha causado vuestra feliz llegada á esta capital, y si hasta ahora he aparentado mirarla con repugnancia, ha sido únicamente para condescender con mis súbditos.

Vuestra fama ha engrandecido los objetos, y turbado los ánimos.

Decían que erais Dioses inmortales, que veniais montados sobre fieras de portentosa grandeza y ferocidad, y que lanzábais rayos, con los cuales haciais estremecer la tierra.

Otros creían que erais mónstruos arrojados del seno del mar; que la sed del oro os habia obligado á dejar vuestra patria; que os dominaba el amor de los deleites, y que tal era vuestra gula, que uno de vosotros, comia tanto como diez de mis súbditos.

Pero todos estos errores se han disipado con el trato que ellos mismos han tenido con vosotros.

Ya se sabe que sois hombres mortales como todos, aunque algo diferentes de los demas, en el color y en la barba.

Hemos visto por nosotros mismos, que esas fieras tan famosas no son mas que siervos mas corpulentos que los nuestros, y que vuestros supuestos rayos, son unas servatanas mejor construidas que las comunes, y cuyas bolas se despiden con mas estrépito y hacen mas daño que las de aquellas.

En cuanto á vuestras prendas personales, estamos bien informados por los que os conocen de cerca, que sois humanos y generosos, que tolerais con paciencia los males, y que no usáis de rigor sino con los que exitan vuestro enojo con su enemistad, y que no os servís de las armas, sino para la defensa de vuestra persona.

No dudo que vosotros igualmente habreis desechado ó desechareis las falsas ideas que de mí os hará la adulacion de vuestros vasayos, ó la malevolencia de mis enemigos.

Os habrán dicho que soy uno de los Dioses que se adoran en esta tierra, y que tomo cuando quiero la forma de

leon, de tigre ó de otro cualquiera animal: pero ya veis (al decir esto se tocó un brazo para hacer ver que estaba formado como los otros hombres) que soy de carne y hueso como los demas mortales, aunque mas noble que ellos por mi nacimiento y mas poderoso por la elevacion de mi dignidad.

Los Zempaaleses, sé que con vuestra proteccion se han sustraído á mi obediencia, aunque no quedará impugne su rebelion, os habrán hecho creer que los muros y los techos de mi palacio son de oro, pero vuestros ojos pueden desmentirlos.

Este es uno de mis palacios, y ya veis que los muros son de calicanto y los techos de madera.

No niego que son grandes mis riquezas, pero las aumenta la exageracion de mis súbditos.

Algunos se os habrán quejado de mi crueldad ó de mi tiranía, pero ellos llaman tiranía el uso legítimo de mi autoridad, y crueldad, la necesaria severidad de la justicia.

Depuesto así por una y otra parte todo consejo desventajoso, ocasionado por falsas noticias, acepto la embajada del Gran Monarca que os envia, aprecio su amistad y ofresco á su obediencia todo mi reino, pues en vista de las señales que hemos observado en los cielos, y de lo que vemos en vosotros, nos parece que ha llegado el tiempo de que se cumplan los cráculos de nuestros antepasados, en los cuales se anunciaba que debian venir de la parte de Levante ciertos hombres diferentes de nosotros en trages y costumbres, y que al fin serian señores de estos países.

Nosotros no somos originarios de ellos: hace muchos años que nuestros progenitores vinieron de las regiones

septentrionales, y nuestro dominio no ha sido hasta ahora sino como lugar tenientes de Quetzalcoatl, nuestro Dios y legítimo Señor.»

El General Español dió las gracias por los singulares beneficios que habia recibido, y le manifestó que el mayor Monarca de Europa, descendiente de Quetzalcoatl, se contentaba con hacer una confederacion y amistad perpétua con su magestad y con sus sucesores; que su objeto no era despojar á nadie de su propiedad, sino anunciarle la verdadera religion, darle consejos importantes sobre mejoras de gobierno y hacer feliz á sus vasallos.

Se despidió, y á poco envió un gran regalo, que consistia en ciertas alhajas de oro, y tres cargas de preciosos tragos de pluma para cada uno de los capitanes, y dos de algodón para cada soldado.

Al dia siguiente, Cortés correspondió la visita acompañado de los capitanes Alvarado, Sandoval, Velazquez de Leon, Ordaz y cinco soldados de su ejército.

Despues de haber pasado por tres patios y por algunas salas, para llegar á la sala de audiencia, fueron cortesmente recibidos por algunos señores que estaban de guardia, y obligados á descalzarse y á cubrirse las ropas con galas groseras.

Cuando entraron, el rey avanzó unos pasos hácia Cortés, lo tomó de la mano y lo sentó.

La conferencia fué larga y sobre asuntos diversos.

El rey preguntó sobre el gobierno político y las producciones naturales de España.

Cortés le habló sobre la unidad de Dios, la Encarnacion del Verbo y sobre otros puntos de religion.

Raciocinó sobre los ritmos del cristianismo, y principal-

mente sobre el ineruento sacrificio de la misa, comparándolo con los inhumanos que practicaban los Mejicanos.

Moteuczoma estuvo de acuerdo con Cortés, en cuanto á la creacion del mundo, pero le dijo: «Yo no dudo de la bondad del Dios que adorais; pero si él es bueno para España, nuestros Dioses son tambien buenos para los mejicanos, como lo ha hecho ver la esperiencia de tantos siglos.

Escusad, pues, el trabajo de quererme inducir á dejar su culto.

En cuanto á los sacrificios, no sé por qué censurar el que sacrifiquen á los Dioses, los hombres que por sus delitos ó por la suerte que han experimentado en la guerra, están destinados á sufrir la muerte.»

Moteuczoma pareció no convencerse; sin embargo, aseguran que desde ese dia no volvió á servir carne humana en su mesa.

Cortés, reflexionando sobre el peligro en que se hallaba en una ciudad tan fuerte y populosa, trató de desvirtuar el peligro, por medio del afecto á los nobles, por una buena conducta que tambien ordenó á su gente observase, y entretanto se informó de las fortificaciones de la capital, de las fuerzas militares del imperio, los palacios reales, el templo mayor y la plaza del mercado.

Descripcion de la ciudad de Méjico.

La ciudad de Méjico estaba situada en una isleta del Lago de Tezeuco, 15 millas al Poniente de la capital y á 4 de Tlacopam, por la parte opuesta. Se pasaba del continente á la isleta, por tres grandes calzadas construidas sobre el Lago: la de Ixtapalapam al Mediodia, y teniendo una extencion de 7 millas de largo; la de Tlacopam, al Poniente que media dos millas, y la Tepeyacac al Norte, tenia una longitud de tres; todas eran bastante anchas. Además, habia otra mas estrecha para los dos acueductos de Chapoltepec. El circuito de la ciudad, sin los arrabales, era de mas de nueve millas, y habia en él cosa de 60,000 casas. Estaba dividida en 4 cuarteles, y cada cuartel en muchos barrios. Las líneas divisorias de los cuatro cuarteles, eran cuatro calles principales, correspondientes á las cuatro puertas del atrio del Templo Mayor. El primer cuartel llamado Tecpam, hoy San Pablo, comprendia la parte de la poblacion que estaba entre las dos calles correspondientes á la puerta meridional y oriental. El segundo, Mayotla, hoy San Juan, estaba comprendido entre las calles meridional y occidental. El tercero, Tlaquechiuhcan, hoy Santa María, entre las calles occidental y septentrio-

nal. El cuarto Atzacualco, hoy San Sebastian, la comprendia entre las calles septentrional y oriental. A estas cuatro partes se agregó despues como quinta, la ciudad de Tlatelolco.

Habia al rededor de la ciudad, muchos diques y esclusas para contener las aguas, habia tambien tantos canales, que para transitar por los barrios, habia que hacerlo en barcos. Las calles principales eran anchas y derechas. Otras no eran mas que canales; algunas estaban empedradas y sin agua, varias tenian en medio una acequia entre dos terraplenes, para descargar las mercancías ó para ejecutar plantíos de árboles y flores. Todas las casas, con excepcion de las de los pobres, tenian en sus azoteas parapetos, almenas y torres. En la famosa plaza de Tlatelolco, era donde se hacia el mercado principal. Bernal Diaz, asegura no haber visto en ninguna plaza del mundo, tanto número de traficantes, tanta variedad de mercancías, y tanta regularidad y órden en el conjunto.

Cuando los Españoles visitaron el Templo Mayor y los Santuarios, quedaron horrorizados del horrendo extrago que hacia la crueldad de los sacrificios, y Cortés manifestó á Moteuczoma, la admiracion que le causaba, que adorasen como Dioses figuras tan abominables. Moteuczoma se indignó de esta indicacion, que reputó como verdadera blasfemia; sin embargo de esto, consiguió permiso al gefe Español, para construir una capilla en honor de Dios. Colocó en el patio principal una cruz, para que los Mejicanos viesen la suma veneracion que los Españoles tenian á este símbolo de la Redencion. Despues quiso consagrar al culto de la Religion Cristianá, el mismo templo de

Huitztlipochitli, pero no realizó inmediatamente esta idea, por miedo del rey y los sacerdotes; pero mas tarde la llevó á cabo, en virtud de la prision de Moteuczoma. Despedazó los ídolos y los sustituyó con la imágen del Crucificado y de la Virgen María.

Prision de Moteuczoma.

A los pocos dias de la entrada de los Españoles á Méjico, Cortés, alarmado por el inmenso peligro en que se hallaban él y los suyos, al encontrarse en medio de un pueblo inmenso, y además, sobresaltado por la noticia que habia tenido de un pronunciamiento en Veracruz, é inquieto por algunos síntomas de descontento entre los moradores, no pudo dormir por la agitacion que le causaba su difícil situacion, y un centinela de los suyos le dió parte de que en una de las cámaras habia una salida tapada con una pared recién hecha. Cortés la mandó abrir, y descubrió que conducia á las piezas á donde estaba depositado el tesoro del rey Ajayacatl. Allí vió muchos ídolos, gran cantidad de halajas de oro, plata y piedras preciosas, ricos tejidos de pluma y algodón, y otros varios objetos. Atónito al contemplar tantas riquezas, mandó de nuevo tapar el muro, dejándolo como estaba.

Al dia siguiente reunió á sus capitanes, les expuso en el gravísimo peligro en que se hallaban, y les manifestó el designio que tenia de apoderarse á toda costa del rey de los Mejicanos. Unos creían temeraria é impracticable la medida, otros opinaron porque hicieran su salida de un modo secreto, y otros por último, se adhirieron á la opinion de su general, tanto por cuestion de amor propio, cuanto porque reputaban mas eminente el peligro, desde el momento en que retrocediesen un ápise en su empresa. Resolvióse al fin, apoderarse de Moteuczoma en su palacio y llevarlo preso á los cuarteles; para dar cima á esta resolucion, Cortés puso en armas á su tropa, y la distribuyó convenientemente; hizo que algunos de sus capitanes y soldados fuesen á palacio como por casualidad, y se encaminó él al mismo punto con D.^o Marina. Estando en audiencia con Moteuczoma, le manifestó la conducta del Sr. de Nauhtlan, se quejó de la guerra que habia hecho á la guarnicion de Veracruz, y de la muerte del Gobernador Escalante y seis soldados, é inculpó á Moteuczoma de ser sujestor de estos actos.

Moteuczoma se disculpó satisfactoriamente de cuantos modos le fué posible, pero como Cortés buscaba solo un pretesto para ejecutar la resolucion que tenia preconcebida, propuso que como una muestra de sinceridad, se fuese á vivir el rey con ellos, mientras parecian los verdaderos reos. Moteuczoma comprendió desde luego que se trataba de aprisionarlo, y rechazó con indignacion la propuesta; Cortés insistió, y uno de los capitanes Españoles, mirando que se prolongaba la conferencia, dijo en tono colérico, que lo que debia hacerse, era llevar al rey por fuerza

ó quitarle la vida. Moteuczoma descubrió en el semblante del capitán su intento, y preguntó á D. ^o Marina que era lo que habia dicho aquel Español; ésta le manifestó que si no accedía, su vida correría peligro: atemorizado el rey, por fin condescendió. Moteuczoma fué llevado prisionero, y esta noticia produjo una grande alarma en toda la ciudad.

Vida del Rey en la prision.

No obstante de que Moteuczoma estaba preso, seguía ejerciendo la misma autoridad para con sus vasallos, y teniendo todo género de consideraciones por parte de los Españoles. Para distraerlo, los Españoles hacían algunos ejercicios de armas, y algunas veces jugaba con Cortés ó con el capitán Alvarado, á un juego que los Españoles le llamaban el *Bodoque*, en el cual el rey Mejicano perdió sumas considerables.

Habiendo observado Cortés la prodigalidad del rey, se atrevió á revelar que algunos de sus soldados habian tomado pedazos de oro y otros objetos, extrayéndolos furtivamente del tesoro de Ajayacatl.

No contento con regalar sus riquezas, presentó á Cor-

tés á otra de sus hijas, y éste dispuso casarla con Cristóbal de Olid, maestre de campo de las tropas Españolas; esta princesa fué bautizada sin oposicion por parte de su padre.

Cortés, en virtud de la aptitud del rey para con él, le permitió salir de su prision para ir al ejercicio de la caza,

Suplicio del Sr. de Nauhtlan.

A los pocos dias volvieron los emisarios enviados á Nauhtlan, trayendo consigo á Quauhpopoca, á un hijo suyo y á quince nobles cómplices de la muerte de Escalante. Moteuczoma reprendió severamente á Quauhpopoca, por los hechos ejecutados contra los Españoles, y por último lo entregó á Cortés para que lo castigase; mas como todo esto era un ardid del general Español, para sacar culpable al rey Mejicano, oída la confesion de los reos, mandó que marcos vivos en el Palacio Real, y despues pasó á la estancia del Monarca, á decirle que examinados los reos, habian estado confesos y declarado que él era el autor de la muerte de los Españoles, y le hizo presente que le perdonaba la vida, por los beneficios que habian recibido y la adhesion que habia manifestado á su soberano; pero que no

ó quitarle la vida. Moteuczoma descubrió en el semblante del capitán su intento, y preguntó á D. ^o Marina que era lo que habia dicho aquel Español; ésta le manifestó que si no accedía, su vida correría peligro: atemorizado el rey, por fin condescendió. Moteuczoma fué llevado prisionero, y esta noticia produjo una grande alarma en toda la ciudad.

Vida del Rey en la prision.

No obstante de que Moteuczoma estaba preso, seguía ejerciendo la misma autoridad para con sus vasallos, y teniendo todo género de consideraciones por parte de los Españoles. Para distraerlo, los Españoles hacían algunos ejercicios de armas, y algunas veces jugaba con Cortés ó con el capitán Alvarado, á un juego que los Españoles le llamaban el *Bodoque*, en el cual el rey Mejicano perdió sumas considerables.

Habiendo observado Cortés la prodigalidad del rey, se atrevió á revelarle que algunos de sus soldados habian tomado pedazos de oro y otros objetos, extrayéndolos furtivamente del tesoro de Ajayacatl.

No contento con regalar sus riquezas, presentó á Cor-

tés á otra de sus hijas, y éste dispuso casarla con Cristóbal de Olid, maestre de campo de las tropas Españolas; esta princesa fué bautizada sin oposicion por parte de su padre.

Cortés, en virtud de la aptitud del rey para con él, le permitió salir de su prision para ir al ejercicio de la caza,

Suplicio del Sr. de Nauhtlan.

A los pocos dias volvieron los emisarios enviados á Nauhtlan, trayendo consigo á Quauhpopoca, á un hijo suyo y á quince nobles cómplices de la muerte de Escalante. Moteuczoma reprendió severamente á Quauhpopoca, por los hechos ejecutados contra los Españoles, y por último lo entregó á Cortés para que lo castigase; mas como todo esto era un ardid del general Español, para sacar culpable al rey Mejicano, oída la confesion de los reos, mandó que marlos vivos en el Palacio Real, y despues pasó á la estancia del Monarca, á decirle que examinados los reos, habian estado confesos y declarado que él era el autor de la muerte de los Españoles, y le hizo presente que le perdonaba la vida, por los beneficios que habian recibido y la adhesion que habia manifestado á su soberano; pero que no

podía eximirlo de todo el castigo, y mandó ponerle grillos en los piés.

Quauhpopoca y sus cómplices fueron quemados en la hoguera, á la vista de un pueblo numeroso, que creyó que aquella sentencia se ejecutaba por órden del rey. Cortés, en todos estos hechos obró de una manera injustificable, no menos que el envilecido rey Moteuczoma.

Concluida la cruel, repugnante é inhumana ejecucion, el general Español pasó á la habitacion del rey Mejicano, le hizo mil demostraciones de afecto, le mandó quitar los grillos y retirar la guardia que le habia puesto, y le dijo: que podía volver á su palacio cuando quisiese; pero no aceptó esta última oferta, alegando que corrian riesgo Cortés y los suyos, aunque mas bien puede creerse que lo hizo por su propia seguridad, atenta la indignacion que sus vasallos manifestaban, por su envilecida conducta hácia los extranjeros.

Verificado el suplicio de Quauhpopoca, se notó alguna excitacion en la nobleza, y á pocos dias, Cacamatzin, rey de Acolhuacan, se reveló contra los Españoles, pasó á Tezcuco, convocó á sus consejeros y á los principales personajes de su corte, y los invitó á combatir á los extranjeros, á nombre de la religion de la patria, de la libertad y del honor. Algunos de los consejeros estuvieron conformes con su parecer, pero unos cuantos ancianos á quienes se miraba con veneracion, trataron de disuadirlo de su intento, haciéndole serias reflexiones.

Por fin se resolvió hacer la guerra á los extranjeros, y se tomaron para ello secretamente los preparativos necesarios; sin embargo de esto, Moteuczoma y Cortés llega-

ron á saber esta determinacion, y el segundo, por consejos del primero, envió una embajada á Cacamatzin, para que depusiera su aptitud hostil.

El rey de Acolhuacan, contestó que no podía tener por amigos á los que le quitaban el honor, á los que oprimian la patria, á los que ultrajaban á su familia y despreciaban su religion; que si los Españoles querian evitar el golpe que les amenazaba, saliesen inmediatamente de Méjico y regresasen á su país.

Cortés, sin embargo de esto mandó otro mensaje á Cacamatzin, pero éste volvió á contestar en el mismo tono, y se quejó amargamente con Moteuczoma; éste mandó decir á Cacamatzin, que viniese á visitarlo á su corte, para concluir con aquella disencion.

El rey de Acolhuacan, indignado mas y mas con la conducta del rey Mejicano, le contestó: que si despues de tanta infamia, hubiera quedado en su espíritu algun sentimiento de honor, se avergonzaria de haberse hecho esclavo de cuatro aventureros, que mientras lo halagaban con palabras, lo ultrajaban con sus hechos; que pues no bastaba á moverlo ni el celo de la religion y de los Dioses Acolhuizt, despreciados por aquellos hombres, ni la gloria de sus mayores, eclipsada y envilecida por su cobardía; él queria defender su religion, vengar á los Dioses, conservar su reino y recobrar el honor y libertad de la Nacion Mejicana, y de su Monarca: que iria en efecto á la Corte, pero no con las manos en el seno, sino empuñando la espada, para borrar el oprobio de los Mejicanos, con la sangre de los Españoles.

Prision del Rey de Acolhuacan.

Moteuczoma, intimidado por la respuesta de Cacamatzin, se decidió á traicionar una vez mas á sus compatriotas, é ideó apoderarse de Cacamatzin, por medio de unos oficiales Mexicanos, que cautelosamente se pusieron en confabulacion con otros oficiales domésticos del rey de Acolhuacan.

La traicion tuvo buen éxito, y Cacamatzin cayó en la red que se le tendió, y fué hecho prisionero y entregado á Cortés; despues de lo cual, el rey Mejicano y el general Español, determinaron que la corona de Acolhuacan se diese al príncipe Cuicuitzcatzin.

Por los mismos medios reprobados, se apoderó Cortés mas tarde del rey de Tlacopan, de los Sres. de Iztapalapan, Coyohuacan y de Itzquauhtzin, señor de Tlatelolco.

Alentado el general Español, por el buen éxito de los sucesos obtenidos con la cooperacion y perfidia de Moteuczoma, le manifestó á éste y á su nobleza, que ya era tiempo de que él y los suyos reconociesen al rey de España, como descendiente del rey y Dios Quetzalcoatl.

Moteuczoma convocó á lo principal de su nobleza, y les arengó en el sentido en que habia indicado el conquista-

dor; éste acontecimiento conmovió á los concurrentes, quienes declararon al fin su sumision, no sin que Cortés les hiciese la promesa de que no se quitaria la corona al rey de Méjico.

Como una demostracion de reconocimiento, Cortés sugirió la idea al rey de Méjico, de que enviase al de España una contribucion de oro ó plata. Moteuczoma le dió el tesoro de su padre Ajayacatl. Aquella riqueza era de tal consideracion, que le bastó á Cortés para darle de ella la quinta parte al rey de España, y pagar las deudas que habia contraido en Cuba, en la compra de armamento, en su expedicion, para remunerar á sus oficiales y soldados, y quedarse con una suma exorbitante para los gastos que pudieran erogarse en el porvenir. Se destinaron al rey de España, además del quinto de oro y plata, varios objetos dignos de conservarse por su maravilloso artificio: mas la mayor parte de esta riqueza se perdió.

Como era natural, todos estos acontecimientos hacian despertar poco á poco la indignacion de los Mejicanos, y llegaron al punto de hacer sérias representaciones y amenazas al rey Moteuczoma, á quien por otra parte echaban en cara su cobardía, envilecimiento y traicion, hasta el grado de resolverlo á indicar á los conquistadores que saliesen de sus Estados. Cortés, que habia tenido noticia de las conferencias secretas que habia tenido el rey, se alarmó sobre manera, pero le dijo que aunque deseaba obedecer sus órdenes, no podia obsequiar su indicacion, por la falta absoluta de barcos para su vuelta, y que para verificarse su regreso á la patria, necesitaban operarios y materiales para construir otros. Moteuczoma, creyendo de bue-

na fé la manifestacion del conquistador, se llenó de júbilo, y le proporcionó gente y madera para que construyese los buques.

Pocos dias despues de esto, Moteuczoma hizo presente á Cortés, que ya no necesitaba construir los buques, porque acababan de llegar al puerto de Chalchihucuecan diez y ocho, semejantes á los suyos destruidos. Cortés, disimulando el júbilo que le ocasionaba aquella noticia, contestó: que si aquellos barcos debian hacer su viaje á Cuba, estaba pronto á partir, que de otra manera no lo verificaria. Por las inquisiciones que hizo, formó la persuacion de que aquella nave era Española, y conjeturó que debia de ser la que un año ántes habia pedido á la Corte de España.

Armada del Gobernador de Cuba contra Cortés.

Gonzalo de Sandoval, Gobernador de Veracruz, comunicó á Cortés la llegada de aquella expedicion, al mando del general Pánfilo Narvaez, y enviada por Diego Velazquez, Gobernador de Cuba, contra Cortés, como vasallo rebelde y traidor á su soberano. El conquistador Español recibió esta noticia en presencia de Moteuczoma, pero sin revelar turbacion le hizo entender á éste, que eran nuevos

compañeros que venian de Cuba. Calcúlese en que difícil situacion se hallaba Cortés; pero su espíritu aventurero y su singular valor, le proporcionaron medios de intentar una conciliacion con Narvaez, haciéndole presente á éste, los males que acarrearía á unos y á otros, cualesquiera discordia, y las ventajas que obtendrian los dos ejércitos, si se ponian de acuerdo. Narvaez desembarcó sus tropas en la Costa de Zempoala, y las encuarteló en la ciudad, recibiendo de los señores de aquellas comarcas, toda clase de distinciones.

Narvaez procuró indisponer á Moteuczoma con Cortés, acusándolo de traidor, y prometiéndole castigar la temeridad de haberlo puesto en prision, y ofreciéndole libertarlo á él y á toda la Nacion, de ese yugo; mas el rey Mejicano permaneció siempre fiel y adicto á Cortés, ofreciéndole su ayuda.

Desesperaba ya Cortés de todo avenimiento pacífico, con la armada de Narvaez, ocurrió al Senado de Tlaxcala para que le reuniese 4,000 soldados, á cuya cabeza marcharía. Dejó en Méjico 140 Españoles, al mando del capitán Pedro de Alvarado. Al despedirse de Moteuczoma, le dijo: que dejaba en su lugar al capitán (Tonatiuh), con este nombre del Sol apellidaban á Alvarado, porque era rubio.

Salió Cortés de Méjico á principios de Mayo del año de 1520, acompañado con setenta Españoles y alguna nobleza Mejicana; pasó por Cholula, donde se unió con el capitán Velazquez, á quien ántes habia enviado para que buscara un puerto cómodo.

Allí recibió provisiones y víveres del Senado de Tlax-

cala, no encontró los 4,000 hombres que había mandado disponer, y en Tapanocuetla se encontró con el famoso capitán Sandoval, que venía con sesenta soldados de Veracruz.

Victoria de Cortés contra Narvaez.

Después de haber hecho algunas proposiciones á Narvaez, y de haber repartido algun oro entre sus partidarios, entró Cortés en Zempoala á media noche, con 250 hombres, sin caballos, armados con picas, espadas rodelas y puñales, encamináronse sigilosamente al Templo Mayor de aquella ciudad, donde estaban acuartelados sus enemigos, les dió tan furibundo asalto, que ántes de la madrugada se hizo dueño del puesto, de toda la tropa contraria, de la artillería, de las armas y de los caballos, quedando en la refriega, muertos 4 de sus soldados, 15 de los de Narvaez, y muchos heridos de una y otra parte. Algunos historiadores como Bernal Diaz y Torquemada, no están conformes con el número de soldados que llevó Cortés, así como tampoco en el de los muertos que hubo en el asalto; tambien Bernal Diaz asegura que los Chinauteques, tomaron parte en el asalto; pero por los datos á que se puede dar fé sobre este particular, aparece que los hechos

que se han referido, son los mas dignos de fé. Los Chinauteques llegaron al dia siguiente del triunfo, y probablemente por esto se creyó que habían tomado parte en el asalto. Cortés se hizo reconocer capitán general, mandó encadenar en la fortaleza de Veracruz á Narvaez y á Salvatierra, hombre distinguido y enemigo jurado suyo, dispuso que quitasen á los buques las velas, las brújulas y los timones. El buen éxito del asalto, se debió al indomable valor de Sandoval, que subió al templo con 80 hombres, en medio de una lluvia de saetas y balas, donde se había fortificado Narvaez, y se apoderó de su persona.

Cortés, encontrándose dueño de 18 buques y con cosa de 2,000 hombres de tropa Española, con suficientes provisiones de guerra, pensó enviar expediciones á la Costa del Golfo, pero habiendo tenido malas noticias de Méjico, se vió obligado á volver precipitadamente á esta ciudad.

Sublevacion de Méjico contra los Españoles.

Con motivo de la fiesta é incensacion de Huitzilopochtli, que tenia verificativo el mes Jojcotl, se dió un baile, al que concurrieron el rey, la nobleza, los sacerdotes y el pueblo. El baile tuvo lugar en el patio de palacio, que servia de cuartel á los Españoles.

Empezaron á cantar y á bailar al son de los instrumentos, y cuando los Mejicanos se hallaban mas distraidos y fatigados del baile, mandó Alvarado que algunos de sus soldados ocupasen las puertas, hizo señal á su tropa de que los atacasen. Terrible fué la carnicería que se verificó, y desgarrador el cuadro que se veía, escuchándose los lamentables gritos de los moribundos; tan sensible fué para los Mejicanos esta celada, en la que pereció la flor de su nobleza, que para perpetuar su memoria, compusieron tristes elegías, que se conservaron muchos años despues de la conquista. Los Españoles despojaron á los cadáveres de toda la riqueza que los cubria; algunos historiadores dicen que este fué el motivo que indujo al capitan Alvarado á un hecho tan cruel; otros afirman que sabedor de que los Mejicanos, en aquella fiesta querian dar un golpe á los Españoles, se adelantó á dárselos primero, pero esta version no es muy creible.

Como es de suponerse, este atentado irritó extraordinariamente á los Mejicanos, que desde entónces consideraron á los Españoles, como sus mas encarnizados enemigos; y atacaron el cuartel donde estaban alojados con tanto ímpetu, que destruyeron el muro y minaron por varias partes el palacio, pero fueron rechazados por el fuego de la artillería y de los mosquetes. Al dia siguiente dieron otro asalto tan formidable, que los Españoles se creyeron perdidos, y en efecto hubieran desaparecido, si en la fuerza del combate no se hubiese presentado el rey, y refrenado con su autoridad el furor de los combatientes. Por respeto al Monarca no volvieron á atacar, pero tomaron una verdadera actitud hostil hácia los extranjeros. En esta

situacion se hallaba Alvarado, cuando escribió á Cortés, para que regresara pronto á Méjico, porque de no hacerlo así, hallaria muertos á todos sus soldados.

Cortés, sin pérdida de tiempo regresó á Méjico con noventa y seis caballos, mil trescientos españoles y dos mil tlascalenses, entrando con este ejército á la capital, el 21 de Junio. Al principio no halló resistencia, pero despues notó ciertos síntomas de fermentacion popular. Cortés reprendió severamente á su capitan Alvarado, y le hubiera impuesto un severo castigo, si su difícil situacion no le demandase el auxilio de uno de sus mas atrevidos capitanes.

Habiéndose escaseado los víveres, Cortés exigió á Moteuczoma que mandase hacer el mercado, pero este le contestó que para que su orden pudiese ser cumplida, era preciso que se pusiera en libertad á algunos personajes de su corte, para fiarles la ejecucion de la orden. En virtud de esta circunstancia, se sacó de la prision á Cuitlahuatzin, hermano, de Moteuczoma, pero este príncipe léjos de obsequiar la orden de su hermano, se puso como general á la cabeza de los Mejicanos

Combates entre Mejicanos y Españoles.

Los Mejicanos comenzaron á atacar los cuarteles de los Españoles con demasiado valor y tenacidad. Cortés de-

Empezaron á cantar y á bailar al son de los instrumentos, y cuando los Mejicanos se hallaban mas distraidos y fatigados del baile, mandó Alvarado que algunos de sus soldados ocupasen las puertas, hizo señal á su tropa de que los atacasen. Terrible fué la carnicería que se verificó, y desgarrador el cuadro que se veía, escuchándose los lamentables gritos de los moribundos; tan sensible fué para los Mejicanos esta celada, en la que pereció la flor de su nobleza, que para perpetuar su memoria, compusieron tristes elegías, que se conservaron muchos años despues de la conquista. Los Españoles despojaron á los cadáveres de toda la riqueza que los cubria; algunos historiadores dicen que este fué el motivo que indujo al capitan Alvarado á un hecho tan cruel; otros afirman que sabedor de que los Mejicanos, en aquella fiesta querian dar un golpe á los Españoles, se adelantó á dárselos primero, pero esta version no es muy creible.

Como es de suponerse, este atentado irritó extraordinariamente á los Mejicanos, que desde entónces consideraron á los Españoles, como sus mas encarnizados enemigos; y atacaron el cuartel donde estaban alojados con tanto ímpetu, que destruyeron el muro y minaron por varias partes el palacio, pero fueron rechazados por el fuego de la artillería y de los mosquetes. Al dia siguiente dieron otro asalto tan formidable, que los Españoles se creyeron perdidos, y en efecto hubieran desaparecido, si en la fuerza del combate no se hubiese presentado el rey, y refrenado con su autoridad el furor de los combatientes. Por respeto al Monarca no volvieron á atacar, pero tomaron una verdadera actitud hostil hácia los extranjeros. En esta

situacion se hallaba Alvarado, cuando escribió á Cortés, para que regresara pronto á Méjico, porque de no hacerlo así, hallaria muertos á todos sus soldados.

Cortés, sin pérdida de tiempo regresó á Méjico con noventa y seis caballos, mil trescientos españoles y dos mil tlascalenses, entrando con este ejército á la capital, el 21 de Junio. Al principio no halló resistencia, pero despues notó ciertos síntomas de fermentacion popular. Cortés reprendió severamente á su capitan Alvarado, y le hubiera impuesto un severo castigo, si su difícil situacion no le demandase el auxilio de uno de sus mas atrevidos capitanes.

Habiéndose escaseado los víveres, Cortés exigió á Moteuczoma que mandase hacer el mercado, pero este le contestó que para que su orden pudiese ser cumplida, era preciso que se pusiera en libertad á algunos personajes de su corte, para fiarles la ejecucion de la orden. En virtud de esta circunstancia, se sacó de la prision á Cuitlahuatzin, hermano, de Moteuczoma, pero este príncipe léjos de obsequiar la orden de su hermano, se puso como general á la cabeza de los Mejicanos

Combates entre Mejicanos y Españoles.

Los Mejicanos comenzaron á atacar los cuarteles de los Españoles con demasiado valor y tenacidad. Cortés de-

cedió no quedarse á la defensiva y salió con sus soldados; lo que hizo que los Mejicanos se retirasen poco á poco; quemó algunas casas y se volvió á su cuartel, pero continuando las hostilidades de los Mejicanos, mandó al capitán Ordaz que saliese con doscientos Españoles. Los Mejicanos fingieron huir, para alejar á sus enemigos de sus cuarteles, y cuando ménos pensaron, los Españoles se encontraron rodeados, saliendo avantes del rudo ataque que les dieron, merced al valor de su capitán.

Fueron tan repetidos y rudos los ataques de los Mejicanos, que pusieron en eminente peligro la empresa de Cortés, á quien Moteuczoma indicó que por bien de sus tropas y de sus vasallos no debía diferir su regreso á su país. El general Español que carecía de viveres y que no podía dominar la fuerza de sus enemigos, manifestó que estaba dispuesto á partir siempre que los Mejicanos depusieran las armas.

Los Mejicanos intentaron otro asalto con toda bazaría, al cuartel de los Españoles, quienes no obstante su artillería y ventajosas armas, se creían perdidos por el vigor del ataque y por la superioridad numérica y arrojó de sus enemigos. Moteuczoma viendo el conflicto en que se hallaban, se vistió con sus insignias reales, subió á la azotea y pronunció este discurso: "Si el motivo que os induce á tomar los armas contra estos extranjeros, es el deseo de mi libertad, yo os agradezco el amor y la fidelidad que me mostráis; pero os engañáis creyéndome su prisionero, pues en mí mismo está dejar este palacio de mi difunto padre, y trasladarme al mio cuando quiera. Si vuestra cólera proviene de su presencia en esta corte, os hago saber que me

han dado palabra de salir de ella, y yo os aseguro que lo harán, inmediatamente que depongais las armas. Cese pues vuestra inquietud; mostradme en esto vuestra fidelidad, si quereis desmentir las voces que han llegado á mis oídos acerca de haber jurado vosotros obediencia á otro señor, que solo á mi debéis tributar, lo que yo no he querido creer, ni vosotros ejecutar, sin acarrearos toda la cólera de los Dioses."

A este discurso siguió el más absoluto silencio, hasta que un patricio atrevido, alzó la voz, llamó al rey cobarde, afeminado é indigno de gobernar una Nación, cuando por miedo se habia constituido prisionero de sus enemigos. No contento con dirigirle estas merecidas injurias, tomó el arco y disparó una flecha al monarca. La plebe siguió su ejemplo, y por todas partes llovian improprios, piedras y flechas sobre el rey: algunos historiadores Españoles aseguran que Moteuczoma fué herido en la cabeza con una piedra, y con una flecha en la pierna.

Siguieron las hostilidades con más ó ménos vigor por ambas partes, hasta llegar el momento de verse angustiados los Españoles por la repetición de los ataques y por el número de sus asaltantes; pero en algunos combates salían airosos y en otros se retiraban á sus cuarteles, despues de haber matado á muchos de sus enemigos y de haber quemado muchas casas. La falta de disciplina y de disposición militar por parte de los Mejicanos, hizo que los Españoles no quedasen sepultados ántes de consumir la dominación.

Muerte de Moteuczoma II.

Moteuczoma falleció á fines de Junio, á los cincuenta y cuatro años de edad y diez y ocho de reinado; dejó muchos hijos; los que sobrevivieron, el mayor era Tolmalicahuatzin, que en el bautismo se llamó Pedro Moteuczoma, y de quien descenden los condes de Moteuczoma y Tula; Temichpotzin, hermosa princesa, de quien descenden las dos casas de Cano Moteuczoma y Andrada Moteuczoma.

Cada dia continuaban los Mejicanos sus ataques, y aunque en casi todos ellos salian vencedores los Españoles, Cortés comprendió que se iba debilitando, que le faltarian los víveres y municiones, y creyendo por esto mismo, que debía violentar la salida de su ejército, reunió á sus capitanes para deliberar con ellos sobre el tiempo y modo de ejecutarla. Fueron diversos los dictámenes que se expusieron, sobre si la retirada debía verificarse de dia ó de noche, un soldado llamado Botello, y que presumia de astrólogo, fué de este último parecer, é indujo á Cortés á ejecutar su retirada en la noche. El 1.º de Julio fué la noche designada para la salida, y fué tan infausta y memorable para los Españoles, por lo que sufrieron, que se le quedó el nombre de *noche triste*, con el cual se conoce en la historia. Cortés

mandó construir un puente de madera para pasar los fosos, despues repartió todas las riquezas de oro, plata y joyas entre sus soldados, separando la quinta parte, que pertenecia al rey, les hizo presente á sus subordinados lo conveniente, que seria el que no cargasen con nada, pues libres de ese peso, podrian salvar su vida; mas estos no queriendo privarse del objeto de su ambicion, cargaron con aquellas preciosidades, y fueron víctimas de su codicia, y de la venganza de sus enemigos.

Retirada y derrota de los Españoles.

Ordenó Cortés, en las altas horas de la noche la retirada, en medio de una lluvia pequeña pero constante; tomó todas las disposiciones militares que creyó oportunas, y habia pasado el primer foso, merced al puente que llevaba, sin gran resistencia, tomando el camino de Tlacopan, pero habiendo notado los sacerdotes Mejicanos, que velaban en el templo, la maniobra, gritaron á las armas, y en el acto se vieron las fuerzas de Cortés, atacadas por agua y tierra, por un número infinito de enemigos. El combate fué rudísimo, sangriento y peligrosísimo para los conquistadores. El segundo foso se llenó de cadáveres, al grado de que la retaguardia pudo pasar sobre ellos cómodamen-

te. En el tercer foso, la resistencia de los Mejicanos fué heroica y desesperada, hasta tal punto, que el capitán Alvarado que la mandaba, no pudiendo hacerles frente, ni pasar á nado sin peligro de caer en manos de sus enemigos, fijó la lanza en el fondo del canal, y agarrando la otra extremidad con los brazos, y dando un extraordinario impulso á su cuerpo, se lanzó de un salto á la orilla opuesta. Este suceso dió á aquel sitio, el nombre que hasta hoy conserva, del *Salto de Alvarado*. Algunos historiadores ponen en duda ó niegan este episodio.

Grande fué la pérdida sufrida por ambos combatientes, allí perdieron los Españoles todas las riquezas que habian recogido, toda la artillería y los manuscritos de Cortés.

No pudo Cortés contener las lágrimas, al contemplar tanta calamidad; en Popotla se sentó sobre una piedra, á llorar la pérdida de sus amigos y compañeros, consolándose algun tanto al saber que se habian salvado sus capitanes Sandoval, Alvarado, Olid, Ordaz y Avila. Los Españoles iban tan mal parados del combate, que si los Mejicanos los hubieran perseguido, los habrian exterminado completamente.

Al amanecer llegaron los Españoles á Popotla, y habiendo ordenado Cortés se pusiesen en marcha para Tlacopan, fueron perseguidos sin cesar por algunas tropas de aquella ciudad y por las de Azcapozalco, hasta Otoncalpolco, templo situado en la cima de un pequeño monte, á nueve millas al Poniente de la ciudad, donde hoy existe el célebre Santuario de nuestra Señora de los Remedios ó del Socorro. Allí se fortificaron para descansar de la persecucion y de la fatiga. Despues se dirigieron á Tlaxcala, el únic

refugio que podian tener despues del desastre; tomaron por Quauhtitlan, Citlaltepec, Jolva y Zacamolco, sin dejar de ser molestados en su marcha por los Mejicanos.

En Zacamolco llegaron á carecer tanto de víveres, que se comieron la carne de un caballo que habia sido matado el dia anterior, y los indios se echaban al suelo para comer yerbas, implorando el auxilio de los Dioses. El ejército que con Cortés habia ejecutado la retirada, se componia de nueve mil hombres, entre Españoles é Indígenas.

Siguiendo los Españoles su retirada por Aztaquemecan en la llanura de Tonanpoco cerca de Otompan percibieron un numeroso y brillante ejército de Mejicanos que algunos historiadores hacen ascender el número hasta el de doscientos mil, pero que otros creen que el miedo hizo aparecer aquella cifra á los ojos de los Españoles. Dióse la batalla que fué sangrientísima y duró como cuatro horas, las tropas de Cortés se disminuian considerablemente y se diseminaban sin esperanza alguna de triunfo, y ya en una situacion desesperada; el general Español recordó haber oido decir que los Mejicanos tan luego como veian muerto á su general ó perdido su estandarte, se dispersaban; é imaginó poner en práctica este pensamiento, lanzándose sobre Cihuacatzin que era el jefe de los Mejicanos, y ordenando á sus capitanes Sandoval, Alvarado, Olid y Avila, que le guardasen la espalda, se lanzó entre las huestes enemigas hasta derribar con un lanzaso á Cihuacatzin: Juan de Salamanca que acompañaba á Cortés privó al jefe contrario de la vida y arrancándole el penacho lo presentó al caudillo Español.

El ejército Mejicano viendo á su general muerto, y per-

dido su estandarte, se desbandó en tropel. El 8 de Julio de 1520 llegaron las fuerzas de Cortés á Tlaxcala temerosas de que la benevolencia de los Tlaxcaleses se volviera enemistad atento el infortunio, pero bien pronto pudieron desengañarse, que era infundada esta sospecha, pues el príncipe Majitentzin y los Tlaxcaleses recibieron al general Español y á los suyos con toda clase de consideraciones.

Mientras los Españoles se encontraban en Tlaxcala, los Mejicanos se ocupaban de reponer y remediar los incalculables males que durante un año habian sufrido, y encontrándose privados de rey y de muchos personajes de la nobleza, necesitaban elegir un gefe, fijándose en Cuitlahuatzin, quien mandó reparar los templos y reedificar las casas quemadas, envió socorro á las provincias, excitándolas á la defenza de la corona. Envió una embajada á los Tlaxcaleses, para que depusieran su encono contra los Mejicanos, y se unieran á ellos contra los enemigos comunes de la patria.

El senado, despues de despedir á los embajadores, quedó reunido para deliberar sobre las proposiciones de los Mejicanos; varios miembros opinaron porque se aceptara la alianza que se les proponia, y entre ellos se distingió el joven Gicotencatl, que enemigo de los Españoles, procuró apoyar, con cuantas razones pudo, esa idea. Magijcatzin, por el contrario, combatió dicho parecer, exponiendo que seria una abominable perfidia, abandonar á los Españoles en el infortunio. El debate tomó tales proporciones de exaltacion, que Magijcatzin dió un fuerte golpe á Gicotencatl, que lo arrojó por las gradas de la sala de audiencia. Esta demostracion obligó al Senado, á mandar prender á

Gicotencatl. Por fin los Tlaxcaleses no aceptaron las propuestas de los Mejicanos.

Era tal el abatimiento de los Españoles, que ya murmuraban contra la temeridad de la empresa, y llegaron á representar á su general, para que se volviesen á la Veracruz, desistiendo por el momento de una inmediata conquista, pero Cortés, como de costumbre, los disuadió y alentó para continuar en su propósito.

Cortés, eficazmente ayudado por los Tlaxcaleses, dió varios combates contra los Tepeyaqueses, obteniendo buen éxito, pues segun se asegura llegó á levantar un ejército de ciento cincuenta mil hombres. Llegaron por fin los conquistadores á Itzacan hoy Izúcar. La fama adquirida por sus victorias, hizo que varias comarcas se rindiesen y prometieran obediencia á la corona de Castilla. Los de Tecamachalco, ciudad de la misma República, hicieron una vigorosa resistencia, pero al fin se rindieron. Envió Cortés al capitan Salcedo, para atacar á los de Tochtepec, situado á la orilla del Papaloapam y sucumbieron todos los Españoles sin que quedase uno. Para vengar este desastre mandó á los capitanes Ordaz y Avila con algunos caballos y veinte mil aliados y se apoderaron de la ciudad, no obstante la tenaz resistencia de los Mejicanos.

Volvió á resusitar el desaliento entre los Españoles, é insistieron con Cortés en que debian regresar á Veracruz; y entonces se vió obligado á darles permiso para que se fuesen algunos hasta Cuba, pues creyó menos malo disminuir sus fuerzas, que consentir en que cundiese el desaliento entre sus compañeros. Cuando llegaron los descontentos á Veracruz, se encontraron en el puerto con nuevos sol-

dados, armas y munisiones que por una parte mandaba el gobernador de Cuba para socorrer á Narvaez, y los otros eran enviados por el de Jamaica para ejecutar la expedicion á Pánuco. Todo este resfuerzo se agregó gustoso al partido de Cortés.

Las victorias de los Españoles dieron tal renombre á su general, que llegó á ser el árbitro de los destinos de aquellos pueblos.

La enfermedad de las viruelas apareció por primera vez en el Nuevo Mundo, traída por un negro esclavo de Narvaez, segun dicen varios historiadores, é hizo formidables extragos, haciendo víctimas á Cuitlahuatzin, rey Mejicano, y Magizcatzin, príncipe Tlaxcalteca. Los Mejicanos dieron la corona á Quauhtimotzin; este jóven intrépido continuó las disposiciones militares de su predecesor.

Cortés, despues de haber asegurado el camino de Veracruz, mandó á la Corte de España al capitan Ordaz, con una relacion exacta, dirigida á Carlos V, de todo lo que hasta entónces habia ocurrido; y al capitan Avila, á la Isla de Santo Domingo, en demanda de nuevos auxilios, para llevar á cabo la conquista de Mejico. Confirió la vacante que existia por fallecimiento de Magizcatzin, á un hijo del difunto príncipe.

Libro Décimo.

Marcha de los Españoles á Tezcuco.

EL general Español que nunca desmayó en su atrevida empresa, fué disponiendo las cosas de manera que le fuera dable dominar á los Mejicanos; y á este fin construyó bergantines y mandó levantar fuerzas en todas las comarcas que le eran adictas, y una vez dispuesto todo, marchó con sus soldados y con los aliados, augurándoles ántes sobre el buen éxito que coronaria sus esfuerzos, fijó algunas reglas de conducta para sus subordinados, y el dia 28 de Diciembre de 1520, se encaminó para Tezcuco, pasó por Tetzme-lucan; al comenzar á bajar al llano, vieron el camino obstruido con troncos y ramas de árboles; cuando llegaron al Valle, fueron atacados por algunas tropas volantes de enemigos, que pronto se pusieron en fuga. Durmieron aquella noche en Coatepec, y marchando despues para Tezcu-

dados, armas y munisiones que por una parte mandaba el gobernador de Cuba para socorrer á Narvaez, y los otros eran enviados por el de Jamaica para ejecutar la expedicion á Pánuco. Todo este resfuerzo se agregó gustoso al partido de Cortés.

Las victorias de los Españoles dieron tal renombre á su general, que llegó á ser el árbitro de los destinos de aquellos pueblos.

La enfermedad de las viruelas apareció por primera vez en el Nuevo Mundo, traída por un negro esclavo de Narvaez, segun dicen varios historiadores, é hizo formidables extragos, haciendo víctimas á Cuitlahuatzin, rey Mejicano, y Magizcatzin, príncipe Tlaxcalteca. Los Mejicanos dieron la corona á Quauhtimotzin; este jóven intrépido continuó las disposiciones militares de su predecesor.

Cortés, despues de haber asegurado el camino de Veracruz, mandó á la Corte de España al capitan Ordaz, con una relacion exacta, dirigida á Carlos V, de todo lo que hasta entónces habia ocurrido; y al capitan Avila, á la Isla de Santo Domingo, en demanda de nuevos auxilios, para llevar á cabo la conquista de Mejico. Confirió la vacante que existia por fallecimiento de Magizcatzin, á un hijo del difunto príncipe.

Libro Décimo.

Marcha de los Españoles á Tezcucó.

EL general Español que nunca desmayó en su atrevida empresa, fué disponiendo las cosas de manera que le fuera dable dominar á los Mejicanos; y á este fin construyó bergantines y mandó levantar fuerzas en todas las comarcas que le eran adictas, y una vez dispuesto todo, marchó con sus soldados y con los aliados, augurándoles ántes sobre el buen éxito que coronaria sus esfuerzos, fijó algunas reglas de conducta para sus subordinados, y el dia 28 de Diciembre de 1520, se encaminó para Tezcucó, pasó por Tetzme-lucan; al comenzar á bajar al llano, vieron el camino obstruido con troncos y ramas de árboles; cuando llegaron al Valle, fueron atacados por algunas tropas volantes de enemigos, que pronto se pusieron en fuga. Durmieron aquella noche en Coatepec, y marchando despues para Tezcucó.

co, vieron venir una embajada sin armas, con una bandera de oro, como símbolo de paz, y manifestaron á Cortés la buena disposicion en que se hallaban para recibir amigablemente á él y á los suyos. Entró pues Cortés á Tezcucó; pero á los pocos dias notó que los transeuntes disminuian en las calles, que faltaban las mujeres y los niños, y conjeturó que aquel era un mal síntoma; despues observaron desde las azoteas de palacio, que salia mucha gente de la ciudad hácia los bosques y otros diversos pueblos del lago. El rey Coanacotzin se ausentó, yendo á Méjico en una barca; apénas tenia Cortés tres dias en aquella capital, cuando se le presentaron los señores de Huejotla, de Coatlíchan y de Atenco, á ofrecer su amistad y alianza á Cortés. Esta circunstancia irritó á los Mejicanos, y enviaron á dichos señores, una fuerte reprension y terribles amenazas que al fin despreciaron; se apoderaron de los mensajeros y los enviaron á Cortés. Este desde su entrada á aquella ciudad, trató de ganarse el ánimo de sus pobladores; descubrió el gran partido que tenia entre los nobles Ijtlijochitl, lo hizo conducir á la Corte y lo aclamó rey; era uno de los personajes que desde la primera entrada de Cortés á Tlaxcala, se habia manifestado decidido partidario de los Españoles; fué instruido en la religion cristiana, y se bautizó con el nombre de Fernando Cortés Ijtlijochitl, por respeto al general Español que le apadrinó; murió jóven en 1523, y le sucedió en el señorío su hermano Carlos. Cortés fijó su cuartel general en Tezcucó, por parecerle el punto más á propósito y conveniente para sus ulteriores operaciones militares. Dejó en esta capital algunos de sus soldados y muchos

aliados al mando de Sandoval, y él marchó con otros de sus compañeros y tres mil Tlaxcaleses. Al llegar á Iztapalapan, le salieron al encuentro algunas tropas, peleando parte en tierra y parte en agua, se iban retirando hácia el pueblo; precipitáronse sobre ellos, Españoles y Tlaxcaleses hasta dentro de la ciudad, cuyas calles hallaron desiertas, pues sus moradores se habian retirado con sus mugeres é hijos y la mayor parte de sus bienes, á unas casas que tenían en las islas del lago: allí fueron perseguidos por los enemigos, y en la noche, cuando los Españoles alegres por el triunfo, se ocupaban en saquear las casas y los Tlaxcaleses en quemarlas, observaron con espanto á la luz producida por el incendio, que el agua salia de los canales y empesaba á inundar la ciudad. A la vista de tan eminente peligro, se dió la orden de retirada, tomando precipitadamente el camino de Tezcucó: mas no obstante esto, llegaron á un punto en donde se habian acumulado de tal modo las aguas, que los Españoles pasaron con gran trabajo, se ahogaron muchos de los Tlaxcaleses y se perdió la mayor parte del botin. Si Cortés detiene un poco más su retirada, perece allí con los suyos, pues los enemigos rompieron los diques del lago y anegaron la ciudad. Al siguiente dia continuaron su marcha por las orillas del mismo lago Cortés y los suyos, perseguidos é insultados por los enemigos.

Este contratiempo fué compensado con la sumision en las ciudades de Mizquic, Otompan y otros de aquellos contornos. A esta sumision, siguió muy en breve la de Chalco no sin alguna resistencia por parte de los Mejicanos.

Se llevó á Tezcucó el maderaje, las velas, la jarcia y la clavazon de los bergantines dándole esta comision á San-

doval al mando de doscientos infantes Españoles y quince caballos, encargándole pasase á Zoltepec para castigar severamente á sus habitantes, por haber matado á varios soldados Españoles y Tlaxcaleses. Los Zoltepeques luego que percibieron la borrasca, se pusieron en fuga; pero habiéndolos alcanzado los Españoles, pasaron á muchos á cuchillo y á otros los hicieron esclavos. Pasó en seguida Sandoval á Tlaxcala, donde todo estaba dispuesto para la conduccion de los materiales. El primer bergantin fué construido por un soldado Español llamado Martin Lopez, y sirvió de modelo para los otros doce que construyeron los Tlaxcaleses. Ocho mil de estos llevaban en hombros la madera, las velas, y todos los demas objetos necesarios para la construccion; dos mil llevaban los víveres, y treinta mil iban armados para custodiar el convoy, mandados por tres caudillos principales, Chichimecatl, ó sea Chichimeca Teutli, Ajotecatl y Teotepilo Teotlipil. Cortés, brillantemente engalanado salió á recibir el convoy.

Expediciones contra Jaltocan y Tlacopan.

Cortés se puso en marcha despues de haber dejado una buena guarnicion en Tezeuco con veinte y cinco caballos, seis cañones, trecientos cincuenta infantes Españoles, trein-

ta mil Tlaxcaleses y una parte de la nobleza Tezcucana se dirigió á Joltocan, ciudad situada en un pequeño lago. La infantería Española, sostenida por los aliados, lo pasó entre una lluvia densa de dardos y flechas y los habitantes no pudiendo soportar los estragos que hacian las armas españolas, abandonaron la ciudad y huyeron. Despues se encaminaron á Quauhtitlan, despues á Tenayocan y á Azcapozalco sin resistencia alguna y finalmente á Tlacopan. Los habitantes se manifestaron hostiles, pero por último se retiraron á la ciudad; en los seis dias que permanecieron allí los Españoles, tuvieron continuos encuentros: en algunos de ellos se acercaron los Españoles al camino en que habian sufrido la más sangrienta derrota y en los fosos encontraron una terrible resistencia en la que estuvieron proximos á perecer, porque empeñados en perseguir á unas tropas Mejicanas, que habian salido á insultarlos para traerlos al peligro, se hallaron atacados por una y otra parte del camino, por un número tan considerable de contrarios, que no pudieron retirarse sino con gran dificultad. Cortés disgustado del mal éxito de su expedicion, volvió con su ejército por el mismo camino á Tezeuco, recibiendo en su marcha insultos de los enemigos, que atribuyeron su retirada á cobardía y desaliento.

Sandoval, que durante la ausencia de Cortés habia quedado guarneciendo la ciudad de Tezeuco, dos dias despues del regreso del general Español, salió á expedicionar para socorrer á los Chalqueses que temian ser atacados por los Mejicanos; pero se encontró con que en Chalco habian ocurrido muchas tropas de Huejotzingo y Cuauchquecholan con el mismo objeto, y considerando que el mayor peligro

estaba en Huajtepec, se dirigió á esta poblacion, situada en los montes; á los quince dias Chalco fué atacado en su marcha por fuerzas enemigas, que fueron derrotadas entrando los Españoles á Huajtepec.

Envió Sandoval mensajeros á ofrecer la paz á los de Zacapichtla, lugar muy fuerte situado en milla de Huajtepec; habiendo sido rechazadas sus propuestas se desdian á atacarlo, y no obstante lo escabrozo del terreno de la desesperada defenza que hicieron los enemigos, fueron derrotados. Aseguran que fué tan sangrienta esta batalla, que tiñó con sangre un arroyo que por allí corría al grado de que los vencedores no pudieron hacer uso de sus aguas para mitigar su sed; en esta jornada murió Gonzalo Dominguez.

Insitados los Mejicanos con la derrota, alistáronse veinte mil hombres y los enviaron en dos mil barcos contra Chalco. Los Chalqueses imploraron el auxilio de los Españoles; y sus mensajeros llegaron cuando Sandoval volvia con sus tropas de Zacapichtla, cansado, mal parado y herido. Creyendo Cortés que la hostilidad de los Mejicanos contra Chalco provenia del descuido de Sandoval, sin atender á nada ordenó este capitán inmediatamente se volviera á poner en marcha hácia Chalco; pero cuando llegó á esta poblacion, los Chalqueses ya habian ganado la batalla con el auxilio de los Huejotzinques y de los Quauhquecholeses.

Cortés para evitar los males de la guerra, mandó una carta al rey Quauhtemotzin, manifestándole que no era otro su objeto, que el que fuese reconocido el rey de España, señor de aquella tierra; que deseaba establecer una pazduradera y una eterna alianza, que si habian emprendido

dido aquella guerra, era porque se habia visto obligado á sus hostilidades; que no queria derramar más sangre mejicana, y destruir ciudades grandes y hermosas.

La contestacion á esta embajada, fué el envío de numerosas fuerzas contra los Chalqueses.

El 5 de Abril salió Cortés de Tezcucó, con fuerzas Españolas y aliados, dejando á Sandoval el mando de aquella plaza, se dirigió á Tlamanalco, y de allí á Chilmahuacan, donde dejó el ejército con mas de veinte mil aliados, y continuó su marcha por los montes, hácia Huajtepec, cima ocupada por mujeres, niños, y por un gran número de guerreros que se burlaban de los Españoles.

Cortés atacó por tres partes del monte, pero cuando empezaba la batalla, observó á tres ejércitos de enemigos, con intento de atacar por la espalda á sus aliados, y mandó se retirasen, saliendo al encuentro con tropas bien ordenadas, y al fin obtuvo el triunfo.

Libre ya el ejército Español, de aquellos estorbos, se dirigió por Huajtepec, Jauhtepec y Guihtepec, á la ciudad de Quauhnahuac, capital de la nacion Tlahuica, distante treinta millas de Méjico. Mientras estudiaban el lugar á propósito para el asalto, los enemigos les tiraban increíbles dardos, flechas y piedras; como el terreno era un pozo, y accidentado un Tlaxcales, viendo dos árboles grandes, que colocados á las orillas del barranco, habian cruzado mutuamente sus ramas, se sirvió de ellas como de puente, y pasó á la margen opuesta; á su ejemplo hicieron lo mismo seis soldados Españoles y despues muchos Tlaxcaleses; este rasgo de audácia atemorizó de tal manera á los que por allí defendian la entrada de la ciudad, que se retiraron pa-

ra unirse con los que por la parte opuesta resistian á las tropas de Cortés. Cuando la accion estaba mas acalorada, se vieron atacados de pronto por las que siguiendo los pasos del valiente Tlaxcales, habian entrado por la parte indefensa de la ciudad, y se espantaron y huyeron á los montes.

Despues de haber descansado, se dirigieron á la ciudad de Joquimilco, cuyos moradores habian construido algunas trincheras; levantando tan luego como vieron venir el ejército de Cortés, los puentes de los canales, y no obstante la encarnizada y tenaz resistencia, los Joquimilqueses fueron vencidos.

La toma de Joquimilco produjo una gran consternacion en Méjico. El rey Quauhtemozin convocó á algunos gefes militares, para hacerles presente la pérdida de aquella plaza de importancia, que tenia que recobrarla. Dió orden para armar un ejército de doce mil hombres, para que pelearsen por tierra, y otro numeroso para que lo hiciera por agua, y esta orden fué ejecutada con tal violencia, que al dia siguiente avisaron á Cortés la marcha de los enemigos á esa ciudad; pero sin embargo de los esfuerzos inauditos que hicieron, el triunfo les esquivó el rostro, dejando á Cortés y á los suyos, dueños de la ciudad. Cortés, con su ejército, se adelantó á Coyohuacan, ciudad situada á seis millas de Méjico, la halló despoblada, y al dia siguiente fué á reconocer el camino, iba á unirse con el de Iztapalapan. De Coyoacan, marchó á Tlacopan, teniendo en su tránsito varios encuentros con el enemigo, volvió por Tenayocan, Quauhtitlan, Sitlaltepec y Acolhuacan á Tezcuco, despues de haber recorrido de aquella marcha, las orillas de aquellos lagos, y hecho las observaciones para su empresa.

Se ocupaba el general Español en activar los preparativos de su marcha, satisfecho de haber acabado los bergantines, y un canal de milla y media, bastante profundo y con cortaduras por una y otra parte, cuando unos soldados Españoles, partidarios del gobernador de Cuba, excitados por el odio, por la envidia ó por el miedo, convinieron secretamente en quitar la vida al general, á sus capitanes Alvarado, Sandoval, Tapia y á todos los que les fueran adictos; pero uno de los cómplices reveló oportunamente á Cortés la conjuracion. Este mandó prender á Antonio de Villafaña, cabecilla de la conspiracion, lo sometió á un juez, y habiendo confesado su delito, fué ahorcado en una de las ventanas del cuartel.

Últimos preparativos del asedio de Méjico.

El 28 de Abril, Cortés hizo celebrar una misa de Espiritu Santo, que comulgaran todos los Españoles, y que un sacerdote bendijera los bergantines, que fueron votados inmediatamente al lago, desplegando sus velas á la vez que el extruendo de la artillería y de los mosquetes, contribuian á aquella celebridad. Despues pasó revista á su ejército, y contó ochenta y seis caballos, ochocientos Españoles, tres

ra unirse con los que por la parte opuesta resistian á las tropas de Cortés. Cuando la accion estaba mas acalorada, se vieron atacados de pronto por las que siguiendo los pasos del valiente Tlaxcales, habian entrado por la parte indefensa de la ciudad, y se espantaron y huyeron á los montes.

Despues de haber descansado, se dirigieron á la ciudad de Joquimilco, cuyos moradores habian construido algunas trincheras; levantando tan luego como vieron venir el ejército de Cortés, los puentes de los canales, y no obstante la encarnizada y tenaz resistencia, los Joquimilqueses fueron vencidos.

La toma de Joquimilco produjo una gran consternacion en Méjico. El rey Quauhtemozin convocó á algunos gefes militares, para hacerles presente la pérdida de aquella plaza de importancia, que tenia que recobrarla. Dió orden para armar un ejército de doce mil hombres, para que pelearsen por tierra, y otro numeroso para que lo hiciera por agua, y esta orden fué ejecutada con tal violencia, que al dia siguiente avisaron á Cortés la marcha de los enemigos á esa ciudad; pero sin embargo de los esfuerzos inauditos que hicieron, el triunfo les esquivó el rostro, dejando á Cortés y á los suyos, dueños de la ciudad. Cortés, con su ejército, se adelantó á Coyohuacan, ciudad situada á seis millas de Méjico, la halló despoblada, y al dia siguiente fué á reconocer el camino, iba á unirse con el de Iztapalapan. De Coyoacan, marchó á Tlacopan, teniendo en su tránsito varios encuentros con el enemigo, volvió por Tenayocan, Quauhtitlan, Sitlaltepec y Acolhuacan á Tezcuco, despues de haber recorrido de aquella marcha, las orillas de aquellos lagos, y hecho las observaciones para su empresa.

Se ocupaba el general Español en activar los preparativos de su marcha, satisfecho de haber acabado los bergantines, y un canal de milla y media, bastante profundo y con cortaduras por una y otra parte, cuando unos soldados Españoles, partidarios del gobernador de Cuba, excitados por el odio, por la envidia ó por el miedo, convinieron secretamente en quitar la vida al general, á sus capitanes Alvarado, Sandoval, Tapia y á todos los que les fueran adictos; pero uno de los cómplices reveló oportunamente á Cortés la conjuracion. Este mandó prender á Antonio de Villafaña, cabecilla de la conspiracion, lo sometió á un juez, y habiendo confesado su delito, fué ahorcado en una de las ventanas del cuartel.

Últimos preparativos del asedio de Méjico.

El 28 de Abril, Cortés hizo celebrar una misa de Espiritu Santo, que comulgaran todos los Españoles, y que un sacerdote bendijera los bergantines, que fueron votados inmediatamente al lago, desplegando sus velas á la vez que el extruendo de la artillería y de los mosquetes, contribuian á aquella celebridad. Despues pasó revista á su ejército, y contó ochenta y seis caballos, ochocientos Españoles, tres

grandes cañones de hierro, quince menores de cobre, pólvora, balas y saetas que habian venido de España y de las Antillas; arengó á sus tropas, envió avisos á Cholula, Huejotzinco y otras ciudades de la conclusion de los bergantines, y exitándolos á que enviasen el mayor número de tropas escojidas; en virtud de esta exitativa, Tlaxcala mandó á Tezcuco un ejército de mas de cincuenta mil hombres, bajo las órdenes de jefes famosos, como Gicotencatl el jóven y Chichimecatl. Los de Huejotzinco y Cholula, enviaron tambien sus fuerzas; reunidas todas, formaban un total de doscientos mil hombres.

En seguida, el general Español dividió su ejército, y dió todas las órdenes necesarias y preparatorias, para el asedio de la capital de Méjico, tomando él el mando de los bergantines.

Alvarado y Olid marcharon á ocupar sus puestos, acompañándolos el jóven Gicotencatl y su primo Pilteuctli, á quien en una disputa hirió uno de los Españoles y ocasionó el disgusto de los Tlaxcaleses y principalmente de Gicotencatl, quien para vengar la injuria, abandonó oculta-mente con otros compatriotas suyos, el ejército y se encaminó á Tlaxcala. Alvarado dió parte de lo ocurrido á Cortés, quien mandó á Ojeda que alcanzase al fugitivo y lo prendiese. Cuando lo tuvo en su poder, lo mandó ahorcar públicamente. La familia y bienes de Gicotencatl se adjudicaron al rey de España; en la familia habia treinta mujeres, y entre los bienes una gran cantidad de oro.

Alvarado y Olid, continuaron su marcha á Tlacopan para romper el acueducto de Chapoltepec y cortar el agua á los Mejicanos; en esta operacion tuvieron que ven-

cer alguna resistencia opuesta por los enemigos. Alentados por el buen éxito que obtuvieron, trataron de apoderarse de algun foso, pero fué tal el número de Mejicanos que se les opuso, y tan formidable la nube de dardos, flechas y piedras que les dispararon, que tuvieron que retirarse avergonzados á Tlacopan, donde Alvarado fijó su campo. Olid marchó á Coyohuacan el 30 de Mayo, dia en que empezó el asedio.

Mientras Alvarado y Olid se empleaban en rellenar algunos fosos de las orillas del lago, y allanar algunos pasos para comodidad de la caballería, Sandoval con algunos Españoles, y mas de treinta y cinco mil aliados, salió de Tezcuco al dia siguiente, con el propósito de tomar por asalto la ciudad de Iztapalapan. Entró en efecto en ella haciendo terrible estrago, al grado de que sus habitantes huyeron desparvidos á las barcas. Cortés para atacar al mismo tiempo la parte de la ciudad que estaba sobre el agua, despues de haber sondeado todo el lago, se embarcó con toda su gente en los bergantines, y navegó á vela y remó hácia Iztapalapan. Fondeó cerca de un montecillo aislado, poco distantes de la ciudad, cuya cima estaba coronada de infinidad de enemigos resueltos á defenderse. Desembarcó el general Español y superando la aspereza de la subida y á la defensa de los contrarios, se apoderó del monte, dando muerte á cuantos lo defendian. Logrado este triunfo, vió venir contra su escuadra, una numerosísima de barcas que acudian á las lumbradas hechas tanto en el monte como en algunos templos cercanos, al ver aproximarse los bergantines. Embarcáronse inmediatamente los Españoles, y permanecieron inmóviles, hasta que ayudados por

un viento, que se levantó oportunamente, y merced al impulso de los remos, pasaron por entre las barcas enemigas, rompiendo algunas y hechando otras á pique. Esto produjo que las otras barcas huyeran perseguidas por los bergantines, hasta guarecerse en la capital.

Olid, que desde un templo de Coyohuacan observaba la refriega de la escuadra, marchó con sus tropas en órden de batalla, por el camino de Méjico, apoderándose de algunos fosos y trincheras. En la noche, Cortés recojió los bergantines, y con ellos se dirigió á atacar el valuarte situado en el ángulo que formaba el camino de Coyohuacan con el de Iztapalapan. Atacólo en efecto por agua y tierra, y no obstante la heroica defensa que de él hicieron los Mejicanos, lo tomó; aquel sitio llamado por los Mejicanos Joloc, le pareció á Cortés conveniente para fijar su campo.

Reunió de nuevo los bergantines, y abandonando la expedicion contra Iztapalapan, determinó dirijir todas sus hostilidades á la capital; para cuyo efecto hizo venir la mitad de las tropas de Coyohuacan y á cincuenta infantes de los de Sandoval. En esa misma noche se oyó venir hácia el campamento, una gran multitud de enemigos; los Españoles que sabian que los Mejicanos no peleaban de noche, sino cuando estaban seguros de la victoria, se atemorizaron al principio; pero sin embargo de esto los hicieron retirarse. Al dia siguiente se vieron atacados por un ejército numeroso. Cortés que ya habia recibido el auxilio de Coyohuacan, hizo una salida y se empeñó un combate valeroso y tenaz por una y otra parte, hasta que los Españoles y sus aliados, apoderándose de un foso y de una trin-

chera, y auxiliados por la artillería y caballería, obligaron á sus contrarios á refugiarse en la ciudad.

Entre tanto Sandoval, terminaba felizmente la expedicion de Iztapalapan, marchó á Coyohuacan con sus tropas; en el camino lo atacaron las de Mejicalzingo; pero las derrotó. Sabedor Cortés de su marcha y de que se habia abierto un nuevo foso en el camino, le mandó dos bergantines para facilitarle el paso. Las fueras de Sandoval se dirijieron á Coyohuacan, y él mismo en persona pasó con diez caballos al campo de Cortés; en el que aun se peleaba con los Mejicanos; tomó parte en la accion y salió herido en una pierna.

Alvarado por su parte estrechaba á los Mejicanos, apoderándose de algunas trincheras y fosos del camino de Tlacopan; habiendo observado que por el de Tepeyacac, situado hácia el Norte, se introducian socorros á la ciudad y podia servir de salida á los sitiados, comunicó sus observaciones á Cortés, y éste ordenó que Sandoval, con numerosas fuerzas, ocupase aquel punto, cortando toda comunicacion.

Ejecutada aquella órden, Cortés hizo una entrada al dia siguiente á la ciudad, con mas de quinientos Españoles y ochenta mil aliados, dejando en el campamento diez mil de éstos con alguna caballería. Sandoval y Alvarado debian entrar al mismo tiempo, cada uno por su camino, con sus tropas que no bajaban de ochenta mil hombres. Marchó Cortés en su direccion, con su numeroso ejército, ordenado y flanqueado por los bergantines, á poca distancia de un foso ancho y profundo, y una trinchera de diez piés de alto. Opusieronse valerosamente los Mejicanos á su

paso, rechazados por los bergantines, se adelantaron los Españoles, alcanzando á los enemigos hasta la ciudad, donde fueron detenidos por otro foso y otra trinchera. El torrente de agua que éntaba al foso, el tropel de enemigos que ocurrían á su defensa, la multitud de flechas, dardos y piedras que arrojaban, detuvieron á los Españoles, aunque despues continuaron su marcha, tomando otros fosos y trincheras, hasta una plaza principal de la ciudad. No se atrevían á acometerla, hasta que el general, hechándoles en cara su cobardía, les dió ánimo.

Los Mejicanos se refugiaron al recinto del templo, donde tambien fueron perseguidos y atacados; mas de improviso lo fueron los Españoles, por su retaguardia, y puestos en tãn difícil situacion, que no pudiendo sostener el empuje de sus enemigos, ni dentro del templo, ni en la plaza inmediata, se retiraron por el camino que habian entrado, dejando un cañon en poder de los Mejicanos. A poco entraron á la plaza tres ó cuatro caballos, y creyendo los Mejicanos que iba contra ellos toda la caballería, se desordenaron abandonando el templo y la plaza, que inmediatamente fueron ocupados por los Españoles. El ejército Español en su retirada, pegó fuego á muchas casas que se hallaban en el camino de Iztapalapan.

Como era natural, cada día crecian las fuerzas auxiliares, y las alianzas de ciudades y provincias. El rey de Tezcucó envió á Cortés un ejército de cincuenta mil hombres, á las órdenes del príncipe Ijtlijochitl, hermano suyo, cuyo valor fué admirado por Cortés, dando testimonio de ello, todos los historiadores. Despues se confederaron con

los Españoles, los Toquimilqueses y los Otomites del Oriente.

Faltaba solo á Cortés, para completar su plan de asedio, impedir los socorros que por agua recibia la ciudad; para conseguir su intento, retuvo siete bergantines, y envió otros seis á la parte del lago que estaba entre Tlacopan y Tepeyacac, con el objeto de que pudieran socorrer á Alvarado y á Sandoval, en caso necesario, y entre tanto, surcasen en diferentes direcciones el lago, apoderándose de todas las barcas que llevasen socorros y tropas á la ciudad.

Decidió pues Cortés hacer una entrada á Méjico. Dió todas sus órdenes, y no obstante de que los Mejicanos habian abierto nuevos fosos, levantado ó repuesto las trincheras, y la obstinada defensa que hacian de sus puntos, los Españoles y aliados penetraron hasta la plaza mayor de Tenochtitlan. Hizo alto allí el ejército de Cortés, mientras se llenaban los fosos y se quitaban los obstáculos que á su paso habian tenido que vencer. Como las hostilidades no cesaban ni un momento, el general Español tocó retirada; lo mismo hicieron por su parte Alvarado y Sandoval.

Al dia siguiente, Cortés siguió sus operaciones militares; para no dar tiempo á los enemigos á reparar los estragos que habian sufrido; pero sin embargo de esto, las fortificaciones habian sido reconstruidas y defendidas con tal obstinacion y brío, que los sitiadores necesitaron algunas horas para tomarlas.

Avanzó el ejército y ganó los fosos del camino de Tlacopan, pero aproximándose la noche, se retiró al campa-

mento, hostilizado continuamente por el enemigo. Sandoval y Alvarado sostenian otros combates, de manera que los sitiados tenian que resistir á tres ejércitos.

A medida que los sitiados carecian de tierra firme, se aumentaba la de los sitiadores, y las victorias obtenidas por estos últimos, impresionó de tal manera á los habitantes de las orillas del lago de Chalco, que al fin se presentaron en el campamento de Cortés, ofreciendo confederación y alianza, los nobles de Iztapalapan, Megicaltzinco, Colhuacan, Huitzilopochco, Mizquic y Cuitlahuac. Cortés aceptó gustoso esta demanda.

Cortés, con los nuevos auxilios que le facilitaban los nuevamente aliados, hizo varias entradas á la ciudad, sin conseguir mas que disminuir el número de sus enemigos, incendiar multitud de casas é internarse algo mas, para ponerse en comunicacion con Alvarado y Sandoval.

Alvarado, ayudado por los bergantines habia tomado el templo que estaba en una placeta de Tlacopan; tambien se habia apoderado de algunos fosos y trincheras, y sabiendo que la mayor fuerza estaba en Tlatelolco, donde residia el rey Quauhtemotzin, y donde se habia refugiado mucha gente de Tenochtitlan, dirigió á aquella parte sus operaciones; mas no obstante de los combates que sostuvo por tierra y por agua, no pudo llegar á donde pretendia, por la intrépida resistencia de los sitiados.

En uno de los primeros encuentros, se dejó ver un membrudo y valeroso Tlatelolques, disfrazado de Otomite, con un ichcahuespilli ó coraza de algodón, y sin mas armas que un escudo y tres piedras, corrió velozmente hácia los sitiadores, arrojó sucesivamente las tres piedras y abatió

á tres Españoles. Se emplearon muchos medios para cogerlo, pero no lo consiguieron, porque en cada combate se presentaba con diferente vestido, haciendo gran daño á los sitiadores, teniendo tanta velocidad para huir, como fuerza para ofender. El nombre de este célebre Tlatelolques, era Tzilacatzin.

Orgullosa Alvarado por algunos triunfos que habia obtenido sobre los Mejicanos, pretendió un dia penetrar hasta la plaza del Mercado; tomó algunos fosos y trincheras, y uno que tenia cincuenta piés de anchura por siete de profundidad, mas olvidó mandarlo llenar como lo habia prevenido Cortés con anterioridad; siguió adelante con algunos Españoles y aliados, cuando los Mejicanos cayeron sobre ellos, los derrotaron y obligaron á huir; al pasar el foso mataron á muchos aliados é hicieron prisioneros á cuatro Españoles, que inmediatamente fueron sacrificados á presencia de Alvarado y los suyos, en el Templo Mayor de Tlatelolco.

Las tropas de Joquimilco y Cuitlahuac, queriendo aprovechar las repetidas entradas de los Españoles, para saquear las casas de Méjico, usaron de una abominable perfidia; enviaron á Quauhtemotzin una embajada secreta, protestándole fidelidad y manifestándole que los Españoles los obligaban á tomar las armas contra su voluntad, pero que en su primera entrada se unirían á los Mejicanos. Alabó el rey su intento, y les señaló los puestos que debían ocupar, preguntándoles qué recompensa querían. Entraron aquellos traidores á la ciudad, y fingiéndose primero volverse contra los Españoles, saquearon las casas de los Mejicanos, matando á cuantos se les oponían, y hacien-

do prisioneros á las mujeres y á los niños. Conocida la perfidia por los Mejicanos, los atacaron con tal furia, que casi todos los malvados pagaron con su vida su traicion.

Victoria de los Mejicanos.

Por espacio de veinte dias, sin cesar habian estado haciendo los sitiadores entradas á la ciudad, y aburridos ya algunos capitanes y soldados de Cortés, de tanta fatiga infructuosa, le rogaron que se desidiera de una vez á dar un ataque formal y decisivo. Cortés, que comprendia cuan arriesgada y peligrosa era la empresa, se resistia, pero al fin tuvo que ceder á las sujestiones que se le habian hecho, por haberse generalizado mucho esta opinion entre sus compañeros. Ordenó á Sandoval que con ciento veinte hombres Españoles y quince caballos, se uniese con Alvarado; que embarcase su caballería, y levantase el campo, fingiendo retirarse y abandonar el asedio de la ciudad, á fin de que empeñados los Mejicanos en seguirlo, pudiera atacarlos con la caballería, por retaguardia, que con seis bergantines procurase tomar el foso en que fué vencido Alvarado, haciéndolo llenar y apizonar, que no avanzase sin dejarse listo el camino de una retirada en caso preciso, y

que hiciese todo esfuerzo para entrar á la plaza del mercado.

El dia señalado para el ataque, marchó Cortés con veinticinco caballos, toda la infantería y mas de cien mil aliados. Flanqueaban su ejército por uno y otro lado, los bergantines y mas de tres mil barcas auxiliares. Entró sin oposicion al pueblo, y dividió su ejército en tres trozos, para que por otros tantos caminos llegasen á la vez á la plaza del mercado. Dió el mando de la primera division á Julian de Alderete, que era el que con mas empeño habia importunado á Cortés con el violento ataque, y le ordenó encaminarse por la calle principal y mas ancha. Las otras calles que conducian del camino de Tlacopan, á la plaza del mercado, la ménos estrecha, se señaló á los capitanes Andrés de Tapia y Jorge de Alvarado, hermano de Pedro, y de la mas estrecha y difícil, se encargó el mismo Cortés. Entraron todos á un tiempo. Los Mejicanos hicieron al principio alguna resistencia, pero aparentando despues retirarse acobardados, abandonaron los fosos á los Españoles, con el propósito de que éstos, atraidos por la esperanza de la victoria, se aventurasen á avanzar.

Algunos Españoles llegaron á las calles mas inmediatas á la plaza, dejando incautamente abiertos los fosos, y cuando con mas porfia procuraban entrar á la plaza, oyeron el formidable sonido de una corneta del Dios Pasinalton, que soló se tocaba por los sacerdotes en casos de urgencia pública, para exitar al pueblo á tomar las armas.

Acudieron al llamado, numerosas tropas Mejicanas, y atacaron con tal brío y fiereza á sus contrarios, que los desordenaron y obligaron á volver atraz hasta el foso, que

do prisioneros á las mujeres y á los niños. Conocida la perfidia por los Mejicanos, los atacaron con tal furia, que casi todos los malvados pagaron con su vida su traicion.

Victoria de los Mejicanos.

Por espacio de veinte dias, sin cesar habian estado haciendo los sitiadores entradas á la ciudad, y aburridos ya algunos capitanes y soldados de Cortés, de tanta fatiga infructuosa, le rogaron que se desidiera de una vez á dar un ataque formal y decisivo. Cortés, que comprendia cuan arriesgada y peligrosa era la empresa, se resistia, pero al fin tuvo que ceder á las sujestiones que se le habian hecho, por haberse generalizado mucho esta opinion entre sus compañeros. Ordenó á Sandoval que con ciento veinte hombres Españoles y quince caballos, se uniese con Alvarado; que embarcase su caballería, y levantase el campo, fingiendo retirarse y abandonar el asedio de la ciudad, á fin de que empeñados los Mejicanos en seguirlo, pudiera atacarlos con la caballería, por retaguardia, que con seis bergantines procurase tomar el foso en que fué vencido Alvarado, haciéndolo llenar y apizonar, que no avanzase sin dejarse listo el camino de una retirada en caso preciso, y

que hiciese todo esfuerzo para entrar á la plaza del mercado.

El dia señalado para el ataque, marchó Cortés con veinticinco caballos, toda la infantería y mas de cien mil aliados. Flanqueaban su ejército por uno y otro lado, los bergantines y mas de tres mil barcas auxiliares. Entró sin oposicion al pueblo, y dividió su ejército en tres trozos, para que por otros tantos caminos llegasen á la vez á la plaza del mercado. Dió el mando de la primera division á Julian de Alderete, que era el que con mas empeño habia importunado á Cortés con el violento ataque, y le ordenó encaminarse por la calle principal y mas ancha. Las otras calles que conducian del camino de Tlacopan, á la plaza del mercado, la ménos estrecha, se señaló á los capitanes Andrés de Tapia y Jorge de Alvarado, hermano de Pedro, y de la mas estrecha y difícil, se encargó el mismo Cortés. Entraron todos á un tiempo. Los Mejicanos hicieron al principio alguna resistencia, pero aparentando despues retirarse acobardados, abandonaron los fosos á los Españoles, con el propósito de que éstos, atraidos por la esperanza de la victoria, se aventurasen á avanzar.

Algunos Españoles llegaron á las calles mas inmediatas á la plaza, dejando incautamente abiertos los fosos, y cuando con mas porfía procuraban entrar á la plaza, oyeron el formidable sonido de una corneta del Dios Pasinalton, que soló se tocaba por los sacerdotes en casos de urgencia pública, para exitar al pueblo á tomar las armas.

Acudieron al llamado, numerosas tropas Mejicanas, y atacaron con tal brío y fiereza á sus contrarios, que los desordenaron y obligaron á volver atraz hasta el foso, que

parecia fácil de pasar, por estar lleno de ramazon y otros objetos de poco peso; pero al poner el pié en aquella engañosa superficie, se hundieron todos los que lo intentaron, agravándose el mal con el tropel que se agolpaba. Este fué el mayor conflicto para los fugitivos, pues ó morian en manos de los Mejicanos ó quedaban en su poder.

Cortés, que con toda diligencia habia acudido al peligro, cuando vió llegar las tropas aterradas, procuró detenerlas y exhortarlas para que no aumentasen con el desórden los extragos que les hacia el enemigo; pero todo fué inútil. Algunos salieron desarmados, otros heridos y otros casi ahogados. Procuró ordenarlos y llevarlos al campo, pero apenas empezó la marcha, cuando se halló en un foso estrecho, rodeado de enemigos. Apesar del extraordinario brío con que se defendió, cayó en poder de los Mejicanos, que en vez de darle muerte, como pudieron hacerlo fácilmente, sino se hubieran empeñado en cogerlo vivo, para honrar con tan ilustre víctima á sus Dioses. Ya lo conducian al sacrificio, cuando noticiosa su gente de aquel suceso, acudió con presteza á libertarlo. Debió Cortés la vida y la libertad, á un soldado de su guardia, llamado Cristóbal Olea, hombre de gran valor y de singular destreza en las armas, el cual ya lo habia salvado otra vez de la muerte, y en esta ocasion á costa de su propia vida. Contribuyeron tambien á su salvacion, el príncipe Ijtlijochitl y un valiente Tlaxcales, llamado Tecamatzin.

Llegaron los Españoles despues de su derrota, con pocas dificultades á Tlacopan, donde Cortés ordenó sus fuerzas, quedando á retaguardia con la caballería, donde parecia que debian sucumbir, segun el arrojo y tenaz per-

secucion que les hacian los Mejicanos. Las que habian entrado por los otros caminos, tambien habian tenido que sostener reñidísimos combates, pero habiendo tenido la precaucion de llenar los fosos, la retirada les fué mas fácil, reuniéndose con Cortés en Tonochtitlan.

Desde allí vieron elevarse del Templo Mayor, el humo del copal que los Mejicanos quemaban á sus Dioses, en accion de gracias por la victoria. Creció su pena cuando los enemigos les arrojaron las cabezas de algunos Españoles, y cuando oyeron decir que habian perecido Alvarado y Sandoval. De la plaza se encaminaron por el camino de Iztapalapan, á su campamento, hostigados sin cesar por sus enemigos.

Alvarado y Sandoval habian procurado entrar á la plaza, por un camino que iba desde el de Tlacopan á Tlatelolco, y avanzaron con felicidad sus operaciones, hasta un sitio cercano á la plaza, pero habiendo visto los sacrificios de algunos Españoles, y oído decir á los Mejicanos que Cortés y sus capitanes habian perecido, se retiraron con gran dificultad, habiéndose reunido á los que los atacaban, los que habian derrotado á Cortés.

En esta accion, Cortés salió herido. Los Mejicanos celebraron por espacio de ocho dias la victoria obtenida, con iluminaciones y música en los templos. Escavaron de nuevo los fosos, levantaron las trincheras y volvieron á poner la ciudad en estado de defenza, como lo estaba ántes.

Cortés permaneció durante algun tiempo, con su ejército á la defensiva, mas siempre cuidando de que no introdujesen víveres á la ciudad, y á este fin ordenó que los bergantines costearan el lago de dos en dos. Los Mejicanos,

persuadidos de la superioridad de los buques y armas de sus enemigos, y para balancear estas ventajas, fabricaron treinta barcas grandes, llamadas por los Españoles *piraguas*, bien provistas de todo lo necesario, y cubiertas con gruesos tablados, para poder combatir con ellas sin riesgo de irse á pique. Determinaron hacer con los piraguas una emboscada á los bergantines entre los cañaverales que existían en los puertos flotantes, clavando en dichos sitios estacas cubiertas por el agua, para que chocando con ellas los bergantines contrarios, se hicieran pedazos, ó por lo ménos no pudieran marchar. Dispuesto esto así, hicieron salir de los canales tres ó cuatro barcas pequeñas, para provocar á los bergantines y atraerlos por medio de una disimulada fuga á la emboscada. Los Españoles al ver las barcas, dirigieron sus bergantines hácia ellas, chocando con las estacas y siendo atacados al mismo tiempo por las treinta barcas grandes. Hubieran sucumbido allí y perdido sus buques, si en lo mas empeñado de la accion, algunos diestros nadadores no hubieran arrancado dichas estacas, que quitando todo estorbo, hicieron que obrase la artillería, poniendo en fuga á los contrarios. Cortés, á este ejemplo, puso otras emboscadas con sus bergantines que atacando de improviso á las barcas enemigas, y sirviéndose de la artillería, echaron á pique varias de ellas, é hicieron pedazos otras. La mayor parte de los Mejicanos perecieron, muchos fueron hechos prisioneros y entre ellos algunos nobles, de quienes se valió Cortés para proponer un convenio con la Corte de Méjico.

En efecto, envió á aquellos personajes en comision cerca del rey para que le hiciesen presente los estragos que la guer-

ra y el hambre verificarian en sus súbditos; que si admitia la paz, cesarian las operaciones del asedio, quedando el rey en el poder y los Mejicanos libres, y dueños de sus bienes, con la sola condicion de que tributasen homenaje al rey de España. El rey Mejicano consultó con los primeros personajes de su Corte y con sus ministros, respecto de las proposiciones que se le hacian. Unos opinaron por la paz, y otros por la guerra, y por último los sacerdotes cuya autoridad era tan respetable en los asuntos graves, se decidieron en contra de la paz alegando la voluntad de sus dioses. Prevalció este dictamen y contestaron al general Español que estaban resueltos á defenderse hasta el último aliento.

A pocos dias de la derrota de los Españoles, llegaron al campo de Cortés algunos enviados de Quauhnahuac, quejándose de los Malinalqueses, que parecia querian confederarse con los Cohuizques, para destruir á Quauhnahuac, por haberse aliado con los Españoles. Aunque Cortés se encontraba mas bien en situacion de pedir auxilio, que de darlo, mandó al capitan Andrés de Tapia, con un ejército compuesto de Españoles y aliados, para que protejiese á los Quauhnahuaqueses.

Tapia ejecutó fielmente las órdenes, y en un pueblecillo situado entre Quauhnahuac y Malinalco, trabó una batalla con los enemigos, los derrotó y persiguió hasta el monte, en donde estaba situada esta segunda ciudad. Habiendo espirado el término de diez dias que el general le habia señalado, volvió á reunirse con el grueso del ejército.

Dos dias despues llegaron otros enviados de los Otomites, del Valle de Toloacan, pidiendo auxilio contra los Matlatziques, que además de los males que les hacian, esta-

ban de acuerdo con los Mejicanos para atacar el ejército de Cortés, quien en las diferentes entradas que habia hecho á Méjico, le habian amenazado con el poder de esa Nacion, por lo que comprendiendo el riesgo que corria, mandó á su predilecto capitan Sandoval, que marchase con un ejército al Valle de Toloacan. En el camino vieron los extragos hechos por los Matlatziques, quienes al ver á los Españoles, pasaron un rio que atraviesa el Valle, aguardándolos de pié firme en la orilla. Sandoval vadeó con su ejército el rio, atacó á los contrarios y los puso en fuga, persiguiéndolos hasta una ciudad donde se refugiaron; sitió la ciudad, forzó á los enemigos á dejarla, y á guarecerse en una fortaleza construida en la cima de una escabrosa elevacion. Entró el ejército victorioso á la ciudad, saqueándola y pegando fuego á los edificios; como la tropa estaba muy fatigada, la hizo descansar allí en la noche. Al dia siguiente emprendia el asalto de la fortaleza, cuando observó que estaba abandonada. Regresó por algunos pueblos que ántes eran enemigos, pero que amedrentados no le hicieron hostilidad alguna; indujo á los Matlatziques á ser amigos de los Españoles; y en efecto, á los pocos dias de la vuelta de Sandoval, llegaron cerca de Cortés muchos señores Matlatziques, Malinalqueses y Cohuiques, á excusarse por las hostilidades, y á establecer confederacion con los Españoles.

Los Españoles no tenian ya enemigos que temer, los Mejicanos por el contrario, abandonados por sus confederados y por sus súbditos, estaban rodeados de enemigos y afligidos por el hambre; tenian contra sí á los Españoles, al reino de Acolhuacan, á las Repúblicas de Tlaxcala, de

Huejotzinco, de Cholula á todas las ciudades del Valle de Méjico, á las numerosas naciones de Totonagues, Mijteques, Otomites, Tlahuiques, Cohuiques, Matlatziques y otras; de manera que ademas de los enemigos extrangeros, la mitad del imperio conspiraba por su ruina, y la otra mitad la miraba con indiferencia.

Mientras Sandoval fué á auxiliar á los Matlatziques, el Tlaxcales Chichimecatl salió del campamento de Alvarado, con solo Tlaxcaleses, é hizo una entrada á Méjico, pasó muchos fosos, dejando en el mas importante y arriesgado, una guarnicion de flecheros que le asegurasen la retirada, entró con el grueso de sus tropas á la capital, y trabó un terrible combate con los Mejicanos; estos creyeron que en el paso del foso lo alcanzarian y derrotarian, pero Chichimecatl, con el apoyo de los flecheros, los burló, y volvió lleno de gloria á su campo.

Los Mejicanos para vengarse, atacaron una noche el campo de Alvarado, en aquella noche ambas huestes pelearon con valor, pero sin ventajas notables de una y otra parte. En este tiempo llegó un buque á Veracruz, con armas y municiones que sirvieron á Cortés para continuar el sitio. El príncipe Iijtljochitl, aconsejó á Cortés no emprendiese nuevos ataques que serian funestos á su ejército, que se concretase á impedir la entrada de víveres á la ciudad. El general Español recibió con verdadera satisfaccion este consejo; viendo que llevaba cuarenta y cinco dias de asedio, y que cuanto mas convidaba á los Mejicanos á la paz, tanto mas se obstinaban éstos en la guerra, determinó Cortés no dar un paso en la ciudad, sin destruir los edificios de uno y otro lado, tanto para evitar el daño

que recibian sus tropas de las azoteas, como para obligar á los enemigos á ceder á sus proposiciones; llevó á cabo su plan, hizo nuevas entradas con grave riesgo hasta de su persona, y hubo momento en el que el grueso de sus tropas tuvo que huir varias veces, para sustraerse al furor de los Mejicanos.

En estas entradas se hicieron célebres algunas mujeres Españolas, que con los males que sufrían y los ejemplos de valor que tenían á la vista, habian llegado á ser buenos soldados. Hacían la guardia, marchaban con sus maridos, armadas de corazas de algodón, espada y rodela, y se arrojaban intrépidamente á los enemigos.

El 24 de Julio se hizo otra entrada en la ciudad, los Españoles se apoderaron del camino que unia el de Iztapalapan con el de Tlacopan; así es que quedaron en comunicacion los campamentos de Cortés y de Alvarado. En aquel dia, tres cuartas partes de la ciudad quedaron en poder de los Españoles, y los sitiados se reconcentraron en Tlatelolco.

Por una Mejicana prisionera supo Cortés el miserable estado de la ciudad, la penuria de víveres y la discordia que reinaba entre los habitantes; pues el rey, sus parientes y una parte de la nobleza, estaban decididos á morir antes que ceder, pero el pueblo estaba desanimado y cansado del asedio. Estas noticias decidieron á Cortés á no dejar pasar un dia sin hacer una entrada, hasta reducir á la ciudad ó destruirla. El dia 25 con su ejército se apoderó de una larga calle, en la que habia un foso tan ancho, que para llenarlo se empleó todo el dia, mientras tanto los aliados demolian las casas de una y otra acera, no obs-

tante las hostilidades de los Mejicanos. Estos, viendo á los aliados tan afanados en la destruccion, les gritaban: «Arruinad esas casas traidores, que pronto tendreis el trabajo de reedificarlas.» A lo que los aliados respondian: «Así lo haremos, si salis vencedores, pero mas probable es que vosotros las alzeis de nuevo, para que se alojen vuestros enemigos.» Los Mejicanos construyeron en las calles unas pequeñas fortificaciones de madera, para reemplazar las azoteas, llenaron la plaza de guijarros, para estorbar las maniobras de la caballería; mas los aliados sacaron partido de la estratagema, pues con los guijarros llenaron los fosos.

Alvarado, por su parte, avanzaba cada vez más hácia la ciudad, hasta apoderarse de dos torres próximas al palacio en que residia Quauhtemotzin, mas no pudo avanzar tanto como deseaba, por los fosos, y por la resistancia que le oponian los Mejicanos, y se vió obligado á retroceder. Cortés entró á la ciudad y se ocupó de reparar los pasos difíciles, faltándole solo una trinchera para entrar á la plaza del mercado; al fin se posesionó de estos dos puntos, reuniéndose con esto sus tropas á las de Alvarado. Entró pues Cortés, á aquella gran plaza, y encontró á la gente alojada en los pórticos, por haber sido destruidas todas las casas del barrio. Mandó pegar fuego á las altas y hermosas torres de aquel edificio, en cuyo templo se adoraba el ídolo del Dios de la guerra. Suspendió por ese dia las hostilidades, y mandó hacer proposiciones á los sitiados, quienes respondieron, que mientras quedase un Mejicano con vida, defenderia la patria hasta morir.

A los pocos dias entró de nuevo Cortés á Méjico, y ha-

lló infinidad de hombres, mujeres y niños, débiles, macilentos y casi muribundos de hambre, pues por la carencia de víveres, se vieron precisados á comer yerbas, raíces, insectos y las cortezas de los árboles.

Sin embargo de toda esta clase de sufrimientos, los Mejicanos no cedían, y entónces el general Español dió orden á Alvarado, que atacase una gran calle, formada por mas de mil casas, mientras él atacaba por otro punto. Dicen los historiadores que fué tan grande el extrago que sufrieron los sitiados, que entre muertos y prisioneros perdieron mas de doce mil hombres, pues los aliados se cebaban en sus víctimas, sin consideracion ninguna á edad ni sexo.

Aunque el pueblo ya estaba cansado de tan horribles fatigas y sufrimientos, no se doblegaba, y solo deseaba la muerte como el único recurso que pusiera fin á su tremenda y angustiosa situacion, sostenida exclusivamente por un exceso de patriotismo digno de mejor éxito; el heroísmo de los sitiados llegó hasta la sublimidad, pues no obstante de que les faltaban fuerzas físicas para pelear, por el desfallecimiento que el hambre les causaba, no cesaban de hostilizar á sus enemigos, que en cada encuentro se presentaban con mayor número de tropas. Cortés, por momentos esperaba la rendicion de los Mejicanos, y para conseguirla, constantemente enviaba mensajeros, y aun llegó á estipularse una conferencia con Quauhtemotzin, la cual siempre rehusó este valeroso é indomable rey.

Durante tres dias, hubo negociaciones y suspension de hostilidades; pero no adelantándose nada por este medio, Cortés reunió á todas sus tropas, que ascendían á mas de ciento cincuenta mil hombres, y atacó unos fosos y trin-

cheras, que eran los últimos puntos de defenza que quedaban á los Mejicanos. Fué tal la carnicería y los males que ocasionaron las fuerzas de los sitiadores, que dá horror mencionarlos; pero baste saber que las calles de la ciudad, quedaron cubiertas de cadáveres, y el agua de los fosos y canales, teñida de sangre, pues más de cuarenta mil personas quedaron muertas y prisioneras.

La fetidez de tanto cadáver insepulto, obligó á los sitiadores á retirarse por el momento, pero al dia siguiente dieron otro asalto á Tlatelolco, con todo el ejército, recomendando Cortés hicieran todo esfuerzo para apoderarse del rey Quauhtemotzin, por creer que con esto solo cesaría la guerra; y á la vez enviaba otros emisarios para que propusiesen al rey, no se obstinase en una resistencia que no tenia esperanza de buen éxito, y que acarrearía tantos desastres y desventuras á los Mejicanos; no tardaron en volver los enviados, acompañados de Cihuacoatl, Supremo Magistrado de la Corte. Cortés lo recibió con demostraciones de honor y amistad; mas él con una magestad, en la que quería revelar cuán superior era á todas las penalidades humanas, le dijo: «Ahorraos el trabajo de solicitar una conferencia con mi rey y señor Quauhtemotzin, el cual está resuelto á morir, ántes que ponerse en vuestra presencia. Adoptad las medidas que mas os convengan, y poned en ejecucion vuestros designios.» Cortés contestó: que fuese á preparar el ánimo de sus compatriotas, pues muy breve debiera morir.

Los nobles y los militares que habían adoptado la idea de defenderse hasta el último aliento, ocuparon las azoteas de las casas y algunas calzadas, pero el ímpetu y número

de los sitiadores, y el desfallecimiento de los sitiados, hizo que fuesen estos últimos arroyados. Los principales habian dispuesto algunas barcas para escaparse en ellas en un último trance, pero Cortés dió orden á Sandoval, para que se apoderase con los bergantines del puesto de Tlatelolco, y evitar la salida de cualquiera barca. No obstante esta precaucion de los sitiadores, muchas barcas se escaparon y entre ellas, la que llevaba á las personas reales. Luego que Cortés tuvo noticia de esto, ordenó á García de Holguín, capitan del bergantin más veloz, que les alcanzase, como en efecto lo verificó. En una de las piraguas iban Quauhtemotzin, la reina Tehuichpotzin, su esposa, Coanacotzin, rey de Colhuacan, el de Tlacopan, Tetzepanquetzaltzin y otros personajes. Abordó el bergantin, y el rey de Méjico, adelantándose hácia los Españoles, dijo al capitan: «Soy vuestro prisionero, y no os pido otra gracia, sino que trateis á la reina mi esposa, y á sus damas, con el respeto que se debe á su sexo, y á su condicion,» y presentando la mano á la reina, pasó con ella al bergantin.

Al observar que Holguín veía con desconfianza á las otras barcas; tranquilizaos, le dijo, pues todos los Mejicanos, al saber que su rey está prisionero, vendrán gustosos á morir á su lado.

Fueron conducidos los prisioneros á la presencia de Cortés, y Quauhtemotzin le dijo con dignidad: «Valiente general, he hecho en mi defenza y en la de mis súbditos, cuánto exigian de mí el honor, mi corona y el amor de mis pueblos; pero los Dioses han sido contrarios á mi resolucion, y ahora me veo sin corona y sin libertad. Soy vuestro prisionero; disponed como gustéis de mi persona,» y

poniendo la mano en un puñal que Cortés llevaba al cinto: «quitadme, añadió, la vida con este puñal, ya que no he sabido perderla en defenza de mi reino.» Cortés le manifestó que no era prisionero suyo, sino del rey de España, y le ofreció interceder por su libertad y porque recobrará el trono.

Quauhtemotzin pidió al general Español, que no se hiciese mas daño á sus súbditos.

Las casas, las calles, los fosos y en general toda la ciudad, estaba cubierta de cadáveres, que despedian gran fetidez por su descomposicion. Cortés mandó sepultar los cadáveres.

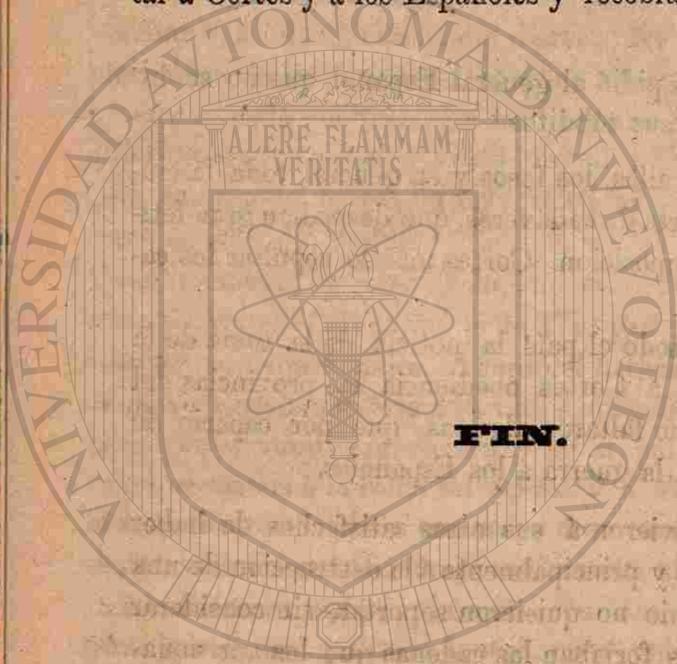
Esparcida por todo el país la noticia de la toma de la capital, prestaron á Cortés obediencia las provincias del imperio, aunque no faltaron algunas, que por espacio de dos años, hicieron la guerra á los Españoles.

Los aliados volvieron á sus casas satisfechos de haber contribuido eficaz y principalmente á la destruccion de una Corte cuyo dominio no quisieron soportar, sin considerar que ellos mismos forjaban las cadenas que los aprisionarian, y que solo debian esperar la esclavitud y el envilecimiento.

La conquista de la ciudad tuvo lugar el 13 de Agosto de 1521, ciento noventa y seis años despues de fundada por los Aztecas. ®

El rey de Méjico, no obstante las halagadoras promesas de Cortés, fué puesto en la tortura, que soportó con inimitable é invicta heroicidad obligandolo á revelar dónde se

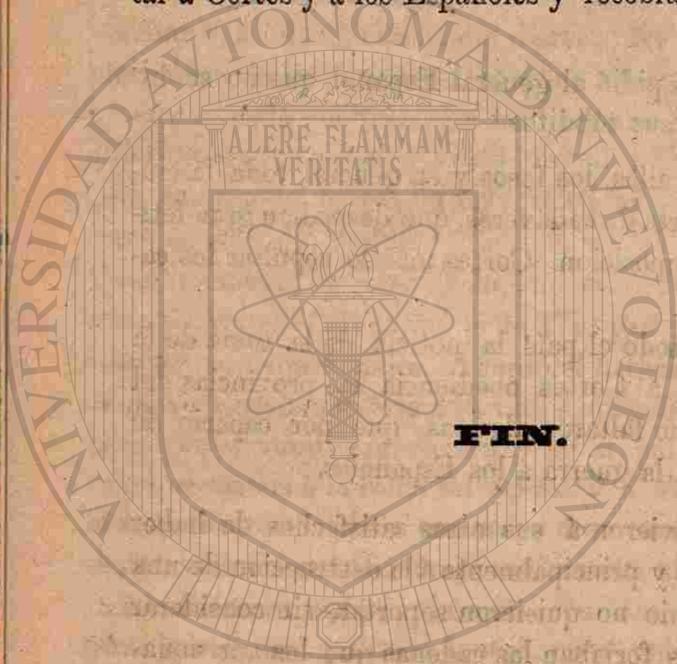
hallaban ocultas las inmensas riquezas de la Corte y de los Templos; y á los tres años fué ahorcado junto con los reyes de Tezcuco y de Tlacopan, á consecuencia de haberlos denunciado de que intentaban una conspiracion para matar á Cortés y á los Españoles y recobrar el reino.



EPILOGO.

Al compendiar la historia antigua de Méjico, no he hecho otra cosa que consultar á los historiadores, y tomar las relaciones que me han parecido mas imparciales y que tienen probabilidad de ser ciertas, ó cuando ménos de acercarse á la verdad. Todos los que se han ocupado de los Mejicanos en sus primitivos tiempos, han tomado datos en unos casos, de noticias de personas que fueron actores en la conquista emprendida por Cortés, y que por mucha imparcialidad que se les suponga, siempre adolecen del afecto ó inclinacion natural que tenian por su nacion, y del imprescindible espíritu de referir los sucesos con coloridos favorables á la causa que se defiende; otros, ateniéndose á la tradicion y á las pocas pinturas que salvaron del incendio y de la destruccion originada por una guerra de la naturaleza de la que tuvieron que sostener los conquistados, describen los hechos las mas veces desfigurados, dando acaso interpretaciones falzas á esas mismas pinturas y

hallaban ocultas las inmensas riquezas de la Corte y de los Templos; y á los tres años fué ahorcado junto con los reyes de Tezcuco y de Tlacopan, á consecuencia de haberlos denunciado de que intentaban una conspiracion para matar á Cortés y á los Españoles y recobrar el reino.



EPILOGO.

Al compendiar la historia antigua de Méjico, no he hecho otra cosa que consultar á los historiadores, y tomar las relaciones que me han parecido mas imparciales y que tienen probabilidad de ser ciertas, ó cuando ménos de acercarse á la verdad. Todos los que se han ocupado de los Mejicanos en sus primitivos tiempos, han tomado datos en unos casos, de noticias de personas que fueron actores en la conquista emprendida por Cortés, y que por mucha imparcialidad que se les suponga, siempre adolecen del afecto ó inclinacion natural que tenian por su nacion, y del imprescindible espíritu de referir los sucesos con coloridos favorables á la causa que se defiende; otros, ateniéndose á la tradicion y á las pocas pinturas que salvaron del incendio y de la destruccion originada por una guerra de la naturaleza de la que tuvieron que sostener los conquistados, describen los hechos las mas veces desfigurados, dando acaso interpretaciones falzas á esas mismas pinturas y

aceptando sin reflexión las relaciones apasionadas de autores amantes de dar libre curso á su pluma, estampando acontecimientos y apreciaciones inexactas; y por último, algunos recojiendo con prudencia y sin prevención las opiniones y datos mas creíbles y auténticos, han descrito los hechos con la imparcialidad que puede exigirse en este género de escritos.

Por esto mismo me propuse compendiar la historia escrita por Clavijero, que en mi concepto, es el que con mas cordura é imparcialidad, da cuenta de los episodios que ocurrieron entre los primeros habitantes de Anahuac y la terrible y heroica lucha que sostuvieron Cortés y los suyos primero, y despues los Mejicanos, distinguiendose por su inaudito valor, por su exajerado patriotismo y su indomable entereza.

Si consigo que los que lean este compendio, queden satisfechos, habré llenado uno de mis mas ardientes deseos.

EL AUTOR.

INDICE.

	Fojas
Prólogo del autor.....	5
Escritores de la Historia antigua de México.....	7
Pinturas.....	11

LIBRO PRIMERO.

Provincias del Reino de México.....	15
Rios, Lagos y fuentes.....	18
Clima de Anahuac.....	20
Montes, piedras y minerales.....	20
Plantas notables por sus flores.....	22
Plantas notables por sus frutos.....	24
Plantas notables por sus raíces, hojas, tallo y maderas.....	26
Plantas útiles por la resina, goma, aceite ó jugo.....	27
Cuadrúpedos del territorio de Méjico.....	28
Aves del territorio Mejicano.....	29
Reptiles de Méjico.....	31
Peces de los Mares, de los Rios y de los Lagos de Anahuac...	32
Insectos Mejicanos.....	33
Carácter de los Mejicanos y de las otras naciones de Anahuac.	36

LIBRO SEGUNDO.

	Fojas
Los Toltecas.....	41
Civilizacion de los Toltecas.....	43
Destruccion de los Toltecas.....	45
Los Chichimecas.....	46
Jolotl, primer rey de los Chichimecas.....	47
Llegada de los Acolhuis y otros pueblos.....	49
Division de los Estados y revueltas.....	51
Muerte y exequias de Jolotl.....	52
Nopaltzin, segundo rey de los Chichimecas.....	53
Tlotzin, tercer rey de los Chichimecas.....	54
Quincatzin, cuarto rey de los Chichimecas.....	Id
Reyes Chichimecas.....	55
Los Olmeques y los Otomites.....	56
Los Tarascos.....	57
Los Mazahuis, los Matlazinques y otras Naciones.....	Ib
Los Nahuatlaques.....	59
Los Tlaxcaleses.....	60
Viajes de los Mejicanos al país de Anahuac.....	62
Esclavitud de los Mejicanos en Colhuacan.....	66
Fundacion de Méjico.....	69
Division de los Mejicanos.....	70
Sacrificio humano.....	Ib

LIBRO TERCERO.

Acamapitchzin, primer rey de Méjico.....	73
Quaquahpitzahuac, primer rey de Tlatelolco.....	74
Huitzilihuitl, segundo rey de Méjico.....	Ib
Techotlala, rey de Acolhuacan.....	75
Enemistad de Majtlaton contra los Mejicanos.....	76
Tlacateotl, segundo rey de Tlatelolco.....	Ib

	Fojas
Ijtlijotchitl, rey de Acolhuacan.....	77
Quimalpopoca, tercer rey de Méjico.....	Ib
Muerte de Cihuacuecuenotzin y de Ijtlijochitl.....	78
Muerte del tirano Tezozomoc.....	79
Majtlaton, tirano de Acolhuacan.....	Ib
Agravios que hizo el tirano al rey de Méjico.....	80
Prision y muerte del rey Quimalpopoca.....	82
Izcoatl, cuarto rey de Méjico.....	86
Guerra contra el tirano.....	91

LIBRO CUARTO.

Restablecimiento de la familia real de los Chichimecas.....	95
Netzahualcoyotl da Reglamentos.....	97
Conquista de Joquimilco, de Cuitlahuac y otras ciudades.....	Ib
Atrocidad de los Chalqueses y su castigo.....	98
Casamiento del rey de Acolhuacan con la princesa de Tacuba.....	99
Muerte de Cuauhtlaton, rey de Tlatelolco.....	100
Inundacion de Méjico.....	101
Hambre en Méjico.....	102
Muerte de Moteuczoma.....	103
Ajayacatl, sexto rey de Méjico.....	106
Muerte del rey Netzahualcoyotl.....	Ib
Conquista de Tlatelolco y muerte del rey Moquihuij.....	110
Tizoc, sétimo rey de Méjico.....	114
Conquistas del rey Ahuizotl.....	118
Nueva inundacion de Méjico.....	119

LIBRO QUINTO.

Moteuczoma II, nono rey de Méjico.....	123
Guerra de Tlaxcala.....	125
Nuevas revueltas.....	130
Presagio de la guerra de los Españoles.....	132

	Fojas
Muerte de Netzahualpilli.....	133
Revolucion de Acolhuacan.....	134

LIBRO SEXTO.

Dogmas religiosos.....	137
Dioses de la providencia y del Cielo.....	139
Apoteosis del sol y de la luna.....	141
El Dios del aire.....	Ib
Dios de los montes, del agua, del fuego, de la noche y del infierno.....	143
Dios de la guerra.....	145
Dios del comercio, de la caza y de la pesca.....	146
Idolos y modo de reverenciar á los Dioses.....	147
Transformaciones.....	Ib
El Templo mayor de Méjico.....	148
Edificios anexos al Templo mayor.....	149
Otros templos.....	150
Rentas de los templos.....	151
Número y gerarquías de los sacerdotes.....	Ib
Funciones, Trage y vida de los sacerdotes.....	153
Sacrificios de víctimas humanas.....	155
Sacrificios gladiatorios.....	157
Edades, siglo y año de los Mejicanos.....	158
Museos Mejicanos.....	160
Armas de los Mejicanos.....	162
Moneda.....	164
Lengua Mejicana.....	Ib
Música.....	166
Juegos.....	167
Pinturas.....	170
Alimentos.....	171
Vino.....	172
Traje.....	Ib
Adornos.....	173

LIBRO SEPTIMO.

Llegada de los Españoles á las costas de Anahuac.....	175
Armada y viaje de Cortés.....	168
Viaje de los Españoles á Tlalmanalco.....	197
Entrada de los Españoles á Iztapalapan.....	200

LIBRO OCTAVO

Descripcion de la ciudad de Méjico.....	208
Prision de Moteuczoma.....	210
Vida del rey en la prision.....	212
Suplicio del Sr. de Nauhtlan.....	213
Prision del rey de Acolhuacan.....	216
Armada del Gobernador de Cuba contra Cortés.....	218
Victoria de Cortés contra Narvaez.....	220
Subelevacion de Méjico contra los Españoles.....	221
Combates entre Mejicanos y Españoles.....	223
Muerte de Moteuczoma II.....	226
Retirada y derrota de los Españoles.....	227

LIBRO NOVENO.

Marcha de los Españoles á Tezeuco.....	233
Expedicion contra Joltocan y Tlacopan.....	236
Últimos preparativos del asedio de Méjico.....	241
Victoria de los Mejicanos.....	250
Epílogo.....	265



JUAN

DAD AUTONOMA DE NUEVA
CION GENERAL DE BENEFICIE

Small white label or piece of tape on the right edge of the book cover.